
El
MAGNATE
que no quería
HEREDEROS
AMORES DEL DESTINO - LIBRO 2
D.A. LEMOYNE

D. A. LEMOYNE

Copyright © 2026


El
MAGNATE
que no quería
HEREDEROS
AMORES DEL DESTINO - LIBRO 2
D.A. LEMOYNE



Página de Amazon de la autora con una lista de todos los libros

El MAGNATE *que no quería* HEREDEROS

AMORES DEL DESTINO - LIBRO 2

D. A. LEMOYNE

Series de la autora en español:

La Família Lykaios

La Obsesión del Magnate Griego: Una brecha de edad y un romance de segunda oportunidad (La Familia Lykaios nº 1)

Sobre el Amor y la Venganza : An Enemies to Lovers and Forced Proximity Romance

Seducción Siciliana

El amor que el siciliano rechazó

Una esposa con fecha de vencimiento

Una farsa que siempre fue amor

El padre de mi hijo es el amor de mi vida

Devoción siciliana: Protegida por él

Una Navidad con el pecador

La Hija que esconde al siciliano

Los Hermanos Benítez

El Amor que eché de mi Vida

Mi inesperado "amor para siempre"

Tres regalos de color rosa

Amores del Destino

El magnate que nunca supo amar

El magnate que no queria herederos (Siguiente)

El único amor del magnate turco (Siguiente)

“Su sabor es intoxicante. Chelsea es dulzura y promesa, y quiero consumirla hasta saciar mi hambre y mi sed”.

Santiago Velasco-Sánchez

(El magnate que no quería Herederos)

D. A. LEMOYNE
dalemoynewriter@gmail.com
Copyright © 2026
Título original: El Magnate que no quería Herederos

Carolina del Norte - EE. UU.
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa por escrito de la autora, excepto en el caso de citas breves incluidas en reseñas críticas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Nombre de la autora: D. A. Lemoyne
Lector Beta: C. Freitas
Traducción: Matías San Miguel
Portada: Diseñador Tenório
Ilustración: Mery Ribeiro
Ilustración: Gah Ilustra
Imágenes: Adobe Stock, DepositPhotos y Freepik
ISBN: 978-65-01-08012-3

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, negocios, eventos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con eventos es pura coincidencia.

Índice

Sinopsis
Nota de la autora
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49

Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Epílogo 1
Epílogo 2
Bono - Can Saat Evgen
Palabras de la autora
Sobre la autora

Sinopsis

Aviso: puede contener desencadenantes.

Aviso: El Magnate que no quería Herederos, libro 2 de la serie ***Amores del Destino***, es un volumen autoconclusivo. Los siguientes libros de esta serie pueden leerse por separado, pero es probable que contengan spoilers de los anteriores.

Santiago

Tengo de todo. Incluso antes de desear algo, eso ya es mío.

Hay ciertas cosas, sin embargo, que el dinero no puede comprar, como devolverle la vida a alguien, por ejemplo.

Yo sabía exactamente qué debía hacer para llevar a cabo mi venganza, pero un testamento arruinó mis planes.

Nada me detendrá, no obstante, sobre todo porque ya encontré a la esposa por conveniencia perfecta para cumplir con las condiciones que el abuelo impuso en su última voluntad.

Chelsea

Siempre fui una soñadora, pero ninguno de mis sueños incluía casarme con un CEO español y arrogante.

¿Qué puede salir peor en la vida que descubrir que mi jefe es el mismo hombre con el que discutí en la calle, sin tener la menor idea de que terminaría trabajando para él?

Primero, no logro permanecer indiferente ante sus casi dos metros de altura, su piel dorada y sus increíbles ojos verdes.

Segundo, existe una atracción física tan intensa entre nosotros que no conseguimos resistirnos el uno al otro.

Y, por último, él necesita una esposa por conveniencia, me elige a mí para esa "función" y yo no puedo negarme, porque me encuentro en una situación desesperada.

Para todos aquellos que aman a un CEO español sexy, testarudo y muy apasionado, que necesita una segunda oportunidad.

Carolina del Norte, 2026.

Nota de la autora

"El Magnate que no quería Herederos", libro 2 de la serie ***Amores del Destino***, contará la historia de Santiago Velasco-Sanchez y Chelsea Raymond.

Él ya es conocido por los lectores, ya que fue presentado en el libro de Armani Di Leone, protagonista del primer volumen de esta serie, "***El Magnate que nunca supo amar***". Chelsea, en cambio, es un personaje nuevo.

Ya había mencionado en la historia que Santiago tendría sus propios libros dentro de una serie dedicada exclusivamente a ellos, pero la gran novedad es la siguiente: Sally, la fallecida madre de nuestros magnates, no se detuvo solo en tres herederos. Después de su último matrimonio, mantuvo una relación con un billonario turco y quedó embarazada de él, aunque nunca tuvo contacto con ese hijo.

Can, el hermano turco, será el protagonista del libro tres de esta serie.

Por último, este segundo libro de la serie es un romance contemporáneo con un toque de drama y, como siempre ocurre en mis obras, también tendrá una dosis de suspenso.

Ahora, pasemos a la introducción de los personajes.

Los padres de Santiago se divorciaron cuando él aún era muy pequeño y, por esa razón, fue prácticamente criado por la esposa del hermano de su padre. Un día, esa mujer desaparece sin dejar rastro y, cuanto más el español busca respuestas, más todas ellas señalan en la dirección de un único culpable. Para castigarlo, no existen límites para lo que nuestro magnate estaría dispuesto a hacer, incluso casarse por conveniencia con una casi desconocida.

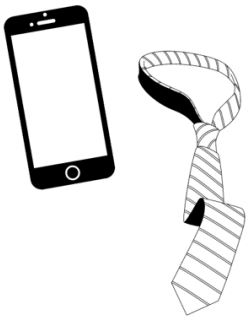
Chelsea vive en una ciudad muy pequeña junto a sus padres y sus dos hermanos menores. Son pobres, pasan necesidades, pero se mantienen unidos. Un día, ella recibe la oportunidad de ir a trabajar a la isla de Manhattan y se aferra a esa posibilidad con todas sus fuerzas, aunque su verdadero sueño es profesionalizarse como bailarina de flamenco.

En Manhattan, para huir de un novio abusivo con el que nunca "tuvieron intimidades", Chelsea termina cayendo directamente en los brazos de un CEO atractivo.

Espero que disfruten de la historia de amor de nuestra "chica de pueblo" y de su arrogante CEO español.

¡Un cariñoso beso y buena lectura!

D. A. Lemoyne



Santiago



Prólogo

A los catorce años

En mis sueños, puedo hacer de todo.

Ser un superhéroe o un villano; volar, cambiar de un país a otro en un parpadeo; tener el control de mi vida y del tiempo.

Incluso puedo volver atrás en el tiempo.

Volver a la época en la que mis pesadillas eran solo por la última película de terror que había visto y en la que mis problemas se reducían a pedirle a mi padre permiso para viajar y visitar a mis medio hermanos.

En mi vida actual, sin embargo, ya no hay espacio para los sueños.

Vivo la pesadilla mientras aún estoy despierto. Dormir es una pausa.

No tengo motivos para creer que todo va a estar bien, porque sé que *ella* nunca se va a olvidar.

Nunca me va a dejar olvidar.

Yo nunca me voy a olvidar.

Y Bryan jamás va a volver.



Chelsea



Capítulo 1

Tengo una vocación que algunas personas podrían considerar ordinaria: puedo soñar despierta.

Un pretencioso diría que eso no tiene nada de especial, pero mis sueños son planes. Visualizo el futuro y pretendo hacer todo lo que sea necesario para concretar cada uno de mis proyectos.

¿El primero de ellos? Comprar una casa para mis padres en la que no tema, cada noche, que vaya a derrumbarse sobre nuestras cabezas.

—Chelsea, ¡puedo esquiar, mira! —dice mi hermana menor, Sapphire, deslizándose de un lado a otro en la cocina empapada, con su inseparable arco de unicornio en el cabello.

Me obligo a sonreír, aunque por dentro me esté muriendo de preocupación, sobre todo cuando miro hacia el techo y veo que hay auténticos cráteres en el tejado. No hace falta ser un especialista en construcción para entender que es arriesgado seguir viviendo aquí.

—No seas tonta, Sapphire, vas a terminar resfriándote y, además, estás estorbando a Chelsea. Todavía tiene que ir a la universidad hoy —dice nuestro hermano del medio, Beryl.

—¡No soy tonta, soy bailarina como Chelsea y yo también voy a bailar flamenco! —dice ella, levantando las manitos como si estuviera tocando castañuelas.

—Nadie baila mejor que Chelsea, y por eso es ella la que va a dar un espectáculo en España —responde Beryl.

—Algún día, sí que lo haré. Pero, por ahora, necesitamos secar esta cocina antes de que papá y mamá vuelvan a casa. Van a llegar cansados y no es justo que todavía tengan que limpiar este desastre —digo.

Durante aproximadamente media hora, los tres trabajamos en silencio. Al ser hijos de los mismos padres, crecimos sabiendo que no podemos depender de nadie. No existe un salvador mágico ni un hada madrina que venga a resolver nuestros problemas. Nunca pasamos hambre, pero tampoco tuvimos nada de "sobra".

Cuando considero que la cocina vuelve a estar decente y mando a mis hermanos a bañarse (primero Beryl, porque Sapphire tarda *una eternidad* bajo la ducha, según él), coloco una escalera para revisar el estado del techo.

Hago una mueca al ver que hay varios puntos de filtración y, por un instante, cierro los ojos, pidiéndole a Dios que no permita que vuelva a llover en estos días, porque, de lo contrario, nuestra situación podría empeorar todavía más.

—Chelsea, ¿qué estás haciendo colgada ahí, hija?

Miro hacia atrás y veo a mi madre detenida en la puerta. Parece exhausta, y estoy casi segura de la razón. Su anemia volvió, aunque no quiera decírnoslo. Mamá ha luchado contra una anemia crónica durante años y, aunque los médicos digan que, por el momento, no es grave, puede llegar a serlo.

—Solo estaba echándole un vistazo al techo. Creo que va a aguantar hasta el próximo cobro de papá. Además, tengo algo de dinero para cobrar por las limpiezas en la casa de la señora Hurt.

—Me gustaría que solo te dediques a estudiar, hija.

—No importa. Pronto me voy a graduar y voy a conseguir un trabajo mejor.

—Dios mío, ¡falta apenas un mes! Parece que fue ayer cuando entraste en la universidad comunitaria. Además, inteligente como eres, dejaste a todos atrás. Te graduaste antes de tiempo. Veinte años y ya eres secretaria.

Bajo de la escalera, sonriendo ante su entusiasmo.

—Sabes que no voy a ser secretaria para siempre, ¿verdad? Lo que yo quiero de verdad es bailar.

Por desgracia, el tipo de danza que me gusta no es muy popular en mi país.

Me enamoré del flamenco a los cinco años, porque era vecina de una española que había sido bailarina de ese arte en su juventud. Un día, empezó a enseñarme algunos pasos y nunca más paré. Me animó muchísimo y siempre decía que tengo un don natural.

Desde entonces y hasta hace cuatro meses, cuando falleció, me entrenaba todos los días. Todo lo que yo quería en la vida era poder estudiar danza en España para perfeccionarme y, después, presentarme en el país que llegué a amar como si fuera el mío, de tanto escuchar las historias que ella me contaba.

—Lo sé, y no te enojes por lo que voy a decir, pero la idea de que te vayas a España me da pánico.

No quiero que se ponga triste, así que no le digo que ya tengo planes para salir de nuestra ciudad de treinta y tres mil habitantes mucho antes de lo que imagina. No podemos seguir en esta situación. Papá nunca va a ganar lo suficiente para mantenernos, porque hace algunos años mi hermano sufrió un accidente y, hasta el día de hoy, seguimos pagando las facturas del hospital.

No hay salida. Necesito irme tan pronto como me gradúe; de lo contrario, voy a perder la valentía.

—Es mi sueño bailar en España —digo, obligándome a volver al presente—. No quiero hacerme rica, solo poder darles lo mejor a ustedes.

—No es tu obligación.

—La familia no es una obligación, es amor. El otro día vi a papá quejándose de dolores en la espalda. Somos cinco, mamá, y solo dos trabajan de verdad, porque los empleos temporales que consigo pagan muy poco.

—Cualquier trabajo en esta ciudad paga poco.

Exactamente, y por eso mismo me voy a ir.

Ella me abraza y siento su cuerpo frágil contra el mío.

—No te pongas triste, pero necesito crecer y ayudarlos. Sé cuidarme sola.

—No dudo de la educación que te di, Chelsea. Sé que criamos bien a ti y a tus hermanos, pero el mundo ahí fuera puede ser

peligroso.

—Yo también, mamá —bromeo, fingiendo prepararme para dar un golpe de karate.

—Sí, lo sé —dice ella. Sonríe y sacude la cabeza.

El teléfono móvil suena sobre la mesa y veo que es una llamada de mi padre. Mamá también lo nota.

—¿Qué querrá? Ya debería estar viniendo a casa.

—Vamos a ver…

Hablo con él durante unos dos minutos antes de cortar.

—Papá necesita que alguien le lleve la cena. Tendrá que hacer horas extras porque el hijo del dueño acaba de llegar y les ha dicho a todos los mecánicos que se reúnan.

Ella pone los ojos en blanco.

—A las siete y media de la noche, un viernes...

Mamá se estira y, cuando levanta los brazos por encima de la cabeza, gime de cansancio.

—No te preocupes, yo iré —digo.

—No.

—Mamá, puedo faltar a una clase. De hecho, ni siquiera tendría que ir, porque ya aprobé todas las materias. Date un baño y cena tranquila. No voy a tardar.



Chelsea



Capítulo 2

—No, no me gusta esa idea. Nunca has salido de nuestra ciudad, Chelsea. Manhattan es una selva.

Todavía no regresamos a mi casa. Mi ida a la fábrica para llevarle la cena a mi padre terminó extendiéndose mucho más de lo que imaginé al principio.

Cuando llegamos me dijo que además de comida necesitaba que lo llevaran porque alguien había venido a decirle que había dejado las luces delanteras encendidas y la batería se había agotado.

Intentó darle carga, pero, al parecer, ese no es el único problema, y va a tener que revisar con calma durante el fin de semana qué es lo que anda mal con el coche.

Dejar las luces encendidas no es algo que mi padre suela hacer. Siempre es atento a todo, y eso solo demuestra lo exhausto que anda, sin prestar demasiada atención a tareas básicas, lo que, trabajando en una fábrica de aviones, puede resultar peligroso.

Sin nada que hacer para matar el tiempo, decidí dar una vuelta por el lugar, que a esa altura ya estaba prácticamente desierto, ya que todos los mecánicos habían sido reunidos para hablar con el hijo del jefe, que, por cierto, es un idiota pretencioso.

Para mi sorpresa, al doblar una esquina, me encontré con un hombre que, si tuviera que arriesgar una edad, diría que tenía entre veinticinco y veintiocho años.

No necesité acercarme para tener la certeza de que, o bien era algún amigo de Tenner Elbrook o trabajaba para él, aunque la ropa que llevaba parecía demasiado cara para un simple empleado.

No es la primera vez que ese hombre llega a nuestra ciudad acompañado. Alguien comentó, creo que en el almacén del barrio, que tiene amigos inseparables con los que va a todas partes. Forman un grupo de tres o cuatro, y yo, a pesar de detestar al hijo del jefe de mi padre, puedo entender el valor de la verdadera amistad. Sin embargo, no es que él venga a una fiesta. La fábrica de piezas de aviones es su herencia, de donde va a sacar lo que necesita para seguir comprando sus coches ridículamente caros. Entonces, ¿por qué necesita traer a sus amigos aquí?

Mantuve la mirada baja, dispuesta a saludarlo solo porque no quería avergonzar a mis padres y deseaba honrar la educación que recibí, ya que, si realmente era amigo de Tenner, no tenía ningún interés en hablar con él. Seguramente también sería un idiota.

Para mi sorpresa, cuando pasé a su lado, me hizo una pregunta.

El tono que usó no fue de superioridad ni tampoco irrespetuoso, como el de Tenner. Habló como si de verdad necesitara ayuda y fue solo por eso que me detuve.

Cuando por fin hice contacto visual con él, me di cuenta de que estaba usando una muleta.

—*Perdón por molestarte* —dijo, y noté que su rostro estaba marcado por el dolor—. *Creo que calculé mal la caminata y no debería forzar el tobillo. ¿Podrías ayudarme?*

Bueno, fue una suerte que, a pesar de ser alto, fuera delgado.

—*Está bien.*

Creo que pocas veces me sentí tan incómoda en la vida. Iba a tocar a un hombre extraño y del que estaba segura de que debía ser amigo de Tenner Elbrook.

En cuanto lo ayudé a sentarse en un sillón, él me tendió la mano.

—*Mi nombre es Jaytson Kercher* —dijo—. *Soy amigo de Tenner, pero, por favor, no me juzgues por eso.*

Tuve que esforzarme mucho para no reírme y, durante la hora siguiente, acepté la invitación de Jaytson (insistió en que lo llamara por su nombre) para conversar.

Para mi sorpresa, no había una sola célula arrogante en su cuerpo y me habló de igual a igual. Ni siquiera vi pasar el tiempo y me relajé lo suficiente como para contarle, incluso, que estaba a punto de terminar la universidad.

A la hora de despedirme, me fui con una propuesta de trabajo en Manhattan, y es precisamente por eso que mi padre está tan molesto en este momento.

—Hay una razón por la que quise contarte esto antes de entrar, papá.

—¿Entonces ya tomaste una decisión?

—Sí, porque no tenemos alternativas. Te matas trabajando y, aun así, siempre nos atrasamos con los pagos al hospital. Piensa que todavía vamos a pagar durante diez años más. Te amo con todo mi corazón, pero ya no soy una niña. Quiero ayudar. Sospecho que mamá está enferma otra vez.

Él no me mira a mí, sino a su propio regazo, lo que me confirma que tengo razón.

—No me dijo nada, pero creo que sí lo está.

—Por favor, confía en mí. Tengo muchas ganas de aceptar este empleo, pero no lo haré si eso significa que vayamos a pelear. Me quedaré en esta ciudad el resto de mi vida si eso implica que todo se mantenga en paz entre nosotros.

—No soy tan egoísta, Chelsea. Conozco tus sueños. Soy un padre celoso y testarudo, pero te amo por encima de todo y jamás te pediría que renuncies a tus proyectos solo porque tengo miedo de que te lastimes.

—Ser secretaria no es mi sueño. Vivir en España, sí.

—¿Para siempre?

—Creo que no, pero quiero intentarlo. Al aceptar este empleo que el señor Kercher —me cuido de no llamarlo por su nombre, porque sé que a mi padre no le gustaría, ya que en algunas cosas es extremadamente anticuado— me ofreció, estoy pensando principalmente en la familia. Él mencionó algo sobre un bono, papá. Con eso podríamos saldar varias cuotas del hospital y también cambiar el techo.

—Si acepto que te vayas, siento como si te estuviera usando para obtener más dinero.

—Papá, yo no lo veo así. Si no fuera por los problemas que estamos atravesando, como, por ejemplo, el techo que necesita una reforma, no me importaría que fuéramos pobres. Fuera de mi sueño de bailar en Madrid, no tengo grandes ambiciones, pero piénsalo bien. Podremos usar casi todo lo que yo gane en Manhattan. No necesito mucho para vivir.

Él me toca la mejilla con los nudillos y me dedica una sonrisa triste.

—Cariño, ¿tienes idea de cuánto cuesta vivir en Manhattan? Es uno de los lugares más caros del mundo.

—El empleo incluye alojamiento. Voy a compartir el lugar con una empleada. Otra secretaria.

—Vamos a hacer un trato: iré contigo a conocer el alojamiento en el que vas a vivir. Si considero que no es adecuado, regresaremos en el mismo tren.

—No hace falta que vayas hasta Manhattan solo para comprobar eso. Prometo que, si no es decente, volveré.

—Chelsea, elige las batallas que deseas pelear. No tienes idea del sacrificio que supone para mí verte partir cuando apenas acabas de cumplir veinte años. Iré contigo y, si no me gusta el lugar en el que ese engreído dijo que vas a vivir, volveremos a casa.



Santiago



Capítulo 3

París

Dentro de mi despacho, repaso por enésima vez la copia del testamento de mi abuelo.

Cada palabra escrita en él cae sobre mis hombros con el peso de mil edificios.

Heredar un imperio tiene un precio, y la factura que la vida me presenta en este instante es implacable.

Cierro los ojos durante unos segundos e intento imaginarme obligado a convivir con alguien durante seis meses; sí, porque solo en eso estoy dispuesto a ceder.

No hay forma de que acepte la locura que impuso en el testamento al exigir que embarace a mi esposa por conveniencia.

La idea es tan absurda que, por un momento, considero dar marcha atrás y mandar todo al infierno, pero, como recordatorio de por qué necesito vengarme, miro el portarretratos con la fotografía de la mujer que estuvo mucho más presente en mi vida que mi propia madre.

Tía Alelia, la esposa del bastardo al que pretendo destruir.

La mujer que estuvo a mi lado no solo en momentos especiales, sino que cuidó de mí desde que tengo memoria.

No culpo a Sally, mi madre biológica, por ser como era.

La amé tanto como un hijo puede amar a su madre, y ese amor se hizo aún más fuerte cuando comprendí que su inestabilidad no provenía de la frivolidad, sino de que no confiaba en sí misma para cuidarnos después de todo lo que había vivido en su juventud.

Violada. Acusada injustamente de robar una joya en la casa de los patrones de su madre. Y, finalmente, golpeada en prisión hasta el punto de haber sufrido un daño permanente en parte del cerebro; su vida nunca fue un camino de rosas[1].

De cada hombre al que amó, tuvo un hijo.

Armani, mi hermano mayor, es italiano.

Alexandros, es griego y es el hijo del medio.

Y por último, yo, el español, el más joven.

No, no soy el menor, me lo recuerdo. Está Can[2], el hijo turco de mi madre, que se niega a cualquier tipo de acercamiento.

No tolero dejar asuntos inconclusos, y el hecho de que el verdadero menor entre nosotros jamás nos haya conocido en persona es algo que incomoda no solo a mí, sino también a mi padre.

Como un hombre profundamente enamorado de Sally, la idea de que uno de sus hijos viva aislado lo perturba demasiado.

Mi teléfono móvil suena con una llamada de una mujer con la que estuve aquí, en París. Considero atender, pero desisto. Salí con ella hace unas semanas y, en lugar de disfrutar de su compañía y de su belleza innegable, pasé casi toda la cena observándola para evaluar si serviría para el puesto que necesito cubrir en breve.

No cumplía ni un solo maldito requisito.

Habla demasiado, lo que, en un par de meses, me volvería loco, incluso aunque tuviéramos que convivir lo mínimo indispensable.

Es excesivamente vanidosa.

Y el peor de todos los pecados: no era capaz de conversar sobre nada que me resultara interesante.

Esa constatación me irritó tanto que la llevé directamente a su casa, algo que, en las veces anteriores que nos habíamos visto, jamás había ocurrido.

Abro el teléfono móvil y borro su nombre de la lista de contactos. Aquello que alguna vez me atrajo de ella ya no me retiene. En este momento tengo una obsesión, y es destruir a mi tío. Para eso, necesito a una esposa temporal.

A unos pocos centímetros de la fotografía de mi tía está la de mi abuelo. Casi puedo oírlo decir: *cásate y asegura el legado.*

Ceder al deseo de alguien que no sea yo mismo me deja un sabor amargo en la boca. Amaba a mi abuelo, pero no tenía la menor idea de lo que estaba haciendo al obligarme a una decisión tan drástica como un matrimonio.

¿Qué esperaba? ¿Acaso creyó que me enamoraría de una mujer elegida para ocupar un cargo?

Estoy seguro de que la detestaré por el simple hecho de verme obligado a convivir con ella.

Apoyo la mano sobre el testamento que descansa en el escritorio.

La última voluntad de mi abuelo fue una traición contra mí.

—Mierda —murmuro, poniéndome de pie y caminando hasta la ventana mientras me paso la mano por el cabello.

Me siento como si estuviera a punto de ser arrojado en medio de una tormenta inminente. No soporto la sensación de no tener el control de mi vida y, en este momento, esté donde esté, es mi abuelo quien tiene todas las de ganar.



España
Días después

Recorro los pasillos de la bodega de cosechas raras de mis viñedos, con mi hermano del medio, Alexandros, caminando a mi lado.

Él pretende pasar algunos días en Grecia con su esposa y sus hijos, y decidió hacer una parada en España para verme. Robyn se quedó en la piscina con mis sobrinos. No le interesan los vinos y considera que aquí abajo hace demasiado frío.

—Vas a terminar muriendo si no tomas una decisión. Tienes el rostro hecho mierda. Parece que no duermes desde hace días —dice.

—No hay nada que decidir. Me voy a casar.

—¿Con quién?

—¡No tengo la menor idea, puta madre! —confieso, y él se echa a reír.

—Hermano, casarse es una decisión seria. No importa que los términos sean los de un acuerdo sin ningún sentimiento involucrado. Tendrás que convivir con ella durante seis meses.

—Lo sé, y precisamente por eso no logro pensar en nadie.

Nuestros pasos, casi sincronizados, resuenan sobre el suelo de piedra y algunos empleados nos saludan mientras avanzamos, pero, cuando los miro, apartan la vista con rapidez.

—Parecen tenerte miedo —dice.

—Normalmente no es así. Solo están siendo cautelosos porque ando de un humor infernal.

—Porque tu plazo se está acabando. Con la cercanía de tu cumpleaños, no te queda mucho tiempo. ¿Por qué no recreas un cuento de hadas y organizas un baile en busca de tu Cenicienta?

—¡Vete a la mierda, Alexandros! —me irrito, pero a él no le importa en absoluto y pasa un brazo sobre mis hombros, lo cual no es sencillo, porque, aunque aún conserva el físico de un jugador de fútbol americano, yo soy más alto.

—¿Necesitas ayuda con eso?

—¿Ayuda? —pregunto, confundido.

—Robyn tal vez podría ayudarte con la elección.

—Tu esposa no es confiable para esa tarea. Me dio un sermón diciendo que las mujeres no son bienes que se puedan adquirir.

—Y no se equivoca.

—¿Y crees que quiero comprar una esposa? Voy a ser generoso con la mujer con la que me vea obligado a casarme, porque ella

también tendrá que renunciar a su vida durante un tiempo, nada más, pero no pienso comprarla.

—¿Le serás fiel?

—¿Qué?

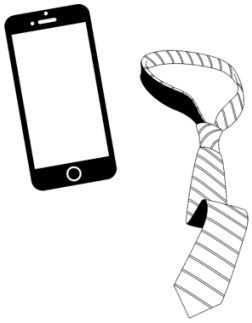
—Me entendiste. Me refiero a si serán exclusivos.

—¡Ni loco! ¿Por qué lo seríamos? Eso no figura en la voluntad de mi abuelo. Si yo fuera a cumplir todo el testamento y gestar un heredero, entonces sí tendríamos que ser cuidadosos con otras compañías para no poner en riesgo la salud del otro, pero mis abogados están haciendo valer sus honorarios y buscando una laguna que me libere de ese requisito incómodo.

—Podría darte una lección moral diciendo que los hijos nunca son un estorbo, ni siquiera los concebidos con la mujer equivocada, pero sé que ahí no está la raíz del problema. Así que, en lugar de eso, repetiré lo que ya dije millones de veces: lo que ocurrió en aquellas vacaciones no fue tu culpa.

Ignoro su intento de absolverme. Alexandros descubrió lo que me llevó a tomar la decisión de jamás tener un heredero, mientras que Armani no tiene la menor idea de ese episodio de mi pasado.

—Yo pienso distinto y acepto cargar con ese karma. Ahora basta de este tema. Vamos a probar el mejor vino español que hayas degustado jamás. La cosecha actual promete llevarse el título de la mejor de los últimos diez años.



Chelsea



Capítulo 4

Intento parecer feliz mientras, en la sala de nuestra casa, con una maleta a mis pies, espero a mi familia para despedirme.

Mamá fue a buscar a Beryl y a Sapphire, porque mis hermanos, al igual que ella, se empeñan en acompañarnos hasta la estación de tren. Mi padre llegó a considerar la idea de ir en su coche, pero serían seis horas de viaje y no confío en que su vehículo aguante una distancia tan larga, ida y vuelta, y el mío no está en mejor estado. O mejor dicho, mi ex coche, porque a partir de mañana, esa lata vieja sobre cuatro ruedas que compré con el dinero ganado con mi sudor en trabajos temporales tendrá un nuevo dueño.

Mientras espero, veo a mi padre parado frente a la ventana, observando el paisaje exterior, pero con solo notar su postura sé que está muy tenso.

Ya pasó un mes y medio desde que recibí la invitación de Jaytson Kercher para trabajar en Manhattan y, aun así, mis padres no logran acostumbrarse a la idea.

Camino hasta él y lo abrazo por la espalda.

—Voy a estar bien, papá.

Sus manos se apoyan sobre las mías.

—Eres demasiado buena para este mundo, Chelsea. No me gustan las ciudades grandes. Allí, las personas no se preocupan por los demás.

Rodeo su cuerpo hasta quedar frente a frente.

—Papá, entiendo tu miedo, pero una vez más te pediré que confíes en la forma en que me criaron. Nadie va a tomarme por tonta; tengo sangre Raymond corriendo por las venas.

—Eres una joya, cariño. Dura por fuera, pero con el corazón más grande del mundo.

—Solo para quien lo merece. No voy a dejar que nadie se aproveche de mí.

—¿Estás segura de que quieres irte, Chelsea? No me gusta que te vayas a vivir a otra casa y a una ciudad grande —dice Beryl al entrar en la sala.

Está vestido con el mejor jean que tiene, una camisa polo celeste que combina con sus ojos y unas zapatillas impecables, lo que, tratándose de mi hermano, es toda una rareza.

Mirar a Beryl es como ver una versión en miniatura de mi padre. Es cariñoso y protector, y parece mucho más maduro de lo que corresponde a su edad. Sapphire, en cambio, es una mezcla de todos nosotros, pero tiene algo muy especial que nadie más en la familia posee: un aire juguetón que encanta a cualquiera que se le acerque.

Intento contener la risa ante su pregunta para no ofenderlo, porque el mocoso realmente cree que necesita cuidarme.

—Tengo que irme, pero prometo que los llevaré algún fin de semana para que conozcan Manhattan.

Sus ojos brillan, pero no dice nada. Al igual que mi padre, disimula bien la felicidad, aunque sé que, en el fondo, tiene muchas ganas de ir. Ninguno de mis hermanos ha salido nunca de nuestra ciudad. Lo más lejos que han viajado más allá de donde nacimos fue a las Fiestas del Productor Rural de un pueblo vecino, que es casi tan pequeño como el nuestro.

—Yo también quiero ir —dice Sapphire, entrando en la sala preciosa con su *vestido amarillo de domingo*, el inseparable arco en el cabello que imita el cuerno de un unicornio y abrazando una muñeca que está hecha pedazos, pero que adora porque era mía.

Me agacho frente a ella.

—Sí. Tú también irás, mi amor. En cuanto cobre mi primer sueldo, enviaré dinero para que puedan ir a visitarme.

—No hace falta —dice papá, incómodo—. Nosotros nos las arreglamos.

Me incorporo y camino hasta donde está él.

—Somos un solo equipo, papá. No te preocupes si quiero ayudarte.

—No es solo orgullo, es que esa no es la función de los hijos. Los padres deben sostener económicamente a sus niños, no al revés.

—Cuando somos niños, sí, en eso estoy de acuerdo, pero ya cumplí veinte y puedo ayudar perfectamente. Ahora será mejor que salgamos, o perderemos el tren. ¿Puedes llevar a Sapphire y a Beryl afuera? Quisiera hablar con mamá a solas —digo en un tono más bajo—. Parece triste.

—Yo también lo estoy. Solo que lo disimulo mejor.

—Porque eso es lo que hacen los héroes. Ocultan el dolor —digo, mitad en broma y mitad en serio.

—¿Eso soy? ¿Tu héroe?

—Sí, y siempre lo serás, papá. Soy muy afortunada de ser tu hija.

Le doy un beso en la mejilla y noto cómo desvía la mirada para ocultar la emoción.

Cuando sale con los pequeños, me acerco a mi madre.

—No te pongas así —le digo.

—¿De verdad es necesario que te vayas?

—Sí, mamá. Además de que necesitamos mucho el dinero, también tengo que crecer.

—¿Y crecer significa alejarte de nosotros?

—No. Significa ir más allá de las fronteras de nuestra ciudad. Mamá, ¿cómo voy a soñar con ir a España algún día si jamás salí del Estado de New York?

Ella se seca una lágrima disimuladamente.

—Si pudiera, los mantendría para siempre bajo mis alas, pero prométeme que te cuidarás y que, pase lo que pase, no permitirás que nadie te pisotee, Chelsea. Somos pobres, pero eso no nos convierte en personas inferiores. No dejes que nadie te convenza de lo contrario.



—Voy a extrañarte mucho —me dice mi hermana, con una carita tristísima poco habitual en ella, media hora después, cuando llegamos a la estación.

—Yo también los voy a extrañar —respondo, esforzándome por hablar, porque siento la voz atascada en la garganta.

Ya durante el viaje, horas más tarde, mi mente se pierde pensando en el mundo nuevo que me espera. Nunca dormí fuera de casa. Eran mis compañeras del colegio las que venían a la nuestra, porque siempre preferí dormir en mi propia cama antes que en la de otras personas, sin importar que fueran más cómodas.

Recién ahora la realidad me golpea como un ladrillo en la cabeza. Tendré que vivir con una desconocida durante todo el tiempo que esté en Manhattan, tanto porque no creo que, ni siquiera con un buen sueldo, pueda pagar un lugar solo para mí en la isla, como porque no puedo darme el lujo de gastar dinero. Sé que casi todo lo que gane tendré que enviarlo a mis padres para pagar las facturas del hospital.

—¿En qué piensas tanto? —pregunta mi padre.

—En el futuro, papá. Vamos a estar bien —digo, rezando para que mis palabras se conviertan en una profecía.



Chelsea



Capítulo 5

Manhattan

Tráfico.

Una sinfonía de bocinas.

El estruendo de los motores.

La sirena de lo que supongo que es un camión de bomberos. ¿O será un patrullero de la policía?

Mi papá mira hacia todos lados, como si pensara que en cualquier momento tendría que saltar frente a mí para protegerme, y ni siquiera puedo culparlo, porque, si soy honesta, yo también estoy asustada.

Claro que he visto muchas películas y series ambientadas en Manhattan, pero nada se le acerca siquiera a esto.

A diferencia de lo que ocurre en mi ciudad, aquí la gente pasa sin saludarnos. Es como si ni siquiera nos vieran, como si vivieran dentro de una burbuja exclusiva en la que no cabe nadie más.

Sin duda es una isla hermosa, pero al menos en la zona en la que estamos, en los alrededores de Penn Station[3], casi no se ve nada verde. El horizonte está formado por completo por edificios que parecen tan fríos como las personas que deben vivir o trabajar en ellos.

Caminamos algunas cuadras para tomar el autobús y, cuando llegamos a Broadway[4], levanto la vista porque un *billboard*[5] anuncia el musical *El Fantasma de la Ópera*, que siempre quise ver,

pero cuando me dijeron que la entrada más barata costaba alrededor de cien dólares, más el pasaje de tren desde mi ciudad hasta aquí, ida y vuelta, y además el hospedaje en la isla, entendí que sería un sueño imposible.

Tal vez, quién sabe, ahora que voy a vivir aquí, yo…

Mi pensamiento se interrumpe por un tirón en el brazo, al mismo tiempo que mi papá me dice:

—Cuidado, Chelsea. ¡Ese idiota parece no haberte visto! —Señala con la mano libre a un coche que pasa a gran velocidad junto a nosotros.

—Lo siento, me distraje.

—No fue tu culpa. El peatón debe ser respetado. ¡Esto no es un circuito de Fórmula Uno, maldita sea! Prométeme que nunca irás al trabajo con auriculares: además de quitarte la atención de los coches en la calle, también eso puede darle oportunidad a alguien de robarte o algo peor.

—Papá, cálmate.

—¿Cómo voy a calmarme? ¡Esto parece un manicomio!

Entrelazo mi brazo con el suyo.

—Tienes razón. Somos los únicos cuerdos de toda la isla —bromeo para ver si mejora su humor, y enseguida noto que contiene una sonrisa.

—No tanto. Todos tenemos un poco de locura dentro.

Subimos a un autobús y, mientras recorremos la ciudad hasta llegar a nuestro destino, apoyo el rostro contra la ventana y, de vez en cuando, mis ojos se abren de par en par mientras absorben el caos de Manhattan. Los edificios parecen estirarse hasta tocar las nubes y las personas caminan como hormigas obreras, siempre apuradas.

Me siento emocionada y asustada, todo al mismo tiempo.

Finalmente bajamos en la cuadra del edificio donde viviré y, al menos a primera vista, parece agradable.

—Revisé los horarios de la línea de autobús desde tu trabajo hasta aquí —dice, mientras caminamos hacia el edificio—. No quiero que tomes el metro de noche. No es seguro.

—Está bien.

No voy a discutir con él, sobre todo porque yo misma hice la investigación y ya lo sabía. Dependiendo del horario, el metro queda desierto y, para una chica sola, puede ser peligroso.

El edificio donde voy a vivir es de ladrillo a la vista, rojo, y también tiene esas escaleras externas negras que vemos en las películas.

No es feo ni bonito. Se parece a todos los de alrededor. Simplemente, es insulso.

—No hay portero —refunfuña cuando digito el código para abrir la entrada.

—A caballo regalado no se le miran los dientes —digo—. Además, con el código, ¿quién se animará a entrar?

—No hay límite para la maldad humana, hija. ¿Trajiste el spray de gas pimienta que te compré?

—Sí, está bien guardado en mi bolso.

Papá sube mi pequeña maleta por la escalera hasta el tercer piso, mientras yo acomodo la mochila en la espalda y sostengo una bolsa del mercado cerca de nuestra casa con algunas frutas dentro, que mi madre insistió en que trajera porque, según ella, podría no tener nada para comer cuando llegara.

Vine todo el camino sintiendo el olor de las bananas y de un pastel que mi madre me horneó; me dan ganas de reír al pensar si, por casualidad, desperté el apetito de mis compañeros de viaje en el tren.

Toco el timbre y, cerca de un minuto después, una chica que aparenta tener más o menos mi edad abre la puerta.

Su cabello rubio oscuro está recogido en una coleta y viste pantalones de yoga y un top deportivo. Me sonríe, pero parece algo incómoda cuando ve a mi padre.

—¿Chelsea? —pregunta—. Lo siento, no sabía que vendrías acompañada.

—¿Shyla, verdad? —digo, extendiendo la mano para saludarla, ya que había hablado con ella por teléfono.

Ella acepta el saludo y nos da paso para entrar.

—Sí, y usted es…

—Rex Raymond. Es un placer conocerla, señorita Shyla. Soy el padre de Chelsea —dice con formalidad, ya que no suele ser simpático con desconocidos.

Superada la incomodidad inicial, normal entre personas que aún se están midiendo al conocerse, ella me lleva hasta mi habitación y casi lloro de alivio, porque hasta ese momento no tenía idea de si tendríamos que compartir una.

Después de darnos un recorrido por el apartamento, recién entonces mi padre parece satisfecho, se despide y se va, pero no sin antes recomendarme, como siempre, que le envíe un mensaje por la noche cuando llegue a casa, para asegurarse de que estoy a salvo.

Por supuesto, también le hizo a Shyla un pequeño interrogatorio encubierto, queriendo saber en qué sector de la empresa donde voy a trabajar se desempeña y si ella tenía novio.

Creo que la mayoría de las mujeres de mi edad se molestaría por esa sobreprotección, pero no es mi caso. Somos muy unidos y la insistencia de mi padre no nace de la necesidad de control ni de saber cada paso que doy. Es amor y cuidado.

Nunca he estado con desconocidos ni he asistido a fiestas (en caso de que Shyla sea de las que disfrutan organizarlas), y él solo quiere saber si voy a estar bien.

—Bienvenida otra vez —dice Shyla detrás de mí, después de que cierro la puerta con llave.

—Gracias. —Me doy vuelta para hablarle—. Quiero preguntarte algo y puedes ser totalmente sincera.

—Claro —responde, mucho más relajada que cuando estaba mi padre.

—¿Eres una persona introvertida, que prefiere estar en lo suyo, o de las que disfrutan conversar?

Ella sonríe.

—Me gusta conversar, con moderación.

Suelto un suspiro de alivio.

—Lo mismo digo.

—¿Entonces no eres introvertida?

—No. Solo un poco desconfiada, pero nada introvertida.

Su sonrisa se amplía y vuelve a extenderme la mano.

—Creo que nos vamos a llevar bien, Chelsea Raymond.



Chelsea



Capítulo 6

Han pasado seis meses desde que llegué a Manhattan y, mientras espero a que la cafetera emita el pitido que anuncia que mi combustible diario está listo, observo la calle desde la diminuta ventana de nuestra cocina, sintiéndome tan infeliz como lo he estado en los últimos días. En realidad, en las últimas semanas.

Shyla está sentada, desayunando (avena, como siempre, y no entiendo cómo alguien puede disfrutar de la avena cocida), pero siento que me observa y, cuando la miro, hay un pliegue de preocupación entre sus cejas.

Intento fingir calma, pero después de medio año conviviendo, ella aprendió a conocerme bien y sabe que desde hace días no logro dormir como corresponde.

Me sirvo solo café porque no tengo apetito y me siento frente a ella para conversar.

—¿Terminarás con todo hoy? —pregunta.

Ni siquiera intento fingir que no sé de qué está hablando.

—Sí. Caí en una trampa, ¿no?

Shyla asiente.

—No voy a mentirte, Chelsea. Puedo perder mi trabajo si tú cambias de personalidad y te conviertes en una traidora, ya que Jaytson Kercher también es mi jefe, aunque sea de forma indirecta, pero me da igual si eso ocurre. Sería la peor amiga del mundo si no

te dijera la verdad. Creo que él te trajo a Manhattan con toda la intención. Sobre todo cuando, de repente, mi supervisora me ofreció un departamento "a cuenta de la empresa", cuando llevo mucho tiempo trabajando para ellos y jamás les importó que tuviera que tomar dos trenes para llegar a Kercher todas las mañanas.

A pesar de que nos hicimos amigas casi de inmediato cuando llegué a la isla, Shyla es bastante desconfiada y no suele hacer confidencias. Tal vez no ayudó el hecho de que yo estuviera saliendo con el hijo de nuestro jefe, así que recién hace algunas semanas me confesó que se mudó a este departamento pocos días antes que yo. Según ella, el inmueble le fue ofrecido sin una razón aparente y con la excusa de que, como vivía muy lejos, sería más práctico.

Descubrí que ese "privilegio" no le fue ofrecido a ninguna otra persona de la empresa, lo que me dio la certeza de que traerme a Manhattan fue un plan de Jaytson. Él decidió que me quería y movió cielo y tierra para conseguirlo. Podría haber sido halagador, tal vez incluso romántico, si no fuera porque en poco tiempo de relación comenzó a tratarme como si yo fuera una posesión y no un ser humano con cerebro.

Doy un sorbo al café, pero ni siquiera eso logra animarme. Me siento mentalmente agotada.

—Estoy de acuerdo en que la invitación para que trabajara en la empresa de su padre no fue inocente.

—¡Por fin!

—Pero nadie me obligó a salir con él, Shyla. La decisión estúpida de involucrarme con el hijo de mi jefe fue solo mía. Asumo la responsabilidad.

—¿Cuándo piensas renunciar?

—Lo antes posible, pero primero voy a ponerle un punto final definitivo a mi relación con él. No podía simplemente dejar el trabajo. Tú lo sabes. Mi familia depende de mí. Desde que empecé a trabajar aquí, nunca más se atrasaron las cuotas del hospital y ya incluso pude pagar la renovación del techo.

—Lo sé, y creo que Jaytson también lo sabía, porque fue la forma que encontró de mantenerte atada, chantajista hijo de puta.

—Me siento pésima por ceder a ese tipo de presión.

Si nadie dependiera de mí, lo habría mandado al infierno cuando empezó a comportarse como si yo fuera un objeto de su propiedad, pero me metí en una situación en la que el hombre con el que salgo no sabe separar lo personal de lo laboral. Aunque nunca lo dijo con palabras, en las últimas semanas quedó claro que me despedirían si yo rompía nuestra relación.

Mi padre estaba preocupado cuando me mudé a Manhattan. Yo también lo estaba, pero puedo decir que en estos seis meses hice un curso intensivo del "mundo adulto". Ya no soy tan ingenua como cuando llegué. Salir con Jaytson me enseñó mucho. Además, ya no me siento como un animal asustado.

Recuerdo que el primer día que entré a la empresa no miraba a nadie a la cara, muerta de vergüenza, pero Shyla me convenció de que, aunque algunos fueran más ricos (en el caso de los jefes) o tuvieran sueldos más altos (en el caso de los empleados que ganan más que yo), al final del día no dejan de ser seres humanos de carne y hueso, que sangran si se cortan y que algún día también van a morir.

—Sí, lo entiendo —dice ella, trayéndome de vuelta a la conversación—, y él está usando ese hecho a su favor. Por eso mismo tomé una decisión.

—¿Decisión?

—Ajá. —Ella suelta los cubiertos—. Ahora que prácticamente tienes asegurado el otro empleo, yo también voy a irme de Kercher.

—¿Qué?

—Le tengo tanto asco por lo que te viene haciendo que, incluso sabiendo que en cuanto tú te vayas él no volverá nunca más a nuestro sector, no podría dormir tranquila sabiendo que ese cretino paga mi salario.

—Lo paga su padre —la corrijo, porque aunque la diferencia sea mínima, ya que mi novio es el único heredero de todo, me da cierto alivio saber que el dinero con el que ayudo a mantener a mis padres no sale directamente de los bolsillos de Jaytson.

¿Cómo pude equivocarme tanto con alguien?

Durante los dos primeros meses que estuve en Manhattan, Jaytson me persiguió constantemente.

Me invitaba a cenar, aparecía de sorpresa en mi sector.

Sin embargo, cuando me entregó, en pleno horario de trabajo, una caja con un collar de diamantes y unos pendientes, le pedí que se detuviera, porque dejó de ser un coqueteo para convertirse en algo que me estaba asfixiando.

Tuve una conversación seria con él y le dije que, si insistía, renunciaría.

Era mentira, por supuesto. No esperaba que llegáramos a ese punto, porque yo necesitaba muchísimo mi salario; aun así, no estaba dispuesta a aceptarle joyas al hijo del jefe para conservar mi empleo.

Entonces, como si el hombre simpático que conocí en mi ciudad hubiera regresado, se disculpó y nunca más volvió a molestarme.

Unos quince días después, me lo crucé en el pasillo y parecía muy afectado. Terminé deteniéndome a hablar con él y me contó que su padre tenía cáncer. Yo ya lo sabía, porque corría un rumor en la empresa, y sentí mucha pena, ya que pensé en cómo sería si me tocara a mí. No me imagino cómo me sentiría si mi padre contrajera una enfermedad tan grave.

Ese día, Jaytson consiguió lo que ninguna invitación elegante, chocolates ni joyas habían logrado: llevarme a comer pizza después del trabajo.

Además de guapo, es inteligente, irónico de una forma divertida y, cuando quiere, encantador. Nuestra amistad creció, y rápidamente se transformó en algo más.

Tuvimos un mes y medio de paz, él me llevaba a cenar, a almorzar, a pasear por Central Park, hasta que un día todo volvió a cambiar.

Empezó con una invitación a cenar en su casa, la cual rechacé, porque no soy tonta ni me criaron en Marte. Mi madre siempre se ocupó de decirme todo sobre la vida, incluidas las trampas.

Sabía que un hombre como él, que para la mayoría es el paquete completo (rico y atractivo), no pasa mucho tiempo sin sexo, si los libros románticos que leí decían la verdad. Y también tenía claro que, si empezaba a presionarme por eso, sin importar cuánto me gustara

su compañía, terminaría la relación, porque no sería capaz de acostarme con alguien cuyo beso nunca me hizo perder la cabeza.

Me negué a ir a cenar a su casa y, para no arruinar nuestra amistad, ya que entendí que la relación no iba a ninguna parte, intenté alejarme poco a poco, poniendo excusas tras excusas para no volver a quedarme a solas con él, hasta tener la oportunidad de ponerle un punto final a lo nuestro.

Una vez más, él retrocedió en su actitud y, poco después, cuando su padre empeoró, mi decisión de romper se pospuso. La tregua, sin embargo, no duró mucho y hace un mes volvió a insistir con fuerza. En medio de todo eso, mis padres vinieron a visitarme y lo conocieron.

Salimos los seis a cenar y yo elegí el restaurante porque sabía que, si lo dejaba en manos de Jaytson, los llevaría a un lugar elegante que mi familia detestaría.

No fue una sorpresa que a mi papá no le cayera bien Jaytson; él no simpatiza con muchas personas fuera de la familia. Lo que de verdad me tensó fue que ni mi madre ni Sapphire (especialmente ella, que ama a todo el mundo) casi ni le dirigieron la palabra. Beryl lo analizó, al igual que mi padre, lo que significó que la cena fue un fracaso total, porque apenas comieron.

Al final de la noche, todos estábamos desesperados por irnos. El único que parecía indiferente a la situación era mi novio. Su humor, que incluso se volvió algo divertido durante la cena, cambió, sin embargo, cuando volví a rechazar su invitación para ir a su casa.

Esa noche me enojé muchísimo y tuvimos nuestra primera pelea seria, después de que mis padres subieron al departamento donde vivo.

Nunca acepté ir a su casa antes, ¿qué le pudo haber hecho pensar que aceptaría, especialmente cuando mis padres se habían sacrificado tanto, viajando durante horas en tren para venir a visitarme?

Discutimos y pasé todo el fin de semana con mi familia.

Sabía que estaba postergando lo inevitable. Jaytson y yo somos tan compatibles como una tetera y una pelota de fútbol.

Sin embargo, en una conversación con mamá durante su estadía, ella me dijo que, a pesar de haberse opuesto a que me mudara a la "gran ciudad" y de no haber simpatizado con mi novio, después de ver lo bien que estaba (*Dios, ella no tenía la menor idea*), se retractaba de sus prejuicios, porque pensaba que había tomado la decisión correcta al venir a Manhattan.

También me reveló (sin tener idea del riesgo que yo corría de perder nuestra principal fuente de ingresos, ya que estaba decidida a romper con Jaytson) que por primera vez en mucho tiempo cerraron el mes en positivo, sin deudas, aparte de las cuotas del hospital.

Fue un momento decisivo en mi vida, porque entendí que tendría que ser muy cuidadosa al terminar con el hijo de mi jefe. Mis padres estaban bien y no podía volver a ponerlos en aprietos sin tener otro trabajo asegurado.



Chelsea



Capítulo 7

—¿Chelsea?

—Perdón. Me distraje.

—¿En qué estabas pensando?

—Recordando la visita de mis padres y, sobre todo, el lunes siguiente a cuando estuvieron aquí. Dios, llegué a la oficina con la certeza de que resolvería todo ese día. Terminaría nuestra relación. Más aún porque Jaytson estaba otra vez dulce y educado, así que tuve la esperanza de que pudiéramos mantener la amistad, porque eso era lo único que él iba a tener de mí; yo ya había decidido que era suficiente.

—Él es un manipulador, Chelsea. Oscilaba entre ser el *doctor Jekyll* y el *señor Hyde* contigo.

—Sí, pero yo estaba segura de que era lo suficientemente maduro como para separar el fin de nuestra relación de mi fuente de trabajo, porque mantenerme en su empresa no sería ningún favor. Soy una buena empleada.

—Lo eres. Todos te elogian y ahora tuviste la confirmación de tu valor al conseguir ese nuevo empleo. Te hicieron pasar por varias entrevistas y, si no hubieran considerado que estabas a la altura, no te habrían aprobado para el puesto.

Ese lunes, después de la partida de mis padres, antes de que pudiera salir de la oficina (Jaytson me había invitado a cenar y acepté porque pensé que no había un lugar más civilizado para

terminar una relación que un restaurante), mi supervisor me llamó y me dijo que dentro de algunos días habría una evaluación del desempeño de todo nuestro sector y que se harían algunos recortes.

Fue la primera vez que escuché algo así, porque, hasta donde yo sabía, la salud financiera de la empresa iba muy bien.

No quise creer que hubiera una mano de Jaytson detrás de ese "aviso", que de algún modo hubiera intuido que yo iba a decir basta para nosotros dos y estuviera amenazándome entre líneas.

Me sentí tan frustrada y decepcionada que puse una excusa y no fui a cenar con él esa noche.

Me desahogué en los hombros de Shyla y, al día siguiente, empecé a salir durante el almuerzo para buscar otro empleo.

Finalmente me llamaron para una entrevista (el trabajo al que ella acaba de referirse) en otra empresa, como secretaria junior.

Es un cargo inferior al que tengo en Kercher, pero ahora creo que, siendo inexperta, solo conseguí el puesto de secretaria principal allí porque mi novio ya había interferido en ese momento, con segundas intenciones. Espero que su plan de traerme a Manhattan a cualquier costo no haya provocado que despidieran a alguien. Solo de pensarlo me dan náuseas.

El hecho es que, después de pasar por todas las etapas de selección, el supervisor de ese nuevo empleo me dijo que el puesto de secretaria junior era mío porque estaban buscando a alguien con ese perfil: joven, recién graduada, con algo de experiencia y, sobre todo, totalmente disponible en cuanto a horarios, ya que, según dijeron, el jefe, cuando está en el país, necesita a alguien que pueda atender sus necesidades, ya sea recoger un traje de la tintorería o reservar cenas.

Comentaron que no solía quedarse mucho tiempo en Estados Unidos, porque la sede de sus negocios está en Madrid. Cuando dije que estaba familiarizada con la cultura española, ya que tuve una vecina durante toda mi vida que me enseñó el idioma y me contó muchas historias sobre su país, fue el momento en el que creo que terminaron de decidirse.

El hecho es que, muy pronto, me libraré de Jaytson.

Decidí que primero voy a terminar con él y solo después entregaré mi carta de renuncia. Así será más fácil.

He ido a una o dos cenas por semana con él desde que mis padres vinieron. Todas las veces vuelvo a casa angustiada. No me siento orgullosa de mí misma por permitir que me intimide con la amenaza cobarde de despedirme si termino la relación.

Remuevo el café en mi taza sin la menor intención de beberlo. Ya está frío y, sinceramente, no sé si puedo beber o comer con la ansiedad que siento.

—¿Qué vas a hacer después de romper con él? Será hoy, ¿no?

—Sí, no aguanto más. Tiene que ser hoy. Cuando ponga un punto final, voy a volver a casa, intentaré dormir. Después, mañana, entregaré la carta de renuncia y empezaré a empacar para mudarme.

—¿A dónde? —pregunta, con tono preocupado.

—No lo sé. Pero con toda seguridad, no será dentro de la isla. No tengo cómo pagarlo.

—¿Me quieres lo suficiente como para seguir viviendo conmigo?

—Tonta. Claro que sí. Solo voy a mudarme porque dejaré la empresa.

—Vi unos departamentos en Nueva Jersey. El trayecto, si tomamos un tren y después el metro, es de veintinueve minutos hasta el centro. ¿Qué te parece?

Tomo su mano por encima de la mesa y la aprieto.

Dios, las consecuencias de mi relación tóxica también están afectando la vida de Shyla. Ella lleva años trabajando en la empresa de los Kercher y ahora tendrá que dejarla porque se siente mal por mi culpa.

—¿Estás segura de esto?

—Sí, lo estoy. No quiero trabajar en un lugar donde el dueño chantajea a su empleada para que no termine una relación. Él es abusivo, Chelsea. Yo lo vi cuando te gritó ayer.

Suelto su mano y me cubro el rostro con las mías.

—Dios mío, ¿quién más escuchó eso? —pregunto, muerta de vergüenza.

—Todo el sector.

—¡Por Dios! ¡No me dijiste nada!

—Porque no quería ponerte en una situación incómoda, pero no tienes idea de lo difícil que fue para mí no intervenir. Quería darle un puñetazo en la cara. Pero, como cuando llegaste a casa no te quejaste, decidí no meterme. ¿Por qué fue la pelea?

—Despreció mi ciudad. Dijo que era un lugar de obreros y olvidado por Dios.

—Qué idiota... ¿Pero discutiste con él?

—Le dije que la gente de allí era buena y honesta, y que el dinero no lo es todo en la vida. Él empezó a reírse a carcajadas y me llamó provinciana.

Recordar eso me dan ganas de llorar de rabia.

¿Cómo pude permitir que las cosas llegaran a este punto? Llevo solo unos pocos meses saliendo con Jaytson y ya actúa como un cretino. Ni me imagino casándome con alguien así.

Ella parece muy incómoda antes de continuar.

—¿Pero fue solo eso? Porque el comentario es que también te agarró del brazo con fuerza.

—Sí, lo hizo —digo y levanto la manga de la blusa para mostrar la marca de sus dedos.

—Sé que vas a terminar con ese infeliz, Chelsea, pero voy a darte un consejo para que lo guardes el resto de tu vida: nunca permitas que un hombre te grite o te "agarre" con fuerza, y ni siquiera voy a hablar ahora de agresiones reales, sino del comienzo.

—¿*Comienzo*?

—Mi madre fue víctima de un marido abusivo durante años.

—Oh, Shyla, lo siento mucho.

—Gracias, pero no te preocupes por eso, porque hace tiempo se liberó de ese miserable. Lo que intento decirte es que los hombres abusivos, ya sea física o verbalmente, no se vuelven así de un día para otro. Primero te hacen sentir amada, te hacen depender de ellos, y después te gritan, te convencen de que eres inferior y, a continuación, pasan a agresiones más graves.

—No parece algo que solo hayas visto en la relación de tus padres.

—No lo fue. Sobreviví a dos relaciones así.

Voy hacia ella y la abrazo.

—Nunca me hablaste de eso.

—Porque no me gusta recordarlo. Crecí viendo cómo golpeaban a mi madre. Ella pensaba que la culpa de recibir golpes y gritos era suya. Siempre odié a mi padre, pero asimilé el comportamiento de mi madre más de lo que imaginaba. Salí con dos cretinos que abusaron de mí físicamente y por eso te digo, Chelsea: un hombre que te aprieta el brazo con fuerza, en medio de una oficina, hará algo mucho peor cuando estén a solas.

—Eso ya lo entendí, y si no le di una patada en los testículos fue por mi familia, porque me habrían despedido en el acto. Solo supe ayer, cuando llegué a casa, que el nuevo empleo era definitivamente mío.

—Nunca dudé de que lo conseguirías.

—Gracias. Tu apoyo fue fundamental. No podía contarles a mis padres lo que estaba pasando, porque corría el riesgo de que papá le diera una paliza a Jaytson.

—Se la merecería.

—Sí, pero no quería a mi padre en la cárcel. El hecho es que ahora todo terminó.

—Vas a cenar hoy con él para acabar de una buena vez con esta relación, ¿verdad?

—Ajá.

—¿Quieres que te pase a buscar por el restaurante?

—¿Harías eso?

—Sí. No confío en ese imbécil. Envíame un mensaje de texto diciéndome dónde será el encuentro y estaré dando vueltas por la zona. En cuanto quieras salir, basta con que me mandes un "se acabó" y yo te llamo diciendo que tenemos una emergencia.

—No le tengo miedo —digo, aunque no sea del todo cierto después de lo que pasó ayer.

Pensándolo en retrospectiva, nunca estuvimos solos fuera de un lugar público.

—Yo sí le tengo miedo, por ti. Envíame el mensaje y te estaré esperando afuera del restaurante, Chelsea.



Santiago



Capítulo 8

La sala de conferencias donde estoy reunido con los directores de mi empresa de marketing se mantiene en silencio mientras hablo.

—Lo que necesitan entender es que, para mí, la vinícola Velasco-Sanchez no es solo una empresa ni únicamente el lugar donde hoy se produce el mejor vino español del mundo. Es el legado de mi bisabuelo.

Además de que odio a mi tío por lo que le hizo a su esposa, Alelila, no voy a permitir que destruya nuestra herencia familiar. La vinícola ni siquiera es mi principal negocio, pero si no cumplo el testamento de mi abuelo y el maldito Hernández Velasco-Sanchez queda al frente de ella, sus planes son convertirla, como ya ha dicho varias veces, en algo rentable, pero sin alma. Y después, venderla.

Va a destruir la esencia de una empresa que ha pasado de generación en generación entre los miembros de mi familia, en nombre del lucro. En poco tiempo, la vinícola Velasco-Sanchez será solo una más entre tantas del mercado.

Mantengo la voz neutra, intentando controlar la irritación, pero la verdad es que la sangre me hierve bajo la piel.

Aunque el aire acondicionado está al máximo, veo una gota de sudor deslizarse por la frente del hombre responsable de la desastrosa campaña de marketing que debería presentarse en todos los rincones del planeta dentro de un mes. Es evidente que está

nervioso, y está bien que lo esté, porque estoy a punto de cortar algunas cabezas.

Lo miro fijamente, sin parpadear, y él se mueve incómodo en la silla. Luego usa un pañuelo gris para secarse el sudor de la frente.

La tensión dentro de la sala es tan densa que podría cortarse con un cuchillo.

No soy el tipo de persona que centraliza el poder. Al contrario, confío en que, uniendo fuerzas (de personas competentes y que sepan lo que están haciendo, por supuesto), siempre podemos mejorar, y precisamente por eso no tolero que idiotas incapaces de encontrar su propio culo trabajen para mí.

—Estamos aquí para dejar algo claro de una vez por todas: aunque doy la bienvenida a la tecnología y a las innovaciones en mis negocios, en lo que respecta a la vinícola, en particular, no busco solo el lucro. Hay algo que la hace única. La manera en que seguimos cosechando nuestras uvas, el proceso del vino y la forma en que se almacena. La elección de la cosecha perfecta, considerada nuestra línea premium. Todo eso, en conjunto, nos convierte en la vinícola española más tradicional del mundo, un imperio construido con respeto por las raíces de mi tierra.

Veo al cretino levantar la mano, pero niego con la cabeza. No estoy ni cerca de terminar.

—Cuando mi bisabuelo fundó nuestra vinícola, quería algo más que vender vino. Quería contar la historia de nuestro pueblo, de la tradición, de la familia. Y fue esa historia la que nos trajo hasta aquí, la que nos hizo quienes somos. Generación tras generación, mantuvimos esos valores, y no hay ninguna razón para abandonarlos ahora.

La tensión en los rostros de los hombres y mujeres que me rodean es evidente. Perciben la gravedad de la situación, pero aún no creo que la estén comprendiendo por completo.

—Vamos directo al punto: la nueva campaña que crearon es un desastre. Es moderna, sí, pero está vacía. Es llamativa, pero no tiene alma. Estamos hablando de una animación llena de efectos visuales, con músicas estridentes que no tienen nada que ver con España ni con sus rasgos distintivos, sino con un mundo moderno y genérico.

No es lo que deseo. Cuando las personas alcen una copa de nuestro vino, espero que recuerden el aroma de la tierra húmeda, el sol ardiente poniéndose sobre los viñedos, mi patria.

—Con el debido respeto, señor Santiago, intenté darle un aire más juvenil y atraer a un público nuevo.

—¿A quién? ¿Estudiantes? Por más poder adquisitivo que tengan, jamás serán el público de la vinícola Velasco-Sanchez. En ese caso, debería haber propuesto una nueva línea de bebidas dirigida específicamente a ese público.

Una mujer de cabello rojo largo, con anteojos de montura gruesa, levanta una de sus manos. Debe rondar los cincuenta años y rara vez se manifiesta en las reuniones, aunque sé que es muy competente.

—Señor Santiago, tengo una idea que viene formándose desde hace tiempo —dice y, de inmediato, se pone tan roja que parece a punto de desmayarse.

—La escucho… Mirena, ¿cierto?

El rubor se intensifica y parece sorprendida de que sepa su nombre. Conozco el nombre de todos los que ocupan cargos más altos en mis empresas.

—Sí, señor… —responde, pero antes de poder continuar, su jefe, el idiota responsable de la grotesca campaña, interviene.

—Mirena, ya hablamos de eso y mi respuesta fue no.

No se me puede considerar un hombre muy paciente, y ver a alguien que está al borde del abismo, a punto de ser eliminado de mi equipo, intentando imponerse y desmerecer a su subordinada, me irrita aún más.

—Hable conmigo, señora…

—Señorita, señor Santiago.

—Continúe.

—Coincido con usted en que debemos mantener la línea *premium* con toda la tradición que la consolidó en el mercado. Es innegable que eso es lo que hace única a nuestra vinícola —dice, y me agrada la forma en que se refiere a mi empresa, porque demuestra orgullo —. Por otro lado, también necesitamos atender a un público más joven, y por eso propongo una nueva línea de bebidas frías,

preferentemente rosadas y blancas, aunque sin excluir los tintos, para ser vendidas en botellas estilo *longneck* y con tapa a rosca, como algunas cervezas.

El silencio cae sobre la sala y, mientras todos temen que sea despedida por la audacia de la idea (ya que noto burla en las expresiones de los presentes), mi mente va cien pasos adelante.

—¿Desde cuándo ha estado pensando en esto?

—Desde hace más de un año. Incluso se lo comuniqué al doctor Roryn, pero la idea fue descartada.

Me giro hacia el cretino incompetente.

—¿Por qué?

—¡Porque es absurda! No tiene sentido invertir en otra línea de bebidas si ya tenemos varias *premium*.

—Tiene todo el sentido si la intención es no desvirtuar nuestra tradición —respondo y, por primera vez, Mirena sonríe—. La reunión ha terminado, pero tú te quedas —informo, señalando al hombre que está a punto de ser despedido.

Todos se levantan rápidamente y, cuando la mujer pelirroja se acerca a la puerta, digo:

—En cuanto Roryn salga, vuelva aquí, señorita Mirena.

—Sí, señor.

Una hora después, estoy solo dentro de mi coche, ya con Roryn despedido y Mirena ocupando su puesto.

Desde hace tiempo él me venía decepcionando, pero impedir que una empleada lleve ideas a las reuniones, como él mismo admitió en nuestra conversación privada después de que los demás se marcharon, demuestra no solo incompetencia, sino también miedo a ser superado, algo que no tiene lugar en mis negocios. En todas las empresas que dirijo, exijo colaboración, no división.



Chelsea



Capítulo 9

Remuevo la ensalada en mi plato mientras, con la otra mano, acaricio el pequeño bolso que descansa sobre mi regazo.

La tentación de sacar el teléfono de ahí, mandarle un mensaje a Shyla y simplemente girarme hacia Jaytson para decirle "vete a la mierda" es enorme, pero no soy una niña ni estoy ya en la escuela, cuando me vengaba de los chicos que me fastidiaban pegando chicle en sus sillas.

Además de que ya soy adulta, si hiciera algo así, es muy probable que, cuando descubra que conseguí otro empleo, Jaytson vaya hasta mi nuevo jefe y cuente el episodio, intentando destruir mi reputación.

Fantasear, sin embargo, no es un delito, y mientras escucho a Jaytson y a sus amigos idiotas (somos un total de ocho, cuando en realidad pensé que vendría a encontrarme con él para una cena a solas), imagino la camisa blanca que lleva, idéntica a la de los otros tres hombres presentes, uno de ellos el imbécil de Tenner Elbrook, manchada con la salsa de la pasta que está comiendo.

También podría adornarle el cabello con albóndigas e incluso meterle unos guisantes en las fosas nasales.

—¿Chelsea? —Alguien me llama y tengo que parpadear para volver a la realidad.

—No te escuché. ¿Qué preguntaste?

Sé que la mujer que me llamó es la novia de uno de los tipos. No son solo los hombres los que parecen salidos de un molde hecho especialmente para producir imbéciles ricos. Las mujeres también se visten como si compraran ropa en el mismo lugar y fueran tan superficiales como sus novios.

Ya conocía al grupo, porque salimos juntos un par de veces, pero en aquel entonces todavía estábamos al comienzo de la relación y Jaytson fingía ser un buen tipo. Ahora, sin embargo, quizá ya hayan notado que no soy la chica ingenua que llegó a Manhattan hace seis meses y, sobre todo, que sé que todos los presentes, sin excepción, son un montón de niños mimados y pretenciosos.

Jaytson suelta una carcajada a mi lado, sin motivo aparente, y hasta el sonido de su risa me crispa los nervios.

—Ella quería saber de qué diseñador es el vestido que llevas puesto, pero yo mismo puedo responderle. Probablemente es de alguna liquidación de Macy's, de esas con un 80% de descuento —empieza, y todos se ríen. Solo una de las chicas me mira con lástima —. La idea de Chelsea de vestirse bien es hurgar en tiendas de segunda mano y en remates de stock, pero eso se va a acabar pronto. No quiero que mi mujer me avergüence en la calle.

Ni siquiera sé por dónde empieza mi deseo de matarlo.

Si por humillarme en público, despreciando mi ropa, que sí, es de liquidación, pero que siempre elegí con el mayor cuidado, o por asumir que estaremos juntos en el futuro, porque sé que eso no nace de ningún plan romántico, sino de la certeza de que estoy en sus manos.

Mis mejillas arden, pero no de vergüenza. La rabia hierve dentro de mí.

—No todas las personas nacen con padres millonarios —digo, luchando por mantener bajo control el temblor de ira en la voz.

—Sí. Los desafortunados nacen con padres obreros, en ciudades pequeñas, y necesitan mandar a reparar el techo de sus casas o, quién sabe, tal vez necesitan un bote cuando llueve.

Siento la sangre zumbándome en los oídos.

Vagamente, creo que alguien en la mesa se rió, aunque estoy casi segura de que, fuera del imbécil de Tenner, el resto del grupo parece

sentir lástima por mí.

Sé que Shyla está rondando afuera, a la espera de una señal mía, porque le pregunté a Jaytson a qué restaurante vendríamos y se lo avisé por mensaje.

Llevo el diminuto bolso de mi regazo a la mesa, saco el teléfono móvil, lo desbloqueo y le envío un mensaje avisándole que saldré en breve.

Cuando vuelvo a alzar la vista, parece que todos dejaron de respirar y esperan mi reacción.

Miro con calma a Jaytson. La carga inicial de rabia que sentí se ha disipado y fue reemplazada por desprecio.

—No pongas esa carita, *baby*. Estoy bromeando, Chelsea. Eres tan linda que ni siquiera esa basura que usas logra esconder tu belleza.

Siento los ojos de todos en la mesa clavados en mí.

—El dinero no lo es todo, Jaytson. Sí, puede darte ropa, joyas y relojes caros que valen tanto como un apartamento. Puede llevarte de viaje a lugares a los que nunca fui y a fiestas en las que yo ni siquiera sabría cómo comportarme, pero no puede comprar padres maravillosos. Una hermana que cree vivir en un mundo de fantasía donde es un unicornio, ni al hermano más protector que una chica podría desear.

Su sonrisa presuntuosa vacila, reemplazada por un destello de confusión, porque estoy segura de que no esperaba que respondiera a sus insultos.

—Tranquila —ironiza, segundos después—, yo…

Hago un gesto con la mano, interrumpiéndolo.

—Hay otra cosa importantísima que el dinero no puede comprar, Jaytson: educación. Me voy a permitir darte un consejo, ya que fuiste tan honesto con respecto a mis elecciones de ropa. No tienes ninguna clase. Cada vez que hablo, me interrumpes.

Me pongo de pie y me alejo de la mesa, dando unos pasos hacia atrás, manteniendo distancia entre nosotros.

—Siempre me dijiste que estudiaste en colegios suizos, que hablas cinco idiomas y que tus notas en la universidad estaban por las nubes, pero nada de eso sirvió para convertirte en un hombre

educado. —Mi corazón retumba con las palabras duras que acabo de pronunciar; nunca tuve que confrontar a alguien tan directamente—. Eres esnob, mezquino e infantil. Un necio pretencioso que cree que, porque su cuenta bancaria está llena, es mejor que el resto de la humanidad.

El silencio pesa a nuestro alrededor.

—Eres una zorra.

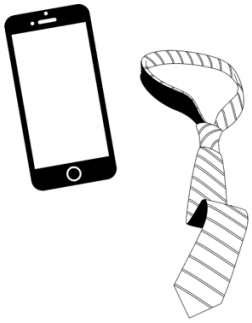
Se pone de pie de un salto y viene hacia mí, con un brazo en alto. Yo ya tenía el teléfono móvil en la mano, así que retrocedo aún más y empiezo a grabar.

—Vamos, Jaytson. Veamos qué tan valiente eres. Di *hola, X*, y *hola, TikTok.*

Se congela en el acto. Se arregla el traje caro y vuelve a sentarse.

El restaurante entero se detuvo a escuchar la pelea y me estoy muriendo de vergüenza, pero más grande que el bochorno es mi rabia, porque estuve a punto de recibir un golpe y nadie hizo nada para impedir que me agrediera. Solo se detuvo porque lo amenacé.

—Justo como pensaba, eres un cobarde. La peor decisión de mi vida fue haber salido contigo, Jaytson. Haznos un favor a ambos y no vuelvas a buscarme nunca más.



Chelsea



Capítulo 10

No espero una respuesta. Con cada paso que me alejo de la mesa, de él y de la atmósfera sofocante de burla y humillación, respirar se vuelve más fácil, aunque todavía tengo un nudo atascado en la garganta y siento dolor detrás de los ojos.

Sin embargo, prefiero morir antes que dejar que una lágrima caiga frente a esos infelices.

Escucho risas y susurros de otros clientes mientras camino, pero los ignoro.

La recepcionista, apareciendo Dios sabe de dónde, me abre la puerta del restaurante y, en cuanto salgo, una bocanada de aire fresco junto con una ráfaga de viento, de esas que suelen preceder a la lluvia, me golpea el rostro.

Apenas piso la vereda, veo a Shyla esperándome. Como si hubiera sido planeado, un rayo cruza el cielo y, enseguida, cae una tormenta intensa.

—Amiga, ¡así que sabes hacer una entrada espectacular! —intento bromear, pero ella no sonríe. Abre los brazos hacia mí, como si supiera exactamente lo que necesito, y en cuanto la abrazo, empiezo a llorar.

No sé cuánto tiempo permanezco así, hasta que Shyla se separa de mí.

—No voy a preguntarte cómo te fue. Tu cara ya lo dice todo.

Me seco las lágrimas con el dorso de las manos.

—No tienes idea. Había otras seis personas cenando.

—¿Qué? ¿Pero no se suponía que iba a ser una cita a solas?

—Sí, pero al parecer Jaytson no quiso quedarse a solas conmigo, lo cual es extraño, porque siempre prefirió la privacidad.

—Creo que estaba seguro de que no ibas a terminar por miedo a perder el empleo, pero se aseguró de todos modos llevando a más gente, solo por si acaso querías mandarlo al infierno, porque probablemente pensó que no harías un escándalo en público.

—Una prueba de que no sabe absolutamente nada sobre mí.

—¿Quieres desahogarte?

—No, pero voy a hacerlo de todos modos.

Le cuento todo lo que me dijo, cada una de nuestras interacciones, con todo detalle.

—¡Es un hijo de puta!

—Y eso no fue lo peor.

—¿Hubo más?

—Sí. Casi me golpea.

—¡Por Dios! ¿Delante de todo el mundo?

—Ajá. Y si no lo hizo fue porque empecé a grabar y lo amenacé con subirlo a X y a Tik Tok. No voy a mentir. Tuve miedo, pero eso ni siquiera fue lo peor, ¿sabes?

—¿Qué puede ser peor que ir a una cena con tu novio y los bastardos que lo rodean, y que él intente agredirte?

—La pasividad de la gente. Tuve la certeza de que nadie me iba a ayudar. Aunque estaban mirando y tal vez algunas mentes retorcidas incluso disfrutaran del espectáculo, la mayoría solo observaba, como si no fuera asunto suyo. Como si presenciar a una mujer a punto de ser agredida por un tipo con el doble de su tamaño no significara nada.

—Bienvenida a la gran ciudad, Chelsea, y en ese aspecto, Manhattan es todavía más cruel. Las personas no se perciben entre sí.

—Esa fue exactamente la sensación que tuve cuando llegué aquí, el primer día.

—Es la pura verdad. Los neoyorquinos de la isla, sobre todo, tienen fama de malhumorados —continúa—. Y no voy a quitarles del

todo la razón. La ciudad vive llena de turistas y, en verano, la multitud en las calles puede ser bastante irritante. Fuera de eso, creo que también forma parte de la cultura local ocuparse solo de sus propios asuntos.

—Eso no es *"ocuparse de los propios asuntos"*, Shyla. Es una omisión, pura y simple.

—Lo sé, querida. A lo que me refería es a que no esperes el mismo cariño y la misma atención que recibías en tu ciudad, en una metrópolis como la nuestra.

Me atrae de nuevo hacia un abrazo.

—Vámonos de aquí antes de que entre y le dé un golpe —dice.

—No mereces pasar la noche en la cárcel. Además, todavía no conseguiste el otro empleo. No puedes golpear al hijo del jefe.

—Hablé con mi madre y dijo que puede aguantar un mes o dos, si hace falta. Ya tomé mi decisión. Mañana también voy a Recursos Humanos a entregar mi carta de renuncia.

—Por favor, Shyla, te pido que lo pienses con calma. Sé que somos amigas y que estás molesta por mí. Si fuera al revés, yo también lo estaría, pero es tu vida.

—No hay ninguna posibilidad de que me retracte, amiga. Si ya estaba furiosa antes, ahora, por ningún dinero del mundo seguiría allí. Vámonos o nos quedaremos atrapadas bajo el toldo del restaurante, porque la lluvia no hace más que aumentar. Si me veo obligada a pasar la noche aquí, no puedo garantizar que no entre y apuñale a tu ex.

Nos movemos rápido, intentando escapar de la lluvia, pero de pronto pasa un coche y yo, que iba del lado de la calle, recibo un baño completo.

Insulto al hombre y le muestro mi dedo medio, llena de rabia, pero segundos después me detengo. Dejo de caminar, de huir de la lluvia y de huir de mí misma.

Dejo de fingir que no estoy herida por las ofensas que recibí y por toda la presión que vengo soportando desde hace semanas, desde que me convertí en rehén de mis responsabilidades y tuve que aguantar a ese asqueroso de Jaytson creyendo que era mi dueño.

Cuando las lágrimas me caen ahora, no intento contenerlas. Lloro como una chica de veinte años debería tener derecho a llorar.

Solo me doy cuenta de que salí del toldo y de que estoy bajo la lluvia cuando Shyla pronuncia mi nombre, pero ni siquiera entonces intento protegerme.

Probablemente mi maquillaje ya esté corrido, pero no me importa. Me siento vulnerable y, al mismo tiempo, libre.

Al poco tiempo, el llanto cesa y empiezo a bailar.

No cualquier baile, *el mío.*

—¿Qué estás haciendo, loca? ¡Te vas a agarrar una neumonía!

Escucho una música imaginaria en mi cabeza y marco los pasos del flamenco. Mis brazos están en posición y mi cuerpo se consume por la pasión por lo que realmente amo hacer.



Santiago



Capítulo 11

Después de una jornada infernal, lo único que quiero es llegar a casa.

¿Casa? No, Manhattan no es mi casa. Lo son Madrid y Barcelona, donde me reparto la mayor parte de mi tiempo. En la actualidad, el único que tiene residencia fija en Estados Unidos es Alexandros, que se convirtió en socio del equipo de fútbol americano Boston Sharks.

Estoy exhausto, y parece que el mundo entero conspira para que no llegue nunca a mi destino. Mi chofer avanza por el caos que es el tránsito de la isla, pero estamos atrapados en un embotellamiento que se extiende hasta donde mis ojos cansados alcanzan a ver.

La lluvia golpea con fuerza el techo de mi Rolls-Royce, como una batería implacable, llevando un ruido irritante directamente a mi cabeza.

Me gustan los espacios abiertos y, en este momento, me siento como un animal encerrado en una jaula.

Una cacofonía de bocinas nos rodea y tengo la certeza de que todos los demás conductores, al igual que nosotros dos dentro de este vehículo, están frustrados también.

Me gusta la lluvia, pero no esta. Me gusta la española, cuando estoy dentro de la casa principal de mi viñedo y puedo escucharla caer mientras disfruto de una copa de mi mejor Rioja.

Miro mi teléfono móvil, donde me espera un documento urgente para leer. Intento concentrarme en la letra pequeña, pero la cabeza

me late y no logro enfocarme, lo que empeora mi humor, ya que necesito que el acuerdo que estoy revisando se cierre lo antes posible.

—¿Cuánto falta? —le pregunto al chofer, como el cretino que soy, porque ya conozco el paisaje local y sé que, incluso en un día normal, aún quedaría un largo trayecto por delante.

Mis oficinas en la ciudad están cerca de Ground Zero y mi casa se encuentra en Brooklyn. A diferencia de la mayoría de quienes tienen medios para comprar lo que quieran en los alrededores, prefiero la paz de un vecindario más selecto al infierno que sería vivir en un penthouse cerca de Central Park, por ejemplo.

Un trueno resuena a lo lejos y, en el instante en que giro la cabeza para mirar el cielo, un movimiento en la acera, a pocos metros, capta mi atención.

Una figura femenina, difuminada por la lluvia, se mueve sin parecer preocuparse por el hecho de estar empapada.

No consigo apartar la mirada de su cuerpo. Y si ya me había quedado hipnotizado por ese pequeño acto de locura, la curiosidad se transforma en fascinación cuando veo una de sus manos levantada por encima de la cabeza y la otra a la altura de la cintura.

Las caderas se mueven siguiendo un ritmo, como si solo ella escuchara la "música", pero, a pesar de la distancia, sé exactamente qué está haciendo. La mujer ejecuta pasos de flamenco.

La manera en que parece completamente ajena al mundo que la rodea despierta mi interés como no recuerdo que haya ocurrido en mucho tiempo.

Se mueve con gracia y sus brazos flotan como si fueran tan livianos como plumas, cortando el aire en curvas sensuales. Si existiera una expresión para definirla, sería la más pura representación de la libertad.

La forma en que su cuerpo se desplaza tiene una delicadeza casi etérea. El agua salpica a su alrededor en pequeñas explosiones mientras baila, pero no parece importarle.

El cabello, empapado por la lluvia, cae sobre su rostro, mientras sus mechones están balanceándose, a veces cubriéndolo, a veces regalándome pequeñas muestras.

Una boca de labios carnosos.

Un mentón pronunciado.

Un cuello largo y extremadamente delicado.

Sí, es hermosa.

El tránsito, el ruido incesante de las bocinas, todo eso pasa a un segundo plano.

Mientras ella danza, es como si la calle se hubiera transformado en su escenario privado.

Hay algo profundamente hipnótico en su forma de moverse, como si estuviera en perfecta armonía con la sinfonía de la lluvia.

La mujer es como una advertencia, un recordatorio de que incluso en medio del caos debes seguir viviendo y sonriendo.

¿Hace cuánto no sonrío de verdad?, me pregunto, aunque ya sé la respuesta: desaprendí a sonreír en la adolescencia.

No me considero un hombre impulsivo. Al contrario, suelo tomar decisiones basadas en la lógica, nunca en las emociones. Incluso el odio que siento por mi tío y el plan para destruirlo son un objetivo, y sé exactamente lo que debo hacer, en línea recta, para salir del punto A y llegar al B.

Sin embargo, en este momento me invade una especie de compulsión inexplicable, en la que el deseo de ir hasta la bailarina de flamenco se vuelve tan urgente que me enfurece.

Me conozco lo suficiente como para estar seguro de que, por primera vez en mi vida, voy a soltar a la bestia que llevo dentro y pondré la lujuria por encima de la razón. Sí, porque sé exactamente lo que estoy sintiendo. Deseo. Ganas de poseer a la mujer a la que parece no importarle lo que piensen de ella; que se atreve a romper las reglas y bailar bajo la lluvia mientras todos intentan resguardarse de la tormenta.

Abro la puerta del coche porque el vehículo que tenemos delante está detenido, pero apenas bajo, otro automóvil se mueve a mi lado, creando una barrera entre la bailarina de flamenco y yo.

Por un instante, ella desaparece de mi campo de visión y, a estas alturas, ya empapado, rodeo el otro coche, pero en cuanto llego al lugar donde estaba bailando, la veo salir corriendo junto a una

amiga. Ya está lejos, casi en la esquina, y un impulso primitivo me ordena seguirla.

Sin embargo, los coches comienzan a tocar la bocina y me doy cuenta de que es porque mi chofer está obstaculizando el tránsito.

Irritado conmigo mismo por el gesto impulsivo, regreso al automóvil. Sacudo la cabeza, convencido de que solo puedo estar loco. ¿Qué otra cosa justificaría lo que acabo de hacer?

Casi una hora después, por fin, llego a casa.

Tiro la ropa en el suelo del baño de mi suite, entro a la ducha y, durante varios minutos, vacío la mente de cualquier cosa que no sea la sensación del agua caliente recorriendo mi cuerpo. La tregua dura poco, porque pronto la imagen de la mujer sexy bailando bajo la lluvia regresa y mi miembro se endurece con el deseo arrollador de tenerla aquí conmigo.

Cierro los ojos y, con la frente apoyada en la pared de la ducha, muevo la mano sobre mi verga, imaginando su vagina envolviéndome profundamente. El orgasmo llega rápido, pero no es suficiente para aplacar mi hambre.

Minutos después, salgo de la ducha, me pongo un bóxer y tomo el teléfono móvil. Le envío un mensaje a mi asistente, ordenándole que consiga las imágenes de todas las cámaras de seguridad de la calle del lugar donde estaba detenido. La mujer tuvo que haber salido de algún establecimiento y, una vez que descubra de cuál, será más fácil encontrar a mi misteriosa bailarina.

¿Debería preocuparme por esto ahora? Definitivamente, no. Hay cuestiones mucho más importantes, como, por ejemplo, el hecho de que el plazo para encontrar una esposa por conveniencia se está agotando.

Conocerse a uno mismo, sin embargo, es algo en lo que todos deberían convertirse en especialistas, y ese es mi caso.

Estoy seguro de que la obsesión por esa mujer no va a desaparecer hasta que la posea. Hasta hoy, jamás dejé de obtener algo que deseara.

No, eso no es cierto, me recuerda una voz interna. *Una vez quisiste retroceder en el tiempo, pero eso es imposible.*



Chelsea



Capítulo 12

—¡Loca! —grita Shyla, riendo, cuando llegamos a casa completamente empapadas—. Eres única, Chelsea Raymond. ¡Convertiste un día de mierda en algo divertido!

—El baile siempre fue una terapia. Hoy estaba tan enojada —digo, dirigiéndome a mi habitación, porque estamos mojando todo el departamento— que necesitaba sacar todo eso afuera. Claro que habría preferido hacerlo viendo los dientes de Jaytson en el suelo del restaurante, pero sé que si terminara arrestada, además de existir una gran posibilidad de perder el nuevo empleo, eso entristecería a mi familia. Ya vuelvo.

Cerca de media hora después, las dos estamos en mi habitación. Tanto Shyla como yo seguimos aceleradas por los acontecimientos de la noche y por todo lo que cambiará en nuestras vidas a partir de mañana. Así que, sabiendo que no serviría de nada intentar dormir, decidimos hacer planes mientras preparamos las maletas.

—¿Crees que mañana nos echará del departamento? —pregunta.

—Creo que, al menos a mí, sí. No hay forma de que Jaytson me deje seguir aquí después de haberlo avergonzado delante de sus amigos idiotas.

—Sabes que nada de lo que dijo es verdad, ¿no? —dice cuando termino de cerrar la primera maleta—. Tu guardarropa puede haber sido comprado todo en liquidación, pero tienes muy buen gusto,

Chelsea. Sabes elegir las prendas con precisión quirúrgica. Nadie diría que son de liquidación.

—La necesidad hace saltar a la rana. Muchas veces, durante mi hora de almuerzo, me puse a buscar prendas en tiendas tipo outlet, como Ross y Marshalls. Si tienes tiempo y paciencia, puedes encontrar cosas muy interesantes.

—Sí, lo sé. Hay vestidos de buenas marcas que nadie diría que fueron comprados en lugares así.

—Algunas mujeres de nuestro trabajo estoy segura de que se dan cuenta, porque una vez escuché a una comentando que era de la colección pasada.

—Son muy superficiales, ¿verdad? Además, hasta me alegra usar algo de la colección anterior, que nadie más esté usando.

—Exacto. No me importa en absoluto. Soy práctica. Necesitaba vestirme bien, de acuerdo con las reglas de la empresa, pero también tengo la responsabilidad de enviar dinero a mis padres, y ellos y mis hermanos siempre serán la prioridad.

Al llegar a Manhattan, solo tenía una maleta pequeña, pero gracias a la necesidad de vestirme de forma decente para trabajar y a las oportunidades que me ofrecieron las grandes liquidaciones de la isla (merece un gran aplauso la sección Sale & Clearance de Macy's y también Ross Dress For Less), pude ampliar relativamente mi guardarropa y, como ya sabía que tendría que mudarme en pocos días, compré dos maletas más.

—Me encanta este vestido —dice Shyla, refiriéndose a uno que llamo "el clásico negro", porque es casual y elegante al mismo tiempo. Tiene tirantes finos, llega a la altura de las rodillas y se ajusta al cuerpo como una segunda piel, pero sin resultar vulgar.

—A mí también. Lo usé tantas veces que perdí la cuenta.

—La ventaja de vestirse de negro. Nadie nota si es la misma ropa.

—¿Vas a hacer tus maletas también?

Sé que Shyla tiene muchas más prendas que yo, porque, a diferencia de mí, no necesita enviar dinero a su madre y a su padrastro.

—Sí, pero no soy tan perfeccionista como tú, que estás doblando cada prenda con el cuidado de un soldado. Yo soy más del estilo:

tiro todo dentro y lo que no entre, se queda.

Sacudo la cabeza, sonriendo.

—Eres demasiado apegada a tus cosas para hacer algo así.

—No lo puedo negar. —Hace una pausa de casi un minuto antes de continuar—. ¿Sabes que estoy orgullosa de ti?

—¿Por haber grabado a Jaytson y no dejar que me intimidara?

—No. Por romper una relación tóxica, renunciar a un empleo seguro y dejar un departamento muy bien ubicado, cargando con todas las responsabilidades que llevas sobre los hombros. La mayoría de las chicas elegiría el camino más fácil, lo que significa dejarse maltratar, seguir viviendo bien y mantener un salario relativamente alto.

—No me criaron para elegir el camino fácil, sino el correcto. Si no terminé con Jaytson antes, fue por la seguridad de mi familia.

—Y hablando de familia, ¿cuándo piensas contarles?

—Pronto. Creo que los llamaré mañana, antes de entregar mi carta de renuncia.

—¿Sabes algo que me pareció sorprendente? Por todo lo que me cuentas, tu padre es bastante celoso, ¿no?

—Sí, lo es.

—Pero no pareció preocupado con respecto a Jaytson. Me refiero al riesgo de que tuvieran intimidad, o algo así.

—Porque mi padre me conoce. Antes de que yo llegara a Manhattan, sí lo estaba. Me hizo millones de preguntas y, como quien no quiere la cosa —sonrío al recordarlo—, quiso saber a qué hora solía llegar a casa todas las noches. Sin embargo, en cuanto me vio con Jaytson, se dio cuenta, estoy segura, de que no había motivo para preocuparse.

—Bueno, eso es innegable. Viéndote a ti y al cretino, parecían mucho más amigos que novios, al menos de tu parte.

—Confundí las cosas, ¿sabes? Mezclé, de forma inconsciente, la gratitud por haberme dado una oportunidad de salir de mi ciudad y ganar dinero para ayudar a mi familia, con la lástima por la enfermedad de su padre. Terminé haciendo una mezcla explosiva.

—No te sientas culpable. Estoy de acuerdo en que te ilusionaste con la situación, pero acababas de cumplir veinte, Chelsea, y todo lo

que sabías de la vida estaba dentro del universo de tu ciudad del interior. Además, creo que cualquier mujer en tu lugar habría mezclado los sentimientos. Jaytson puede ser encantador cuando quiere. Te envolvió perfectamente.

—Sí, pero eso se terminó. No puedo seguir ni un día más en la empresa después de lo que hizo.

—Vas a perder el salario de las últimas dos semanas del mes.

—No lo haré. Empiezo pasado mañana en la otra empresa. Tal vez tenga que quedarme en un hotel barato hasta conseguir un departamento, pero trabajo ya tengo, gracias a Dios.



Chelsea



Capítulo 13

—*¿Ocurrió algo?* —pregunta mi mamá, siendo la primera en hablar cuando, después del mensaje que le envié pidiéndole una videollamada con mi papá, ambos aparecen en la pantalla de mi teléfono móvil.

Sonrío al ver la escena detrás de ellos. Los dos están sentados a la mesa de la cocina, de apenas cuatro lugares y que siempre necesitaba ser "complementada" con un banco para que Beryl pudiera sentarse. En el fregadero, veo la cafetera encendida y también la vianda lista que papá se lleva a la fábrica.

—Muchas cosas, por eso necesitamos hablar. Terminé con Jaytson.

Los dos ni siquiera intentan disimular el alivio, aunque no dicen nada y esperan a que continúe, con los ojos fijos y atentos en mí.

—Por eso —retomo—, voy a renunciar a la empresa de su padre.

—*Tiene todo el sentido* —dice mi papá—. *No voy a decir lo que pensé de tu ex novio, porque ahora ya no tiene importancia.*

Me río.

—Acabas de hacerlo, papá. Y ni siquiera hacía falta decir nada, mamá ya habló conmigo cuando estuvieron aquí, pero quiero que entiendan que, aunque la opinión de los dos es muy importante para mí, no estoy terminando esta relación por eso. Es porque él es un idiota, así de simple.

Mi padre sonríe en silencio y puedo ver el orgullo que siente por mí reflejado en su rostro.

—¿Piensas volver a casa?

Dios, amo a estas dos personas. Si decidiera regresar a mi ciudad, todos los problemas financieros que teníamos antes volverían a empezar; aun así, ambos parecen felices si eso es lo que yo quiero hacer.

—No. Tengo buenas noticias. Ya conseguí otro trabajo.

—¿Ya? —pregunta mamá.

—Sí, venía buscando desde hace algunas semanas.

—Ese muchacho… ¿Te hizo algo?

No quiero mentir, así que opto por una verdad a medias.

—Jaytson y yo no éramos compatibles. Fuimos criados de maneras diferentes —minimizo—, pero eso es solo un punto, porque la verdad es que nunca me gustó como novio, realmente.

—Lo sé —dice papá—. *¿Por qué crees que no lo interrogué cuando fui allá?*

—Me imaginé que lo habías notado. La cuestión es que, como saben, el departamento donde vivo es de Kercher y, al dejar el trabajo, tendré que devolverlo. Es probable que Shyla y yo nos mudemos a Nueva Jersey porque no tenemos cómo pagar un lugar aquí en la isla.

—¿Shyla también va a dejar Kercher? —pregunta mamá, sonando confundida.

—Sí. Ella ya no quiere trabajar allí.

—¿Por qué?

—Mamá, es un asunto de ella. —Omito la verdad.

—¿Cuándo empiezas en ese nuevo empleo? —pregunta mi papá —. *¿No puedes venir a pasar unos días con nosotros?*

—Ahora mismo voy a Kercher a presentar mi renuncia y pasado mañana empiezo en el trabajo nuevo.

Veo la decepción en su expresión, pero, una vez más, no dice nada.

—Hija, ¿está todo bien de verdad? —pregunta mi mamá.

—Sí, está todo bajo control. Confíen en mí.

—Confiamos en ti —asegura ella—. *En lo que no tenemos fe es en el mundo.*

—¿Necesitan una mano con la mudanza? —pregunta mi papá—. *Tengo días de vacaciones atrasados y puedo pedir algunos para ayudarlas.*

—No. Como saben, el departamento aquí está amueblado, así que solo nos iremos con nuestras cosas personales. Ahora tranquilos. Yo voy a estar bien.

—Es un alivio saber que Shyla va contigo. Es una buena chica.

—Sí, lo es, y también una amiga maravillosa, mamá. *—Una capaz de cambiar su vida por completo por mi culpa*, pienso—. Tengo que irme o voy a llegar tarde. No tengo intención de trabajar hoy, pero quiero llegar a horario de todos modos.

—Está bien —dice mi papá—. *Mándanos un mensaje después para contarnos cómo te fue.*

—Lo haré, sí.

—¿Chelsea?

—Sí, papá.

—No importa que ya seas adulta, solo tienes que llamarme en cualquier momento y siempre voy a estar ahí para ti.

—Estoy segura de eso.



El metro de Manhattan se detiene en la estación en la que me bajo todos los días para llegar a Kercher, mi futura ex empresa, y mientras salgo del vagón lleno, después de meses de agonía, siento alivio al pensar que esta será la última vez que haré este recorrido.

No tengo nada en contra del trabajo en sí, pero ahora solo consigo asociarlo con el infeliz de Jaytson.

Subo las escaleras apresuradamente, desesperada por ponerle punto final a esta historia lo más rápido posible.

La calle hierve de vida a mi alrededor, pero bien podría estar rodeada de robots, porque cada rostro en la multitud es incapaz de mirarme o desearme un buen día.

Durante el trayecto hasta el edificio donde se encuentra Kercher, repaso los últimos meses en mi mente. Los encuentros asfixiantes con Jaytson, en los que ya no se molestaba en ocultar su prepotencia.

A pocos pasos de la entrada del edificio, un bocinazo casi me provoca un infarto y doy un salto hacia un costado, tropezando y cayendo sentada de golpe en el suelo. Es una bendición que hoy haya venido con pantalones, porque, de lo contrario, habría dado un espectáculo; no tengo dudas de que, por la forma tan poco elegante en la que caí, el dobladillo del vestido habría terminado a la altura de la cabeza.

Me preparo para levantarme porque, por supuesto, a nadie le importa que esté desparramada en el suelo ni se ofrecen a ayudarme, cuando una voz poderosa resuena:

—*¿Está loca, señorita?* —pregunta, en español, y luego, como si se diera cuenta de que soy estadounidense, repite—. ¿Está mal de la cabeza, señorita? ¡Podría estar muerta ahora mismo!

—¡Entendí su pregunta la primera vez! Hablo español —gruño de vuelta al cretino que casi me atropella y todavía cree tener derecho a gritarme.

No lo miro porque estoy tan molesta que podría terminar haciendo una locura, como darle una patada en las bolas.

Sigo cargando demasiada rabia por lo de ayer con Jaytson y, si no me controlo, puedo acabar descargándome con un desconocido.

—¿Me permite ayudarla a levantarse? —me pregunta un hombre mayor y a él sí lo miro. Lleva un uniforme de chofer, así que entiendo que debe de ser quien estaba conduciendo, y para no hacerlo sentir incómodo, acepto su mano.

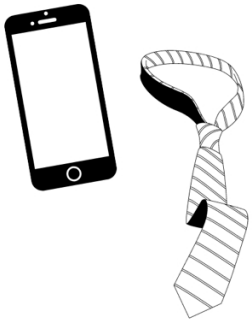
Con delicadeza, me ayuda a ponerme de pie y me entrega la cartera, que también se me había caído.

—Muchas gracias —digo, ignorando al arrogante que me habló primero.

—Debería estar agradecida —dice el español—. Si Bob no fuera tan buen chofer, ahora mismo tendríamos que llamar a la policía para que recogiera su cuerpo.

—Y eso sin duda le arruinaría el día, ¿no es así? —respondo en el mismo tono—. Dios lo libre de…

Me quedo en silencio cuando finalmente lo miro de frente, porque durante varios segundos, que parecen horas, quedo atrapada en los ojos verdes más intensos que he visto en toda mi vida.



Chelsea



Capítulo 14

El hombre es tan alto que necesito inclinar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo de frente, y tiene una complexión muscular poderosa, como no suelen tener los hombres muy ricos, con sus vidas rodeadas de fiestas, alcohol y pocas horas de sueño.

Sí, porque basta una sola mirada para que tenga la certeza de que estoy frente a un multimillonario arrogante.

No es ese tipo de fuerza trabajada únicamente a base de gimnasio. Él parece… fuerte en todo sentido. Cuerpo, rostro, temperamento.

El hombre viste un traje que, estoy segura, fue hecho a medida, porque resalta cada centímetro de su figura, algo que, siendo tan atractivo como es, tampoco resulta tan difícil.

El cabello oscuro está meticulosamente peinado. La mandíbula cuadrada le da un aire peligroso y los pómulos altos llegan a ser casi una crueldad para el resto de la humanidad. Y como si no fuera suficiente, su piel tiene un tono dorado claro que, obviamente, es natural. A pesar de todas esas características, que por sí solas ya son capaces de robarle el aliento a cualquier mortal, son sus ojos verdes los que me mantienen incapaz de hablar.

Son penetrantes, y no consigo apartar la mirada del hombre que me hace sentir como si pudiera ver mi alma.

Es desconcertante y emocionante al mismo tiempo. Me siento atraída, pero también sigo enfadada por su grosería.

Por dentro, me regaño por permitir que un extraño atractivo me desequilibre.

Un extraño atractivo y maleducado, me recuerdo, y aun así no consigo moverme.

Tiene un aura capaz de hipnotizar a cualquiera, y siento que mi cuerpo se estremece bajo su mirada de una forma que Jaytson, en meses a mi lado, jamás fue capaz de provocar. No es solo belleza, concluyo enseguida, es algo más profundo, algo que no logro definir.

Y esa mandíbula… Dios mío, es un contraste maravilloso con los labios, que parecen hechos para besar, para seducir a las mujeres.

Siento que el corazón me late más rápido, casi como si quisiera salirse del pecho, y la boca se me queda seca. Creo que, incluso si quisiera disimular mi interés, la incapacidad de apartar mis ojos de los suyos me delataría por completo.

—¿Pasaste de furiosa a catatónica? —pregunta él, ya no tan enfadado, sino irónico, lo que me devuelve a la realidad.

Intento responder, pero toda mi concentración estaba en su boca, en cómo sus labios se movían lentamente al hablar, casi con una cadencia hipnótica.

—¿También perdiste la audición? —suena divertido ahora.

—¿Qué? ¿Catatónica? ¿Audición? —pregunto, tratando de ganar tiempo, aunque, por supuesto, entendí que el hombre se dio cuenta de que yo estaba completamente rendida a su belleza—. No. Estoy bien. Puede irse. No quiero que pierda su valioso tiempo conmigo.

Le dedico una sonrisa y me despido con la mano del chofer, que parece incómodo.

Solo entonces percibo que los coches no dejan de tocar la bocina, ya que el "todopoderoso" está obstruyendo parte de la calle.

—Gracias, por absolutamente nada —digo, por fin recuperándome del impacto que el hombre causó en mí. Me doy la vuelta y me voy sin despedirme, pero después de unos pasos me giro hacia atrás—. Cuidado, su próxima víctima puede no ser tan generosa y terminar pidiendo una indemnización por intento de asesinato.

No le doy tiempo a que me responda que no era él el que conducía ni a que me vuelva a acusar de ser la culpable del incidente.

Camino rápido porque, si no me apresuro, llegaré tarde; perdí minutos valiosos discutiendo con él. El encuentro me dejó las piernas inestables. Por más que quiera convencerme de que la causa fue la caída, sé que el responsable fue el hombre capaz de ser devastadoramente rudo y hermoso, todo al mismo tiempo.



Salgo de la oficina de Recursos Humanos de Kercher y mis manos todavía tiemblan un poco por haber renunciado a mi primer empleo real, pero el alivio me invade como una brisa suave después de una tormenta.

Lo hice. Me liberé del imbécil al que llamé novio durante los últimos meses y, ahora, también de la empresa de su padre. Solo falta devolver el departamento, que le dije al empleado que desocuparía hoy mismo, y listo.

Recuerdo la expresión de sorpresa del hombre cuando le avisé que iba a devolver el apartamento, y me quedé desconcertada cuando aseguró que no existía ningún registro de que yo tuviera un departamento asignado como beneficio laboral. Shyla tenía razón en su intuición. Mi llegada a Manhattan no fue más que una maniobra de Jaytson.

No tiene sentido.

Con tantas mujeres hermosas en el mundo, ¿por qué se obsesionaría justamente conmigo?

El empleado que se encargó de mi desvinculación quiso llamarlo, diciéndome que había recibido instrucciones para hacerlo si yo aparecía presentando mi renuncia, lo que significa que Jaytson ya había previsto mi salida, pero le dejé claro que se lo prohibía, porque nadie podía impedirme dejar la empresa y que, si lo hacía, buscaría un abogado.

Al parecer, eso fue suficiente para que lo pensara mejor y diera marcha atrás.

Le pedí que resolviera mi situación lo más rápido posible y, en poco tiempo, todo quedó terminado. Solo pasaré por mi sector para despedirme de mis compañeros y avisarle a mi jefe directo. También tengo algunas prendas en el vestuario de la empresa que necesito recoger.

La sensación de libertad es irreal y recién entonces me doy cuenta de cuánto me lastimé al seguir aquí, de cómo cargar a diario con el peso de ser la novia de un idiota me estaba drenando por completo.

No importa. Se acabó.

Cuando ya me despedí de todos mis ex compañeros de trabajo, me dirijo a los vestuarios, pero apenas piso el lugar, escucho la voz de Jaytson a mi espalda:

—¿Qué demonios crees que hiciste?

Me sobresalto, pero intento mantener la calma. Me giro despacio para mirarlo de frente.

—No deberías estar aquí. Es un vestuario femenino.

—Y yo soy el dueño de esta mierda de lugar.

Decido irme. De todos modos, no dejé nada de valor en los casilleros, solo una o dos blusas. Prefiero perderlas antes que discutir con ese idiota.

—Sí, lo había olvidado —ironizo—. Eres el dueño de todo y, precisamente por eso, renuncié. No solo terminé contigo, también con el empleo que me ofreciste.

—No puedes hacer eso. ¡Te voy a echar a la calle! ¡No tendrás dónde vivir!

Si fuera un tipo cualquiera, incluso podría sentir lástima por su desesperación, pero sé que no está enfadado porque me perdió, sino porque perdió el control sobre mí.

—No te preocupes por eso. Soy adulta. Sé arreglármelas sola.

—Yo te traje hasta aquí —dice, dando un paso hacia mí—. No puedes irte por una pelea.

A estas alturas, no tengo dudas de que todo el sector está escuchando y, para ser sincera, no me importa.

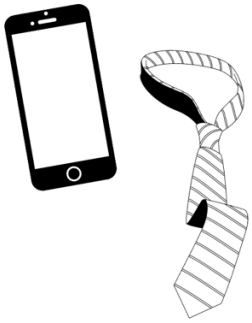
—No tuvimos una pelea, Jaytson. Terminamos. Tú me levantaste la mano.

—Yo nunca te pegaría.

—No te creo. Además, eso fue solo la gota que colmó el vaso. Hace tiempo que ya estoy harta.

—¡Maldita pueblerina miserable! —grita—. ¡Yo te lo di todo!

—Aléjate de ella o voy a llamar a la policía —dice Shyla, entrando de repente.



Chelsea



Capítulo 15

No espero que él actúe. Paso junto a Jaytson sin mirarlo y me dirijo hacia donde está Shyla.

—Te vas a arrepentir de esto, Chelsea —dice el cretino.

Me giro con la intención de que sea la última vez que tengo que verle la cara.

—Si todavía no te diste cuenta, no te tengo miedo, Jaytson. No pienso ir hoy a la comisaría, pero acércate a mí una vez más y juro por Dios que tu foto estará en todos los diarios. No creas que puedes intimidarme con amenazas físicas o verbales. No voy a ser tu víctima. Si me tocas, voy a responder. Voy a destruir tu reputación. Déjame en paz. Se acabó.

Al igual que sus gritos, sé que todo lo que dije fue escuchado por el departamento entero.

Además de que las paredes son finas, no hice ningún esfuerzo por hablar bajo. Cuando salgo del baño y me recibe un silencio sepulcral, confirmo que, sí, lo oyeron todo.

—Vámonos —dice Shyla.

—¿Tú también renunciaste?

—Te respondo cuando salgamos del edificio. Júzgame si quieres, pero estoy un poco paranoica.

Unos minutos después, continúa:

—En cuanto a tu pregunta, acabo de salir de Recursos Humanos. Por poco no nos cruzamos.

—¿Cómo supiste que él vendría detrás de mí?

—Porque antes incluso de llegar al punto de presentar mi renuncia en Recursos Humanos, Jaytson me llamó a su oficina.

—¿Para qué?

—Para intentar comprarme.

—¿Qué?

—Quería que yo te convenciera de volver con él.

—¡Por el amor de Dios, ese hombre está empezando a asustarme de verdad!

—Y debería hacerlo. No está acostumbrado a perder, Chelsea. Tienes todo mi apoyo respecto a lo de la policía si decides denunciar lo que pasó hoy, pero si quieres un consejo, bloquéalo en todo. Redes sociales, teléfono… Corta cualquier vínculo.

—No quería hacer eso. Suena tan infantil, ¿sabes? Al fin y al cabo, tuvimos una historia juntos, aunque haya sido corta y asfixiante.

—Yo creo firmemente en algo que dice mi mamá: el deseo nace de la codicia. No se puede desear lo que no se ve. Confía en mí, amiga. Corta todos los medios de comunicación.

—Está bien. Lo haré.



Santiago

Intento convencerme de que la razón por la cual, durante dos días seguidos, mujeres completamente distintas me dejaron obsesionado es que estoy buscando una esposa por conveniencia. Nada más podría explicar que, en medio de reuniones, tanto la bailarina de flamenco como la torpe de esta mañana hayan estado rondando mi mente.

No soy un hombre que se acostumbre a fijarse en varias mujeres al mismo tiempo. Me volví sexualmente activo a los dieciséis, pero incluso en esa época, cuando quería acostarme con cualquier mujer atractiva que se me cruzara, siempre estuve con una sola a la vez.

Por eso, la loca que hoy se lanzó frente a mi coche no debería estar intentando ocupar el lugar de la bailarina en mis pensamientos, pero su cabello castaño ondulado cayéndole por la espalda cuando me dejó plantado en la acera, el balanceo de sus caderas y su rostro de muñeca, de rasgos delicados, no me permiten olvidarla.

No creí que las mujeres furiosas me atrajeran. En realidad, siempre preferí a las pasivas. O al menos ese fue el perfil de mis novias hasta ahora, pero las mejillas enrojecidas por la ira, la boca carnosa y desafiante y los ojos azules brillantes, como dos zafiros acompañados por una nariz pequeña, me volvieron loco.

¡Maldita sea, sí, loco! Si me obsesioné con la bailarina, ¿cómo puedo desear también a la enfadada?

Poco después, la reunión en la que participaba llega a su fin y la sala de conferencias queda vacía.

Sin embargo, enseguida la puerta vuelve a abrirse y mi secretaria anuncia:

—Su tío está aquí para verlo, señor Santiago.

—Que pase.

No tarda en aparecer el hombre que detesto, a pocos pasos de distancia.

—Hernández —saludo con frialdad.

¿Cómo demonios se enteró de que yo estaba en New York?

—Santiago, siempre tan formal… —Avanza, como un lobo vestido con ropa cara, pero no acepto la mano que me ofrece. Sonríe, como si esperara mi rechazo, aunque su sonrisa, como siempre, no llega a sus ojos—. Ahora que dejamos de lado la hipocresía, ¿puedes explicarme por qué diablos mi bono anual fue reducido?

—Tu bono anual fue calculado según las acciones que posees de la bodega. Si no revisas la empresa en el mercado de inversores, no es problema mío. No recibiste ni un centavo menos de lo que te

correspondía. Tal vez, si no gastaras el dinero en fiestas semanales en el yate, tendrías un poco más disponible en tu cuenta.

—No hago nada distinto de lo que haces tú.

Podría decirle que dejé de hacer ese tipo de fiestas hace por lo menos cinco años. Ahora, si quiero a una mujer, elijo mi objetivo y lo tomo para mí. Pero, ¿qué gracia tendría no irritarlo?

—Yo puedo. Tengo dinero para hacerlo, cosa que no es tu caso, ya que no hiciste otra cosa en la vida más que vivir de la herencia de mi abuelo.

—Mi padre —me corrige.

—Sí, también, por desgracia.

—Si me desprecias hablando de tu dinero, ¿por qué no renuncias simplemente a la bodega? No tienes por qué cumplir ese testamento ridículo ni atarte a una extraña durante seis meses. ¿Perder tu libertad a cambio de qué? ¿Unos cuantos millones de euros que no te hacen falta? Sobre todo porque, hasta donde sé, ni siquiera tienes una candidata.

—Sí la tengo —respondo con calma, pensando en la *enfadada* y en la *bailarina*—. Dos, de hecho, solo que todavía no me decido por cuál.

Es mentira, por supuesto. Aunque el plazo se esté agotando y dentro de poco vaya a necesitar una esposa, no me casaría con una desconocida. Tendré que pasar seis meses a su lado.

Tal vez, cuando vuelva a encontrar a la bailarina de flamenco, si me fascina como lo hizo durante la tormenta de ayer, pueda considerarla una candidata, pero respecto a la torpe de esta mañana, todo lo que quiero es llevármela a pasar unas cuantas noches en mi cama y ver esa boca bonita suplicándome por más mientras estoy hundido entre sus piernas.

—¿Dos candidatas? ¿Las conozco?

Me pongo de pie y me dirijo hacia la puerta, abriéndola.

—Ya obtuviste la respuesta de lo que viniste a hacer aquí, Hernández. Hazte un favor y no te humilles más. Tampoco te hagas ilusiones. Jamás tomarás posesión de la bodega. No voy a permitir que el imperio que mi bisabuelo construyó desaparezca bajo tu mando.

Dejo que crea que esa es la única razón. No tiene la menor sospecha de que, desde hace años, tengo hombres buscando a su esposa desaparecida, Alelia.

Hernández nunca fue acusado de nada porque no hay un cuerpo que pruebe su muerte. Todos creen que huyó con otro hombre, ya que el miserable difundió el rumor de que ella tenía un amante. Pero yo sé que no es verdad. Ella adoraba el suelo que él pisaba, lo idolatraba, aun siendo tratada como basura.

—¿Por qué me odias tanto?

—Vete, Hernández. Te recibí porque estoy cerrando la jornada de hoy, pero no conviertas en costumbre venir a verme, estés en la parte del mundo que estés, sin cita previa.

No parece afectado por la expulsión.

—¿Cuánto tiempo te quedarás en Estados Unidos?

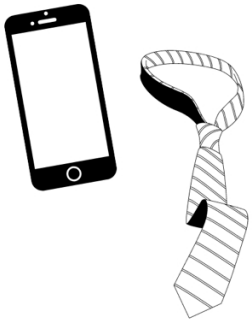
—Hasta la boda, probablemente —lo provoco, y veo su rostro enrojecerse de odio.

—Estás mintiendo. No hay ninguna candidata.

—Espera y dentro de poco lo sabrás.

—Te queda poco más de un mes para tu cumpleaños —dice y, acto seguido, la puerta del despacho se cierra con brusquedad. Cualquier rastro de civilidad que Hernández fingió tener al llegar desaparece al ver que sus planes no funcionarán.

Sí, porque aunque tenga que casarme con mi secretaria de sesenta años, ese hijo de puta no pondrá sus manos en la bodega.



Chelsea



Capítulo 16

Días después

Sentada en el suelo de nuestra nueva sala, rodeada de los muebles que ya venían con el apartamento que alquilamos hace unos días en Nueva Jersey, organizo los libros (los míos y los de Shyla) en la pequeña estantería.

El lugar es infinitamente más modesto que aquel en el que vivíamos antes, pero poder respirar aliviada cada mañana, sabiendo que no tendré que encontrarme con ese imbécil de Jaytson, no tiene precio.

Shyla está improvisando nuestra cena, ya que todavía no tuvimos tiempo de ir al supermercado.

Mientras cocina, canta animada, porque consiguió un empleo mucho más rápido de lo que imaginó que sería posible.

Todavía parece un sueño que nos hayamos organizado tan rápido. La mudanza fue repentina, pero como si Dios nos estuviera dando una pequeña ayuda, todo salió bien.

Tal como Shyla me aconsejó, corté todos los medios de comunicación con Jaytson, bloqueándolo en las redes sociales y también en el teléfono. Pensé que eso sería suficiente, pero el cretino me llamó desde otra línea, que no tenía registrada en la agenda, e intentó convencerme de salir a cenar con él.

Corté la llamada sin darle ninguna respuesta.

Al mudarme a Manhattan, contraté un plan con una compañía telefónica y, lamentablemente, no podré cancelarlo durante un año, lo que significa que, si Jaytson continúa llamándome desde números diferentes, logrará comunicarse conmigo.

El apoyo de Shyla fue fundamental, porque si hubiera tenido que atravesar todo esto sola, a pesar de lo que le dije la última vez que nos vimos, sí, habría tenido miedo del cretino. Jaytson tiene dinero y medios para perseguirme, si eso es lo que decide hacer.

La determinación de mi amiga de ayudarme a liberarme de esa relación tóxica sacó a la superficie una fuerza que yo no sabía que tenía dentro de mí.

Fue ella quien encontró el anuncio del apartamento, después de que el primero que había investigado ya estuviera alquilado, de modo que solo tuvimos que quedarnos en un hotel durante dos noches. Es un departamento de un dormitorio y sala, un lugar diminuto, pero en una zona segura y, sorprendentemente, dentro de nuestro presupuesto ajustado.

Fue como si el universo estuviera conspirando para darnos una oportunidad de empezar de nuevo.

—¡La cena está casi lista, señorita Raymond! —grita desde la cocina, que solo está separada de la sala por una barra. Desde donde estoy, puedo verla cocinar.

El aroma de la pasta con salsa de tomate se esparce por el aire y mi estómago ruge en respuesta.

Me pongo de pie y miro a mi alrededor, sonriendo, porque el apartamento está empezando a reflejar quiénes somos.

Las paredes blancas todavía están vacías, pero planeamos solucionar eso pronto, buscando algunos cuadros en tiendas económicas.

Incluso con pocos muebles, la sala se siente acogedora, quizá por el simple hecho de que, por primera vez en mucho tiempo, me siento libre.

—¿Estás bien? —me pregunta, apareciendo detrás de la barra con un paño de cocina en la mano.

Durante los primeros días después de salir de Kercher, tuve pesadillas con Jaytson, en las que él invadía nuestro apartamento

para hacernos daño, como venganza.

Poco a poco, sin embargo, me estoy tranquilizando. Rara vez permito que ocupe mis pensamientos.

Sé que estaré ajustada económicamente por un tiempo porque, por más barato que sea, el alquiler pesará en el bolsillo, pero preferiría pedir limosna en la calle antes que seguir bajo el dominio de ese sociópata.

—Sí, lo estoy. Creo que, por primera vez en mucho tiempo, me siento realmente bien.

Ella sonríe y, unos minutos después, nos sentamos en los bancos altos de la barra para comer (no tenemos mesa de comedor).

Durante varios minutos no conversamos; devoramos la comida en silencio, pero enseguida me empieza a hablar sobre el trabajo que consiguió en una empresa de arquitectura y me pregunta también por el mío.

—¿Ya encontraste al "todopoderoso" para quien trabajarás? —pregunta.

—En realidad, no trabajaré directamente para él. Hay como media docena de secretarias junior. Creo que solo me dieron una oportunidad porque hablo español con fluidez y también porque estoy familiarizada con la cultura del país del jefe.

El primer día que llegué al Velasco-Sanchez Group estaba muy nerviosa, sí, pero era un nerviosismo bueno, una sensación de que cosas nuevas estaban por venir.

Estoy completamente abierta a los nuevos comienzos y, como la secretaria principal me recibió de una manera muy cálida, pensé que solo podía ser una señal de que tomé la decisión correcta al postularme para ese empleo.

Hay una energía increíble en la empresa, algo que en mi trabajo anterior no sentía, quizá porque mi juicio estaba contaminado por el hecho de que Jaytson rondara a mi alrededor como un fantasma. Kercher se había convertido, en las últimas semanas, en un ambiente que me generaba ansiedad, ya que él aparecía en mi sector varias veces al día, siempre intentando controlarme y manipularme.

—Sí, estoy de acuerdo en que te ayudó mucho el hecho de hablar el mismo idioma del jefe, que, por cierto, no sé cómo lo haces, porque para mí el idioma español parece el equivalente a un código secreto.

—Mi vecina me lo enseñó desde que yo era muy pequeña, como ya te expliqué, y se volvió tan natural para mí como el inglés. Nunca podría haber imaginado que mi amistad con la señora Aena me daría la oportunidad de conseguir un empleo y me salvaría de las garras de ese enfermo.

—¿Te está gustando el trabajo?

—Sí, me gusta. Es totalmente diferente de lo que hacía antes, pero con el paso de los días me estoy familiarizando con la empresa, y amo especialmente cuando la tarea que me asignan tiene que ver con la vinícola. No tienes idea de la pasión que demuestran al hablar de la elaboración de las bebidas. Tratan cada paso con un cuidado casi ritual, y las otras secretarias me explicaron, con paciencia, todo sobre la producción de los vinos Velasco-Sanchez.

—¿Y necesitas aprender tanto sobre eso? No tenía idea.

Me encojo de hombros.

—¿Sabes qué noté? Aman su trabajo. Es como si se pusieran la camiseta del Velasco-Sanchez Group, pero sienten una pasión especial por la vinícola. Se enorgullecen de que sea considerada la mejor productora de vinos españoles del mundo.

Pasé la primera semana inmersa en el universo de las uvas y su procesamiento, y mentiría si no confesara que estoy enamorada de ella, porque, por todo lo que descubrí, es una empresa familiar que ha mantenido su esencia generación tras generación.

—Me pregunto si algún día te invitarán a viajar a España para conocer la vinícola en persona.

—No es imposible, por lo que escuché de las otras secretarias. Una anterior a mí, que también hablaba español, ya viajó al país.

—Dios mío, Chelsea, ¡te brillan los ojos cuando hablas de España!

—Porque tengo muchísimas ganas de ir. Si por un golpe de suerte el jefe me lleva aunque sea una vez, me escaparé un rato para ver un espectáculo de flamenco. Solo el hecho de pensarlo hace que mi corazón se acelere.

—Mi sugerencia es que, cuando estés allá, subas al escenario y muestres tu baile. ¡Te contratarán en el acto!

Sonrío al pensar cuánto me gustaría eso, pero nunca podría tomar una decisión tan impulsiva. No ganaría con el flamenco lo que gano como secretaria y mis padres dependen de mí. Por ahora, ese sueño tendrá que quedar en pausa.



Capítulo 17

Una semana después

Como sucede todas las mañanas, lo primero que hago al llegar a la oficina, a pesar de que mi ascensor privado se detiene directamente en mi despacho, es ir a hablar con mi secretaria sobre la agenda del día. No me gustan las conversaciones por mensaje de texto ni por intercomunicador; prefiero la interacción cara a cara.

Elara Peregrine, la secretaria principal, como siempre, ya se encuentra en su escritorio y parece concentrada en la notebook frente a ella, con los ojos fijos en la pantalla y una expresión preocupada.

—Señorita Peregrine —la llamo, intentando no sonar impaciente, aunque mi tono, entrenado para mandar, siempre denota urgencia —. ¿Dónde está Frost? Ya debería haber llegado —digo, refiriéndome a mi asistente.

Ella levanta la vista, ahora con un gesto ansioso.

—Señor Santiago, ¿no recibió los mensajes que él le envió?

—¿Mensajes?

—Sí. El señor Frost intentó comunicarse con usted por teléfono, correo electrónico y mensajes de texto.

—No los revisé —digo, sin sentirme en absoluto avergonzado, porque no atiendo a nadie que no sea de mi familia después de las

diez de la noche ni antes de las nueve de la mañana. Me niego a adoptar el estilo de vida estadounidense. Hay un tiempo para trabajar y otro para descansar también. No paso menos de cincuenta horas semanales en mis empresas y, cuando estoy fuera, quiero decir exactamente eso. No pienso sufrir un infarto antes de los cuarenta, como le ocurrió a mi padre.

—Intentó hablar con usted y, como no lo logró, me pidió que le avisara que está enfermo.

—¿Enfermo? —Mi voz sale más seca de lo que pretendía—. Lo necesito hoy.

—Me temo que no será posible, señor, pero puedo asignar a alguna de las secretarias junior o incluso a mí misma para sustituirlo. Fuera de eso, tendremos que intentar encontrar otra alternativa.

—No hay alternativas. Necesito a alguien que hable español con fluidez y, hasta donde sé, ni usted ni nadie bajo su supervisión lo habla. —Este es el tipo de imprevisto que no puedo permitirme, aunque no lo culpo por haberse enfermado—. Asegúrese de que él tenga todo lo que necesite durante su convalecencia —le indico, intentando inyectar un poco de humanidad en medio de la situación tensa, aunque mi mente ya esté buscando una solución al problema.

Ella asiente de inmediato y comienza a escribir en el teclado, probablemente para enviarle un correo electrónico a Frost.

Cuando termina, me dice:

—Señor Santiago, ¿puedo preguntar para qué necesita a alguien que hable español con fluidez?

—Para la inauguración de la filial de la vinícola Velasco-Sanchez en California. Necesito a alguien que domine mi idioma para que sirva de puente entre los empleados de España y los de la nueva vinícola, encargándose de todo lo necesario para que el evento resulte impecable.

Ella parece pensativa, como si estuviera considerando una solución, aunque dudando sobre si debería decírmela.

—Hay una joven, Chelsea Raymond. Fue contratada recientemente y, como debe imaginar, habla español con fluidez.

Repaso mentalmente la información y recuerdo que Frost me comentó algo al respecto hace algunos días.

—Sí, me acuerdo de ella.

—Fue elegida precisamente para este tipo de contratiempos. Tal vez deberíamos ponerla a prueba.

A diferencia del nerviosismo que mostraba a mi llegada, ahora ella vuelve a parecer controlada y eficiente, mientras que yo sigo irritado, ya que detesto los imprevistos.

La inauguración de la nueva vinícola será dentro de pocos días y necesitamos con urgencia a alguien que pueda encargarse de todos los pedidos y de los preparativos de la celebración.

—¿Solo la tenemos a ella?

No me agrada la idea de dejar una responsabilidad tan grande en manos de una novata.

—Señor, el problema es que los únicos empleados que hablan español aquí pertenecen principalmente al área técnica. Podrían complicarse al desempeñar una función que no dominan. Hay muchos detalles importantes en la organización de un evento de esta magnitud que deben ser observados.

Suspiro, aún más molesto, pero consciente de que tiene razón.

—¿Cuál es su nombre, entonces?

—Chelsea Raymond.

—Envíela a hablar conmigo de inmediato.

—Sí, señor.



Chelsea

—Creo que no entendí muy bien —digo, sintiendo que mi cuerpo tiembla de ansiedad, aunque, en realidad, sí escuché perfectamente.

—El señor Santiago quiere verla —dice Elara Peregrine, su secretaria principal.

—¿Por qué? —pregunto, sin conseguir disimular el nerviosismo.

Debe notar el pánico en mi rostro, porque todo lo que consigo pensar es que voy a ser despedida, mientras continúa:

—No se ponga así, querida. Creo que es una buena noticia. No debería adelantar el tema porque tal vez a nuestro jefe no le guste, pero su asistente, el señor Frost, se enfermó, y el señor Santiago necesita a alguien que hable español con fluidez para ayudar en la organización de la inauguración de su nueva vinícola, en California.

—¡Dios mío, podría desmayarme del alivio! Pensé que ya estaba despedida antes siquiera de demostrar de lo que soy capaz. Necesito mucho este empleo —confieso.

—Entonces impresione al jefe. Dé lo mejor de usted. El señor Santiago es muy exigente, Chelsea, pero también es justo. Valora a los buenos empleados y puede estar segura de que, si es dedicada y eficiente en lo que hace, logrará construir una buena carrera en la Velasco-Sanchez Group.

—Voy a dar lo mejor de mí. Muchas gracias por los consejos. —Sonrío, sintiendo un alivio tan grande que llega a ser un poco vergonzoso.

Diez minutos después, estoy frente a la puerta de su despacho, con las palmas de las manos sudorosas, pero repitiéndome a mí misma que soy una buena empleada y que puedo encargarme de cualquier cosa que él necesite de mí.

—Puede entrar, querida. La está esperando. Ya le avisé que llegó —dice Elara.

Después de bajar a mi sector para llamarme, me dio unos minutos para ir al baño a revisar mi apariencia y me indicó que, luego, debía venir directamente aquí.

Respiro hondo y golpeo la puerta, incluso después de que ella me haya dicho que él ya me aguardaba.

—Adelante. —Una voz poderosa suena del otro lado e, incluso con la barrera de la puerta, logro percibir el marcado acento español.

Giro la manija y coloco mi mejor sonrisa en el rostro, pero cuando veo quién está sentado detrás del escritorio del jefe, toda la

autoconfianza que venía entrenando en los últimos minutos se desploma, porque a pocos pasos de distancia está el hombre que me acusó de lanzarme frente a su coche hace algunos días.

El desconocido hombre atractivo y arrogante que hizo que mi corazón se acelerara y me irritó como nadie lo había logrado, al mismo tiempo, no es otro más que mi nuevo jefe.



Chelsea



Capítulo 18

Mi corazón, que ya venía desbocado durante todo el trayecto hasta aquí, ahora amenaza con salirse afuera de mi pecho.

No consigo soltar la manija de la puerta. Tengo miedo de que, si lo hago, me caiga, porque las rodillas me tiemblan.

Cálmate, me ordeno a mí misma, pero no sirve de nada.

¿Qué tan desafortunada tengo que ser para que el hombre ante el que debería mostrarme eficiente y profesional sea, casualmente, el mismo que vio mi peor versión hace unas dos semanas?

Él levanta el rostro de los documentos en los que parecía estar trabajando y finalmente me ve allí de pie. Aunque su expresión no revela nada y se mantiene neutra, en el instante en que sus ojos se encuentran con los míos, veo que me reconoce.

Y no es solo eso; a medida que pasan unos segundos, la indiferencia da paso a una intensidad que me roba el aire de los pulmones.

Lucho por mantener la compostura, tratando de no dejar que se note la turbulencia que me atraviesa, pero la verdad es que hoy parece aún más atractivo que la primera vez que lo vi.

Las líneas de su rostro son tan marcadamente masculinas que harían entrar en erupción incluso a las hormonas sexuales de una estatua.

Su presencia llena el ambiente de una forma casi aplastante. Hay algo en ese hombre que me desestabiliza, provocando un impacto que recorre todo mi cuerpo. Una atracción inexplicable que, a pesar

de la antipatía inicial, me vuelve incapaz de apartar la mirada de esos ojos intensos.

—Señorita Raymond, supongo —dice, con una voz tan firme y controlada que de inmediato me irrita.

Mientras él parece imperturbable, únicamente su timbre de voz logra provocar un escalofrío que me recorre la columna.

—Sí, señor —respondo, también en español, rezando para que mi voz haya sonado firme y maldiciendo el efecto que su mirada, que no se aparta de la mía en ningún momento, ejerce sobre mí.

Hace un gesto para que me siente y, con lo que espero que sean pasos elegantes, obedezco.

Me obligo a sostenerle la mirada, lo cual no es una tarea fácil, porque las preguntas más disparatadas se atropellan en mi mente.

¿Me va a despedir por haber sido insolente aquel día o por haber osado reprenderlo?

Tal vez ni siquiera se acuerde de mí; intento consolarme con esa idea, pero esa esperanza se derrumba cuando, a continuación, dice:

—Espero que podamos olvidar el desafortunado primer encuentro que tuvimos, señorita Raymond.

Hay un arqueo irónico en su ceja izquierda que parece desafiarme a enfrentarlo.

No voy a mentir. Me gustaría. Puede que sea guapo y además sea quien mantiene a mi familia, pero aun así lo considero el hombre más arrogante que he conocido.

Resulta tentador decir que no tengo la menor idea de a qué se refiere, pero algo me dice que Santiago Velasco-Sanchez no es un hombre con el que convenga jugar, así que opto por la honestidad y asiento con la cabeza, aceptando.

Pero cuando creo que todo está bien, continúa:

—¿Solo eso, señorita Raymond? ¿Eso es todo lo que obtengo, un simple asentimiento con la cabeza? ¿Ni siquiera una disculpa por la manera grosera y poco elegante con la que manejó un episodio del cual usted fue la culpable?

Ya estaba un poco más tranquila, pero sus palabras vuelven a despertar mi temperamento.

Hay tantas cosas que quisiera decirle, como, por ejemplo, que solo se piden disculpas cuando se está equivocado, pero entonces recuerdo a mi familia y cuánto necesito este empleo, y aun insultándolo en mis pensamientos, digo:

—Por supuesto, señor… Cuando ocurrió nuestro incidente, no estaba teniendo un buen día —respondo, y aunque es verdad, porque fue la mañana siguiente a mi discusión con Jaytson en el restaurante, eso no cambia el hecho de que Santiago Velasco-Sanchez fue grosero conmigo.

—¿Por qué?

—¿Cómo?

—Dijo que no estaba teniendo un buen día. Quiero saber por qué.

—Con todo respeto, no creo que eso sea relevante para nuestra relación profesional.

—Yo decido qué es relevante y, si pregunto, es porque quiero saber si se trata de algo habitual, si usted es el tipo de persona que se deja afectar con facilidad y se desestabiliza por hechos cotidianos. Si ese es el caso, no servirá para trabajar directamente conmigo.

¡Dios mío, la audacia de este hombre!

¿Y ahora qué hago? ¿Dejo que piense que estoy loca, que cualquier cosa me afecta, y pierdo la oportunidad de, tal vez algún día, conocer España, o soy sincera?

—Estaba a punto de presentar mi renuncia en mi empleo anterior, señor. —Opto por una verdad a medias—. Soy buena con los comienzos, pero no me gustan demasiado los finales, sobre todo cuando soy yo quien tiene que irse.

Para mi sorpresa, solo asiente con la cabeza y su mirada continúa analizándome.

Su presencia dominante parece controlar incluso el aire que llena mis pulmones.

Ni en mil años habría imaginado que mi vida profesional en la Velasco-Sanchez Group comenzaría de una forma tan imprevisible y arrolladora.

—Tengo una tarea para usted —dice de pronto, como si recién nos estuviéramos conociendo, aunque intuyo que no es alguien que perdone o deje pasar algo como lo que ocurrió entre nosotros—. Es

simple y, dependiendo de cómo se desempeñe, viajará conmigo a California.

Mi pulso se acelera porque tal vez esté perdiendo la cordura, pero la forma en que dijo "viajará conmigo a California" sonó íntima y posesiva.

Mantén la cabeza en su lugar, Chelsea. El hombre que tienes delante, además de ser una aplanadora que no admite cuando se equivoca, como en el caso del "casi atropello", es tu jefe.

Pasamos la siguiente media hora con él explicándome lo que espera de mí y, aunque mi antipatía por el español no ha disminuido, debo admitir que es muy claro al asignar las tareas, sin dejarme ninguna duda cuando le hago preguntas.

Hay algo hipnotizante en su presencia que provoca un cortocircuito entre mi cuerpo y mi mente. Su belleza y magnetismo me excitan, pero su arrogancia no me permite olvidar quién es ni lo irritante que puede resultar.

—Señorita Raymond, le hice una pregunta.

Siento que las mejillas me arden.

Genial, Chelsea. ¡Fantástica primera impresión!

Sin olvidar que esta no es la primera impresión que él tiene de mí. Aquel día lo amenacé con demandarlo. ¡Por Dios!

Se inclina un poco hacia adelante, con los codos apoyados sobre el escritorio y las manos de dedos largos entrelazadas, mientras me observa con atención.

—¿Se encuentra bien? —pregunta, y su voz tiene un matiz de diversión que me hace apretar los puños, molesta conmigo misma, porque estoy segura de que ha notado el caos en que me convierto ante su presencia.

Respiro hondo, intentando parecer profesional.

—Muy bien. Y ya tengo memorizado todo lo que me pidió.

—No creo en la memoria, salvo en la mía. ¿No tiene una tablet?

—No. Solo la notebook que me dieron cuando comencé a trabajar aquí.

—Pídale a la señorita Peregrine que le provea todo lo que necesite. Una tablet y también una línea privada de teléfono móvil para que pueda localizarla siempre que yo lo desee.

Uno, dos, tres…, cuento mentalmente para calmarme, porque la forma en que lo dijo me trajo la imagen perfecta de mí misma como una mascota que debe correr a los pies de su dueño con solo un chasquido de dedos.

Mi primer encuentro con el jefe está lejos de ser tranquilo, y lo único que sé con certeza es que, por más que quiera evitarlo, estoy irremediablemente atraída por este insoportable hombre.

Lo peor de todo es que él parece perfectamente consciente del efecto que provoca en mi cuerpo, lo que no hace más que reforzar su expresión arrogante, como si estuviera en completa ventaja.

Opto por hacerle otras preguntas sobre la supuesta fiesta en la vinícola, en la que, según sus palabras, espera que participe si la primera tarea que me asignó resulta exitosa. Esta consiste, básicamente, en hablar por teléfono con uno de los gerentes de la vinícola Velasco-Sanchez en la sede de España, dentro de una hora, para confirmar si el envío de las bebidas destinadas a la inauguración de la vinícola en California ya fue realizado.

Cada instrucción que me da viene cargada de un tono profesional, pero al mismo tiempo, de vez en cuando, me lanza miradas que parecen querer descifrarme.

Intento concentrarme en el contenido, en la necesidad de demostrar mi competencia, pero mi mente se empeña en divagar, preguntándose qué es lo que esos ojos tan hermosos parecen buscar en mí.

La verdad es que ese hombre despierta en mí una tormenta de sensaciones: inseguridad, rabia, respeto y, por supuesto, la maldita atracción que no consigo ignorar.

—¿Puedo preguntarle cuántos días estaremos en California?

—No le he asegurado que vaya a llevarla conmigo. Primero tendrá que pasar la prueba.

—La voy a pasar —afirmo, olvidando por un momento con quién estoy hablando y levantando el mentón—. Si yo fuera usted, ya estaría reservando mis pasajes.



Santiago



Capítulo 19

Las palabras de ella, dichas con una calma fingida, hacen que mi sangre hierva.

¿A quién intento engañar? Cada gota de sangre de mi cuerpo estuvo en ebullición desde el momento en que Chelsea Raymond, mi irascible, entró en el despacho.

Al principio, su presencia me irritó porque no me gusta que el destino juegue con mi vida, y eso es exactamente lo que parece estar haciendo. Sin embargo, poco después, me obsesioné con observar incluso la manera en que respiraba o cómo se esforzaba por disimular su antipatía hacia mí, lo que me provocó una mezcla de deseo y diversión.

Hasta verla hoy, pasé días intentando convencerme de que, a pesar de ser hermosa, si se me diera a elegir entre la bailarina de flamenco y la irascible, preferiría que la vida pusiera en mi camino a la primera, pues, por la gracia con la que ejecutaba la danza, probablemente sea española y mucho más dócil que la mujer que me mira como si dudara entre desnudarse para mí o querer matarme.

Sí, porque estoy seguro de que, aunque me deteste, también se siente atraída sexualmente por mí.

Ahora, la hermosa bailarina parece apenas un sueño, mientras que Chelsea es lo real, aunque tengo la certeza de que jamás olvidaré aquella figura etérea.

Miro a la mujer que se convertirá en mi asistente.

Estoy acostumbrado a recibir atención del sexo femenino. Sin importar la edad, ellas sonríen e intentan llamar mi atención. La actitud pasivo-agresiva de Chelsea Raymond, unida a una belleza imposible de ignorar, me provoca el deseo de ir hasta donde está y descubrir, de una vez por todas, si hay hielo o fuego bajo su superficie.

Ella me devuelve la mirada, después del desafío que acaba de lanzar, con esos ojos azules translúcidos que la hacen parecer una muñeca (una enfadada), pero ni siquiera eso logra disminuir la fascinación que siento por ella.

Mi silencio la desconcierta, puedo notarlo, y, tras unos segundos, sus pequeños dientes muerden el labio inferior, delatando inseguridad.

Las pestañas largas, como si estuvieran maquilladas (cosa de la que estoy casi seguro que no lo están), crean ahora una especie de cortina bajo las piedras preciosas de sus ojos.



Chelsea

¿Qué tanto me mira? Solo puede estar intentando hacerme sentir incómoda después de mi declaración.

Y lo está logrando, por supuesto. ¿En qué estaba pensando al creer que podía jugar con Santiago Velasco-Sanchez, enfrentándolo de igual a igual?

—No necesito gestionar pasajes, señorita Raymond —dice finalmente—. Si la llevo conmigo, será en mi avión privado.

Trago saliva, dándome cuenta por primera vez de con quién estoy tratando.

¿Un avión privado?

Ni siquiera los Kercher tienen uno.

De repente, me siento estúpida y muy avergonzada, y me prometo a mí misma que, en cuanto llegue a casa, repasaré mentalmente esta reunión y me grabaré de una vez por todas que el hombre que es mi jefe vive en otro planeta.

No estamos en una relación de igualdad. El señor Santiago Velasco-Sanchez forma parte de un mundo al que jamás perteneceré.

Entonces, si de verdad somos tan distintos, ¿por qué sigo teniendo la sensación de que estamos en un juego de cazador y presa, en el que él parece una pantera lista para devorarme?

El pensamiento hace que una oleada de calor se extienda por todo mi cuerpo, y decido que lo mejor es dar por terminada esta reunión.

—¿Entonces debo hablar con la señorita Peregrine sobre la tablet y el teléfono móvil? —pregunto, y mi voz suena tan dulce que hasta a mí me sorprende.

No fue intencional, pero hay algo en este hombre que, incluso enfureciéndome, me mantiene bajo su dominio. Santiago exhala un poder animal y brutalmente sensual.

—Sí.

—Pero usted dijo que no estaba seguro de que me llevaría a California —digo—. ¿Tal vez no sea mejor esperar a que ejecute mi primera tarea?

—¿Qué pasó con la seguridad que mostró hace un momento?

Intento controlar un estremecimiento por la forma en que me examina. Sus ojos verdes, calientes como fuego, me observan con atención.

Me sobresalto al sentir que las puntas de mis tetas se endurecen y, sin pensar en lo que hago, cruzo los brazos frente a ellas para disimular. Me arrepiento cuando su mirada cae sobre mi escote, siguiendo el movimiento.

El calor que ya sentía en las mejillas ahora se extiende también por mi cuello.

—Mi respuesta fue inapropiada —digo, intentando recordarme que estoy en horario laboral, frente a mi jefe—. No debería haberle dicho eso, aunque…

Me interrumpo al mismo tiempo que me pregunto por qué siento tantas ganas de provocarlo. No suelo ser así.

—¿Aunque…?

—Aunque estoy segura de que lo lograré. Hablo bien su idioma, soy eficiente en mis tareas y me cae bien la gente. Es una combinación perfecta.

—¿Cualquier gente? —pregunta, y siento que es una trampa, aunque su rostro no revela lo que está pensando.

—No toda la gente, la mayoría.

—¿No le caigo bien, señorita Raymond?

—No necesito que usted me caiga bien ni mal. La relación que tenemos es solo de empleador y empleada.

Veo por primera vez que una comisura de sus labios se eleva, como si encontrara gracia en mi maniobra de no comprometerme admitiendo la antipatía que siento. Pero enseguida vuelve a ponerse serio.

—No retroceda en su autoconfianza.

—¿Cómo?

—Usted afirmó que yo podría comprarle los pasajes cuando no sabía que viajaremos en mi avión, pero la esencia de lo que dijo es que está convencida de que es capaz. Mantenga esa actitud. No respeto a las personas serviles. Nunca diga lo que cree que quiero oír.

Se pone de pie y yo imito el movimiento, porque Santiago de pie resulta aún más impresionante que detrás de su escritorio.

—No soy servil ni arrogante. Soy normal. Pero le aseguro que no se arrepentirá de darme una oportunidad y… —me pierdo en lo que estaba diciendo cuando siento su mano poderosa sujetar mi codo—. ¿Qué…?

—La acompañaré hasta la puerta.

Mi piel arde en el punto donde me toca y, por un instante, de forma imprudente, no me muevo, y nuestras miradas quedan atrapadas una en la otra.

Siento mi corazón galopar dentro del pecho y, cuando sus dedos se hunden aún más en mi piel, un fuego líquido se concentra en el vértice entre mis muslos.

Siento una conexión con el español que hasta ahora solo he experimentado con él, y que ocurrió en las dos veces que nos encontramos. Aunque no la recibo con agrado, no hay nada que pueda hacer al respecto.

La presión en mi codo aumenta, llevándome más cerca de él, pero enseguida me suelta cuando unos golpes en la puerta nos interrumpe.

Muriendo de vergüenza, me despido de prisa, diciéndole que llamaré al empleado de España, y salgo del despacho pasando junto a Elara como un cohete, con una sonrisa falsa congelada en el rostro.



Chelsea



Capítulo 20

Shyla está pintándose las uñas de los pies en el sofá de nuestra sala y riéndose de algún video tonto de YouTube cuando entro a casa, horas más tarde.

A pesar de la locura que fue el día de hoy, una sensación de deber cumplido me invade cuando recuerdo que tardé apenas una hora en ejecutar la tarea que me asignaron: hablar con el empleado de mi jefe en España y verificar el envío de las bebidas para la inauguración de la vinícola de California; y también, por mi propia iniciativa, me adelanté en algunas otras cosas.

En cuanto le comuniqué a Elara que todo estaba bajo control, me dijo que pronto se pondría en contacto conmigo. Media hora después, me avisó, con evidente alivio, que el señor Santiago me ordenó estar lista para viajar a California dentro de dos días.

¡Dentro de dos días!

¿Ni siquiera puede darme una fecha concreta? Ese hombre lleva el concepto de arrogancia al infinito.

—¿Por qué pareces feliz y en pánico al mismo tiempo?

—¿Sabes qué? Tal vez estés en la profesión equivocada. Deberías probar en el campo de la psicología o en el de la adivinación. Cualquiera de los dos te quedaría bien —bromeo.

—He aprendido a conocerte. Lamento decirte que tus emociones se te notan en la cara. No sabes disimularlas.

—Maldición, ¡y yo creyendo que tenía aire de misteriosa! —Parpadeo exageradamente y dejo mi bolso en un sillón; luego voy a la cocina a buscar un vaso de agua—. Ahora, hablando en serio. No vas a creer lo que me pasó hoy.

—Si es algo sucio y caliente, quiero saberlo con lujo de detalles.

Pongo los ojos en blanco y me siento cerca de ella.

—Tuve una reunión con el CEO de la empresa. El señor Santiago Velasco-Sanchez.

—¡Wow! Pero eso ya era de esperarse, ¿no? Al fin y al cabo, ¿no te contrataron para ser una de sus secretarias junior?

—Ser su secretaria junior no significa gran cosa. En realidad, por lo que entendí, ni siquiera todas han hablado con él personalmente, salvo en encuentros esporádicos por los pasillos de la empresa. Pero parece que su asistente, el señor Frost, se enfermó, y dentro de unos días se desarrollará la inauguración de una sucursal de la vinícola Velasco-Sanchez en California. Necesitaba a alguien que hablara español fluido, pero que también estuviera familiarizada con la cultura de su país, para servir de puente entre los empleados de la sede y de los de Estados Unidos.

—¿Qué? ¿Eso significa que te convertiste en la asistente del dios español? ¡Cuéntamelo todo! —pide, con los ojos llenos de curiosidad.

—Tranquila, es una historia larga. Primero tengo que contarte un incidente del que al final no hablé. El día que fui a presentar mi renuncia en Kercher, casi termino atropellada por un hombre y su chofer.

—¡Dios mío, Chelsea! ¿Cómo pudiste olvidarte de contarme algo así?

—No me olvidé. Simplemente no quería hablar del tema porque recordarlo me daba rabia. El hecho es que tuve una especie de discusión con el hombre. Me enfurecí por la arrogancia con la que me culpó, aunque ahora, en retrospectiva, no puedo afirmar con certeza si era yo la que estaba distraída o si fue su chofer quien cometió el descuido —admito, porque pasé buena parte del camino a casa hoy recordando el episodio y llegué a la conclusión de que Santiago podría haber tenido razón y que quizá fui yo la responsable

del "casi accidente", ya que mi mente estaba a kilómetros de la Tierra, completamente concentrada en cómo hablaría con Recursos Humanos sobre mi renuncia.

—¿Y qué pasó?

—Se bajó del coche y empezó a acusarme de haberme lanzado frente a su vehículo. Yo todavía estaba muy alterada por la pelea con Jaytson de la noche anterior y no me quedé callada. En fin, para hacer corta una historia larga, cuando me fui le dije que tenía suerte de que no lo demandara.

Ella se ríe a carcajadas.

—Dios mío, Chelsea, para alguien criada en una ciudad pequeña, eres bastante atrevida.

—Espera, que la cosa empeora. El hombre era hermoso de una manera que me dejó sin aliento. Piel dorada, clara, ojos verdes y un físico digno de una estatua griega. Parecía una fantasía sexual ambulante.

—Ajá, ya me está gustando esta historia.

—Y también fue, sin miedo a equivocarme, el hombre más arrogante que he conocido. Ahora viene la bomba. Poco después de llegar hoy a la empresa, la secretaria del jefe me llamó para ir a su despacho y adivina con quién me topo al entrar.

Ella abre los ojos como platos.

—No me digas que…

—Sí. El lindo y arrogante atropellador y mi jefe son la misma persona.

—¡Por Dios! ¿Te despidió?

—No. Me asignó una tarea y, como la cumplí satisfactoriamente, me llevará a la inauguración de la vinícola en California.

—¡Dios mío! Son demasiadas novedades. ¿Te reconoció?

—Sí.

Shyla se ríe fuerte, claramente disfrutando cada segundo de la historia.

—¿Y qué pasó después?

Le cuento casi todo, omitiendo solo (para preservar un poco mi dignidad) el largo rato que pasé dentro de la reunión con el pulso

acelerado, y también cómo pensé, tontamente, en el momento en que me sujetó del brazo, que Santiago iba a besarme.

—Entonces ustedes son como un *enemies to lovers*[6].

—No, por muchos motivos. Dije que es hermoso, pero no que se sienta atraído por mí. Y hasta donde sé, la antipatía es solo de mi parte, unilateral. Él parecía imperturbable. Además, mi rechazo hacia él ni siquiera es tan grande, porque, pensándolo bien, tal vez cuando ocurrió el incidente también estaba teniendo un mal día, ya que todos en la empresa parecen idolatrarlo. Eso no pasaría si fuera un mal jefe. Yo misma pude comprobar de primera mano lo eficiente que es como líder.

—Dios mío, Chelsea, no te enamores de ese hombre.

—¿Qué?

—Brillas como un cielo en una noche de fuegos artificiales cuando hablas de él.

—¿Te volviste loca? Ya aprendí la lección con Jaytson. No tengo la menor intención de involucrarme con mi jefe.

—¿Y ese viaje a California?

—Será solo por trabajo.

Una sonrisa maliciosa se dibuja en sus labios.

—Ajá, claro, y yo soy un mono de circo. Es evidente que te sientes atraída.

—¿Cómo no sentirme así? Es hermoso. Además, su arrogancia es irritante, pero también sexy. Es imposible ignorarlo. Sus ojos… Dios mío, parece que te atraviesan, ¿sabes?

—Ajá, alguien está cayendo rendida por el español —me provoca.

—¡De ninguna manera! Claro que es atractivo y todo eso, pero también es insoportable.

—¿Y cómo fue la reunión en sí? Por lo que me contaste, no te trató mal cuando supo que eras la chica casi atropellada.

—No. Aunque no puedo decir con certeza qué estaba pensando, fue muy educado. Es como si hubiera dos personas dentro del mismo hombre. El CEO serio y el dios sexy. De todos modos, pienso ignorar el hecho de que sea hermoso. Es mi jefe. Nada más que eso.

Shyla vuelve a reír y cierra el frasco de esmalte, dando por terminada su tarea.

—Bueno, esta historia fue definitivamente lo mejor de mi día. Solo no te enamores de tu jefe arrogante, ¿de acuerdo?

—No te preocupes. Lo último que necesito es involucrarme con un hombre como él. Voy a mantener los pies bien firmes sobre la tierra.



Santiago



Capítulo 21

—¿Cómo van los preparativos para la inauguración de la vinícola en California? —pregunta mi padre por teléfono, mientras el chofer conduce por la pista de aterrizaje, donde mi avión nos espera.

Creo que Chelsea ya debe de estar llegando, porque envié un coche a buscarla a su apartamento, en Nueva Jersey.

—Todo está bajo control.

A pesar del imprevisto que me causó la enfermedad de Frost, Chelsea resultó ser mucho más eficiente de lo que imaginé, y no creo que, aun si mi asistente hubiera estado al frente de todo, hubiera logrado hacerse cargo. Frost trabajó para mi padre hasta que se jubiló y ahora parece ser él mismo quien necesita, con urgencia, poner fin a su carrera.

Lo llamé el mismo día en que nos informó sobre su enfermedad y, por lo que pude entender, no será algo que se resuelva con facilidad. Me confesó que desde hace tiempo venía descuidando su propia salud y que el médico le pidió estudios adicionales. Lo más probable, según me dijo, es que no regrese al trabajo hasta dentro de un mes, lo que significa que, si no fuera por los otros planes que tengo para ella, tendría que mantener a Chelsea en el cargo quizá por tiempo indefinido.

Le cuento a mi padre sobre el estado de salud de Frost y él reacciona con un suspiro cargado de tristeza.

—Debería jubilarse —dice.

—Sí, es lo que yo también he estado pensando, pero cuando vuelva al trabajo, dejaré que él decida. Es un buen empleado.

—¿Y qué hay del testamento de tu abuelo? ¿Sigues empeñado en cumplir esa cláusula absurda?

Me siento incómodo por no revelarle a mi padre la verdad sobre por qué jamás permitiré que Hernández tome el control de la vinícola, pero él ya ha tenido su cuota de dolor en la vida.

El final de su matrimonio con la mujer que fue su amor y, después, con el suicidio de ella. Papá estaba tan entregado a mi madre que verla enamorarse de otros no cambió sus sentimientos. Continuó tratándola como a una reina, y su muerte casi lo destruyó.

—Sí, me voy a casar antes de mi próximo cumpleaños.

Mi abuelo me dio un plazo de cinco años, a partir de su muerte, hasta el cumpleaños siguiente a ese límite, para que consiguiera una esposa. Ahora tengo apenas unas pocas semanas para resolverlo todo.

Pienso en lo que, al hablar con Frost el día en que Chelsea estuvo por primera vez en mi oficina, él me contó sobre el encargo que le di: no hay ninguna pista de quién sea la misteriosa bailarina de flamenco, y difícilmente logremos descubrirlo.

Era de noche, estaba lloviendo y su rostro no pudo ser captado por las cámaras de la calle. Cada vez más, ella parece una ilusión de mi mente, y yo no soy el tipo de persona que sueña; soy concreto, así que ahora tengo el foco puesto en otra persona para ocupar el papel de esposa en mi matrimonio por conveniencia: Chelsea Raymond.

Le pedí a Elara que modificara su contrato, transformándola de secretaria junior a asistente, aunque ese no es el cargo en el que pienso mantenerla durante los próximos meses.

Hay mucho más de ella que necesito que una simple función dentro de mis negocios.

Ella cree que fue contratada solo para ser mi asistente, y hay una razón para ello. Chelsea no puede sospechar nada hasta que yo descubra cuál es el precio que debo pagar para que me acepte como marido.

Me odió a primera vista, estoy seguro, a causa del incidente del "casi atropello", y no hizo ningún esfuerzo por disimularlo, aunque sé que se siente tan atraída por mí como yo por ella.

¿Qué tengo que hacer para convencer a una chica de veinte años de embarcarse conmigo en esta locura?

Ya decidí que es ella a quien quiero. Chelsea es hermosa, inteligente, sexy y, lo más importante, creo que me detesta, lo que le impedirá enamorarse.

Noté, por su ropa barata, cuánto necesita el empleo en mi empresa.

Lo que ella no imagina es que ahora tendré que ampliar sus funciones a las de esposa por contrato por un período de seis meses, y que será la mujer que jamás deseará nada de mí, salvo un salario mensual y sexo. Estoy convencido de que es la elección perfecta.

Haré lo que sea necesario para obligarla a decir que sí.

—Sabes lo que pienso al respecto. Los matrimonios deberían ser siempre por amor, pero no volveré a molestarte con mis opiniones tontas y románticas. Cambiando de tema, tu tío cuenta con que no lograrás cumplir la cláusula. Lo sabes, ¿verdad? Quiere el control de la vinícola.

Siento cómo la rabia se apodera de mí.

—Nunca va a suceder.

—Hijo, nadie debería ser forzado a una responsabilidad de ese tipo por culpa de una cláusula arcaica que mi padre incluyó en su testamento.

—¿Por qué crees que lo hizo?

—Porque te conocía bien y quería asegurarse de que tuvieras una vida completa, también en lo personal, no solo en lo profesional.

—¿Y eso incluye una esposa? ¿Forzarme a casarme?

—No, eso incluye permitirte amar, Santiago.

—¿Cómo puedo enamorarme de alguien en seis meses si eso no ha pasado en los últimos treinta y cuatro años?

—Nunca te diste la oportunidad. Entonces, ¿cómo puedes saberlo?

—Papá, tengo vida sexual activa desde antes de tener permiso para conducir.

—¿Y desde cuándo tener sexo y enamorarse significan lo mismo? Siempre buscas mujeres con el mismo perfil, hijo. Aquellas que son dóciles y que nunca te van a desafiar. Jamás una que te haga correr detrás de ella.

—Papá, no puedo simplemente fingir sentimientos. Nunca he tenido ganas de quedarme más tiempo con alguien.

—Y aun así pretendes casarte con una mujer por la que no sientes nada.

—Me siento atraído por ella.

—¿Y si la mujer que elegiste se enamora?

—No va a pasar. Chelsea me detesta.

—Está bien, querido. Ya eres adulto y debes saber lo que haces. ¿Alguna novedad sobre Can? —pregunta, refiriéndose a mi medio hermano turco.

—Sé todo sobre su vida, así como estoy al tanto de cada estornudo que dan Alexandros y Armani, si eso es lo que quieres saber.

Él también actúa de la misma manera: a pesar de supuestamente no querer cercanía, Can nos vigila desde lejos.

—No, lo que quería saber es si ya se han visto. Estaba pensando el otro día si no sería una buena idea invitarlo a pasar una temporada en la vinícola. Tal vez eso cree un puente entre ustedes.

—No creo que acepte —digo, recordando lo que Armani me contó sobre la única vez que habló por teléfono con Can.

Mi medio hermano, de cuya existencia ni siquiera sabíamos hasta hace un par de años, le dijo que su intención, al acercarse a nosotros y proponer una sociedad en el pasado, no era crear lazos, sino destruirnos. Algo lo hizo cambiar de idea, sin embargo.

—De acuerdo. Manténme al tanto de las novedades, tanto sobre Can como sobre tu insana determinación de casarte. Si esa Chelsea es realmente tu elegida, quiero conocerla.

—Padre, no será un matrimonio real.

—No me importa. Me gustan las uniones. Soy un romántico y, aunque esto ya empiece con una fecha de vencimiento, ella será mi

nuera durante un tiempo.



Chelsea



Capítulo 22

Hice una llamada a mis padres para avisarles que iría a California por unos días y, mientras que mi mamá (aunque estaba preocupada) pareció entusiasmarse por mí, mi papá me llenó de recomendaciones. La principal fue que no me olvidara de llamarlos apenas llegara, algo que ya pensaba hacer de todos modos.

Estoy nerviosa, no voy a mentirme. La perspectiva de volar a otro Estado es emocionante y aterradora al mismo tiempo. Pero lo que más me tensa no es el viaje en sí, sino el hecho de que, en poco tiempo, voy a estar frente a frente con él nuevamente.

Mi jefe.

Santiago Velasco-Sanchez.

El hombre que ha poblado mis sueños noche tras noche desde el encuentro en su oficina.

Con solo pensar en sus ojos penetrantes y en su manera autoritaria, me siento completamente acelerada. ¿Será consciente de lo que provoca en mí? Probablemente sí.

Descubrí que tiene casi treinta y cinco años, lo que significa que ya debe estar más que acostumbrado a ver mujeres desmayarse a sus pies. No es solo hermoso; tiene un magnetismo que hace imposible apartar la mirada.

El chofer estaciona en la pista de aterrizaje y, enseguida, alguien me abre la puerta del coche.

Mi mirada se dirige a otro coche, que ya conozco, porque fue el mismo que casi me atropella, y a un avión, a cierta distancia, que

parece salido directamente de una película. Es enorme y lujoso, gritando "riqueza" en cada centímetro.

Me siento incómoda y, de manera discreta, miro hacia abajo, hacia mi ropa y mis zapatos. En ese mismo instante recuerdo lo que Jaytson dijo aquel día en el restaurante y siento que mis mejillas me arden de vergüenza.

Estaba segura de que tenía buenas prendas de vestir, pero adecuadas solo para trabajar en una oficina común, integrada con el resto del personal. Ahora, sin embargo, tendré que pasar algunos días entre magnates de todos los rincones del mundo, ya que eché un vistazo a la lista de invitados y juro por Dios que parece sacada directamente de la entrega de los Oscar, con tantas celebridades que hay en ella.

Mi momento de introspección avergonzada se interrumpe cuando un empleado del aeropuerto me pide que lo siga para que podamos hacer el check-in.

El lugar al que me lleva es pequeño y sofisticado, y creo que exclusivo para poderosos, porque todos los presentes parecen formar parte de la élite.

Siento la mirada de algunas mujeres, así como la de las empleadas, sobre mí, pero me obligo a ignorarlas, intentando convencerme de que estoy aquí por trabajo y no tengo la obligación de tener ropa cara.

Estoy tan ansiosa que la mujer necesita pedirme tres veces mi licencia de conducir para que entienda lo que desea.

Mientras la empleada completa los procedimientos necesarios, repaso en mi mente lo que haremos apenas lleguemos a la vinícola californiana, pero ya tengo todo bajo control, porque lo revisé cinco veces, así que este intento de fuga mental no funciona.

El proceso de check-in ocurre rápido y, enseguida, la empleada me desea un buen viaje y me indica la misma puerta por la que salí hace un momento.

Estoy a punto de volver a un ritmo cardíaco normal cuando veo a Santiago parado a unos pasos, como si me estuviera esperando.

Lo observo y siento que mi cuerpo se calienta de inmediato.

—Chelsea —dice cuando me acerco.

Él dejó de usar "señorita Raymond" aquel primer día y no volvió a hacerlo, aunque creo que no trata a los otros empleados con informalidad, ya que llama a Elara "señorita Peregrine".

—Señor Santiago —respondo al saludo de manera educada y distante, sintiéndome fuera de lugar en el ambiente lujoso, aún más ahora que veo que está vestido de forma tan sofisticada como los demás presentes: un traje claro, color crema, sin corbata. La camisa blanca tiene algunos botones abiertos y, aunque esté "casual", parece listo para una fiesta en un yate.

—¿Qué pasa? —pregunta y, por un momento, pienso en fingir que no entiendo, pero es evidente que percibió mi incomodidad.

El hombre no es solo hermoso; también está atento a todo lo que ocurre a su alrededor.

—Si le hago una pregunta, ¿promete responderme con sinceridad?

—Nunca he sido acusado del pecado de la mentira, Chelsea. Al contrario, soy honesto hasta el punto de poder sonar grosero, a veces.

—¿Estoy muy mal vestida? Las personas en la sala de check-in me miraron como si lo estuviera.

Da un paso atrás y siento que sus ojos recorren desde mis zapatos hasta el último hilo de cabello, y mi cuerpo responde con un estremecimiento violento al notar la manera en que su mandíbula se tensa al llegar a la altura de mis tetas. Cuando vuelve a mirarme, sus ojos tienen un brillo que solo puede describirse como *fuego puro*.

—No. Para lo que ganas, te vistes bien —dice, dándome una prueba de que es realmente muy sincero—. Pero tal vez la ropa no sea adecuada para el lugar al que te estoy llevando. Fue un error grave de mi parte. Discúlpame. Te conseguiré un vestuario completo. Te estará esperando en California.

—¿Qué? ¡No! ¡Yo no estaba pidiendo regalos! Solo quiero saber qué necesito cambiar para no avergonzarlo.

Siento que el corazón se me dispara cuando entrelaza sus dedos con los míos y me lleva fuera de la sala, directamente al calor del día, en dirección al avión.

—No serán regalos, sino parte de lo que una empleada que ocupa su cargo tendría derecho a recibir. Y en cuanto a tu afirmación, tú nunca avergonzarías a un hombre. Eres una de las mujeres más hermosas que he conocido. Podrías cubrirte con harapos y, aun así, le robarías el aliento a cualquiera que tenga sangre caliente corriendo por las venas.

El calor me sube al rostro y al cuello porque jamás esperé oír algo así de un hombre acostumbrado a tener mujeres deslumbrantes con solo chasquear los dedos.

El impacto de la declaración es tan grande que incluso me siento agradecida de que esté sosteniéndome la mano, aunque una vocecita me diga que esto es muy inapropiado.

No sabría decir, ni aunque fuera para salvar mi vida, cómo llegué al avión. Cuando me doy cuenta, estoy sentada, con el cinturón de seguridad abrochado, en un asiento frente a Santiago.

Una azafata se acerca para ofrecernos bebidas y el español arrogante hace el pedido por los dos, pidiendo que nos traigan una copa de vino blanco de su viñedo, pero llamo su atención con un gesto de mi mano.

Probablemente no sabe cuántos años tengo, o tal vez se confundió con el hecho de que, en España, la edad legal para beber es de dieciocho.

—Aún no tengo edad para consumir alcohol —digo, sintiéndome provinciana, pero nunca he incumplido la ley y no pienso empezar ahora.

Por primera vez lo veo confundido y, después, avergonzado, pero la azafata solo sonríe.

—¿Todavía no tiene veintiún años, señorita Raymond?

—No. Los cumpliré dentro de algunos meses. Solo quiero un jugo de naranja, por favor.

Después de que ella se aleja, él me pregunta:

—¿Cuántos meses?

—¿Qué?

—¿Dentro de cuánto tiempo cumplirás veintiún años?

—Menos de tres meses. ¿Por qué?



Santiago



Capítulo 23

Maldita sea, ¡ella no tiene la edad legal para consumir alcohol en Estados Unidos!

Durante algunos segundos, me limito a observar a la mujer que tengo delante e intento hacer que funcione mi cerebro, no mi verga.

Chelsea es demasiado joven para lo que quiero de ella, lo sé, pero me conozco y estoy seguro de que, si en años no encontré ninguna opción que me atrajera lo suficiente como para aceptar quedar atado a alguien durante seis meses, salvo la bailarina misteriosa y Chelsea, ambas en la misma semana, no me queda otra alternativa que convertir a la diosa sentada a mi lado en mi esposa.

Además, la deseo. Desde el segundo en que entró en mi despacho, estoy obsesionado con poseerla, y el deseo es mutuo, a juzgar por la manera en que reaccionó cuando entrelacé nuestros dedos en la sala de check-in.

—Por nada, solo sentí curiosidad —respondo por fin, omitiendo la verdad sin mentir—. Eres muy joven para ya estar graduada.

—Terminé el bachillerato antes de tiempo. Entré a la universidad comunitaria un año antes de lo esperado y también la finalicé antes de lo previsto.

La azafata regresa con nuestras bebidas y, mientras proceso la información que Chelsea acaba de darme, envío un mensaje a la señorita Peregrine para que se encargue de un vestuario completo para ella y que ya esté esperándola cuando lleguemos a la otra costa.

Ella será mi esposa, de eso ya no tengo ninguna duda, y sea temporal o no, jamás permitiré que se sienta incómoda por no considerarse a la altura de las personas con las que conviviremos.

—Cuéntame sobre tu familia.

—¿Está seguro de que quiere oírlo? —Hago un gesto con la cabeza, indicando que sí—. ¿No revisó mi ficha de empleada? —pregunta, como si adivinara que soy controlador.

—Aún no tuve tiempo, pero pensaba hacerlo.

Ella disimula una sonrisa, como si nunca hubiera considerado que yo pudiera darle otra respuesta.

—Soy la mayor de tres hermanos. Después de mí viene un chico llamado Beryl y una niñita que cree que es un unicornio, que se llama Sapphire.

—¿Unicornio?

—Hace algunos años ganó una vincha que es como el cuerno de un unicornio y, a medida que fue creciendo, mamá la adaptó para que siguiera sirviéndole. A Sapphire le encanta.

—Ah —digo, fingiendo que entiendo, al mismo tiempo que pienso en lo extraños que son los niños.

Mi hermano Armani, al casarse, recibió de regalo dos cuñadas en miniatura, Matilda y Charlotte. Para ser honesto, son graciosas, pero aparte de ellas, mis sobrinos Troy y Wood, hijos de Alexandros y Robyn[7], y Caius y Aloisius, los herederos de Armani y Misty, no interactúo con otros niños y jamás imaginé que una, por ejemplo, pudiera creer que es un unicornio.

—¿Y tus padres?

—Fueron novios desde el jardín de infantes, en la escuela.

—¿Qué?

—Ella se cayó cuando tenía unos tres años, creo, y mi padre la ayudó. Desde entonces, se volvieron inseparables.

—¿Cómo es posible?

—Son almas gemelas. Se aman intensamente —dice, pareciendo incómoda con mi pregunta.

—No lo dudo. Solo que es muy distinto de lo que conozco en mi mundo.

—¿Sus padres están divorciados?

—Estaban...

—No entendí.

—Mi madre está muerta.

—Lo siento mucho.

—Se divorciaron antes de que ella falleciera. Mi mamá se casó tres veces —digo, con la certeza de que no hubo matrimonio con el padre de Can, porque ya verifiqué eso hace años.

Ella parece no saber qué decir, así que da un sorbo a su jugo.

Criada en un hogar en el que los padres se conocen desde que eran prácticamente bebés, es imposible que vea con buenos ojos a alguien que se casó tres veces.

—¿Eso es lo que quieres para ti? —pregunto para tantearla.

—¿Qué?

—¿Un matrimonio que sea para siempre?

—No creo que alguien se case ya pensando en separarse —evade la pregunta—, porque, si fuera así, ¿para qué molestarse? Sería mejor que siguieran siendo solo novios.

—El amor puede acabarse.

—El verdadero, no. Lo que se acaba es la pasión.

—¿Cómo puedes saberlo? ¿Tienes novio? ¿Estás enamorada de él?

Recién ahora, desde lo alto de mi arrogancia, me doy cuenta de que ni siquiera consideré esa posibilidad. Tan hermosa como es, Chelsea debe tener filas de hombres detrás de ella.

—No tengo novio y tampoco me he enamorado nunca —dice, desviando la mirada, pero no antes de que la vea echar un vistazo a mis labios. Pasa la lengua por los suyos, probablemente de manera inconsciente, porque no parece provocadora, y el gesto inocente hace que mi verga se despierte.

—¿Pero ya tuviste novio?

—En serio, una sola vez.

—¿Y qué pasó?

—¿Es normal hacer preguntas así a una asistente?

—Es la primera vez que tengo una asistente. Heredé a Frost de mi padre y jamás lo reemplacé.

—Pero si tuviera otra que no fuera yo, ¿haría tantas preguntas?

—Probablemente no —digo y, enseguida, me corrijo—. Con seguridad, no.

—Entonces, ¿por qué…?

—Quiero conocerte mejor.

Veo un movimiento en su garganta cuando traga saliva y me cuesta no soltar el cinturón de seguridad y comprobar si está tan temblorosa como parece.

—Terminamos. Él era un cretino —responde, por fin.

Su honestidad me sorprende y, aunque no quiera, mi lado protector sale a la superficie.

—¿Qué te hizo?

—No fue una acción aislada. Digamos que fue el conjunto de todo. Entre otros problemas que teníamos, él creía que era mi dueño.

—¿Y quién podría culparlo? Eres hermosa y despiertas el deseo de poseerte.

—No soy una cosa para ser poseída.

—No quise decirlo en ese sentido.

Ella se sonroja hasta la raíz del cabello y quedo fascinado con esa muestra de timidez, porque hasta entonces ella había parecido una atrevida.

Nos quedamos mirándonos fijamente y una electricidad estalla entre nosotros, cargando el aire de sensualidad, pero enseguida ella retrocede.

—Creo que voy a descansar un poco. Estaba ansiosa por el viaje. ¿Le molesta si me duermo un rato?

Escondo una sonrisa.

Miedosa.

—Siéntete libre.



Chelsea

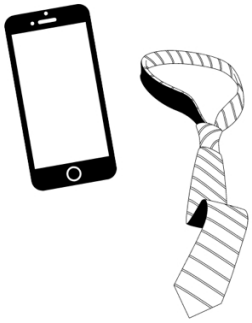
Finjo estar muriéndome de sueño cuando, en realidad, mi piel está erizada solo por la cercanía de Santiago, y eso no mejora cuando siento que me colocan una manta encima, alrededor de media hora después de que empecé a "dormitar".

Su cuidado contrasta con el hombre brusco que me acusó de lanzarme delante de su coche, y eso lo vuelve aún más irresistible.

Jaytson pudo haber sido mi único novio; sin embargo, no soy una niña y me doy cuenta de que mi jefe está interesado en mí. Pero, claro, jamás ocurrirá nada entre nosotros.

Ya cometí ese error una vez y no pienso repetirlo, sobre todo porque algo me dice que, si avanzo con el español, terminaré con el corazón hecho pedazos.

No, nada de besos sensuales en la boca ni de quedarme mirando esos hermosos ojos verdes, me prometo a mí misma antes de caer en un sueño profundo.



Chelsea



Capítulo 24

Cuando finalmente llegamos a California, toda la confusión que había sentido al despertar y ver a Santiago observándome, y luego recordar nuestra conversación antes de quedarme dormida, pasó a un segundo plano apenas bajé del avión.

Quedé completamente deslumbrada con el paisaje del lugar. Nunca había estado en una vinícola antes y no pude contener la sonrisa.

—Es hermoso —digo, mirando a mi alrededor mientras el vehículo que vino a buscarnos recorre el camino sinuoso, flanqueado por extensos viñedos, con las hileras de vides perfectamente alineadas unas junto a otras.

El sol está firme en el cielo, no hay ni una sola nube, lo que hace que la belleza del paisaje sea aún mayor.

Varios minutos después, llegamos a la casa principal de la vinícola, que más bien parece un palacio. Al mismo tiempo que es una construcción imponente, también resulta acogedora, con una fachada de piedra y amplias ventanas adornadas con hiedra que le otorgan al lugar un aire de cuento de hadas.

Apenas bajamos del coche, algunos empleados llaman a Santiago, quien se despide de mí diciéndome que me espera para cenar a las ocho.

La casa es de una sola planta y, al entrar, me conducen por un pasillo con pisos de madera. Nos detenemos frente a una gran

puerta doble, tallada, y al abrirla, la empleada me "presenta" la suite que ocuparé durante nuestra estancia. Apenas logro contener mi asombro cuando veo la habitación.

No solo porque es magnífica y jamás estuve cerca de tanto lujo, salvo a través de la pantalla del televisor. Lo que realmente me deja con la boca abierta son las decenas de bolsas de tiendas de diseño esparcidas por todo el lugar.

Gucci, Chanel, Prada, Dior, Louis Vuitton. Soy pobre y jamás podría comprar nada de eso, pero eso no significa que no conozca las buenas marcas.

Me siento abrumada.

Entonces recuerdo nuestra conversación en el avión y la vergüenza me golpea con fuerza.

Me acerco a la enorme cama y noto que hay una nota sobre la mesita de noche. Mis manos tiemblan un poco cuando la tomo. Está escrita en papel de alta calidad, con membrete.

"Escoge uno de los vestidos y úsalo para mí esta noche".

No está firmada, y no necesitaría estarla para saber quién la envió. O mejor dicho, quién ordenó que la enviaran. Probablemente, mientras yo dormía en el avión, Santiago tomó las medidas necesarias para que no me sintiera avergonzada por mi ropa sencilla.

El gesto es atento, pero eso no disminuye mi incomodidad.

Me siento en el borde de la cama, aturdida, observando a mi alrededor el mar de regalos exuberantes.

Reuniendo valor, me pongo de pie y abro una de las bolsas. Quedo completamente fascinada con la textura de los vestidos. Uno en particular me llama la atención. Es azul y parece exactamente del mismo tono que mis ojos.

Claro que no. Eso es mera coincidencia. Santiago jamás se tomaría el trabajo de elegir algo así.

Tomo otra bolsa y me muero de vergüenza al ver que contiene, al menos, una docena de conjuntos de lencería de una marca para la

cual tendría que vender un órgano en el mercado negro si quisiera comprar algo allí.

Tomo el teléfono móvil y le escribo un mensaje rápido.

"Gracias, pero no puedo aceptar nada de esto".

La respuesta llega en forma de llamada.

—Vas a aceptar. Todo es tuyo.

—No puedo. No me parece correcto.

—Forma parte de tu nuevo trabajo. Acéptalo o estarás despedida.

—No puede estar hablando en serio.

—Atrévete a comprobarlo, Chelsea.



Hoy fue, sin duda, uno de los días más intensos y emocionantes de mi vida.

No solo por el vuelo, por la presencia de Santiago y por los regalos que me obligó a aceptar, sino porque la carrera contrarreloj para la organización de la fiesta me dejó completamente sin tiempo para respirar. Había muchísimo por hacer.

Desde el momento en que salí de la habitación para encontrarme con la organizadora de la inauguración de la vinícola, me sumergí de lleno en los preparativos. Pasé horas inspeccionando cada detalle de la decoración. En el salón principal, ayudé a verificar que cada invitado estuviera ubicado en el lugar correcto, porque Elara me enseñó que eso era esencial, ya que había mucha enemistad entre los magnates; permitir que dos rivales se sentaran en la misma mesa sería una metida de pata imperdonable.

Coordinamos a los proveedores encargados de las bebidas no alcohólicas y también revisé el montaje del escenario, donde habrá

una banda tocando durante el evento.

De vez en cuando, veía a Santiago observándome y sentía que mi corazón latía con más fuerza.

Al final del día, me envió un mensaje para recordarme que me llevaría a cenar.

¡Como si pudiera olvidarlo!

No fue solo una invitación, sino una especie de orden, y en lugar de que su arrogancia me molestara, me excitó.

Cuando mi jornada laboral terminó, subí a la suite y, apenas puse un pie allí, mi teléfono móvil se iluminó con un mensaje.

Señor Santiago: *"Usa el azul".*

Ahora no me queda ninguna duda de que la elección de ese vestido fue intencional y, si ese es su favorito, Santiago se llevará una sorpresa.

Una hora y media después de un baño de tina digno de una reina, sonrío al mirarme en el espejo, sintiendo la adrenalina recorrer mi cuerpo al imaginar lo que pensará cuando me vea y tenga la certeza de que lo desobedecí.

El vestido rojo que llevo puesto es deslumbrante. La seda cae suavemente sobre mi cuerpo, acentuando cada curva. No tiene brillos ni nada por el estilo, pero es muy sexy.

Me dejo el cabello suelto y me maquillo de forma suave, solo para resaltar mis ojos.

Estoy nerviosa y la única célula racional que me queda me dice que invente una excusa y no vaya a encontrarme con él; después de todo, este viaje no es para quedarnos a solas ni para ir a una cena de a dos. El único problema es que deseo con todas mis fuerzas tener mi noche de Cenicienta. Mañana volveré a ser *la Chelsea correcta*.

Finalmente llega la hora de ir a su encuentro y abro la puerta de mi habitación respirando hondo para calmar los nervios, pero ese intento se viene abajo cuando, al llegar a la sala, veo a Santiago, hermoso, con un traje gris oscuro. Lleva una corbata verde del

mismo tono exacto de sus ojos y parece más peligrosamente atractivo que nunca.

Por un momento, temo tropezar con mis propios pies debido al nerviosismo. Su mirada me inquieta, sobre todo porque no sé qué está pensando acerca de mi acto de rebeldía.

—Estás deslumbrante —dice, con una voz profunda que hace que mi corazón dé un salto—. Fui un tonto al creer que el azul te quedaría mejor. Cualquier cosa que uses te hará ver hermosa.

—Gracias —respondo casi en un susurro, intentando mantener la compostura cuando, en realidad, me siento temblorosa.

Me acerco despacio y, cuando ya estoy lo suficientemente cerca, me rodea la cintura y me susurra al oído:

—Pero eres una niña desobediente, Chelsea, y si fueras mía… —Se detiene—. Cuando seas mía, serás castigada por eso.

La Chelsea buena niña lo mandaría al infierno y sacaría a relucir a mi feminista interior. Sin embargo, la Chelsea que tiene el control en este instante es una que ni siquiera sabía que existía y, cuando me doy cuenta, alzo la vista para mirarlo.

—Y si fuera suya, ¿cómo me castigaría?



Santiago



Capítulo 25

Ella parece hipnotizada por mí, invitándome inocentemente, aunque dudo que tenga idea de en qué se está metiendo al darme la bienvenida de esa manera. Chelsea no imagina cuánto deseo ponerla en este instante sobre mi hombro, como un hombre de las cavernas, llevarla a mi suite y meterle la verga toda la noche.

Un solo novio, recuerdo lo que me dijo en el avión. No habría necesitado confesármelo para que yo estuviera seguro de su inexperiencia. Intuyo que todo en ella es natural, honesto, que no tiene la menor idea de cómo jugar.

La atraigo contra mi cuerpo y, aunque todos mis instintos gritan que es demasiado pronto, no puedo resistirme a la boca que me ha dejado hambriento desde la primera vez que la vi.

La veo jadear apenas un segundo antes de besarla y, cuando nuestros labios se tocan por primera vez, intento ser suave para no asustarla.

Por supuesto que fallo.

Subestimé mi deseo por Chelsea y sobreestimé mi autocontrol, porque sentir su dulzura, en cuestión de segundos, me vuelve loco.

Mientras devoro su boca con labios y lengua, hay una fusión de deseo crudo y fuego entre nuestros cuerpos.

Sus manos suben por mi nuca, acercándome aún más. Un gesto delicado, propio de la buena chica que es. Mis manos la toman de la

cadera, la atraen hacia mí, demostrando, sin lugar a dudas, cuánto la deseo.

Su sabor es intoxicante. Chelsea es dulzura y promesa, y quiero consumirla hasta saciar mi hambre y mi sed..

La llevo hasta una pared, aprisionándola contra ella, y agarro su muslo, llevándolo a mi cintura, deseando sentir el calor de su vagina.

El beso se vuelve más urgente. Es una batalla entre mi control y su rendición.

Ambos sabemos quién será el vencedor.

Siento sus dedos cerrarse con fuerza en mi cabello, mientras mis manos exploran cada curva a la que pueden llegar, memorizando cada parte de ella.



Chelsea

La lengua de él se desliza en mi boca con una destreza casi cruel, explorándome como si intentara derribar todas mis defensas, conocer mis deseos más profundos. Estoy completamente a merced de Santiago.

Él desciende lentamente por mi pierna y gimo en protesta, porque quiero más.

De repente, separa nuestros labios y, segundos después, entiendo la razón. Alguien se acerca.

Dios mío, ¡qué vergüenza!

Debería empujarlo, pero todavía me siento hipnotizada por sus ojos, que brillan con un deseo imposible de ocultar.

El aire a nuestro alrededor parece mantenernos atrapados en una red eléctrica de hilos invisibles.

Siento el corazón acelerado de una forma imposible, y es un milagro que no caiga rígida al suelo, porque la velocidad de mis latidos no puede ser normal.

Un deseo incontrolable de volver a besarlo arde dentro de mí como nunca antes en mis veinte años.

Su sabor aún permanece en mi boca. Todo mi cuerpo hormiguea, extrañando la presión de sus poderosos músculos.

Santiago no solo me besó, me juró en silencio cuánto placer me dará si le permito que sigamos con esta locura.

Su mirada sostiene la mía, indiferente al hecho de que ahora los pasos de alguien están cada vez más cerca.

—Esto no puede volver a pasar —me obligo a decir, porque por más tentador que sea lanzarme de lleno a lo que estoy sintiendo, tengo demasiadas responsabilidades como para arriesgarme a perder el trabajo.

Sueño con volver a besarlo y con que Santiago haga conmigo lo que quiera, pero ¿y después, cuando se canse de mí? Probablemente, terminaré en la calle.

—Eres joven y solo por eso voy a creer que no estás jugando conmigo, Chelsea, porque ambos sabemos que lo que acaba de pasar fue solo un aperitivo. Si no nos hubieran interrumpido, estarías ahora mismo en mi cama. Estaba a punto de cancelar la cena.

—Es usted muy arrogante. ¿Cree que yo permitiría algo así?

—Estoy seguro de que lo permitirías. Estoy loco por ti, Chelsea, y sé que es recíproco —dice, y no puedo negarlo—. Ahora, vamos a cenar, preciosa, antes de que cambie de idea y sacie el hambre que veo en tu rostro, porque ambos sabemos que no es comida lo que queremos ahora.



Santiago

El lugar al que la llevé está considerado como tres estrellas en la guía Michelin[8]. Es sofisticado y la comida es deliciosa, pero en este momento toda mi atención está puesta en ella, porque ahora, más que nunca, mi mente se fija en un solo pensamiento: hacer de Chelsea mi esposa en un matrimonio por conveniencia

Durante todo el trayecto permaneció en silencio, y no me cabe duda de que volvió a detestarme por haberle arrojado en la cara su propio deseo.

Sé que necesito manejar la situación con cautela, como en una partida de ajedrez, en la que cada movimiento debe ser calculado.

—¿Vas a quedarte de mal humor como una adolescente toda la noche?

—¿Disculpe?

—Me escuchaste.

—No soy una adolescente. El hecho de no querer saltar a su cama me hace, por el contrario, muy madura.

—Ah, pero sí, lo deseas; y ese es precisamente el problema.

—Es usted muy…

—Arrogante. Sí, ya me lo dijiste. Pero también soy honesto. Te deseo. Te deseo desde el momento en que te vi tirada en aquella acera, y mi deseo solo aumentó ahora que te tengo al alcance de mi mano. Y es por esa razón que te daré la solución ideal para que sigas considerándote una buena chica y, al mismo tiempo, puedas venir a mi cama sin sentir culpa alguna.

—Yo no quiero ir a su…

—Mentirosa.

—Aunque quisiera, no va a suceder. Tengo responsabilidades. Acostarse con un jefe no solo es un cliché, también es una estupidez.

—Entonces no te acuestes con tu jefe. Hazlo con tu marido.

—¿Qué? ¿*Marido*? No entiendo nada.

—Termina de comer.

—Ya estoy llena.

—¿Quieres postre?

Ella se relaja por un instante.

—Quiero, pero no sé si pueda.

—Pediré que lo envuelvan. Lo comeremos en casa.

Asiente con la cabeza, pero veo que está confundida.

Los veinte minutos que conduzco hasta la vinícola transcurren en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos, aunque todas mis células cerebrales están concentradas en ella.

Cuando llegamos a casa, entrelazo nuestros dedos y la llevo a la cocina. Desenvuelvo la mousse de chocolate que trajimos del restaurante, tomo una cuchara y la hundo en el postre.

La acerco a su boca y le hago probarlo.

Chelsea gime de forma inconsciente, poniéndome duro.

—Eres muy linda, Chelsea. Te necesito.

Dejo el postre sobre la encimera y la beso como si no nos hubieran interrumpido horas atrás.

Ella se entrega a mi lujuria, olvidando por completo que dijo que no habría nada entre nosotros más allá de una relación profesional.

Cuando abre la boca para recibir mi lengua, no soy gentil como la primera vez; sacio mi hambre, tomándolo todo de ella.

—Quieres más —gruño, deteniéndome unos segundos para dejarla respirar y desafiándola a que me contradiga.

—Me lanzaste algún hechizo —murmura, y me río contra su sexy boca.

—Pídeme que pare y lo haré, pero si no protestas, voy a probarte. Estoy loco por saber cuál es tu sabor en mi lengua.



Santiago



Capítulo 26

La tomo en brazos y camino hacia el despacho, porque aunque el deseo sea llevarla a mi habitación, no confío en mí mismo para lograr detenerme una vez que estemos allí.

Empujo la puerta con el pie y la coloco en el sofá, pero cambio de idea y la llevo hasta mi escritorio.

Levanto su vestido cuando, en realidad, lo que quiero es arrancarlo, por la urgencia que siento. Separo sus muslos y paso mi dedo por delante de su ropa interior, que está empapada.

—Yo no…

—¿No qué? ¿No quieres esto?

Me inclino y vuelvo a besarla, intuyendo que está avergonzada por el hecho de que yo sea su jefe, y tal como sabía que ocurriría, en cuestión de segundos Chelsea vuelve a arder bajo mi cuerpo.

Sin separar nuestros labios, destrozo la diminuta prenda con un tirón y toco su vulva, sin ninguna barrera, por primera vez. Chelsea está empapada y, cuando acaricio suavemente su clítoris, tiembla.

Completamente enloquecido por la forma en que responde a una caricia tan simple, la arrastro hasta el borde, levantando su culo de la superficie; separo sus labios vaginales y me lanzo de boca a su húmedo clítoris.

El primer contacto de mi lengua con ese haz de nervios la hace gritar mi nombre. Su excitación se desliza por mis labios.

La chupo hasta escucharla suplicar por más.

Sustituyo mi boca en su clítoris por el pulgar y hundo la lengua profundamente en su canal de paredes estrechas. La penetro así, lamiendo su sabor como un gato.

Ella gimotea y, apoyando las manos en el escritorio, eleva aún más las caderas.

Aprisiono su clítoris entre mis dientes y, descontrolada, separando aún más las piernas sin que yo se lo pida, llega a su clímax.

Su primer orgasmo la deja blanda, somnolienta, pero yo quiero mucho más.

Lamo su vulva y ella ondula con cada toque de mi lengua, gimoteando en voz baja, pero no me detengo hasta hacerla acabar otra vez.

Varios minutos después, está rendida, dormida en mis brazos, recostada sobre mí en el sofá.

No quería parar, pero tuve que hacerlo. No soy un adolescente lleno de hormonas. Soy un hombre y no me conformo con los juegos preliminares.

Usando toda mi fuerza de voluntad, bajo su vestido y la cubro, porque nunca me sentí tan descontrolado cerca de una mujer.

Espero una hora más para que despierte, pero como no parece que vaya a suceder, la cargo hasta su cama.

—Santiago…

—Shhhh… Duerme, Chelsea. Tenemos mucho de qué hablar mañana por la noche.

—¿En la inauguración?

—No. Después. Ahora duerme, bonita.

En este instante podría ganar un premio al hombre más honorable de este maldito planeta, porque todo lo que quiero es volver a la cama con ella y saciar mi deseo, pero en lugar de eso la observo una última vez y cierro la puerta detrás de mí.



Chelsea

No sé cómo logré sobrevivir al día de hoy, porque estoy muerta de vergüenza por lo que ocurrió. Me gustaría saber qué tipo de *demonio de la lujuria* se apoderó de mí para hacerme actuar de esa manera.

Habiendo sido criada con el ejemplo de mis padres (del amor verdadero), las relaciones casuales nunca me atrajeron, y por eso jamás di el siguiente paso con Jaytson.

¿Y ahora qué hice? Lo que tengo con Santiago ni siquiera puede llamarse relación, solo nos besamos. Algo que, para él, fue común, algo que debe hacer varias veces por semana, a mí me da ganas de salir corriendo y esconderme.

Cada vez que me crucé con él durante el día, desvié la mirada, pero ahora sé que no tengo escapatoria y tendré que enfrentarlo. Para demostrar que no estoy avergonzada (lo cual es una mentira), me puse el vestido azul para ver si entiende el mensaje de que yo solo hago lo que quiero y lo realizo cuando quiero. Sin embargo, apenas llegué al salón de la casa principal, donde algunos invitados ya degustaban copas de vino, el rostro arrogante que me deja con las piernas temblando me observa con una ceja arqueada después de recorrerme de arriba abajo.

Me deja claro que estaba seguro de que me vestí para él.

Regla número uno, Chelsea: jugar es para quien sabe hacerlo.

El tiro salió por la culata y, si estuviera autorizada a beber, este sería el momento de vaciar una botella entera de vino.

No necesito quedarme cerca de él durante la fiesta porque, técnicamente, mi trabajo ya terminó y mañana regresaré a New

York, así que me uno a un grupo de invitados e intento integrarme.

Horas después, casi al final de la fiesta, un hombre empieza a conversar conmigo. Es gracioso y tiene una forma de hablar desenfadada. En poco tiempo, me siento más relajada.

En algún momento, me giro y encuentro los ojos de Santiago clavados en mí. Está conversando con hombres que sé que son banqueros y estoy segura de que no puede alejarse de allí, pero ya lo conozco lo suficiente como para notar que está aburrido, y hay algo más en su expresión que no logro identificar.

—Tu jefe parece a punto de matarme —dice Herbert, el hombre con el que estoy conversando.

—¿Qué?

—Santiago nos está mirando como si fuera a saltar a mi yugular.

—Es tu impresión.

—Si tú lo dices…



Santiago

Mi irritación llega a un punto incontrolable y trato de decirme a mí mismo que se debe a que la conversación de los hombres a mi alrededor es vacía y superficial. No tiene nada que ver con el hecho de que el maldito Herbert Ricón no pueda apartar los ojos de Chelsea.

Nunca sentí celos en mi vida. Desconozco ese tipo de emoción tonta e innecesaria.

Aún me lo estoy repitiendo cuando camino hacia ellos y la tomo por la cintura.

—Perdón por dejarte sola, cariño, pero ahora soy todo tuyo. —Chelsea mira hacia atrás, primero sorprendida, pero enseguida el enrojecimiento se extiende por su rostro y su cuello—. Disfruta de la fiesta, Herbert.

No dejo que el bastardo responda y prácticamente la arrastro lejos de los demás invitados, pero ni siquiera dentro de la casa tenemos privacidad, así que la llevo a un nicho del salón, como haría un maldito adolescente.

—¿Qué cree que…?

La callo con un beso y solo cuando ninguno de los dos tiene ya aliento, me separo.

—¿Qué creo que estoy haciendo? Tomando lo que es mío.

—No soy suya.

—Lo serás.

—¿Se volvió loco?

—Dije que teníamos que hablar, pero no aquí, sino en mi despacho.

—No voy a volver a ese despacho con usted.

—¿Acaso hice algo en contra de tu voluntad?

Su rostro se pone del color de un tomate.

—No. Pero eso no significa que vaya a suceder otra vez.

—Va a suceder, porque tengo una propuesta que, como te dije en el restaurante, te permitirá liberarte de la máscara de niña buena y dejar que tus deseos salgan a la superficie.

—No está diciendo nada con sentido.

—¿Estás segura de que quieres hablar aquí?

—Sí.

—No. —Cambio de idea y la llevo al despacho, sin darle opción. Cierro la puerta, irritado, pero intento controlar mi temperamento—. ¿Qué te dije anoche cuando te traje aquí?

Tiene la decencia de parecer incómoda.

—Dijo que yo podía pedirle que se detuviera.

—¿Y me lo pediste?

Ella baja la mirada y niega con la cabeza, pero si cree que va a escapar así, está muy equivocada.

—¿Chelsea?

—¿Qué?

Camino hasta donde está y tomo su mentón para obligarla a mirarme.

—Lo que hice ayer no fue ni una décima parte de lo que deseo, pero conmigo siempre estarás segura. No me ofendas sintiendo miedo de mí. Eso sería imperdonable de tu parte.

—No entiende.

—¿Qué es lo que no entiendo?

—No soy casual. Nunca había dejado que un hombre me tocara de esa manera.

—Nunca te chuparon la… —Me detengo justo a tiempo, porque parece a punto de desmayarse—. ¿Nunca te hicieron llegar al orgasmo de esa forma?

—De ninguna forma.

—¿Qué?

—Jamás tuve ningún tipo de intimidad con un hombre.

Mierda.

¡Maldición!

—Deberías haberme dicho que eras virgen.

—Estaba hechizada.

—La única hechicera aquí eres tú.

Ella sonríe, aunque todavía parece molesta.

—No puede volver a tocarme así. No tenemos una relación y no soy el tipo de persona que se acuesta con hombres al azar. Nunca lo seré.

—Entonces acuéstate con tu marido. Sacia el hambre que sientes por mí.

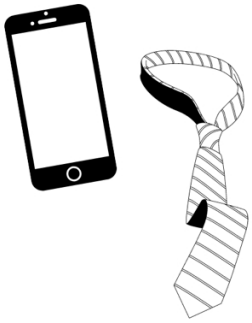
—Santiago, empiezo a pensar que se volvió loco. Cuando dijo eso ayer en el restaurante, creí que había escuchado mal, pero ahora lo está repitiendo.

—Porque es lo que quiero.

—¿Qué?

—Necesito una esposa por seis meses y mi propuesta es que te cases conmigo. Desde donde lo veo, será beneficioso para ambos. Saciará el hambre que sentimos el uno por el otro y tienes mi

palabra de que, cuando nuestro matrimonio termine, seré muy generoso.



Chelsea



Capítulo 27

New York

"Tienes mi palabra de que, cuando termine, seré muy generoso".

La frase invade mis pensamientos incluso días después de haber regresado de California y, por más que intento borrarla de mi mente, no sirve de nada; ya se instaló entre mis neuronas como una mala hierba.

Cierro los ojos por unos segundos dentro del tren, camino al trabajo, y la escena regresa a mi memoria como si todavía estuviéramos en aquella biblioteca.

Me quedé más de un minuto en estado de shock, mirando al español y esperando que me dijera que era una broma.

Primero, por la propuesta insólita de matrimonio para que yo pudiera dejar de ser una "buena chica", con la garantía legal de que todo lo que hiciera en la cama sería con mi "marido".

Después, la línea temporal de un matrimonio de seis meses, que es una de las cosas más absurdas que he escuchado, porque, como ya le había señalado a Santiago antes, ¿quién demonios se casa pensando ya en divorciarse?

Y, por último, y no menos importante, la ofensiva garantía de que sería *muy generoso* cuando nuestra relación terminara.

¡Qué inteligente, Chelsea! Bastaron solo un par de días a solas con el CEO español para quedar completamente rendida, y él, por supuesto, lo notó y jugó con tus sentimientos.

Después de lo que Santiago me dijo en la biblioteca de la casa principal de la vinícola, quedé en un estado casi catatónico, y cuando por fin logré hablar, apenas dos letras salieron de mi boca.

No.

Empujé su pecho y lo dejé solo. Subí las escaleras, indiferente a los invitados que aún permanecían en la casa, y me encerré en mi habitación, sintiéndome la mujer más estúpida que camina sobre este planeta.

Menos de un año en la gran ciudad y me dejé engañar no por uno, sino por dos ricachones que creen que el amor tiene un precio.

¿Amor? No, ninguna de las dos situaciones tiene nada que ver con el amor. Todo lo que Jaytson Kercher quería era llevarme a la cama, porque en su mente retorcida se obsesionó conmigo y pensó que el hecho de haber traído a la chica del campo a Manhattan debía ser su recompensa. Creyó que yo me sometería a sus deseos, sin importar cuánto me humillara.

Aunque esté muy enojada con Santiago, no puedo evitar ver la diferencia entre ambos.

Al menos, mi jefe español fue sincero y nunca me ilusionó fingiendo ser alguien que no era. Desde nuestro primer encuentro, dejó claro que cuando quería algo, pasaba por encima de quien fuera necesario.

La pregunta que me tiene al borde de la locura, por más que intente ignorarla, es por qué un hombre como Santiago Velasco-Sanchez, tan atractivo y tan rico, necesitaría un matrimonio por conveniencia. No tiene el menor sentido.

Y más aún, ¿por qué me elegiría a mí? No tengo dudas de que, si les hiciera esa propuesta a diez de cada diez mujeres con las que ha salido, todas aceptarían, entonces, ¿por qué yo?

Tal vez porque, al igual que Jaytson, pensó que por ser joven y venir del interior sería más fácil de manipular. Solo puede ser eso.

¡Seis meses! ¿De verdad creyó que ataría mi vida a la suya durante seis meses y luego saldría saltando de alegría con un bono generoso?

Dios, ¿en qué planeta vive ese hombre?

Al día siguiente de la fiesta de inauguración en la vinícola, fui al desayunor tensa, decidida a hablar lo menos posible con él, pero ni siquiera habría necesitado preocuparme, porque Santiago me ignoró por completo y me trató con el mismo trato impersonal que utiliza con el resto de empleados.

Me dije a mí misma que me había facilitado la vida al respetar el "no" que le di, pero, en el fondo, me decepcionó que, para él, yo ni siquiera hubiera valido el intento de luchar.

¿Luchar por qué, tonta? Las personas solo luchan por algo que es importante en sus vidas, y todo lo que él quiere, sea cual sea el motivo, es un matrimonio por conveniencia.

Unos minutos después, bajo del tren y tomo el metro para el último tramo hasta llegar al trabajo, preguntándome si me mantendrá en el Velasco-Sanchez Group cuando regrese de California. Perder dos empleos en menos de un mes sería devastador para mis ahorros.

Salgo del metro con la cabeza hirviendo de preocupaciones y rezando para que mi jefe se vaya a España y no vuelva nunca más, porque si decide mantenerme en el Velasco-Sanchez Group, me sentiré muy incómoda cada vez que me cruce con él, ya que fui "ascendida" a asistente personal hasta que el señor Frost regrese de su licencia médica.

—Puntual como siempre —dice alguien, sujetándome del brazo, y el susto es tan grande cuando me suelto que casi caigo al suelo.

A mi cerebro le toma una fracción de segundo conectar la frase con el dueño de esa voz odiosa. Cuando me doy vuelta y me encuentro cara a cara con Jaytson Kercher, una ola de pánico se apodera de mí.

Lo ignoro y continúo caminando hacia la sede del Velasco-Sanchez Group.

—Chelsea, te vas a arrepentir si me dejas hablando solo después de haberme tomado la molestia de venir a verte.

Noto que algunas personas se detienen a observarnos y me muero de vergüenza.

—¿Qué quieres, Jaytson? Ya no tenemos nada de qué hablar.

—Te di tiempo para pensar. Sé que puedo ser muy controlador a veces, pero ya basta de esta payasada. Ya dejaste claro tu punto. Entendí que necesito mejorar como novio, así que, como ya está todo dicho, termina con esta rebeldía.

Empezó hablando bajo, pero a medida que se hundía en su propia locura, su tono se volvió cada vez más iracundo y duro, demostrando que, en el fondo, sigue siendo el mismo idiota prepotente de siempre.

¿Cómo pude siquiera comparar a Santiago con este imbécil? Sí, ambos son ricos y tal vez estén acostumbrados a tenerlo todo, pero mientras mi jefe actual es un hombre de verdad, Jaytson no es más que un niño mimado.

—Solo puedes estar volviéndote loco si de verdad crees que tienes alguna oportunidad conmigo. Voy a repetirlo hasta que lo entiendas: lo nuestro terminó, Jaytson. Nunca volveremos. Haber salido contigo fue un gran error.

No me considero una persona cruel ni alguien a quien le guste jugar con los sentimientos ajenos, y ni siquiera con un desgraciado como él haría algo así, pero no creo que Jaytson sienta nada por mí que no sea berrinche por no tener acceso a su juguetito (yo, en este caso).

—No dices eso en serio.

—¡Digo exactamente eso! Déjame en paz de una vez por todas.

—Chelsea, ¿puedes decirnos si son ciertos los rumores de que tú y el CEO español Santiago Velasco-Sanchez están juntos?

—Chelsea, ¿podemos esperar una historia como la de Cenicienta?

—Chelsea, ¿hay una boda a la vista?

Siento que las rodillas me fallan al escuchar las preguntas casi una tras otra y noto que Jaytson mira por encima de mi hombro.

Cuando me doy vuelta, veo que son paparazzis quienes me hablan y que alguien me está tomando fotos.

—¿Qué están diciendo? —pregunta Jaytson, con un tono enfurecido, y eso, sumado a los periodistas, es la gota que colma el vaso para mí.

—Vete al infierno y no vuelvas a buscarme nunca más —digo entre dientes, en voz baja, pero él no se inmuta.

—Espero que lo que estén diciendo no sean más que rumores, Chelsea, porque si me traicionaste, si te atreviste a estar con otro hombre, te voy a destruir.

—Estás loco, Jaytson. Te aconsejo seriamente que busques ayuda psicológica, porque si vuelves a acercarte a mí, voy a conseguir una orden de restricción.

Paso a su lado con la cabeza en alto, fingiendo que estoy bien cuando, en realidad, me siento profundamente afectada.

No fue solo la visita inesperada de Jaytson lo que me asustó, ni la certeza de que sabe dónde trabajo, sino los rumores de que estoy con Santiago en algo más que una relación de jefe y empleada.

¿Qué esperaba, después del espectáculo que él dio en la vinícola, frente a Herbert? ¿Delante de toda la fiesta? Claro que sabía, igual que yo, que había periodistas presentes.

Si los chismes se esparcen dentro de la empresa, no podré seguir trabajando para él y no tengo la menor idea de qué haré con mi vida si eso sucede.



Chelsea



Capítulo 28

—Señorita Raymond, ¿necesita un descanso? —pregunta mi jefe español, y siento que el rostro me arde de lo incómoda que me pongo.

Hace alrededor de una hora fui llamada al despacho de Santiago, quien me trató con formalidad, como si me estuviera viendo por primera vez en la vida.

Mientras él parecía totalmente sereno, como si yo y un mueble de su oficina tuviéramos el mismo valor, no logré apartar la mirada de su perfecto rostro mientras hacía anotaciones en mi tablet de todo lo que quería para el día.

Por lo visto, volvió de California no solo dispuesto a borrar lo que ocurrió entre nosotros, sino también con más energía que nunca para el trabajo, ya que escuché a algunas secretarias quejarse de que estaban exhaustas por tantas exigencias del jefe y de que, además, estaba de mal humor.

Mientras Santiago aparentaba estar absolutamente concentrado en el trabajo, pasé buena parte del tiempo desde que llegué a su oficina fantaseando con cómo sería estar casada con un hombre como él.

—Sí, me vendría bien —respondo, por fin, enfocándome en la tablet para no delatar los pensamientos caóticos que me invaden.

Para mi alivio, la puerta se abre después de dos golpes y él indica que entre quien sea que esté afuera.

—Señor Santiago, perdóneme por interrumpirlo, pero la señorita Manise Koban quiere saber si el evento de esta noche está confirmado, ya que aún necesita agendar maquillaje y manicura.

Siento como si el suelo se abriera bajo mis pies, al mismo tiempo que un dolor como jamás experimenté antes perfora mi corazón.

Mientras yo, como una tonta, soñaba con cómo sería casarme con Santiago, por lo visto él ya consiguió una sustituta para el puesto de *esposa por conveniencia.*

No ha pasado ni una semana desde que volvimos de California, donde estuvimos en la situación más íntima que he vivido con un hombre, ¿y Santiago ya está con otra?

Los celos envenenan mi torrente sanguíneo, pero aún mayor que ellos es la sensación de pérdida que, claro, no es más que otro matiz estúpido de mi ingenuidad, porque solo se puede perder aquello que ya se ha tenido.

Siento un nudo formarse en mi garganta y dolor detrás de mis ojos, pero, sobre todo, siento desprecio por mí misma por ser tan ingenua.

—¿Hay algo más que desee de mí, señor Santiago? —pregunto, sin atreverme a mirarlo.

En este momento, no me preocupa haber interrumpido a Elara, solo quiero salir de aquí para reconstruir mis heridas.

Me siento descartable y lo que ocurrió en la vinícola me llena de vergüenza.

—Aún no he terminado con usted —me dice—. Señorita Peregrine, dígale a Manise que nuestro encuentro está cancelado. Ella ni siquiera debería estar esperando eso todavía, ya que lo cancelé hace semanas.

—Pero ella dijo que…

—No voy a repetírselo, señorita Peregrine.

—Sí, señor.

Sigo mirando la tablet, fingiendo leer las anotaciones cuando, en realidad, todo lo que veo son manchas borrosas, pero percibo que él se levanta y camina hasta la puerta, cerrándola con llave.

Santiago no vuelve al escritorio y yo ya no consigo fingir indiferencia, así que me giro hacia él.

—No tiene derecho a sentir celos —dice.

Congelo el lápiz sobre la pantalla de la tablet, sin poder creer que haya dicho eso.

La vergüenza dura poco, sin embargo, porque la rabia mezclada con el despecho por ya haber sido sustituida (no importa que por hoy Santiago haya descartado a esa tal Manise Koban) saca a la superficie lo peor de mí.

—¿Celos? —pregunto, poniéndome de pie y mandando al infierno el hecho de que sea mi jefe y no debería hablarle así—. Su ego es realmente impresionante. ¿Cree que siento celos de usted? No me importa con quién salga ni que esa Manise Koban sea su nueva elegida. Estoy aquí solo como su asistente y…

No termino de hablar porque, rápido como un rayo, me agarra y me besa.

Por apenas un segundo, una voz me dice que no lo permita, pero el hambre que siento por él es infinitamente mayor que mi buen juicio.

Al sumar los celos a esa cuenta, mi deseo estalla con la fuerza de una fiera enjaulada que por fin logra liberarse.

Creo que quería silenciarme y castigarme, demostrar que soy una mentirosa al renegar de lo que tenemos, pero cuando correspondo a su ataque con la misma necesidad, algo cambia y las manos que solo sostenían mi rostro ahora me atraen por la cintura, haciéndome sentir la fuerza de su deseo.

Nuestros labios chocan con una urgencia imposible de contener. El beso es obsceno, nuestras lenguas luchan por el dominio mientras exploramos la boca del otro.

Por unos segundos, separa sus labios de los míos, con los ojos penetrantes fijos en mí. La tensión sexual entre nosotros es casi insoportable y ya no consigo negar mi deseo.

—Vas a ser mi esposa —gruñe.

—Nunca. No voy a casarme solo por seis meses.

Vuelve a besarme, con aún más intensidad que antes.

—¿Por cuánto tiempo? —dice, dándome un instante para responder y usando un tono persuasivo.

No logro resistirme a su seducción, y esa constatación me excita y me aterra al mismo tiempo.

—Yo no voy a…

Ahora, cuando toma mi boca otra vez, lo muerdo. Me alza en brazos y hace que mis muslos rodeen su cintura. Yo los cierro alrededor de su espalda.

Tal vez, si nada hubiera pasado entre nosotros en la vinícola, podría sentir vergüenza, pero sé cuánto placer puede darme y estoy desesperada por eso, así que rodeo su cuello con los brazos y me froto contra él, buscando la satisfacción que solo el español puede darme.

—Mírame, Chelsea. Te quiero en mi cama y no solo por una noche —susurra, con la voz baja y seductora, la mirada ardiente y decidida.

—No me quedaría solo una noche. No soy así.

—Lo sé, y por eso vas a ser mía. Dime tu precio.

—¿Precio? Suélteme.

—No hablo de dinero, sino de lo que deseas. ¿Un año? ¿Dos? Estoy dispuesto a negociar.

—Usted no quiere una esposa. *Necesita* una esposa. No soy un objeto. Bájeme al suelo, señor Velasco-Sanchez.

Me baja despacio, quizá seguro de que, si lo hiciera demasiado rápido, me caería, porque tengo las piernas temblorosas.

Su boca sensual está hinchada por mis besos, y no dudo de que la mía esté igual.

—Entonces, ¿no te importa que me case con otra?

Trago saliva, pero mi orgullo vence a mi honestidad.

—No.

—Entonces, nuestra conversación ha terminado, Chelsea. Aún no ha nacido la mujer que me haga suplicar. Estás despedida.



Chelsea



Capítulo 29

No consigo concentrarme.

Han pasado cuarenta y ocho horas desde que lo vi a solas y me siento como un robot mal programado, haciendo todo en modo automático y ajena al mundo que me rodea.

Sé que tengo un problema, porque no hay otra explicación para esta mezcla de deseo y rabia que siento por Santiago que no sea la certeza de que me enamoré de él.

Pienso en él incluso contra mi voluntad y, en ocasiones, hasta logro escuchar su voz en mi mente. La locura es tal que llegué a tener la sensación de estar siendo observada a través de las cámaras, lo cual, por supuesto, solo puede ser fruto de mi imaginación desbordada.

En las reuniones en las que estuvimos rodeados de gente, tuve que esforzarme mucho para no avergonzarme aún más cuando nuestras miradas se cruzaban y todo a nuestro alrededor parecía desaparecer.

El reloj marca cerca de las seis cuando empiezo a guardar mis cosas, mientras ya planeo qué haré para la cena.

Es viernes y me preparo para un fin de semana sumergida en toda la comida basura que encuentre en el supermercado, con la esperanza de que mi humor mejore.

Chocolate, helado, galletas. El cielo es el límite.

Shyla se quedará con su madre en un pueblito a unas dos horas de nuestra casa, así que tendré que curar mi tristeza atiborrándome de comida yo sola.

Mientras camino por los pasillos, ya vacíos a esta hora, me pregunto si él todavía está en la empresa. La tentación de subir un piso más con cualquier excusa es incontrolable y, cuando me doy cuenta, ya estoy haciendo exactamente eso.

Como si el destino estuviera dispuesto a colaborar con mi locura, en el momento en que llego a la oficina de Elara, ya vacía, Santiago está saliendo de la suya.

Por un instante, tengo la sensación de que va a atraerme hacia él y besarme otra vez, pero entonces su voz suena fría.

—¿Desea algo, señorita Raymond?

—Yo…

Siento el teléfono móvil vibrar en el bolso y me aferro a la interrupción perfecta para no humillarme aún más.

Ignorando las buenas maneras, ya que, si las siguiera al pie de la letra, debería responder primero a mi jefe, tomo el teléfono y, cuando leo lo que aparece en la pantalla, necesito apoyarme contra la pared.

—Con permiso —digo, escapando hacia la escalera y sin darle tiempo a decir nada.



Vine todo el camino llorando y, al mismo tiempo, intentando controlar las náuseas al recordar la conversación que tuve con mamá en cuanto conseguí un pasaje de tren para mi ciudad.

Decidí enviarle un mensaje a Santiago para avisarle que tuve una emergencia en casa y que tal vez necesitaría unos días libres,

porque, si hay algo seguro en esta vida, es que no me iré de mi ciudad hasta que todo esté resuelto.

No esperaba respuesta, así que me sorprendí cuando leí en la pantalla del teléfono móvil.

Santiago: *"¿Hay algo en que pueda ayudarte?".*

Debo estar realmente muy sensible, porque esa pregunta tan simple me hizo llorar aún más.

"Gracias por la oferta, pero vamos a estar bien".

Deseo que mis palabras sean verdad y que todo no haya sido más que un malentendido.

Horas después, llego a casa y veo las luces de la sala encendidas. Mamá está despierta, con el rostro hinchado de tanto llorar, y Beryl y Sapphire duermen en el sofá, todavía con la ropa puesta.

Hay otras personas en nuestra casa también. Vecinos que parecen tan tristes como nos sentimos nosotras, porque cada uno de ellos conoció a mi padre toda la vida y sabe que esa acusación no es más que una mentira.

Los saludo rápidamente y, enseguida, me arrodillo frente a mamá.

—Cuéntame qué pasó —pido—. Necesito saber los detalles porque todavía no lo puedo creer. ¿Cómo pueden siquiera pensar algo así? Basta con que hablen con papá durante cinco minutos para darse cuenta de que es la persona más honesta del mundo.

Mamá se seca una lágrima, con los labios apretados en una línea fina. Siento que el corazón se me quiebra de dolor por su sufrimiento y por el mío también.

—Como ya te dije, tu padre fue acusado de robar en la fábrica. En realidad, de haber estado haciéndolo durante años, pero es mentira.

—Lo sé, mamá. No necesitas decirme eso. Vamos a contratar a un abogado.

—No hay ninguno que quiera tomar el caso en los alrededores. Ya lo intenté. Probablemente tienen miedo de molestar a la familia Elbrook.

—Vamos a lograrlo —digo.

Intento mostrar calma porque ella está completamente destrozada, pero por dentro estoy sangrando al imaginar a mi padre, mi héroe, en una celda como si fuera un criminal.

Ella sigue explicándome la situación y, con cada palabra, mi estómago se revuelve.

Tomo mi tablet para intentar contactar a abogados penalistas de la región, sin importarme que ya sea tan tarde. Algunos atienden, pero todos dan la misma excusa: que están extremadamente ocupados.

—¿Crees que me dejarán verlo si voy a la comisaría? —le pregunto, exhausta, a mi madre, cuando el día ya está a punto de amanecer.

—Después de las nueve, probablemente.

Despierto a Beryl y le indico que vaya a su habitación. Cargo a Sapphire en brazos y la acuesto en su cama. Luego, voy a darme una ducha porque sé que el día será largo.

De vuelta en la cocina, preparo café para todos y sirvo el pastel que estaba sobre la encimera a los vecinos que aún no se han ido, demostrando su apoyo.

La sensación de impotencia me está matando.

Papá siempre fue nuestro protector y ahora es él quien nos necesita.

Mirando sin ver nada a través de la ventana de la cocina, recuerdo cuando era niña y mi padre siempre me hablaba de la importancia de la honestidad y del trabajo duro. La idea de que pueda ser acusado de algo tan vil es inconcebible.

Decido salir un poco al exterior porque siento que me ahogo. Por más bien intencionadas que sean las personas, quiero quedarme a solas con mi familia para que podamos llorar libremente.

Apenas pongo un pie en el primer escalón de la entrada, veo un coche entrar en nuestro terreno. Mi humor, que ya era pésimo, empeora cuando reconozco quién es: Jaytson Kercher.

Desciende del vehículo y se dirige hacia mí con los brazos abiertos, como si me ofreciera consuelo.

—No me toques.

—Tranquila, sé que estás herida. Acabo de enterarme de lo que pasó. No entiendo por qué Tenner no me avisó que tu padre sería arrestado. Me dijo que ya sospechaba de él desde hacía tiempo.

—¡Cállate, no tienes la menor idea de lo que estás diciendo! ¡Mi padre es el hombre más honesto que existe!

—Es natural que pienses así, querida, y, sinceramente, no me importa. Lo solucionaremos.

Una sospecha empieza a extenderse dentro de mí, provocándome un escalofrío en la espalda. Parece una locura, pero conociendo a Jaytson como lo conozco, no dudo de que sea posible.

—¿A qué viniste a esta hora?

—¿Qué quieres decir? Eres mi chica, Chelsea. ¿Dónde más podría estar si no es a tu lado?

—No intentes engañarme, Jaytson. Ya no compro tu actuación de hombre perfecto. ¿Fuiste tú quien hizo esto?

—¿De qué estás hablando?

Doy un paso atrás porque tengo miedo de entrar en la cocina, agarrar un cuchillo y matarlo. La duda se convierte en certeza cuando veo aparecer una sonrisa apenas disimulada en sus labios.

—No me mientas. ¿Cómo pudiste humillar así a mi padre? Él es correcto y bueno. ¿Tienes idea de lo que debió haber sido para él ser arrestado?

Finalmente, su máscara cae.

—No, y no me importa en absoluto. Te voy a decir qué es lo que va a pasar, Chelsea. Tenemos pruebas que harán que tu padre se pudra en la cárcel durante al menos quince años. Vas a bajar ese mentón orgulloso y vas a hacer todo lo que yo te ordene de ahora en adelante. Con una llamada telefónica puedo sacarlo de prisión, pero mantendré otras pruebas bajo la manga. Si no eres obediente, los destruiré a todos.

—¿Qué quieres decir con eso de que yo sea *obediente*? —finjo entrar en su juego solo para comprobar hasta dónde llega la locura de este hombre.

—Exactamente eso. Vas a ser mi esclava en todos los sentidos, durante el tiempo que yo quiera, como la puta que eres. Si estamos

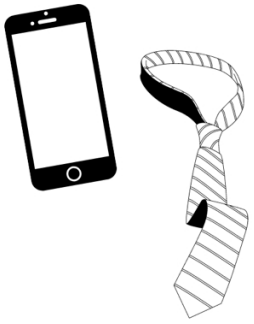
en una fiesta y te ordeno que me chupes la verga delante de mis amigos, eso es lo que harás.

—Sal de mi casa.

—Creo que tú no…

—Sal de mi casa, miserable. Preferiría convertirme en prostituta, acostándome con varios hombres por noche, antes que volver a besar tu boca. No creas que me conoces, Jaytson. Soy una campesina, como me llamaste. Mi padre me enseñó a disparar a los diez años y tenemos una escopeta lista para espantar a los intrusos. Tienes un minuto para salir de aquí en tu coche o en un ataúd.

Casi sonrío cuando entra corriendo en su Ferrari, pero no tengo tiempo para sentirme satisfecha porque hay algo que necesito hacer.



Chelsea



Capítulo 30

Santiago me dijo que todo el mundo tiene un precio y que yo debía determinar qué era lo que quería en nuestro acuerdo.

Si pudiera elegir, pediría un *felices para siempre*, pero es evidente que eso nunca va a suceder, así que ya sé qué voy a pedir.

Su teléfono móvil suena apenas tres veces antes de que atienda y mi corazón se llena de esperanza, porque sé que tiene mi número guardado.

—¿Chelsea?

—Sí, soy yo. Santiago, ¿tu propuesta sigue en pie? ¿Aún me deseas como tu esposa por conveniencia?

—Sí. —Su voz suena tensa—. *Te deseo a ti.*

—Tengo un precio, y si me das lo que deseo, seré tu esposa durante seis meses.

—Considéralo hecho.

—Aún no sabes qué es.

—¿Quieres acostarte con otros hombres?

—¿Qué?

—¿Tiene que ver con infidelidades?

—Claro que no.

—Entonces no importa lo que sea, cambiaré la rotación de la Tierra si hace falta, pero serás mi esposa.

Después de colgar, fui directamente con mi madre a la comisaría.

El comisario me vio crecer. Incluso, ha cenado en nuestra casa en algunas ocasiones, así que se mostraba muy incómodo y no puso

ningún obstáculo para que entráramos.

Sentía las palmas de las manos húmedas mientras caminaba hasta la celda, que ni siquiera estaba cerrada, lo que dice mucho sobre cuánto cree la gente del pueblo en la inocencia de mi padre.

Cuando lo vi, corrí a sus brazos y tardé al menos unos quince minutos en dejar de llorar.

Le evité contar la verdad a mamá, pero ahora, estando los tres juntos, les cuento sobre la visita de Jaytson y su confesión de que armó todo para obligarme a volver con él.

No les digo las barbaridades que me dijo, porque mi padre sería capaz de matarlo. Solo que fue una trampa sórdida de esos dos holgazanes.

—Tengo algo que contarles —empiezo, pidiéndole perdón a Dios en silencio por la mentira que necesito inventar.

Sin embargo, sé que, si no lo hago, jamás aceptarán la ayuda de Santiago y mucho menos mi matrimonio con él.

—Sabes que puedes decirnos cualquier cosa —dice mi padre, y siento ganas de llorar por tener que mentir, aunque sea parcialmente. Mi padre fue arrestado injustamente y, aun así, encuentra fuerzas para apoyarme.

—Estoy saliendo con mi nuevo jefe. Se llama Santiago Velasco-Sanchez. Me enamoré de él y creo que él siente lo mismo.

Los veo mirarme, junto con las miles de preguntas que cruzan sus rostros.

—Es catorce años mayor que tú —dice finalmente mi padre, dejando claro que lo investigó.

No tenía dudas de que lo haría, porque sabe que viajé con él a California.

—Santiago no me sedujo en la vinícola, si eso es lo que estás pensando —digo, y veo cómo su rostro se pone rojo—. Una vez te pedí que confiaras en la educación que me diste, papá, y por eso te afirmo esto: mi novio es un hombre honorable y me hace feliz.

La parte de estar enamorada de mi jefe no es mentira; el engaño es que crean que él siente lo mismo por mí. Sin embargo, de camino aquí pensé mucho en qué hacer y llegué a la conclusión de que no es justo obligar a Santiago a mentir por mí.

Él es orgulloso y transpira honor. No sería digno de mi parte forzarlo a traicionar sus propios valores si soy yo quien necesita ayuda.

—Parece que ya estás decidida a quedarte con él —dice mi papá con disgusto.

—Sí. Lo amo y quiero estar con él. —Hago una pausa, preparándolos para el golpe que deberá llegar tarde o temprano—. En realidad, insinuó que él quiere algo más que solo un noviazgo o una relación seria.

—¿Matrimonio? —pregunta mi madre, dándome la apertura que necesitaba, y asiento con la cabeza.

—¡Pero si recién se conocen!

—Papá, no te preocupes por eso ahora. Tenemos asuntos más importantes que resolver. Solo te lo cuento porque, apenas supe lo que esos dos miserables habían hecho, después de la visita de Jaytson, llamé a Santiago y él viene para acá con abogados.

—No necesitamos la ayuda de un extraño.

—En este momento no estamos en condiciones de ser orgullosos, Rex —interviene mamá—. Voy a confiar en el buen juicio de Chelsea. Si ese hombre, su novio, logra sacarte de aquí, le estaré eternamente agradecida.

—Vamos a resolver esto, papá. No te preocupes —digo—. Solo quise hablarte de Santiago para que no te tome por sorpresa, pero ahora necesitas guardar fuerzas para librarte de estas acusaciones. Eres inocente y no perteneces a este lugar.

—Gracias por no dudar de mí, hija.

—Ni por un segundo, papá.

Salgo para dejarlos solos y, mientras camino hacia fuera de la celda, veo por el rabillo del ojo a mi padre atrayendo a mi madre hacia sus brazos.

Sonrío y le pido protección a Dios en silencio para que mi papá pueda regresar hoy a casa.



Yo sabía que él era un hombre poderoso. Además de la empresa para la que fui contratada, vi el tamaño de la vinícola que posee en California y, según me explicó Elara, no es ni un tercio del tamaño de la original en España.

No soy ingenua. Vivo en Manhattan desde hace casi un año y sé que el dinero mueve el mundo, no el amor.

El amor repara y cura, pero los sentimientos por sí solos no sacarían a mi padre de la cárcel. El poder y el dinero, sin embargo, sí.

Después de decir que cambiaría la rotación de la Tierra por mí, tuve que repetirme mentalmente que Santiago solo dijo eso porque necesita una esposa por conveniencia y, como me desea, me eligió para ese papel.

En nuestra conversación telefónica, antes de ir a visitar a mi padre, me pidió que le explicara lo que estaba pasando y no oculté nada, ni siquiera el hecho de que creía que mi ex novio y Tenner estaban detrás de la trampa.

Alrededor de una hora después de volver de la comisaría, veo a Santiago entrar en nuestro terreno y, cuando le pregunto cómo llegó tan rápido, dice que ordenó que prepararan el helicóptero.

No vino solo, sino acompañado de dos hombres a quienes me presentó como abogados.

Antes de llevarlos con mi madre, llamo al hombre con el que voy a casarme para hablar a solas.

—No podemos decirles la verdad a mis padres —explico—. Nunca aceptarán tu ayuda si saben que el precio es casarme contigo. Tenemos que convencerlos de que estamos enamorados. Eso fue lo que le dije a mi padre cuando lo visité hace un rato.

Sé que, en el momento en que nos vean juntos, mi padre creerá la mentira, porque aunque el español no siente nada por mí más allá que la lujuria, está lejos de ser indiferente.

Cometí el segundo mayor error de mi vida, después de haber salido con Jaytson: me enamoré perdidamente de mi jefe.

—Haremos lo que sea necesario. No me agrada la idea de que sepan de nuestra vida. Cuando todo termine aquí, volveremos a New York. Necesitamos hablar. El matrimonio será la próxima semana y debo hacer un anuncio público.

—¿Tan pronto?

Asiente con la cabeza y no dice nada más. En este momento no tengo energía para preguntar por qué necesita que sea tan rápido. Solo quiero que mi padre vuelva a ser un hombre libre.

Santiago levanta la mano y toca mi mentón. Pasa su pulgar grande por él y me derrito bajo la caricia. Creo que lo nota porque, enseguida, besa mi boca. Cuando me rindo y le rodeo el cuello con los brazos, él gruñe algo en español que no logro entender, tal vez porque no es exactamente una palabra.

—Vamos. No puedo tocarte y detenerme, Chelsea. Quiero resolver lo que vine a hacer aquí y luego hacerte lo que deseo.

—Gracias por ayudarnos —digo con formalidad para romper el clima, porque cada vez que ese hombre abre la boca, mi corazón y mi cerebro entran en cortocircuito.

—Vas a ser mía y yo cuido de todo y de todos los que son míos —dice, y yo completo dentro mío: *solo durante seis meses*.

—No nos conoces bien, Santiago, pero te garantizo que mi padre es inocente. Dijiste que cambiarías la rotación de la Tierra por mí a cambio de que me convierta en tu esposa por conveniencia. No hace falta ir tan lejos, pero no quiero solo que mi padre salga de la cárcel. Quiero que su nombre quede limpio también.

Me gustaría que esos dos miserables, Jaytson y Tenner, fueran castigados, pero sé que eso sería pedir demasiado.

—Vamos a resolverlo todo, Chelsea. No te preocupes por eso.



Santiago



Capítulo 31

—¿Te vas a casar con tu asistente? —pregunta Armani en la videollamada.

—No puedes decir nada al respecto. Misty era la nutricionista de tu empresa —se burla Alexandros.

—Y Robyn, tu alumna —devuelve mi hermano mayor.

—Sí, voy a casarme con Chelsea —interrumpo la guerra entre los dos.

Les explico dónde estoy (en el interior del Estado de New York) y también toda la situación del padre de ella.

En este momento me encuentro dentro del coche, estacionado en el terreno de los Raymond, tratando de conseguir algo de privacidad y poder hablar con mis hermanos, ya que la casa de la familia de mi futura esposa está llena de vecinos y amigos.

Han pasado cuatro días desde que estuve aquí por primera vez y, desde entonces, he estado viajando hacia y desde Manhattan en helicóptero.

Los abogados tardaron cerca de media hora con el juez del distrito local para conseguir la liberación de Rex Raymond y ahora, noventa y seis horas después, tras una reunión entre el fiscal, nuestros abogados, los detectives que investigaron el caso y el dueño de la fábrica, Ravan Elbrook, todos los cargos fueron

retirados. No hay pruebas. Solo indicios muy débiles que señalan a mi futuro suegro como quien supuestamente cometió los robos.

El infeliz del padre de Elbrook creyó que se saldría con la suya con una disculpa y devolviéndole el empleo a Rex, pero no tenía la menor idea de con quién se estaba metiendo al buscar pelea con la familia de ella. *Al buscar pelea conmigo.*

No le mentí a mi futura esposa cuando le dije que cuido de lo que es mío, así que ordené a los abogados que exigieran no solo una retractación pública, sino también una indemnización de dos millones de dólares. Sabía que el cretino intentaría negociar y bajaría a un millón, pero creo que para alguien en la situación actual de Raymond, eso será suficiente.

Yo completaría el monto si creyera que lo aceptarían, pero por lo que ya conozco de los padres de Chelsea, son orgullosos y jamás estarían de acuerdo con eso.

Revisé sus deudas. Pienso saldar la deuda que tienen con el hospital y también la hipoteca de la casa. En cuanto a eso, no hay discusión. De ese modo, tendrán un millón de dólares para que Rex pueda empezar a montar su propio taller mecánico, como siempre soñó, según me contó Chelsea ayer.

Al principio, cuando nos presentaron, ya fuera de la prisión, él parecía tan arisco como su esposa, pero percibí que, después de mi segunda visita, algo cambió. Empezó a tratarme de una manera menos formal y también noté que, siempre que Chelsea estaba a mi lado, observaba a su hija con atención.

Hoy, ella y yo volveremos a New York, porque pienso llevarla a cenar para formalizar nuestro compromiso relámpago y también para dejar cerrados todos los detalles del acuerdo.

Tengo una propuesta mejor que la inicial y necesito convencerla de que será ventajosa para ambos.

Solo después de que Chelsea esté de acuerdo con todo, invitaré a sus padres a ir a Manhattan, reunirlos con mi familia y contarles a todos que vamos a casarnos.

Será el compromiso más corto de la historia, tanto porque mi plazo se está agotando como porque no quiero esperar para hacerla mía. Nunca sentí tanto deseo por una mujer.

Cinco minutos después de terminar la llamada, salgo del coche con la intención de despedirme de su familia y volar de regreso a Manhattan cuando veo a Beryl, el hermano del medio de Chelsea, acercarse. Para ser un chico, muy serio, todo lo contrario a la menor, la niña unicornio.

—Santiago, ¿puedo hablar contigo un momento?

La pregunta suena tan formal que me dan ganas de reír, pero no voy a entrar en guerra con mi cuñado en vísperas de mi boda.

—Claro.

—No quiero entrar en la casa. Hay mucha gente allí y lo que voy a preguntar necesita hablarse en privado.

—Te escucho, Beryl.

—Chelsea me va a matar si se entera de que vine a hablar contigo, pero papá todavía está molesto por lo de la prisión y no tiene cabeza para algunos asuntos.

—¿A qué asuntos te refieres?

—Quiero saber cuáles son tus intenciones con mi hermana, porque me caíste bien, pero aun así quiero estar seguro de que va a ser bueno para ella.

Dios, es como hablar con una versión en miniatura de Rex.

Abro la boca y la cierro, inseguro de qué responder, cuando, detrás de mí, escucho la voz de mi futuro suegro:

—Él no debería haberte hecho esa pregunta, pero ya que estamos aquí, quiero oír tu respuesta.

No lo dudo.

—Voy a casarme con Chelsea.

Percibo que no demuestra sorpresa, tal vez por lo que su hija me contó el día que llegué: que ya estaba preparando el terreno para la noticia.

—No la conoces.

—Tengo treinta y cuatro años y sé lo que quiero.

—Querer no es suficiente para mi niña. Ella merece más. ¿La amas?

—¡Papá! —Escucho a Chelsea llamarlo antes de que yo pueda responder, porque, además, no podría darle la respuesta que parece querer.

Sin duda, decirle que estoy fascinado por su hija desde la primera vez que la vi sería una buena elección, pero me convertiría en un mentiroso. La verdad es que me volví loco por Chelsea en el instante en que me respondió con atrevimiento cuando todavía estaba en el suelo, el día en que casi fue atropellada.

Confesarle que la quiero desnuda en mi cama haría que me expulsara de aquí a tiros. Y, en este momento, esas serían las únicas respuestas que podría darle.

—¡No puedo creer que ustedes dos me hayan avergonzado de esta manera! Santiago es mi novio y también un invitado, y si mamá se entera de lo que están haciendo, van a meterse en problemas.

Los dos parecen incómodos y el padre habla primero:

—No quise ser ingrato, pero todavía espero tu respuesta.

—Con todo respeto, señor, pero mis sentimientos por su hija solo nos conciernen a nosotros dos.

Durante varios segundos, nos miramos como toros en una arena, ninguno de los dos dispuesto a retroceder, hasta que Chelsea interviene.

—¿Vienes conmigo? —me pregunta, colocándose entre los dos y dándole la espalda a su padre—. Mi mamá hizo un jugo de sandía del que presume que es el mejor del mundo y quiere que lo pruebes.

—Con permiso, Rex. Beryl.

La abrazo como el maldito animal territorial que soy, manteniéndola pegada a mi cuerpo.

—Lo lamento por eso.

—No me ofendí. Es tu padre. Naturalmente, querría saber cuáles son mis intenciones.

—Parece una frase sacada directamente de la Edad Media. —Suena irritada, pero cuando la beso, se calma entre mis brazos.

Una hora después, Chelsea está recogiendo algunos objetos en su habitación antes de partir y miro a mi alrededor, seguro de que nunca vi tantos recuerdos mezclados.

Pósters de cantantes de rock, llaveros que parecen formar parte de una colección y muchos osos de peluche, pero lo que me llama la atención es un par de castañuelas sobre la cómoda.

Me levanto de la cama, donde ella me indicó que me sentara, y las tomo.

—¿Has estado alguna vez en España?

Sé que aprendió mi idioma con una vecina nacida en España. Fuera de eso, aunque sé que Chelsea está familiarizada con la cultura de mi país, nunca habló mucho más al respecto.

—No, pero siento como si ya hubiera ido, ¿sabes? ¿Piensas llevarme contigo?

—Eso es algo de lo que tendremos que hablar. Yo no suelo quedarme tanto tiempo como he pasado en New York. Lo que me hizo permanecer en territorio estadounidense esta vez fue una combinación de factores.

Ella me regala una sonrisa preciosa.

—¿Me estás diciendo que vamos a mudarnos a España? —pregunta, tomando las castañuelas de mi mano y empezando a bailar.

La miro, sintiendo como si una patada de caballo me golpeara en el centro del pecho.

Durante varios segundos, no puedo creer que sea verdad. Necesito la confirmación, aunque ya tengo la certeza de la respuesta.

Es ella.

Chelsea es mi bailarina misteriosa.

Las dos son la misma persona, y las dos son mías.



Chelsea



Capítulo 32

Durante algunos minutos, me olvidé de con quién estoy.

En este momento, Santiago no es el magnate dueño del mundo. Es el hombre del que me enamoré y a quien estoy seduciendo con mi presentación privada de flamenco.

Como el día en que bailé bajo la lluvia, escucho la música en mi cabeza y marco los pasos siguiendo ese ritmo secreto.

Le sonrío y sus ojos me observan como si me estuviera viendo por primera vez.

Levanto los brazos y golpeo el suelo con los pies, entregándome al flamenco con la misma pasión con la que me entrego a él cada vez que me toca.

Santiago no aparta los ojos de mí y, cuando estiro la mano para llamarlo, no duda.

—Yo te vi —dice, sosteniéndome el rostro.

—Me estabas viendo recién ahora.

—No hoy. Bajo la lluvia.

—¿Qué?

—Un día antes del incidente en el que te lanzaste delante de mi coche.

—¿Te refieres al día en que casi me atropellaste?

Él me da una palmada en el culo.

—Atrevida.

—Continúa.

—Te vi bailando bajo la lluvia. Estaba en el coche y te vi.

Siento que el corazón se me acelera.

—¿Cómo estás tan seguro de que era yo?

—Eras tú. Me bajé del coche y te seguí. Saliste corriendo con una amiga.

Lo miro, tratando de entender cómo es posible que el destino nos haya unido durante dos días seguidos en medio de la selva de concreto que es Manhattan.

—¿Querías a la bailarina?

Asiente con la cabeza y, aunque es estúpido de mi parte, siento celos.

—Y te quise a ti al día siguiente.

—¿Y si yo no hubiera sido la misma? ¿Si la bailarina hubiera aparecido frente a ti?

—Ella ya había perdido su oportunidad. La etiqueté como una ilusión. Tú eras lo real.

—¿Eso es lo que quieres, Santiago? ¿Lo real?

Nunca deseé tanto una respuesta en mi vida, pero la puerta de mi habitación se abre y Sapphire entra corriendo.

—¿Puedo ir a dar un paseo en helicóptero, Santiago? —pregunta, dando saltitos, sin tener idea de lo que acaba de interrumpir.

Me siento una tonta por haberle hecho esa pregunta.

Es evidente que él no quiere lo real; de lo contrario, no estaría buscando un matrimonio por conveniencia, sino un amor de verdad.

—Hoy no —responde—, pero la próxima vez que vengamos, sí.

—¡Hurra!

Tomo mi bolso de encima de la cama sin mirarlo, porque tengo miedo de traicionarme y dejar ver cuán confundida, celosa y necesitada estoy, todo aquello en lo que juré no convertirme nunca.

—Chelsea —me llama cuando llego a la puerta.

—Será mejor que nos vayamos, si todavía quieres cenar hoy.

Paso todo el trayecto hasta Manhattan atrapada en mis propios pensamientos.

No debería sorprenderme que Santiago pudiera estar interesado en mujeres de las que no tenía idea que eran la misma persona, durante días consecutivos.

—Estás celosa —me acusa.

—No lo estoy.

—Estás muriéndote de celos de ti misma. ¿Te das cuenta de lo loco que suena eso?

—¡No sabías que la mujer de la lluvia era yo!

—Nunca me interesé por dos mujeres al mismo tiempo, y eso me volvió insano. La bailarina fue una fantasía para mí. Me excitó porque parecía una diosa bajo la lluvia. Tú, Chelsea, parecías una diosa bajo la lluvia, moviéndote al ritmo del flamenco. La atracción fue demasiado fuerte como para que pudiera ignorarla.

—Odio sentir celos de mí misma, pero no puedo evitar preguntarme qué harías si, después de todo lo que vivimos, ella apareciera ahora.

—No tendría la menor oportunidad, porque yo ya probé tu sabor.

—No te hagas el seductor. Estoy enojada.

—Sin motivo. Tal vez yo no lo supiera, pero mi inconsciente sí. No miento, Chelsea. Jamás me interesé por una mujer antes de perder el deseo por la anterior; lo que pasó fue cosa del destino.

—¿Crees en eso? —digo, con el corazón acelerado, pero su siguiente frase hace que ese mismo corazón se hunda.

—Sí. Creo que el destino determinó que tendríamos que pasar un tiempo juntos para matar nuestro deseo.

Vuelvo a mirar por la ventana.

—Seis meses —digo, y guardo silencio hasta que me deja en casa.

Santiago habla de pasar a buscarme de nuevo a las ocho y yo solo asiento con la cabeza, entrando apurada al edificio, sin despedirme.



—Dios mío, no puedo creer que estés aquí. Estuve a punto de ir hasta la casa de tus padres —dice Shyla, abrazándome apenas entro —. Pero no quería abarrotar el lugar, porque me habías dicho que era pequeño.

—Ahora estoy bien, porque mi familia volvió a estar toda unida.

Recuerdo la reunión que tuvimos hoy por la mañana, en la que Santiago y los abogados nos informaron que el señor Elbrook pagaría una indemnización de un millón de dólares a mi padre. No sé cómo consiguió eso y, al principio, mi papá no quería aceptar, pero le dije que le correspondía por derecho, después de la humillación por la que lo hicieron pasar. Espero que el ex jefe de mi papá descuente ese monto de la mensualidad del inútil de su hijo.

Shyla conoce todos los detalles de la trampa que le tendieron, pero todavía no tiene idea de mi "arreglo" con Santiago.

—Necesitamos hablar —le digo.

—Si fueras mi novio, saldría corriendo. Sin duda, es la frase más aterradora del mundo, y por lo general termina con un "eres demasiado buena para mí". Perdí la cuenta de cuántas veces la escuché.

—Todas deben haber sido verdad. Creo que cuando un hombre te dice algo así, hay que creerle.

—Sí, tienes razón. Ahora cuéntame qué historia es esa de que tu superhéroe español los salvó de la Liga del Mal.

—No quiero pincharte la burbuja, pero no hay ningún romanticismo detrás del gesto, sino un acuerdo.

—¿Un acuerdo?

—Calma. Te voy a contar todo.

Varios minutos después, noto que la dejé literalmente con la boca abierta.

—¿Un matrimonio por conveniencia? ¿Pero por qué? Vi la foto del hombre. Debió pedir ser atractivo antes de nacer, se puso diez veces en la fila y Dios cumplió su deseo. Ese rostro debe hacer que las bragas caigan al suelo más rápido que un parpadeo.

—Sí, pero por alguna razón desconocida, soy yo a quien quiere. Santiago quiere una esposa por seis meses y hoy me explicará por qué. Acepté el acuerdo.

—¿Razón desconocida? Amiga, eres hermosa.

—Hay muchas mujeres hermosas en el mundo.

—Sí, pero él te quiere a ti.

—Mis padres no pueden saber la verdad, Shyla.

—Chelsea, ¿él te obligó a esto?

—No, pero si soy sincera contigo, voy a quedar como una tonta.

—Nunca serás una tonta para mí.

—Creo que estoy enamorada de él. No acepté el acuerdo por eso, pero quiero estar con él, aunque sea por un tiempo.

Veo la preocupación en su rostro incluso antes de que abra la boca.

—¡Dios, Chelsea!

—No dije que lo amo, solo que estoy enamorada, y ya pensé en todas las razones por las que debería huir de él. En realidad, Santiago me hizo esa propuesta en la vinícola.

—¿Y no me contaste nada?

—Allí lo rechacé. ¿Qué había para contar? Ahora ya hice el acuerdo. Él cumplió su parte. Yo voy a cumplir la mía.

—¿Incluso si al final de los seis meses terminas con el corazón roto?

—¿Qué es mejor: correr el riesgo de que me rompan el corazón o nunca vivir esta pasión?

—Es un buen punto, porque seamos honestas, amiga, eres hermosa, pero que *dos Santiagos* caigan en tu vida en la misma encarnación es casi imposible. La competencia es feroz.

—Solo tú consigues hacerme reír.

—¿Qué pasó? Ahora recuerdo que no llegaste a casa con cara de felicidad. ¿Se pelearon?

Le cuento el momento en mi habitación, cuando bailé flamenco para Santiago, y también que me dijo que me había visto bajo la lluvia.

—¡Dios, Chelsea, se me puso la piel de gallina! ¡Es emocionante!

—No seas tonta.

—No es una tontería, lo juro. Caramba, ¡eso es una conexión enorme!

—Él dijo que fue un arreglo del destino. —Shyla sonríe, pero enseguida acabo con su sueño romántico—. Debería haberme detenido ahí, pero fui lo bastante idiota como para insistir y preguntarle si creía que realmente había sido el destino quien planeó nuestro encuentro.

—¿Y qué respondió?

—Me dijo que creía que el destino determinó que tendríamos que pasar un tiempo juntos para matar nuestro deseo. En eso tengo que concentrarme. Deseo. Nada más. Él no quiere un amor. Me quiere en su cama durante seis meses.



Chelsea



Capítulo 33

—Te ves hermosa, pero no pareces feliz.

—No estoy triste, pero creo que estoy en medio de una crisis de ansiedad.

—¿Por qué?

—No pertenezco a su mundo.

—Pero estás enamorada y, aunque coincido en que existe un gran riesgo de que te rompan el corazón al final del tiempo que estarán juntos, si al menos no lo intentas, puede que te arrepientas para siempre.

—No tengo opción. No voy a dar marcha atrás. Santiago me ayudó cuando lo necesité y, si está dispuesto a casarse por conveniencia, es porque me necesita de alguna forma para alcanzar su objetivo.

—Eres muy honorable, pero no es por eso que quieres casarte con él —dice, y tiene toda la razón.

—No solo por eso. La parte de no retroceder con mi palabra es cierta, pero podría proponerle que estuviéramos casados solo en los papeles, dejándolo libre para buscar a otras mujeres, solo que…

—¿Qué?

—Pensar en eso me dan ganas de matar a alguien.

—¿Hablaron sobre fidelidad?

—Todavía no ajustamos todos los términos, pero pienso tratar ese tema hoy, durante la cena.

—¿No estás preocupada? No quiero ser entrometida, es que Santiago es hermoso y…

Ella no completa lo que está diciendo y ni siquiera hace falta, porque lo entiendo perfectamente: las mujeres deberían lanzarse sobre él.

¿Acaso yo misma no fui testigo, en la fiesta de la bodega, de cuánto se le insinuaban las invitadas, incluso las casadas?

—Él me dijo que nunca se interesó por una mujer sin haberse desvinculado antes de la anterior, y yo le creo en eso. No tengo experiencia, pero sé que Santiago se siente muy atraído por mí. Creo que este tema no será un problema. No es tan difícil ser fiel durante seis meses.

—Y más teniendo a una diosa como tú de esposa. Hacen una pareja preciosa.

—Una pareja *temporal*.

—Nadie puede prever el futuro, Chelsea. Hay matrimonios que comienzan como cuentos de hadas y se transforman en una pesadilla. Quién sabe si el tuyo, que empezará con un contrato de conveniencia, no termina convirtiéndose en un amor para toda la vida.

—Yo quiero un amor de verdad, no solo a alguien que me desee.

—¿Como el matrimonio de tus padres?

—No igual al de ellos. No creo que existan dos parejas iguales, pero quiero un amor que sobreviva a las peleas y al dolor, y no a alguien que me vea como una muñeca que puede exhibir y con la que puede tener sexo cuando le da la gana.



Cuando bajé de mi edificio, me sentí un poco decepcionada por no ser él quien me estuviera esperando en el coche, sino un chofer

uniformado.

Llevo puesto uno de los vestidos que él me regaló, que, a pesar de ser negro, recto y largo, no tiene tirantes y tiene una gran abertura hasta el muslo.

Santiago no me dijo adónde iríamos a cenar y ahora me pregunto si no exageré con la ropa.

El miedo de haberme vestido de manera inadecuada queda completamente superado, sin embargo, cuando el chofer estaciona en un helipuerto y me avisa que el piloto me llevará a otro vehículo que, finalmente, me dejará en la residencia de Santiago.

Le pregunté por qué no fui simplemente en coche y me dijo que el "señor Velasco-Sanchez" no quería que yo enfrentara un viaje de unas dos horas para ir a verlo.

Mientras observo cómo el helicóptero despega, me doy cuenta de que mi vida cambiará drásticamente a partir de ahora, porque casarme con Santiago equivale a recibir un título de nobleza.

Hago un pacto conmigo misma, no obstante, de no dejar que todo el lujo que él va a ofrecerme durante esos meses se me suba a la cabeza.

El trayecto desde el segundo helipuerto hasta su casa es muy corto y creo que, cuando estábamos cerca de llegar, el nuevo chofer debió haber avisado a Santiago, porque cuando el vehículo entra al terreno de la mansión, mi futuro esposo me espera afuera, completamente vestido de negro.

Hay un descapotable rojo de lujo estacionado, lo que me hace pensar si él también acaba de llegar, y tengo esa confirmación cuando abre la puerta del acompañante y saca un ramo de pimpollos de rosas rojas antes de venir hacia mí.

Nunca recibí flores en mi vida, pero creo que, incluso si ya me hubiera pasado, este momento se perdería, porque tengo la intuición de que, después de Santiago, en poco tiempo ni siquiera recordaré el rostro de Jaytson, mi único novio.

—Estás hermosa —dice, dándome la mano para ayudarme a bajar del coche, y cuando estoy de pie, frente a él, me entrega el ramo de flores.

Santiago parece un príncipe, hermoso, bien vestido, sexy y educado, pero en cuanto nuestras miradas se encuentran, siento la fuerza aplastante de la atracción mutua extendiéndose por cada una de mis células.

Me toma por la cintura y algo en su mirada cambia cuando percibe que cada respiración mía sale con dificultad. Sin parecer importarle que haya guardaespaldas en el terreno ni el chofer que me trajo observándonos, me besa.

Un beso apasionado, pero breve, porque segundos después se aparta de mis labios. No consigo dejar de mirarlo ni disimular cuánto más necesito. La sensualidad que emana de él hace que mis piernas tiemblen y, sin importarme en absoluto si este es el comportamiento ideal de una buena chica, me aferro a la solapa de su blazer con la mano libre y respiro su aroma, rozando mi cuerpo contra el suyo.

Mi acción parece encenderlo.

La transformación del magnate educado y contenido en un hombre que me mira con un deseo salvaje marcado en su rostro masculino hace que mi corazón comience una carrera desbocada.

Inclina la cabeza y susurra en mi oído:

—Tenía planes para nosotros dos. Organicé cada detalle para que esta noche fuera perfecta para ti, pero eso tendrá que esperar, a menos que me digas ahora que prefieres que te trate como a una reina, como a mi futura esposa, y no como a la mujer que deseo como jamás deseé a otra.

—Háblame más de la segunda opción.

—Estoy loco por ti. Puedo ser un caballero después, pero ahora te quiero desnuda y abierta.

Paso mi lengua por mi labio inferior, sabiendo que, dependiendo de mi respuesta, cruzaré una línea en mi vida de la que no podré volver atrás.

No consigo resistirme a su magnetismo; el deseo que siento es demasiado intenso como para que sea capaz de mentir y negarlo.

—No quiero únicamente al caballero ahora —digo, sintiendo que el rostro me arde—. Lo quiero todo.





Santiago



Capítulo 34

Una discusión con Hernández hace un momento por teléfono.

Cuatro reuniones interminables desde el instante en que la dejé en su casa, más temprano hoy, hasta hace unas dos horas.

Después, la confirmación del detective que contraté para investigar a Jaytson Kercher, el ex novio de Chelsea, de que efectivamente la está acosando implacablemente.

Cada maldito fastidio de mi vida desaparece cuando ella me da la respuesta que vengo esperando desde el primer segundo en que nuestras miradas se cruzaron.

Chelsea no es solo hermosa. También es adorable. Un rostro de princesa inocente en un cuerpo sexy de mujer.

En este momento, un tono rosado tiñe sus mejillas, mostrándome cuánto le costó confesar su propio deseo. Saber que su hambre por mí es mayor que su vergüenza me vuelve loco.

Hay algo en ella que despierta mi deseo como ni siquiera mi pareja más experimentada, con técnicas de seducción perfeccionadas a lo largo de los años, logró jamás.

Basta con mirarla, con ver ese rostro de ángel, para que mi cuerpo se vuelva independiente del cerebro, con la sangre pulsando dentro de las venas como no recuerdo que haya sucedido con ninguna otra que no sea ella.

No existe ningún recuerdo de haberme sentido tan hambriento por una mujer.

Mi bailarina. Mi atrevida furiosa.

Mi futura esposa.

Mía.

Racional. Frío. Nunca dejando que las emociones me dominen. Esos son algunos de los adjetivos que me dedicaron mis ex novias. No importaba cuán intenso fuera el sexo, o lo hermosa que fuera la mujer, jamás perdí el control de mí mismo.

Es casi una broma que sea justamente con ella, la mujer que permanecerá solo de forma temporal en mi vida, que mi cerebro no consiga funcionar correctamente.

Mientras la miro y todavía le dejo una pequeña brecha para huir, si así lo desea, imágenes de ese vestido fuera de su cuerpo y de Chelsea desnuda en mi cama, con el cabello esparcido sobre mis sábanas y los muslos abiertos, esperándome para devorarla, llenan cada célula de mi cerebro.

—Vas a ser mía —le juro, mordiendo su labio inferior—, la lujuria entre nosotros es tan densa que podría sentirse con la punta de los dedos.

—Creo que ya lo soy, Santiago. No importa si hay un plazo, pero creo en lo que dijiste: que estábamos destinados...

—A matar nuestro deseo —completo por ella, decidido a jugar con honestidad.

—Sí, solo deseo —me devuelve, como si me desafiara.

Agarro su cabello, inclinando su cabeza hacia atrás, y esta vez, cuando la beso, no contengo mi excitación. Uso su boca para mi placer, arrastrando su lengua a una danza descaradamente sexual, hasta que Chelsea se apoya contra mi pecho.

—Me vuelves loco.

La tomo en brazos y entro con ella en la casa. No me detengo hasta llegar a mi suite.

Liberé a los empleados porque, aunque tenía toda la intención de hablar con ella antes, no dudaba de que terminaría la noche entre sus muslos.

En ningún momento Chelsea deja de mirarme, con los brazos rodeando mi cuello.

Es completamente transparente. Veo deseo en su hermoso rostro, pero también inseguridad.

—¿Es esto lo que quieres?

—Desde el día en que te conocí —dice.

Hasta conocer a Chelsea, lo único capaz de hacer que mi corazón se acelerara era la ira, pero después de su confesión lo siento golpearme el pecho y no estoy seguro de que me guste.

Entro en mi suite y la bajo de mis brazos. Enciendo la luz, porque necesito ver cada detalle de lo que va a suceder.

Ella parece frágil, detenida en medio de la habitación y como si no se sintiera muy firme sobre sus propios pies, así que cambio de idea, la tomo en brazos y la recuesto en la cama.

Chelsea me mira como si estuviera curiosa y temerosa de lo que vendrá a continuación.

—No tengas miedo.

—Estoy ansiosa. No sé hacer nada para darte placer.

—Solo mirarte ya me pone caliente.

Subo a la cama, todavía completamente vestido, y hago que separe los muslos para encajarme, de rodillas, entre ellos.

Agarro sus tobillos, los acaricio y subo lentamente por sus piernas con una lentitud calculada.

—No haré nada hasta que estés lista. Confía en mí.

—Sí, confío.

Me recuesto sobre ella, usando todo mi autocontrol y obligándome a recordar que mi futura esposa es virgen, inocente en todo, pero ese pensamiento, en lugar de calmarme, incrementa mi deseo.

Toco su cuello con los labios, dibujando un sendero provocador hasta su oído.

—No haré nada que no quieras, pero los dos sabemos que deseas esto tanto como yo.

Sin desnudarla aún, mis manos recorren sus curvas, subiendo el vestido sin prisa hasta alcanzar la diminuta braguita que, por el tacto, percibo que es de seda.

—Estás tan mojada, y todavía ni he empezado.

Subo el vestido solo lo suficiente para acceder a la lencería y sus dedos se cierran sobre las sábanas, aferrándolas con fuerza, mientras deslizo la prenda por sus deliciosos muslos, dejándola desnuda.

Memorizo cada una de sus reacciones, pero no consigo continuar tan lentamente cuando inclino la cabeza entre sus muslos y siento el aroma de su excitación.

¿Cómo es posible que una virgen consiga afectarme de este modo?

Separo los labios de su dulce vulva y la lamo por completo, sintiendo su flujo en mi lengua.

Chelsea gime y se retuerce, se atraganta con un suspiro cuando succiono su clítoris, mientras mis dedos juegan con su entrada virgen.

Ella me pide más y, cuando introduzco un dedo hasta la mitad dentro de ella sin dejar de succionar su punto de placer, grita y acaba en mi boca.

—Te quiero completamente desnuda. Quítate la ropa y muéstrame que quieres ser mía.

La ayudo a ponerse de pie, la coloco frente a mí y espero.

Chelsea lleva la mano detrás del cuerpo y, en segundos, el vestido se convierte en un montón negro a sus pies.

Está desnuda, salvo por los tacones altos.

Hermosa, con el rostro enrojecido por la mezcla de deseo y timidez.

—Me seduces, niña.

—No soy una niña. Todavía soy jovencita, pero dentro de poco seré tu mujer.

Esa declaración, que estoy seguro de que no fue pensada, me vuelve tan volátil como una bomba de tiempo, con el deseo explotando dentro de mí.

Me desnudo mirándola y puedo ver su asombro cuando mi verga gruesa y húmeda salta tan pronto cuando estoy completamente desnudo.

Doy un paso hacia adelante y, obligándome a calmarme, toco su mejilla con el dorso de los dedos.

Ella se entrega a la caricia y mi excitación vuelve a tomar el control.

Choco mi boca contra la suya, con los labios apoderándose de los suyos con deseo.

Bebo sus gemidos, hambriento de ella.

Sus manos se apoyan contra mi pecho y descienden hasta la línea de mi cintura.

Mi verga dura roza su abdomen, entonces Chelsea la acaricia con el dorso de las manos.

Aspiro profundamente, sabiendo que no debo apresurarla, pero enloquecido por su contacto.

—Agárramela.

Tomo su mano y la hago rodear mi miembro hinchado. Cuando la muevo, subiendo y bajando, gimo y ella me mira, con su boca sexy entreabierta, como si estuviera sorprendida de poder darme placer.

—Sigue así. Lo estás haciendo muy bien.

Ella sonríe, convencida y satisfecha.

Deslizo las manos por su espalda hasta tocar su firme culo. Aprieto la carne y la imagen de ella en cuatro, abierta para recibirme, me obsesiona.

—¿Sabes lo que va a significar ser mía, Chelsea?

—Seré tu esposa.

—Y mi amante. Te meteré la verga cuando yo quiera.

—No soy una muñeca —protesta, pero puedo ver que está excitada, porque deslicé el dedo por detrás de su culo hasta su vulva y Chelsea está goteando sobre mi mano.

—Siempre te haré rogar. Suplicarás para que tu marido te penetre.

Ella se estremece y puedo ver que la idea la excita.

La levanto de nuevo en mis brazos y la recuesto en la cama con una delicadeza muy distinta a la que suelo tener, porque no salgo con vírgenes.

Me acomodo a su lado, pero sin tocarla todavía, solo observándola.

Acaricio una de sus tetas con apenas un roce de los dedos y ella se estremece.

Deslizo la otra mano entre sus piernas y gruño cuando las abre, sin que yo se lo ordene.

Muerdo el lóbulo de su oreja al mismo tiempo que deslizo el dedo entre sus húmedos pliegues. Ella gime fuerte y su respiración se vuelve errática, rompiendo por completo mi control.

Beso su boca, atrapando su labio inferior entre mis dientes y mordiéndolo.

Ella se estremece de deseo y eleva las caderas en busca de mis dedos.

No dejo de masturbarla hasta que llega al orgasmo, gimiendo y retorciéndose de placer.

Nunca tuve sexo sin preservativo, pero sentir la seda caliente de su vagina me hace desear enterrarme en ella completamente desnudo. Sin embargo, sé que la probabilidad de que una virgen tome pastillas anticonceptivas es mínima y no quiero hijos. Nunca.

—Ya vuelvo, mi prometida.



Santiago



Capítulo 35

Mientras deslizo el preservativo sobre mi verga, sin apartar los ojos de ella en ningún momento, podría jurar que escucho los latidos de su corazón.

Chelsea parece una diosa sobre la seda de mis sábanas. Sus ojos, por lo general curiosos y atrevidos, me observan ahora con una vulnerabilidad que me hace dudar por un instante.

Doy unos pasos hasta el borde de la cama y veo cómo sus piernas tiemblan al intentar esconder de mí el pequeño triángulo de vello entre sus muslos. El lugar que, estoy seguro, se convertirá en mi favorito durante los próximos meses.

Me siento como un profanador deseando lo sagrado. Un pecador que anhela perderse en el cuerpo de un ángel.

—Te deseo —me dice, como si adivinara que la última gota de honor que queda en mí duda en poseerla, aun sabiendo que no habrá un futuro para nosotros dos.

No estoy en contra del matrimonio, pero sé que la mayoría de las mujeres desea o deseará hijos a largo plazo, y eso es algo que jamás le daré a nadie.

—Eres un vicio que no planeé.

—Yo nunca me imaginé esposa de un español arrogante —dice ella, sonriendo.

Desciendo despacio sobre su cuerpo, con el calor de sus muslos transformándose en la prisión más deliciosa.

Muerdo su mentón y sus labios, pero es mucho menos de lo que necesito, así que devoro su boca, dejando salir mi deseo desquiciado.

Deslizo dos dedos dentro de su caliente vagina, penetrando cada vez más profundo hasta encontrar la barrera de su pureza.

Los muevo entre sus paredes para prepararla y, cuando siento mi mano completamente empapada, sé que está lista. Me acomodo en su entrada y ella parece asustarse cuando la cabeza gruesa de mi miembro empuja suavemente entre los labios de su vulva.

—Voy a metértela despacio, a prepararte hasta que me soportes toda mi verga. Me vas a recibir hasta los huevos, Chelsea.

Empujo un poco más y ella se mueve, inquieta, así que sujeto sus caderas.

Es ardiente. Está tan húmeda y tan caliente que ni siquiera el condón consigue impedirme sentir su calor.

Fuerzo un poco más el paso y ambos gemimos.

Paso un tiempo moviéndome para dilatarla, metiéndosela tan lento como mi control me lo permite.

Chelsea es increíblemente sensual y, pronto, aunque su rostro todavía muestra tensión, me desobedece, balanceándose bajo mi cuerpo.

No cierra los ojos. Mantiene su mirada fija en la mía, y nunca me sentí tan conectado con otro ser humano como en este instante.

—Por favor, métemela toda. Ya no tengo miedo.

La súplica inocente, fruto de su inexperiencia, destruye mi autocontrol; agarro sus muslos por debajo, forzando la entrada en su canal virgen.

Ella suelta un gemido de dolor, pero no me detengo, hundiéndome profundamente en su cuerpo intacto.

—Perdóname, mi amor, pero te prometo que te haré acabar toda la noche para compensar el dolor que te causé.

No espero su respuesta y comienzo a moverme, aunque con mucho más cuidado del que necesito.

Chelsea gimotea, pero apago su ansiedad con besos y deslizo una mano entre nosotros, alcanzando su clítoris.

El placer de estar dentro de ella me marea. Es una dulce tortura penetrar su pequeña y apretada vaginita, y la presión a mi alrededor casi me hace acabar.

No dejo de besarla, trabajando mi lengua en su boca fogosa. Entro y salgo en un ritmo lento, pero constante, sintiéndola abrirse cada vez más.

Atraigo uno de sus muslos hacia mí y elevo su cadera en el ángulo que deseo, embistiéndola profundamente.

Se la meto cada vez más rápido y su cuerpo me recibe, con su canal apretándome. Bombeo su interior, fascinado tanto por su expresión como por lo que estoy sintiendo.

Ella dice mi nombre y se mueve debajo mío, con las uñas clavadas en mis brazos. Le sujeto el culo y la penetro sin darle tregua, hasta que el sonido de nuestros cuerpos chocando se esparce por la habitación.

Acelero el movimiento sobre su clítoris y no tarda nada en empezar a contraerse a mi alrededor, llegando al orgasmo.

No estoy ni cerca de terminar y deseo con fuerza meterle la verga en cuatro, pero sé que la lastimaría si lo hiciera, así que invierto nuestras posiciones, haciéndola montarme de espaldas, como vaquera invertida.

Agarro sus caderas y la hago subir y bajar sobre mi verga.

—Contrólate por ahora. No quiero darte más de lo que puedes aguantar.

Cada gramo de mi cuerpo quiere dominarla, penetrarla como un animal, pero si hago eso, Chelsea no resistirá más esta noche, y sé que terminar solo una vez no me va a satisfacer.

Durante alrededor de un minuto, la observo cabalgarme, pero cuando empieza a gemir, con su culo moviéndose encima mío, loca de deseo, no consigo dejar que tome el control.

Me siento con ella todavía montada sobre mí, de espaldas.

—Pon los pies en el suelo. Vas a agacharte sobre la verga de tu hombre, cariño.

Ella intenta subir y bajar, pero las piernas le tiemblan de deseo, así que las sujeto a ambas con mi antebrazo y empiezo a controlar sus movimientos, deslizándola sobre mí de la forma que quiero.

Sus gemidos se transforman en gritos de placer y, sin soltarla, me levanto de la cama y voy hasta el espejo de cuerpo entero del vestidor.

—Míranos a los dos, Chelsea. Mira lo hermosa que te ves con mi verga enterrada en tu vagina.

Bombeo sus caderas, al principio suave, pero enseguida tomando un ritmo casi brutal.

Ella echa la cabeza hacia atrás, apoyándose en mi hombro, y muerdo su oreja sin dejar de penetrarla.

Chelsea gime y se empuja contra mí, respondiendo con desesperación a mis embestidas.

Regreso a la cama y la recuesto con cuidado. Me acomodo otra vez entre sus piernas, pero llevo sus tobillos hasta mis hombros.

—Quiero que tomes pastillas. Necesito saber cómo es llenarte con mi semen.

Me entierro de nuevo en ella hasta que mis bolas golpean su culo cada vez que martillo dentro.

Chelsea me tira del cuello y muerde mi boca, en una respuesta primitiva a mis palabras.

Ella llega al orgasmo, gime mi nombre, me jura que es mía, y su descontrol hace que llene el preservativo a un nivel que me preocupa, porque temo no conseguir contener el semen dentro de él.

Me retiro de ella despacio y ella gimotea.

—Solo estoy siendo cuidadoso, cariño. Ya vuelvo.

Me deshago del preservativo y, cuando regreso al dormitorio, me quedo de pie observándola, convencido de que jamás vi a una mujer más hermosa.

—¿Quieres darte una ducha?

—No. Te quiero a ti. Ven aquí.

Me acuesto a su lado y, sin el menor protocolo, Chelsea se sube sobre mi cuerpo y apoya la cabeza en mi pecho.

No intenta jugar ni actuar de forma sensual. Se extiende sobre mí, sin pedir permiso.

—Nunca imaginé que podría ser así.

—No siempre es así.

Tal vez sería mejor dejarla pensar que lo que ocurrió entre nosotros fue algo común, pero ella merece que sea honesto.

Ella levanta el rostro de mi pecho.

—¿No?

Niego con la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque la compatibilidad que tenemos nunca la encontré con otra.

—¿Es deseo?

—Es más que eso.

—¿Qué más?

—No hay una explicación lógica —le digo la verdad.

—Y eso te vuelve loco —dice, disimulando una sonrisa.

Beso su cabello, pensando que me está conociendo demasiado rápido.

—Un poco —minimizo.

—¿Siempre hay una explicación lógica?

—Esta noche no.

—No entendí.

—¿Usas protección?

—¿Pastillas anticonceptivas?

—Ajá.

—No. ¿Por qué las tomaría? No tengo… No tenía a nadie serio en mi vida ni intención de hacerlo…

—Más o menos imaginé eso y, aun así, quise meterte la verga sin condón: acabar en tu vagina y ver mi semen salir de entre tus pliegues.

Ella jadea y, por el brillo de sus ojos, puedo ver que vuelve a excitarse.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque si lo hacía, existía el riesgo de dejarte embarazada y no quiero eso. Nuestro matrimonio tiene una fecha para terminar. Un embarazo es lo último que deseo.



Chelsea



Capítulo 36

Intento de todas las maneras disimular el impacto que sus palabras me provocan, pero la frialdad de estas me golpea con tanta intensidad que un temblor hace que mi cuerpo vacile, y para no permitir que él lo note, me pongo de pie, aunque por la forma en que me observa y dada su experiencia, es evidente que se dio cuenta.

—¿Puedo darme una ducha?

—Chelsea…

—No tengo otra ropa —digo, comenzando a recoger la tanga y el vestido, sin mirarlo a la cara.

—Necesitamos hablar.

—No conmigo desnuda.

Él suspira y, a continuación, se pone de pie, mostrándose completamente cómodo con su propio cuerpo, mientras yo me esfuerzo por no esconderme detrás del vestido.

—Ven. —Extiende la mano hacia mí.

—Prefiero darme una ducha sola, si no te importa —digo, aunque sea una mentira.

Sentir deseo y estar enojada con alguien al mismo tiempo parece incompatible, pero es exactamente lo que me sucede en este instante.

—Podría hacerte cambiar de idea con solo un toque.

—Podrías, pero no sería justo.

—Yo nunca dije que fuera justo —dice, y noto que ahora él también está molesto, aunque parece cambiar de idea—. Te voy a prestar una camisa.

—Necesito volver a casa.

—Esta será una de tus casas muy pronto.

Podría arrojarle en la cara que *solo por seis meses*, pero estoy sepultada por una avalancha de emociones y lo único que quiero es quedarme sola.

—Tengo que trabajar mañana.

—Eres mi asistente. Harás *home office*.

No tengo forma de discutir eso, así que le pido otra vez la camisa.

Santiago me la entrega, pero noto que para él es una experiencia nueva que lo contradigan, pues su cuerpo deja claro que quiere ir a la ducha conmigo.

—¿Puedes darme un boxer también?

Él va al vestidor y percibo que, cuando sale de allí, trae no solo un boxer, sino también otras prendas en los brazos, y se dirige hacia la puerta del dormitorio.

—Te voy a esperar en la cocina. Voy a calentar nuestra cena.

—Está bien.

Paso media hora bajo la ducha. No me preocupa que el agua arruine mi peinado y el maquillaje, porque necesito pensar, y esta pausa lejos de él es muy necesaria.

"Un embarazo es lo último que deseo".

¿Y por qué sería diferente? No habrá sentimientos entre nosotros. Nada más que un contrato.

Cuando mi piel ya está arrugada y no hay más justificación para seguir bajo el agua, sé que tengo que salir y actuar como una adulta. Si en la primera noche con Santiago ya estoy así, ¿cómo pretendo aguantar seis meses?

Bajo las escaleras de la mansión, dándome cuenta recién ahora del lujo que me rodea, porque cuando él subió conmigo en brazos, todos mis sentidos estaban puestos en él.

Santiago es la definición de competencia desleal para el resto de la población masculina.

Hermoso, deseable, inteligente y poderoso.

Su riqueza no significa nada para mí. Es a él a quien quiero, pero después de lo que dijo, dejando en claro que tenemos un plazo final, yo jamás lo tendré.

Me pierdo en el primer piso, entrando en un despacho en lugar de seguir hacia la cocina, pero cuando me doy vuelta para salir, choco con un muro de músculos.

Está sin camisa y huele a hombre y a jabón. Una combinación letal.

—Te demoraste.

—Me quedé relajándome en la ducha. Tu ducha es una delicia —digo, por primera vez desde que nos conocimos, sin mirarlo a los ojos.

—Tú eres una delicia.

Él me sostiene el rostro y recién entonces me doy cuenta de que, incluso en ese breve intervalo, extrañé sus poderosas manos sobre mí.

Santiago me besa con tanta suavidad que, por más que quiera alejarme emocionalmente, no lo consigo y, después de unos segundos en los que su boca seductora toma la mía, termino rindiéndome y rodeando su cuello con los brazos.

—Mucho mejor así —dice, tomándome en brazos, haciendo que cierre las piernas alrededor de su cintura y caminando conmigo, supongo que hacia la cocina—. No necesitamos pelear, si ajustamos nuestros términos, *mi cielo.*

Me sienta sobre la encimera y se coloca entre mis piernas.

—No peleé. Me quedé en shock por la frialdad de lo que dijiste —respondo, levantando mis murallas otra vez—. ¿Puedes explicarme por qué necesitas un matrimonio por conveniencia?

—Vamos a sentarnos a comer. Todavía no te alimenté.

Unos veinte minutos después, estamos saboreando una comida deliciosa: gazpacho de entrada, que ya conocía porque mi vecina fallecida, la señora Aena, solía prepararlo para mí, y se trata de una sopa fría hecha a base de tomates, pimientos, pepino, ajo, cebolla, aceite de oliva, vinagre y pan; como plato principal, merluza a la plancha, que me explicó que es un filete de pescado a la parrilla condimentado con aceite de oliva, ajo y limón, y como

acompañamiento, pimientos del piquillo rellenos, que son pequeños pimientos rojos asados y rellenos con una mezcla de arroz y vegetales.

La mesa del comedor, incluso la de la cocina, es enorme y, todavía intentando proteger mi corazón, busqué sentarme lo más lejos posible, pero mientras fui a buscar agua con gas a la heladera, tal como me indicó, él me cambió de lugar y me hizo sentar de costado, a su lado.

—Haz tu pregunta otra vez —dice.

No dudo y la repito palabra por palabra.

—¿Puedes explicarme por qué necesitas un matrimonio por conveniencia?

—¿Eso es lo que quieres saber? ¿Y no por qué dije que nunca tendremos hijos?

—No, eso es fácil de entender. Como bien señalaste, nuestro matrimonio va a terminar en seis meses.

—Quiero extender el plazo a un año.

—¿Qué?

—Era una de las cosas que quería tratar. ¿Por qué no un año? Ya quedó más que comprobado que somos muy compatibles sexualmente.

—Porque no fue tu propuesta inicial. Ahora, ¿puedes responder a mi pregunta, por favor?



Santiago

—La bodega pasará a manos de mi tío si no me caso en menos de un mes —respondo, todavía irritado porque ella negó mi deseo

de aumentar nuestro plazo a un año.

No pienso ceder en eso, de todos modos. Es probable que Chelsea aún esté molesta por mi respuesta en el dormitorio.

Fui brusco, pero también honesto, y estoy seguro de que puedo convencerla de que cambie de idea.

—¿Qué? ¿Tu tío se quedará con la bodega?

—Sí, es hermano de mi padre. No nos llevamos bien —minimizo, porque no tiene sentido meter a Chelsea en esa suciedad. Por mi parte, ese maldito nunca se acercará a ella—. Quiere venderla y no lo voy a permitir.

—¿Y qué tiene que ver el matrimonio con eso?

—Es una imposición del testamento de mi abuelo.

Le explico la cláusula, pero no le detallo que logré retirar, con la ayuda de un equipo de abogados, la exigencia de un heredero.

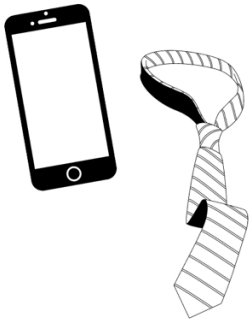
Puedo ver, mientras hablo, el impacto en su rostro.

—¿Quieres tanto la bodega que te unirías a una mujer que apenas conoces solo para impedir que tu tío destruya un negocio familiar?

—Sí. Y en cuanto a conocerte, de todas las parejas que tuve, eres con quien más conviví fuera de la cama.

—¿Debería agradecerte por eso?

—Pediste que te dijera la verdad, pero si no puedes soportar una conversación franca, como una adulta, no me hagas preguntas. Hiciste un acuerdo conmigo. Yo cumplí mi parte. ¿Vas a huir de la tuya?



Chelsea



Capítulo 37

—¿Qué? —digo, con ganas de arrojarle lo que queda del gazpacho encima—. ¿Acabas de llamarme infantil porque no me gusta que me compares con tus ex?

—Yo no te comparé. Respondí a tu pregunta sobre casarme con una extraña.

Me pongo de pie, todavía muerta de celos.

—Si en lugar de mí, la bailarina hubiera llegado antes, te habrías quedado con ella, al fin y al cabo, pensaste que era española y te fascinó —imito las palabras que me dijo en el dormitorio.

Santiago también se acerca y, cuando veo que está conteniendo la risa, me vuelvo loca.

—No te acerques a mí —gruño.

—Estás celosa de ti misma, mi amor.

—No soy tu amor. Y no puedo sentir celos de un hombre que no me pertenece.

—Por un año, te perteneceré.

—Seis meses, y no serás mío, serás *alquilado*.

—¿Qué dijiste?

—Estaremos *alquilados* el uno al otro.

Él me toma por la cintura y me besa. Intento resistirme solo para salvar un poco de mi orgullo, porque en cuanto siento su lengua sobre la mía, me rindo.

—Ni hablar de que lo estaremos. Eres mía, Chelsea. Por malditos doce meses, eres mía.

El vello de mi cuerpo se eriza y siento el corazón saltarme cuando, con un tirón, rompe la camisa que llevo puesta, me inclina de frente sobre la mesa y me baja el boxer.

Separa mis nalgas y me devora como si yo fuera su cena, la única que desea.

Me entrego tan por completo que, cuando llega mi orgasmo, casi me desmayo sobre la superficie, pero él aún no ha terminado conmigo y, cuando siento su puño enredarse en mi cabello, gimo.

El tirón es firme, una línea fina entre el placer y el dolor, y cuando siento su verga rígida en mi entrada, con lo poco de cordura que me queda, digo:

—Preservativo.

Él suelta un insulto en español y me deja solo por unos pocos segundos.

Los celos comienzan a carcomerme cuando pienso que los tiene repartidos por la casa, pero cuando se inclina sobre mí y lame mi espalda, me olvido de todo lo demás.



Santiago

Nuestros cuerpos están en llamas. Si el día de hoy fue una muestra de lo que será nuestra vida de casados, Chelsea llegó para desordenar mis certezas. Estuve equivocado toda mi vida. No, no me gustan las mujeres pasivas. Me vuelve loco su atrevimiento y la forma en que me enfrenta.

Me altera hasta el punto de hacerme olvidar el puto preservativo, cuando hace poco le dije que no quiero hijos. ¿Qué carajos le pasa a mi cerebro, maldita sea?

Sin control frente a la pasión que despierta en mí, aferrado a su cabello, rozo la cabeza de mi verga contra su vulva rosada, castigada por el sexo de hace un rato.

—¿Te duele?

—Un poquito nada más, pero si paras, voy a morir.

—Maldita sea, Chelsea.

Empujo hasta la mitad y ella jadea, con las piernas temblando.

—Estás muriéndote de ganas, cariño.

Con uno de mis pies, la obligo a separar sus muslos para poder metérsela mejor.

Bajo la mano hasta su clítoris porque sé que va a ser un sexo rápido; ambos estamos ardiendo el uno por el otro.

Me hundo por completo dentro de ella, con el pulgar masajeándole el clítoris, y Chelsea contiene el aliento.

Mis caderas se desplazan despacio al principio, pero cuando ella empieza a moverse, la penetro sin piedad.

—¿Sientes lo que me haces?

Ella empuja hacia atrás, restregándose contra mí, y cada vez que desliza su vagina por mi verga, gime fuerte.

—Voy a llegar otra vez —me avisa.

Separo aún más sus muslos para poder encajarme por completo, ya que tengo la verga muy grande.

Cada vez que entro y salgo de ella, pongo a prueba mi autocontrol. Soy como un campo minado, a punto de explotar en cualquier momento.

Aprieto los dientes, con el deseo dominándome por completo.

El pensamiento que me atraviesa es que Chelsea fue hecha para mí, para mi placer. Solo mía.

—Tu vaginita es ardiente.

—Santiago… —gime, casi llorando.

La giro porque necesito verla. Cuando vuelvo a entrar en su canal, ella cierra las piernas alrededor de mi cintura.

—No quiero lastimarte. Dime si te duele.

Me inclino sobre ella y tomo uno de sus pechos con mi boca, chupándolo con ganas.

Salgo casi por completo y vuelvo a enterrarme profundamente, pero sin ser demasiado brusco.

Su cuerpo arde debajo del mío.

La sujeto con fuerza por las caderas, manteniendo su culo en su lugar mientras me hundo en su vagina.

La beso en la boca y Chelsea me sostiene el rostro. Por un instante, ambos abrimos los ojos y me siento como si me hubiera alcanzado un maldito rayo.

La conexión es intensa y sé que debería hacer algo para interrumpirla, así que lamo su cuello, mordisqueando la piel hasta que lo único que queda es esa conexión guiada por el placer.

No caben sentimientos entre nosotros.

—Cuando estés tomando pastillas, voy a llenarte con mi semen.

Su rostro se pone rojo, pero no dice que no lo permitirá.

Cada vez que la embisto, ella me aprieta casi hasta el punto del dolor.

—Quiero meterte la verga toda la noche.

Lamo y chupo su boca y su cuello. Nuestros cuerpos están sudados, pero incansables, buscando la satisfacción.

La cabalgo, martillando su vagina. Cuando, segundos después, la siento tensarse debajo mío y luego comenzar a contraerse a mi alrededor, la embisto como necesito, hasta entregarme a mi placer.

—Dios, Chelsea.

Está blanda, pero sonríe, como si disfrutara del poder que tiene sobre mí.

Me inclino para besarla y vuelvo a perderme por completo en ella cuando la siento empujarme.

Al principio me confundo, pero cuando la miro, me dice:

—No podemos arriesgarnos a que un bebé nazca de este matrimonio falso. Tú no deseas un hijo, y sería un lazo eterno entre nosotros, así que vamos a limitarnos al sexo y al placer.



Santiago

El impacto de ser rechazado me deja sin reacción, al punto de no intentar impedir que se vaya.

Cuando media hora después llego al dormitorio, Chelsea está saliendo de la ducha cubierta con mi bata, el cabello mojado, todavía enredado.

Ella subió las escaleras para borrar cualquier rastro mío de su cuerpo y ese pensamiento me desagrada.

Me quedo observándola durante varios segundos, sin decir nada, y al principio ella finge que no estoy aquí, pero enseguida dice cualquier tontería, sobre si me importa que use mi bata.

—A partir de ahora, todo lo que exista en cualquiera de mis casas también te pertenece.

Ella va al baño sin dignarse a comentar mi declaración y empieza a peinarse el cabello.

—Voy a seguir trabajando —dice cuando la sigo.

—Ya hablamos de eso y estuve de acuerdo.

—No voy a irme de mi departamento. Le seguiré pagando mi parte a Shyla.

Aprieto la mandíbula, irritado, porque ella parece tenerlo todo planificado para el final y aún ni siquiera firmó el acta de matrimonio.

Como si adivinara mis pensamientos, continúa:

—No voy a cambiar mi apellido.

—Serás una Velasco-Sanchez. No hay acuerdo en eso. Forma parte de la disposición testamentaria de mi abuelo.

—Y me lo quitaré cuando todo termine.

—¿Por qué? Mi apellido te protegerá para siempre. Nunca más necesitarás…

—No te atrevas a decir que vas a ser generoso —dice, dándose la vuelta para mirarme—. No acepté el trato por dinero, fue para liberar a mi padre.

—El contrato es de un año.

—Seis meses.

—¿Debido a que tienes miedo de enamorarte de mí?

Espero que se ría, que lo niegue, pero Chelsea hace algo que me golpea mucho más de lo que su furia podría hacerlo.

—Tal vez ya estoy enamorada, entonces intentemos hacer esto de una forma en la que yo no salga lastimada, ¿de acuerdo?

Doy un paso hacia adelante, aprovechando la apertura hacia una tregua.

—No quiero lastimarte. Podemos hacer que esto funcione.

—Entonces no intentes pasarme por encima como un tractor. Seré tu esposa por un año, no tu esclava.

—¿Estás aceptando la ampliación del plazo?

Ella se encoge de hombros.

—Me va a gustar pasar más tiempo en España. Parece un acuerdo conveniente para los dos, después de todo.

—¿Pasar más tiempo en mi país? ¿Por qué?

—Es un sueño antiguo mío, pero que en este momento no importa, porque cuando se cumpla, ya no estaremos en la vida del otro.

—No necesitamos romper cuando el matrimonio termine.

—¿De qué estás hablando? ¿Crees que podríamos ser amigos después de compartir la cama durante un año? ¿Y cuando yo me case con otro y…?

La beso hasta dejarla sin aire.

—Eres mía por un año. No te atrevas a hablar de ese maldito futuro marido imaginario.



Capítulo 38

Días después

—¿Inofensivos? —le pregunto al detective sentado frente a mí. No me trajo ninguna novedad sobre Jaytson Kercher y Tenner Elbrook en relación con el encarcelamiento del padre de Chelsea—. No fue lo que parecieron. Armarón un plan contra mi futuro suegro que podría haberlo dejado preso por más de una década, si yo no hubiera intervenido.

Acostumbrado a las grandes ciudades, no tenía noción de la corrupción que puede regir en las pequeñas. Sé que el mundo está compuesto por una horda de hijos de puta, pero no imaginé que llegara al punto de que una familia pudiera manejar al fiscal y al juez de una jurisdicción, y eso fue exactamente lo que ocurrió en la acusación contra Rex Raymond.

No soy abogado, y si algo entiendo de derecho es de *derecho tributario*, que se refiere a los impuestos que deben pagar mis empresas o a cuestiones contractuales. En cuanto a *derecho penal*, sé muy poco, pero lo suficiente como para intuir que la presunción de inocencia hasta que se demuestre la culpabilidad es un principio fundamental del derecho y debe tomarse en serio. Ese no fue el caso del padre de Chelsea.

En una ciudad grande, con un Sistema de Justicia en el que los operadores de la ley tuvieran medio neurona dentro del cerebro, la

acusación contra Rex jamás habría prosperado. Según explicaron los abogados que contraté, las pruebas eran inexistentes, únicamente eran indicios, y la mayoría se basaba en el hecho de que Rex tenía acceso a lo que supuestamente robó, lo cual no significa una mierda, ya que más de cien mecánicos que trabajaban en la fábrica de aviones también lo tenían.

—Sí, no son más que unos niños malcriados.

—Para mí, esos dos no tienen nada de "niños". Tenner y Jaytson son hombres hechos y derechos.

—Es una forma de decir, señor Santiago, porque, en realidad, hombres como ellos nunca llegan a madurar. Jamás tuvieron que mover un dedo para conseguir lo que fuera en la vida.

En ese punto, no puedo discrepar. Existe un prejuicio contra las personas nacidas en "cuna de oro", que crecieron rodeadas de riqueza, pero convertirse en un hijo de puta no tiene nada que ver con eso, sino con el hecho de no haber sido criado bajo principios morales firmes.

Yo podría vivir solo de rentas si quisiera. De hecho, desde la generación de mi abuelo en adelante, ninguno de los Velasco-Sanchez habría necesitado mover un dedo, porque siempre tuvimos más que suficiente para ser ricos durante varias encarnaciones y, aun así, tanto mi abuelo como mi padre y yo no nos quedamos sentados contando nuestros miles de millones. Siempre tuvimos rutinas de trabajadores comunes, de lunes a viernes. La única fruta podrida en el canasto es Hernández, porque, al haber sido un niño poco saludable en sus primeros años de vida, fue tratado con condescendencia por mi abuela y terminó convirtiéndose en un maldito monstruo.

—Sí, no lo discuto, pero fuera de ser consumidores de drogas, beber en exceso y cambiar de mujeres como de camisa, no encontré nada más que incrimine a alguno de los dos.

—Sigue buscando y mantén a tus hombres vigilándolos a ambos. Si hay algo seguro en la vida, es que esos dos pagarán por lo que le hicieron pasar a Rex.



Chelsea

—Pero entonces, ¿esa conversación sobre matrimonio que me comentaste la otra vez era en serio? —repite él en la videollamada.

—Sí. Santiago me lo propuso y yo acepté —digo, mostrando el enorme diamante en mi mano izquierda.

—¡Pero si apenas se conocen, Chelsea! —dice.

Aunque no estoy siendo sincera sobre los motivos que me llevaron a aceptar, sí lo seré con lo que voy a decir a continuación.

—Estoy enamorada de él, papá.

Lo veo pasarse ambas manos por el rostro, como intentando calmarse.

—¡Dios, hija! —Sacude la cabeza—. *Yo confío en mi criterio sobre el carácter de las personas. Sabes que no me gustó ese Jaytson desde el momento en que lo vi, y creo que Santiago es un hombre honorable, pero de ahí a aceptar que te cases con alguien que apenas conoces, hay una gran distancia.*

Percibo que mi madre no dice nada, porque sabe que no va a servir de nada. Los amo profundamente, pero nadie logra hacerme cambiar de opinión cuando decido algo.

En este caso particular, esa opción ni siquiera existiría, ya que nunca me retractaría de mi acuerdo con Santiago.

¡Mentirosa!, grita una voz en mi cabeza. *Sabes perfectamente que no tiene nada que ver con el acuerdo, sino con que deseas con todas tus fuerzas pasar el próximo año con él.*

Me obligo a volver al presente y me esfuerzo por sonreírles a mis padres.

—Te amo, papá, pero no te estoy pidiendo que autorices mi matrimonio. No estamos en la Edad Media. Quiero casarme con Santiago y ya le dije que sí. Él va a formalizar la propuesta cuando vengan a Manhattan dentro de unos días. —Hago una pausa, consciente de que lo que diré a continuación va a desatar una tormenta—. De hecho, vamos a aprovechar la visita de ustedes para casarnos.

—¿Qué? —Ahora incluso mi madre pierde la calma—. *¿Casarse así, con tanta prisa?*

Veo la pregunta silenciosa en el rostro de ambos y me apresuro a responderla:

—No estoy embarazada.

Papá suspira aliviado.

—Entonces, ¿por qué tanta prisa? ¡Ni siquiera conoces a su familia!

—Conozco la parte que importa: a su padre y a sus dos medio hermanos. Hicimos una videollamada el otro día. Santiago también tiene un tío, pero no se lleva bien con él. El hecho es que mi futuro suegro, el señor Ruiz Velasco-Sanchez, llega mañana a Manhattan y dijo que le gustaría mucho que se alojaran en el departamento que tiene en la isla. Será una buena oportunidad para que se conozcan.

—¿Cómo lograste organizar todo tan rápido? —pregunta mamá—. *Por lo que sé, es muy difícil reservar una iglesia en la isla.*

—Nosotros… eh… no nos casaremos en una iglesia, solo por civil.

Veo a ambos palidecer y mi padre se pone de pie de un salto.

—De ninguna manera. Está claro que no tengo voz ni voto en este casamiento apresurado, pero no voy a renunciar a llevarte al altar. Si quieres casarte con Santiago por civil en los próximos días, no tengo forma de impedírtelo, pero la ceremonia religiosa se hará con todos los honores que corresponde. Ahora puedo pagarla.

Sonrío al ver que, por fin, aceptó que la indemnización que recibió de la fábrica no fue un favor, sino un derecho. Aún me falta contarle que Santiago también saldó la deuda con el hospital y la hipoteca de la casa, pero voy a pelear una guerra a la vez, porque sé que, si toco ese tema ahora, van a explotar.

Mi sonrisa se desvanece cuando pienso en cómo abordaré la cuestión del matrimonio religioso con Santiago.

—Voy a hablarlo con mi prometido.

—No, yo hablaré con él.

—Papá…

—No hay discusión sobre este asunto, Chelsea. Si quiere casarse contigo, será con la bendición de Dios, además de la nuestra. Así, hará el juramento de amarte y protegerte ante alguien con una jerarquía mucho mayor: Nuestro Señor.



Santiago



Capítulo 39

—Estoy de acuerdo.

—¿Así, tan rápido? —El padre de Chelsea parece un poco decepcionado al teléfono.

¿Él creyó que exigirme un matrimonio religioso me haría renunciar a ella?

No es solo la cuestión del testamento de mi abuelo lo que me da la certeza de que la quiero como esposa, sino que, cuanto más convivimos, más me agrada la idea de hacerla mía mediante un contrato.

—Para ser honesto, señor, nunca había pensado en eso, porque antes de conocer a su hija jamás consideré casarme.

Él suspira aliviado y, por mi parte, no me siento culpable, porque no dije nada que no fuera verdad. Durante años busqué a la esposa de mi matrimonio por conveniencia que necesitaba para satisfacer la exigencia testamentaria de mi abuelo y no tuve éxito. Fue solo al conocerla a ella que entendí que mi búsqueda había llegado a su fin.

Ayer firmamos el contrato prenupcial y tuvimos una discusión que, estoy seguro, pudo haberse escuchado desde la plataforma lunar.

Chelsea no quiso aceptar mi propuesta de transferirle diez millones de euros en el momento de nuestro divorcio. En realidad, no quería nada de dinero, pero insistí de todos modos. Sin embargo, su negativa hizo que una voz que he intentado callar día tras día

desde que aceptó ser mía comenzara a entonar una especie de mantra en mi cerebro, repitiendo sin cesar que quizá debería, simplemente, no aceptar ningún plazo final e intentar convertir este matrimonio por conveniencia en algo real.

Sé, no obstante, que no tengo derecho a pedir eso. Chelsea nunca va a querer una unión a largo plazo bajo mis condiciones. A diferencia de mí, ella fue criada en una familia moldeada como ideal: padre, madre, hermanos y, por supuesto, deseará hijos en el futuro.

La idea de perderla a manos de otro dentro de apenas doce meses, sin embargo, me da ganas de romper todo a mi alrededor.

—Entonces, ¿cómo quiere proceder con esa cuestión?

—¿Chelsea ya sabe de su deseo?

—Sí, lo hablamos.

—¿Y ella estuvo de acuerdo?

—Mi hija es una buena chica y entiende que no voy a renunciar a celebrar una boda religiosa.

Me siento como si hubiera vuelto en el tiempo, cayendo de lleno en un escenario victoriano.

Me agrada Rex. Es un hombre de buen carácter, porque en el momento en que Chelsea me pidió ayuda con el asunto de los abogados, lo investigué. Tampoco se puede negar que sea un excelente esposo y padre, pero a veces actúa como un jefe de clan de la era de las cavernas.

Pero, ¿quién soy yo para hablar de deseo de control, cuando también necesito ejercer dominio sobre todo y todos a mi alrededor?

Sin embargo, en lo que respecta al matrimonio religioso, consultaré a Chelsea antes. Le prometí que no la trataría como a una subordinada y, si quiero que nuestra relación funcione, necesito respetar su voluntad.

—Hablaré con Chelsea acerca de la ceremonia religiosa. En cuanto decidamos dónde será, se los comunicaremos.

Nos quedamos conversando algunos minutos más, porque quiero saber cómo avanza el montaje de su taller. Rex fue empleado toda su vida y no entiende nada sobre la apertura de un negocio, de modo que le indiqué un contador y un abogado de mi confianza para resolver todas las cuestiones legales.

Chelsea me dijo que aún no habló con sus padres sobre el hecho de que yo saldé la deuda del hospital y la hipoteca de su casa, pero que pretende hacerlo pronto.

Sé que Rex comenzó una remodelación en la casa, ampliando el número de habitaciones y también mandando a arreglar la parte estructural que ya estaba bastante dañada, pues el inmueble tiene más de treinta años, lo que, en Estados Unidos, no es una buena noticia. La mayoría de las casas no está hecha de mampostería, sino de material prefabricado.

Si fuera por mí, les compraría una propiedad nueva en una ubicación mucho mejor, pero además de que escuché a mi futura suegra decir que toda la familia ama el lugar donde nacieron sus hijos, he estado tratando de cumplir mi promesa de no arrasar con Chelsea.

Reviso la hora en mi reloj, luego toco la pantalla del teléfono móvil y le escribo un mensaje.

"Voy a pasar a buscarte dentro de dos horas".

Recibo un *emoji* con una revirada de ojos y, enseguida:

Chelsea: *"Eso ya lo habíamos acordado, señor Santiago".*

"Atrevida".

Chelsea: *"Confiesa que me estabas extrañando".*

Ahora ella me envía un *emoji* de una bailarina de flamenco.

La razón me dice que debería simplemente ignorar la broma, pero la razón y Chelsea no coexisten en un mismo pensamiento. Así que le escribo:

"Así es".

Pasan algunos segundos y veo los puntitos en la pantalla.

Aparecen y desaparecen, como si dudara sobre qué responder, hasta que finalmente leo.

Chelsea: *"Yo también".*



Chelsea

Le muestro el teléfono móvil a Shyla, tanto su respuesta como mi confesión, y ella sonríe.

—Esto entre ustedes parece cualquier cosa, menos un matrimonio por conveniencia. Sobre todo ahora que han extendido su relación a un año.

—No puede ser nada más que conveniencia.

—Creo que los dos se están engañando mutuamente. Dios, Chelsea, estar cerca de ustedes es como estar alrededor de una planta nuclear, tal es la energía sexual que emiten.

—*Energía sexual*. Bien dicho, porque de su parte no pasa de eso.

—No lo sé, amiga. Santiago tiene casi treinta y cinco años. Probablemente ya estuvo con más mujeres que el total de sus años de vida —hace una pausa y sonríe—, multiplicado por diez.

Hago una mueca de disgusto.

—¿Y qué tiene que ver eso con nuestra conversación? No me gusta recordar su pasado. Llegué a la conclusión de que soy celosa.

—¿Y quién no lo sería en tu lugar? Pero lo que intento decirte, amiga, es que Santiago ya no es un niño. Te dijo que estuvo buscando a esa famosa esposa por conveniencia durante años, y bastaron un par de semanas después de conocerte para decidirse.

—Porque su plazo estaba por terminarse.

—No crees de verdad en eso, Chelsea.

—Sinceramente, no sé en qué creer. Mi intuición me dice que lo que tenemos es mucho más fuerte que una simple relación contractual, pero tengo miedo de ilusionarme.

Hoy haré mi mudanza definitiva a su casa en Brooklyn, no solo porque es una disposición testamentaria que debamos convivir durante algunos meses, sino porque ni siquiera intenté oponer resistencia cuando Santiago habló al respecto. Tengo muchas ganas de vivir esto, aunque estoy casi segura de que estar al lado de este hombre durante un año va a arruinarme para todos los demás.

—No tengo una bola de cristal, Chelsea, ni la capacidad de ver dentro de las personas, pero puedo decirte que creo que esta historia de ustedes no va a terminar dentro de un año.



Chelsea



Capítulo 40

El día de la boda civil de Santiago y Chelsea.

Mi padre está a solas conmigo en la suite de huéspedes de la casa de Santiago, en Brooklyn, porque, por más que ellos sepan que me mudé aquí hace algunos días, son conservadores y no necesitan que les restriegue en la cara que mi futuro marido y yo compartimos la misma cama antes de decir el "sí" frente al juez.

Algunas personas se reirían de este cuidado que tengo con ellos y me llamarían hipócrita, pero la verdad es que, aunque no creo que ninguna mujer deba "guardar" su virginidad para el marido, respeto que mis padres piensen distinto. No tiene sentido forzar este tipo de situaciones, incluso porque sospecho que ya saben que dormimos juntos.

Él está de pie mientras la maquilladora del equipo que Santiago contrató termina de dar los retoques finales. Estoy usando un vestido sencillo, blanco, pero muy elegante, y casi lloré cuando papá entró con un ramo de flores. La ceremonia será en el jardín de esta misma casa, pero yo ni siquiera había pensado en eso. Cuando la organizadora se ofreció a encargarse de uno, dije que no hacía falta, pero ahora que él me trajo el ramo, es difícil contener las lágrimas.

Mis padres creen que me estoy casando por amor y tienen razón en eso, pero no tienen idea de que hay un plazo para el final, y no dudo de que, si supieran la verdad, se les partiría el corazón.

—Chelsea, ¿en tu boda en España también voy a poder usar mi vincha de unicornio, verdad? —Sapphire entra corriendo al cuarto, con una sonrisa que le ocupa toda la cara.

—Sí, ya hablamos de eso.

Mi futuro marido mandó enviar a la casa de mis padres una colección completa de vinchas de unicornio para Sapphire, y dos de ellas fueron hechas para fiestas de lujo, ya que están adornadas con cristales de verdad. Mi hermanita se volvió loca cuando las vio y ese cuidado de Santiago (una gentileza en un hombre de negocios que no convive con niños, salvo por encontrarse ocasionalmente con sus sobrinos, según me dijo) hizo que mi amor por él creciera aún más.

Quedó decidido que mi boda religiosa será en la Bodega Velasco-Sanchez. Dentro de tres semanas, toda mi familia viajará allí.

Mi padre se llevó muy bien con el de Santiago, el señor Ruiz, incluso porque es imposible no quererlo. Yo creí que mi prometido había heredado su temperamento, pero bastaron cinco minutos hablando por teléfono la primera vez para que tuviera la certeza de que no tienen casi nada en común.

Por algunas conversaciones que ya tuvimos, intuyo ahora que Santiago es, en realidad, la imagen y semejanza de su abuelo paterno. Terco, intransigente y controlador. Basta ver la cláusula testamentaria sobre el matrimonio.

—¡Papá, vamos a ir a España! —dice Sapphire, como lo ha hecho todos los días desde que se decidió que la boda religiosa sería allí. Él me guiña un ojo.

—¿Y cómo va a ser eso, si no sabes decir ni una palabra en español? —bromea.

—Santiago, *mi cuñado* —dice la palabra "cuñado" en español, con orgullo, porque de algún modo inexplicable, ya que él no tiene mucha habilidad con niños, Sapphire lo adora—, me enseñó a decir "buenos días", "buenas tardes", "buenas noches" y "gracias", así que creo que sí sé hablar español, papá.

—¡Sapphire, qué presumida eres! —Me río y, un segundo después, ella sale del cuarto, dejándonos a solas.

—¿Estás segura de lo que estás haciendo? —pregunta mi padre.

—Papá, si te dijera que no tengo miedo, te estaría mintiendo. El mundo de Santiago no es el mío. Todo es enorme en su universo, pero estoy enamorada y tengo muchas ganas de casarme con él.

Por primera vez, lo admito para mí misma, sobre todo, que no importa lo que me haya traído a este matrimonio, quiero intentarlo.

La parte de mi cerebro que todavía funciona bien me dice que soy una idiota, porque que Santiago haya ampliado el plazo de seis meses a un año no significa nada; pero tal vez debería intentar no racionalizar todo el tiempo y simplemente vivir, porque tengo la sensación de que, independientemente de las palabras, la forma en que me besa, me toca y me mira es mucho más importante que el pedazo de papel que firmaremos dentro de algunos minutos.

—Me cae bien y eso me tomó por sorpresa. No suelo simpatizar con desconocidos a primera vista, pero sé reconocer a un hombre honorable cuando estoy frente a uno, y eso no tiene nada que ver con el hecho de que me haya ayudado con el tema de mi arresto o de que sus abogados hayan conseguido la indemnización. Si pensara que el español fuera un imbécil como tu ex, lo habría matado a tiros.

—Lo sé, papá. El dinero nunca te corrompería.

Percibo, por la manera en que trata a Santiago, que mi padre realmente lo aprecia. Y todavía no tiene idea sobre la cancelación de las deudas, lo que, en realidad, creo que lo dejará molesto.

Sé que mi futuro marido no pagó las cuentas porque quiera tener control sobre nosotros, sino porque considera que mi familia es su responsabilidad desde el momento en que acepté casarme con él.

Lo mismo ocurre con el especialista que encontró para tratar la anemia crónica de mi madre. Por fin descubrimos la causa. Ella no consumía suficiente hierro, por lo que tiene una condición llamada ferropenia, que hace que el volumen de hemoglobina y glóbulos rojos se reduzca; estas células son las responsables de transportar oxígeno a los tejidos del organismo.

Casi me desmayé de alivio cuando explicó que no era algo fatal y que, para tratarla, mamá necesitaría una suplementación de hierro, al principio intravenosa, y, principalmente, un cambio en la alimentación.

—Lo que te dije cuando te llevé a New York sigue valiendo para el resto de tu vida, Chelsea —dice, besando mi frente—. No importa cuánto tiempo pase. Puedes tener cien años; si yo todavía estoy caminando por este planeta, basta con que me llames y correré a salvarte.



—Eres mía, ahora —dice Santiago cuando, después de escapar de nuestra cena de bodas, abrocha mi cinturón de seguridad dentro del helicóptero que nos llevará a los Hamptons, para nuestra noche de bodas.

Mañana viajaremos a España y, dentro de tres semanas, será la boda religiosa, en la capilla de la bodega.

—Creí que ya lo era desde la noche en que hiciste el amor conmigo por primera vez —susurro cerca de su boca, aun sabiendo que la posibilidad de que el piloto nos escuche es mínima.

Él muerde mi labio inferior y, en la oscuridad de la aeronave, sus ojos brillan como dos esmeraldas.

—Fuiste mía cuando bailaste para mí bajo la lluvia.

—Yo no…

—Bailaste solo para mí bajo la lluvia —dice, y pellizca mi pezón por encima del vestido—. Fuiste mía cuando me acusaste de atropellarte y cuando entraste por primera vez a mi oficina. Fuiste mía desde siempre, Chelsea.

Le tomo el rostro y lo beso con violencia, porque en este momento lo odio por hacerme sentir tanto y por que todos esos sentimientos sean por él.

Él parece entrar en el mismo clima, porque me devuelve el beso con la misma ferocidad y, cuando el helicóptero por fin llega a la casa de playa, sin decirle una palabra al piloto, prácticamente me

arranca del interior de la aeronave y avanza hacia la enorme residencia conmigo en brazos.

—Planeé darte una noche de reina —dice cuando me deja de pie en el suelo de la suite.

—No quiero ser tu reina —respondo, dando un paso atrás y abriendo el cierre lateral del vestido—. Las reinas tienen cargos vitalicios. Digamos que me parezco más a una pasante.

Dejo que el vestido caiga lentamente y percibo que él intenta concentrarse, pero no lo logra, devorándome con la mirada.

—¿Pasante? —dice, tragando saliva y arrojando el blazer del traje al suelo.

—Ajá. Al finalizar el año, seré una especialista en seducción.

Dejo la frase en el aire, dando a entender que quiero aprender todo con él para seducir al hombre con quien finalmente pasaré el resto de mis días, pero percibo que lo nota, porque la forma en que se desviste es apresurada y violenta.

—Para seducirme.

Tú no me quieres para siempre. No me mientas, o te odiaré. Pero, claro, no digo eso en voz alta, porque me pondría en la misma situación que todas las mujeres que él debe haber abandonado a lo largo de su vida.

Sonrío, en cambio, aunque por dentro mi corazón esté sangrando por anticipar la pérdida, no importa si es dentro de un año, y termino de desnudarme.

—Soy tuya, *mi profesor.*



Santiago



Capítulo 41

"Al finalizar el año, seré una especialista en seducción".

Su declaración quedó grabada en mi mente.

Alguien preparó la habitación para nosotros, que está completamente iluminada con velas. Aun así, con la cortina abierta, la luna la invade, proyectando un resplandor directamente sobre mi esposa desnuda.

Mi esposa.

—No vas a seducir a nadie más. Eres mía.

Sus ojos me desafían.

Ella no parece darse cuenta de lo volátil que me siento, o tal vez sí se da cuenta y le gusta, porque, sin hacer caso a la bestia celosa que tiene el control de mí en este momento, sonríe y se inclina para recoger algo del suelo, junto a su vestido.

Solo cuando alza los brazos me doy cuenta de que sostiene las castañuelas.

—Soy tuya hoy —dice, y marca algunos pasos sobre el suelo—, mañana y el próximo año. Solo eso.

La sangre hierve en mis venas, arrojándome al centro de una tormenta, algo que no sé nombrar, amenazando con ahogarme.

Estoy hipnotizado por su danza seductora. Nunca había deseado a una mujer de esta manera.

Cada uno de sus movimientos me incendia, pero no es solo deseo. Chelsea logra remover algo profundo dentro de mí que, hasta

ahora, había sido inalcanzable para todas las demás.

"Al finalizar el año, seré una especialista en seducción".

Ella me tomó por sorpresa, invirtiendo mi propio juego.

Sin saber cómo lidiar con mi infierno previo, lucho con las armas que conozco y mis labios se apoderan de los suyos. En una fracción de segundo, la rabia se transforma en una pasión cruda y urgente, y la llevo a la cama. La pongo en cuatro sobre el colchón.

Sujeto sus caderas, separo los cachetes de su culo y entierro el rostro en su vulva empapada.

—Empuja contra mí, Chelsea. Fóllate mi lengua.

Ella jadea, pero no la dejo pensar, acariciando su clítoris y chupando su vagina. Empiezo a penetrarla con un dedo y luego con un segundo, lamiendo su culo sin dejar de masajear su clítoris con la otra mano.

Chelsea enloquece y no tarda en terminar. Siento cómo derrama su miel sobre mí y me inclino para beberla toda.

La dejo por unos segundos y desenrollo el preservativo sobre mi verga. Ella no se mueve, está abierta y lista, esperando a que la tome.

Me encajo en su entrada húmeda y me muevo despacio, metiéndosela por completo en una embestida lenta para prepararla.

Chelsea reacciona intentando escapar, pero agarro sus caderas con fuerza y tiro de su cabello hasta casi obligarla a quedarse de rodillas.

—Pídeme que pare o voy a meterte la verga muy duro.

Entro y salgo despacio y ella gime.

—¿Te gusta?

—Ahhhhh…

—Pero hoy no tengo ganas de metértela lento y dulce, *mi cielo*. Di que eres mía y que puedo dártela como yo quiera.

—Por favor...

—¿Por favor qué? ¿Quieres que te la meta bien duro, *mi amor*?

—Sí, Santiago. Estoy loca por ti.

Escucharla pedirme eso en mi idioma hace que mi deseo alcance las estrellas y, sin ninguna capacidad de contenerme, la monto, embistiéndola muy profundo, con el cuerpo entero tenso.

Ella grita y se contrae a mi alrededor.

Me inclino para besar su espalda, pero segundos después retomo las embestidas.

La penetro cada vez más rápido y ya no puedo decir con certeza cuántas veces Chelsea llega al orgasmo. Cuando noto que está a punto de quedarse sin fuerzas, golpeo más duro, entregándome al placer de poseerla. Como si intuyera que estoy al límite, ella empina el culo, provocándome.

El orgasmo llega más intenso que nunca y caigo sobre ella durante unos segundos.

Cuando salgo de su cuerpo y la atraigo hacia mí, ella todavía gime en voz baja y se enrosca en mi cuello.

Mi cuerpo está satisfecho, pero ahora que regreso al mundo real, recuerdo lo que dije antes de tener sexo.

—Eres mía —la desafío.

—Tanto como tú eres mío —responde ella, creo que esperando que lo niegue, pero beso su cabello.

—Lo soy.



Chelsea

España

Bodega Velasco-Sanchez

Lo primero que noto al bajar del avión es que el sol lanza un resplandor dorado sobre las parras del viñedo de mi marido.

Respiro hondo y percibo el olor de la tierra que Santiago me había dicho que era inigualable.

Estaba ansiosa por llegar. ¿Cuántos años llevo soñando con pisar España? Tantos como los que sé bailar flamenco: exactamente tres cuartas partes de mi vida.

En mi mente, viví esta escena decenas de veces, sobre todo cuando tuve la certeza de que ese deseo estaba a punto de hacerse realidad en cuestión de días. Sin embargo, la planificación no me preparó para la emoción que siento ahora.

Mi corazón se expande en el pecho y, de pronto, ya no puedo seguir caminando.

—¿Chelsea? —Santiago me llama, apretando mi mano—. ¿Estás bien?

Su voz grave me devuelve al mundo real. Parpadeo para contener las lágrimas que brotaron en mis ojos, intentando encontrar palabras que expliquen la emoción que se apoderó de mí.

Me detuve en lo alto de la escalinata del avión, en la pista privada de su viñedo, desde donde tengo una vista perfecta de la propiedad.

—Sí —tartamudeo, avergonzada—. Es que no puedo creer que por fin haya logrado cumplir uno de mis sueños. Deseé esto durante tanto tiempo.

Él baja un escalón y se gira hacia mí, pero aun así, sigue siendo más alto.

—¿Estás emocionada porque pisaste mi país por primera vez?

Asiento, recordando cuando Jaytson me llamó provinciana. Él se estaría riendo de mí si viera esta escena.

—Me voy a acostumbrar. Es solo que…

Él me besa con tanta profundidad que el violento latido de mi corazón ya no se debe a estar en España, sino a no saber cómo lidiar con el hombre intenso con el que me casé.

Cuando desperté hoy, después de apenas dormir de a ratos durante la noche, Santiago ya estaba despierto, observándome.

Quisiera tener el poder de entrar en su mente para saber qué estaba pensando, porque la manera en que me miraba era como si no fuera solo su esposa por conveniencia, sino su mundo.

Claro que mi juicio debía de estar muy afectado por la forma apasionada en que hicimos el amor toda la noche, pero, de cualquier modo, me sentí más unida a él que nunca.

—Mi país hechiza a los visitantes —dice, en una de sus raras bromas.

Así como tú tienes ese mismo poder sobre mí, completo en silencio.

—Gracias por traerme. Tenía muchas ganas de conocer España.

Él besa mis dos ojos húmedos.

—¿Tienes idea de cómo me siento al verte emocionada por pisar mi tierra?

—¿Sientes algo hacia mí?

—¿Qué?

—A veces tengo la sensación de que estoy sola en esto —digo, pero enseguida me arrepiento de haber sido tan abierta.

Solo la carga emocional de llegar al país que amé toda mi vida a la distancia puede justificar que sea tan estúpida como para entregarle tanto.

Santiago no quiere amor. Quiere sexo.

—¿Sola en qué, Chelsea?

Muerdo mi labio, dudando entre mentirle o entregarle al menos una parte de la verdad.

Como si una entidad superior tomara el control de mi vida para impedir que me lastime, escucho la voz de mi suegro llamándonos.

—Tu padre vino a buscarnos.

—Respóndeme la pregunta.

—No. Eso no tiene la menor importancia.

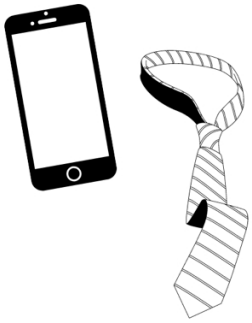
—Todo lo que tiene que ver contigo es importante.

Le regalo una sonrisa falsa, porque, si dijera lo que estoy pensando, tendríamos nuestra primera pelea en suelo español: todo lo que tiene que ver conmigo le importa porque está acostumbrado a controlar cada pequeña cosa a su alrededor.

Aprovecho que estamos casi a la misma altura y le doy un beso suave en los labios y, a continuación, bajo las escaleras para encontrarme con mi suegro.

—Chelsea —me llama mi marido.

—No es nada. Está todo bien —le miento.



Chelsea



Capítulo 42

Días después

Santiago está en una reunión de emergencia con el equipo de marketing, trabajando en la nueva campaña para la bodega.

Me dijo que la anterior tuvo que ser cancelada, ya que se alejaba por completo de lo que él deseaba transmitir a los consumidores de los vinos Velasco-Sanchez.

Noté que mi marido dudó antes de dejarme, pero no es oficialmente nuestra luna de miel. Viajaremos después del matrimonio religioso, así que le dije que no pasaba nada si trabajaba un poco.

Me sorprendió que una mujer, a quien él me presentó como la nueva directora de marketing, Mirena Smith, estuviera aquí. Santiago me explicó que no era la primera vez que venía y puede que esté perdiendo la cabeza, pero noté un intercambio de miradas intenso entre ella y mi suegro.

—No te ofendas por lo que voy a preguntarte, hija —dice el señor Ruiz—. Pero ¿por qué aceptaste formar parte de todo esto? Me refiero a ayudar a mi hijo a cumplir la cláusula absurda que mi padre dejó en su testamento.

—Yo… —empiezo, sintiendo que el rostro me arde de vergüenza, y él se da cuenta.

Hace un gesto con la mano, como pidiéndome permiso para interrumpirme.

—No me malinterpretes. Siempre he sido rico, pero también soy un español rudo y sin pelos en la lengua, querida, incluso con aquellos a quienes aprecio, como es tu caso. Sin embargo, la pregunta sigue siendo la misma.

—No fue por interés —respondo con franqueza, por si eso es lo que está pensando—. Santiago me propuso el acuerdo y, cuando mi padre necesitó ayuda, lo llamé y le dije que aceptaba.

—¿De verdad crees que mi hijo te habría exigido algo a cambio para ayudar a tu padre con esa acusación injusta?

Me siento avergonzada, porque incluso para mí ahora, la excusa que le di suena ridícula.

—No.

—Puede que hayas aceptado por impulso, Chelsea, pero creo que ya conoces lo suficiente a mi muchacho como para saber que, si te hubieras echado atrás, Santiago ni siquiera te habría despedido. Tiene muchos defectos; algunos heredados de mí, pero es un hombre honrado.

Tengo la sensación de que quiere decirme algo más, sin embargo, se detiene.

Ya que estamos teniendo una conversación honesta, decido tocar un tema que me ha estado robando el sueño.

—Según los términos del testamento de su padre, Santiago debía permanecer casado durante seis meses, ¿cierto?

Me mira fijamente durante casi un minuto antes de decir:

—¿Mi hijo te mostró el testamento?

—No. Él me habló de ese plazo y, muy por encima, me dijo que no le agradaba su tío porque quería vender la bodega de su familia.

—Sí, es así —dice.

—Santiago me pidió que extendiéramos el plazo a un año —revelo.

Creí que se sorprendería, pero recibe la noticia como si lo supiera.

—Ya me lo dijo —confirma.

—¿Por qué cree que me pidió eso?

—Porque aún no se ha dado cuenta de que está enamorado de ti. Él cree que va a dejarte o que tú querrás irte cuando ese plazo termine.

—No entiendo.

—La relación de una pareja debe resolverse entre dos, Chelsea. Cuantas más personas interfieran, no importa cuán bien intencionadas sean, más confusa se vuelve la situación. Yo no puedo darte las respuestas que necesitas. Sin embargo, como padre, siento la obligación de decirte que, para estar con Santiago a largo plazo, tendrás que renunciar a muchas cosas en tu vida.

—Él no me quiere para siempre.

—Sí, sí te quiere, aunque todavía no lo sepa. Pero en el momento en que él te pida eso, puede que seas tú quien lo deje.

—Yo lo amo —confieso—. ¿Cómo podría dejarlo si el sentimiento es recíproco?

—Porque mi hijo nunca será padre. Jamás formarán una familia. Él no quiere herederos y no va a dar marcha atrás en esa decisión.

Siento como si me golpearan en el centro del pecho, pero intento disimular.

—Él me dijo que no quería hijos, pero pensé que se refería a que no deseaba un niño fruto de un matrimonio temporal.

—No. Él no quiere hijos porque hizo una promesa a alguien y no va a romperla.

—¿Una promesa?

—No puedo hablar de eso, querida. Ni siquiera se lo contó a sus hermanos. El único que lo sabe es Alexandros, y aun así, porque investigó hasta descubrirlo. Si soy honesto contigo, no sé si algún día Santiago te dirá el motivo de esa decisión, pero puedo garantizarte, por desgracia, que es irrevocable.

—¿Qué cree que pasaría si yo quedara embarazada por accidente?

—Estoy seguro de que cumpliría con sus obligaciones. Cuidaría de ti y del niño, pero jamás te perdonaría por hacerlo romper la palabra que le dio a alguien en el pasado.

Siento que se me forma un nudo en la garganta y el regreso de Mirena junto a nosotros es la excusa perfecta para pedir permiso y casi salir corriendo.

Cuando llego al exterior de la casa, me encuentro de frente con Santiago.

—¿A dónde vas con tanta prisa, esposa? —Me atrae hacia él por la cintura, sin tener idea de cómo me siento.

Entierro el rostro en su pecho e inhalo su aroma.

—Iba a dar una vuelta. Todavía no me has mostrado la bodega.

—Vamos a salir en moto. Así podremos verla mejor. —Sujeta mi rostro—. ¿Está todo bien?

No soy capaz de mentir.

—¿Por qué me pediste que estuviéramos juntos durante un año?

—Porque nunca conocí a alguien a quien deseara tanto. Estoy loco por ti.

—Bésame. Demuéstrame cuánto.

Me levanta para que nuestras bocas queden a la misma altura y, cuando hace lo que le pedí, no hay ferocidad en el gesto, sino una ternura tan profunda que me derrite.

Yo quería una prueba de que lo nuestro era solo deseo, pero mientras Santiago explora mi boca como si no pudiera cansarse de mi sabor, como si nunca fuera suficiente, una chispa de esperanza nace en mi corazón.

Tal vez su padre esté equivocado. Yo lo amo y él también siente algo por mí. Por primera vez desde que estamos juntos, me permito soñar con el futuro.



Chelsea



Capítulo 43

El viento sopla en mi cabello mientras él conduce la moto, porque le supliqué a Santiago que saliéramos a pasear sin casco y, aunque pareció contrariado, no solo lo permitió, sino que también dejó el suyo atrás.

Fue un gesto tonto, pero hizo que mi corazón latiera con fuerza, como el de una enamorada ingenua, porque me sentí como si me estuviera permitiendo derribar algunas de sus barreras y como si una complicidad por hacer algo "incorrecto" juntos nos uniera todavía más.

Me aferro a la cintura de mi marido mientras él serpentea entre hileras de viñedos que se extienden en todas direcciones, formando una especie de camino verde sobre las colinas de Rioja.

Nunca vi nada tan hermoso. Cuando pensaba en España, lo primero que me venía a la cabeza era Madrid y Barcelona. No tenía idea de que las regiones vitivinícolas pudieran ser tan encantadoras.

Apoyo el rostro en su espalda y cierro aún más las manos alrededor de su cintura. Llevamos cerca de dos horas paseando y, de vez en cuando, él se detiene para darme explicaciones.

Cada vez que pasamos junto a grupos de trabajadores, con los rostros enrojecidos por las horas de exposición al sol intenso, Santiago los saluda y puedo ver la forma en que le sonríen a su patrón. No es solo respeto, es afecto.

—Te adoran.

—Casi todos me conocen desde niño. Pasaba la mayor parte de mis vacaciones con mis abuelos porque mi padre era una versión mía. Vivía para el trabajo.

A diferencia de lo que sucede cuando está en una oficina o lidiando con los problemas de sus empresas, aquí Santiago parece relajado y no necesita decirme con palabras cuánto ama este lugar para que yo lo sepa.

—¿Puedes sentir el aroma de mi tierra? —pregunta, cuando hacemos una nueva parada.

Santiago busca la sombra de un árbol para sentarse y me jala hasta acomodarme en su regazo.

Inhalo profundamente.

—Sí, lo siento, y no es solo el aroma lo que me deja maravillada. El paisaje es impresionante. —Apoyo la cabeza en su hombro—. Si amas tanto este lugar, ¿por qué vives más en la ciudad que aquí?

—Tengo un imperio que dirigir y soy hijo único.

No le pregunto si el hermano de su padre tiene hijos, porque ya sé que no se llevan bien, aunque él nunca me explicó el motivo.

El otro día me contó que tiene algunos primos segundos repartidos por España, pero que el único con quien es cercano se llama Rey[9].

Podría argumentar que tiene más dinero del que jamás necesitará. Si reencarnara diez veces, en todas volvería a ser multimillonario. Pero no tengo ganas de discutir, así que decido simplemente sumergirme en el momento.

—Cuéntame más sobre las uvas —le pido, porque, aunque ya sé bastante sobre ellas, mi marido es un profesor extraordinario y habla con tanta pasión que es imposible no dejarse contagiar.

Me explica cómo el clima y el suelo únicos de Rioja producen uvas con un sabor y un equilibrio excepcionales, perfectas para la elaboración de vinos complejos.

—Cada variedad tiene su carácter distintivo, pero lo que realmente diferencia a nuestros vinos es el proceso artesanal que aún mantenemos para las cosechas premium.

Hace aproximadamente una hora, nos detuvimos en una cava, donde los vinos se almacenan bajo tierra, con temperatura e iluminación controladas.

Me explicó que allí se encontraban las mejores cosechas de los últimos años.

—Cada etapa del proceso, desde la vendimia —continúa— hasta la fermentación y el envejecimiento, se realiza tal como cuando mi bisabuelo fundó la bodega Velasco-Sanchez. El resultado es un vino que capta verdaderamente la esencia de nuestra tierra.

Lo escucho con atención, fascinada.

—Puedes beber en España. ¿Te gustaría probar un vino?

Escondo el rostro en su pecho.

—Quieres llevarme por el mal camino, ¿verdad?

—Siempre, pero por lo que entendí, no bebías en Estados Unidos porque era ilegal. Aquí sí podemos.

No espera mi respuesta y se levanta conmigo en brazos, caminando hasta la moto.

Veinte minutos después, nos detenemos en un lugar que no parece un área de trabajo, sino una pequeña cabaña.

—¿Alguien vive aquí?

—No, es como un refugio secreto. A mi madre le gustaba venir aquí, según dice mi padre.

—¿Según dice él?

—Yo era muy pequeño cuando se separaron. Ni siquiera recuerdo haberlos visto juntos. Todos éramos niños cuando mamá se fue de nuestras casas. Mis hermanos también fueron criados solo por sus padres. Incluido Can, al parecer.

—¿Can?

—Tengo un medio hermano turco, pero no quiere estar cerca de nosotros.

—¡Oh! ¿Por qué no?

—No tengo la menor idea, pero por lo que sé, no convivió con mi madre. Creo que jamás habló con ella.

—¿Cómo es posible? Siempre hablas de tu madre con tanto amor. ¿Por qué no se acercó a uno de sus hijos?

—Mi madre tenía sus propios demonios con los que lidiar. A pesar de no habernos criado, estuvo tan presente como pudo.

Me cuenta la historia de la vida de Sally y, cuando termina, tengo los ojos llenos de lágrimas.

—Dios mío, Santiago.

—No te traje aquí para hacerte llorar, sino para que pruebes el mejor vino del mundo —dice, aunque estoy segura de que es porque el tema aún le duele, a pesar de haberme asegurado que todos los culpables de abusar de su madre, lo que la llevó a una depresión y, años después, al suicidio, fueron castigados.

Me explicó que su abuela materna trabajaba para la familia de un ex senador y que Sally, que entonces se llamaba Coliny Gregory, era hermosa, y que el miserable no aceptó un no como respuesta y abusó de ella. Para no ser arrestado por el crimen que cometió, junto con la joven que era su prometida, Odette, elaboró un plan para desacreditar a Sally.

Inventó que había robado un anillo de enorme valor a sus empleadores, lo que provocó que la madre de Santiago fuera encarcelada.

Durante el tiempo en que Sally esperaba el juicio, fue golpeada por algunas reclusas, que la atacaron con tal brutalidad que una parte de su cerebro quedó prácticamente destruida.

Después, el padre del hermano mayor, que era abogado, la salvó, tal como los príncipes en los cuentos de hadas hacen con sus amadas; él no dijo eso, pero fue lo que pensé.

La diferencia, sin embargo, es que la princesa nunca logró superar lo que le ocurrió y jamás tuvo su final feliz, o tal vez sí lo tuvo, pero con tres maridos y no con uno solo, como quizá había planeado para su vida antes de que el mal se cruzara en su camino.

Noto que se queda muy melancólico al terminar de hablar y, para animarlo, menciono algo que percibí:

—Creo que tu padre y Mirena están un poco enamorados el uno del otro.

—¿Qué?

—Puede que esté loca, pero sentí cierta tensión sexual entre ellos.

Se queda quieto, como si lo analizara.

—Mi padre nunca se enamoró. Jamás tuvo una novia seria desde el divorcio, según sus propias palabras.

—Siempre puede suceder. Dijiste que tu madre falleció hace mucho tiempo. Tal vez ahora su corazón esté curado.

—Puede ser. Basta de hablar del pasado —dice, tomándome en brazos y entrando en la cabaña.

Veo que el lugar solo tiene una pequeña cocina y una cama enorme.

—¿Has venido aquí con alguien más? —pregunto, aun sintiéndome tonta.

Desaparece dentro de una especie de bodega y regresa enseguida con una botella cubierta de polvo. La descorcha y sirve dos dedos en cada copa.

Me quedo hipnotizada cuando sonríe y camina hacia mí, sentada en la cama.

—Nunca traje a una mujer a la bodega. Es un privilegio solo tuyo, esposa.

Santiago, en todas sus versiones (CEO, arrogante, iracundo, protector), es hermoso, pero su faceta seductora me vuelve loca.

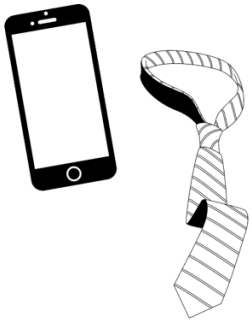
Tomo la copa que me ofrece y nuestros dedos se rozan.

Es apenas una caricia leve y, entonces, el aire a nuestro alrededor cambia.

Él retira la copa de mi mano y la coloca junto a la suya sobre la mesa de noche.

—Pensé que íbamos a beber —bromeo, aunque a estas alturas mi pulso ya se ha descontrolado.

—Después. El vino que te serví debe degustarse, no beberse con prisa. Mi sed y mi hambre, ahora, son por ti, Chelsea.



Chelsea



Capítulo 44

Tres semanas después

—Estás feliz —dice mi madre mientras me abraza con una sonrisa, mientras observamos a Beryl y a Sapphire jugando a la pelota con Shyla en la piscina y a mi padre conversando con mi suegro y con Santiago.

—Lo estoy.

—Me preocupó este matrimonio tan repentino, no voy a mentirte, hija. Pero ahora que sé que todo está bien, por fin puedo estar en paz.

—Estoy bien. Te lo juro, mamá, y además muy ansiosa por la ceremonia religiosa de mañana.

—Ni me lo recuerdes. Sapphire, tu padre e incluso Beryl no hablan de otra cosa.

Tomo su mano y le doy un beso.

—¿Y tu salud?

—Mucho mejor. Estoy comiendo bien y, gracias a la indemnización que recibimos, tu padre me pidió que dejara de trabajar. Él también está muy feliz, montando el taller.

No estoy segura, pero creo que la rapidez de mi marido fue la responsable de la velocidad con la que mis padres recibieron el dinero del acuerdo.

No dudo de que Santiago haya descubierto algún secreto sucio de los Elbrook y haya acelerado el proceso, porque sabía que mi padre jamás aceptaría dinero directamente de él.

En cuanto al pago de la hipoteca de la casa y a la cancelación de la deuda del hospital, Santiago me dijo que lo considerara su regalo de bodas y que podía comunicar exactamente eso a mis padres.

Entendí perfectamente la maniobra que hizo. Con una sola acción, Santiago logró que tanto mis padres como yo aceptáramos el regalo sin cuestionarlo.

Me hizo el obsequio sabiendo que yo no estaría de acuerdo, pero que no podría rechazarlo al decirme que era para mis padres. E hizo lo mismo con ellos, porque, a todos los efectos, no era mi marido quien estaba saldando las deudas, sino yo.

—Papá está realmente entusiasmado con el taller.

—Sí, y compró el terreno de al lado del nuestro para que los clientes que vengan no tengan que quedarse tan cerca de nosotros.

—¿El terreno que tiene un lago? —pregunto, sin poder contener el entusiasmo.

—Ese mismo, y ahora el plan es construir una canoa para divertirnos en paseos.

—Dios mío, ¡Sapphire debe estar loca!

—¿Y Beryl? Incluso soñó con eso el otro día. La vida es tan extraña, hija. Hace menos de un año teníamos un techo que casi se nos venía abajo. Después te mudaste a Manhattan y logramos equilibrar las finanzas. Pensé que estaríamos bien, porque todo parecía encaminarse. Entonces, arrestaron a tu padre.

Se seca una lágrima y yo me siento emocionada y furiosa al mismo tiempo, porque sé que la herida que el cretino de Jaytson nos causó, con la ayuda de Tenner, siempre va a existir. Mi padre nunca volvió a tocar el tema, pero estoy segura de que, hasta el día de su muerte, recordará la humillación de haber sido tratado como un criminal frente a la ciudad donde nació y creció.

—Ojalá tuviera el poder de borrar eso de nuestras memorias —digo, sintiéndome culpable—, porque si nunca hubiera salido con ese imbécil, nada de eso habría pasado.

—No tuvo que ver solo contigo.

—¿Cómo que no? Yo elegí salir con él.

—No sé cómo decirte esto sin herirte, Chelsea, pero no tienes idea de lo enfermo que es ese cretino al que llamabas novio.

—¿De qué estás hablando?

—El señor Elbrook vino a buscar a tu padre hace algunos días.

—¿Qué?

—Parecía avergonzado y quiso disculparse. Al final, a pesar de tener un gusano como hijo, es un hombre honorable.

—Perdóname, pero no estoy de acuerdo.

—Él no sabía lo que Tenner estaba planeando, hija. Tanto es así que nos contó la verdad.

—¿La verdad?

—Desde el primer día que conociste a Jaytson, eso formaba parte de un juego entre él y Tenner. Parece que ese miserable, el hijo del señor Elbrook, habló de ti. De lo hermosa que eras, pero inalcanzable. Apostaron cinco millones de dólares a que Jaytson te llevaría a la cama.

—¡Por Dios!

—Sí, es enfermizo. Y no fuiste la primera muchacha con la que hicieron algo así. Al parecer, era un juego recurrente entre los cuatro amigos. No era por el dinero, era por la victoria. Una de las chicas que uno de ellos, no sé cuál, sedujo, iba a ser monja. El muchacho le quitó la virginidad y luego la abandonó, se lo contó a todos los amigos de la universidad y la pobre tuvo que ser internada con depresión.

—¡Son unos hijos de puta!

—Sí, sentí mucha pena por la chica también, y le agradezco a Dios que hayas resistido, Chelsea. No sé qué habríamos hecho tu padre o yo si ese infeliz hubiera logrado su objetivo.

No le digo que, si estuve más tiempo con Jaytson, fue porque me chantajeó insistentemente, porque eso le partiría el corazón.

—Es parte del pasado, mamá.

—No para nosotros. Tu padre le dio un ultimátum al señor Elbrook para que su hijo no volviera a pisar nuestra ciudad. De cualquier modo, él ya estaba vendiendo la fábrica, así que no hay motivo para que el inútil de Tenner aparezca por allí.

—Mejor así.

—El padre de Tenner cree que, durante esa apuesta idiota, Jaytson realmente se enamoró de ti y se volvió loco cuando lo rechazaste.

—No era amor. Se enfureció porque lo rechacé. El amor o la pasión no hacen daño. Él sabía lo apegada que soy a mi padre y que cualquier cosa que le hiciera a él me destruiría. Jaytson nunca me amó. Yo fui solo un juguete que escapó antes de que tuviera la oportunidad de destruirme.

Unos minutos después, toda la familia se reúne con nosotras y trato de sonreír para no arruinar el buen ambiente que se formó desde su llegada, pero Santiago ya me conoce bien y enseguida me llama aparte.

—¿Qué pasó?

—No quiero arruinar nuestro día y, si te lo cuento, te vas a enojar.

—Necesito saberlo. ¿Aún no entendiste que todo lo que te molesta me importa?

—No digas esas cosas.

—Es la verdad, Chelsea.

—Vámonos de aquí, porque no quiero que mi padre nos escuche.

Cuando nos alejamos lo suficiente de la casa principal, me toma del mentón.

—Háblame.

—Me da vergüenza.

—No conmigo. Nunca conmigo, Chelsea.

Le explico lo más brevemente posible todo lo que mi madre me contó y también la conclusión del señor Elbrook, de que durante la apuesta infame Jaytson terminó enamorándose de mí.

—Hijos de puta.

Se ve furioso, como pocas veces lo he visto.

—Eso es cosa del pasado —intento calmarlo.

—No lo es. Jamás será pasado para mí mientras no paguen por lo que te hicieron a ti y a tu familia.

—¿Qué significa eso?

Besa mi frente.

—Significa que no soy bueno para perdonar, esposa.



Chelsea



Capítulo 45

Día de la boda religiosa

—¡Estás tan hermosa que hasta me dan ganas de casarme de nuevo! —dice Misty[10], la esposa de Armani.

—Me encanta la parte del vestuario y los vestidos —interviene Robyn, la esposa de Alexandros—, pero no siento nostalgia por todo lo que implica organizar una boda.

Abrazo a ambas, feliz de que nos hayamos hecho amigas desde la boda civil.

Sé que Misty perdió a sus padres en un asalto y durante un tiempo crió sola a sus dos hermanas gemelas, Matilda y Charlotte, que por cierto son un amor.

Mi madre se enamoró de inmediato de ella y de Robyn, y las "adoptó" como sus propias niñas desde que las conoció. Incluso hablan por teléfono al menos dos veces por semana.

La situación de Robyn es un poco más complicada, porque su madre, Odette, es precisamente la persona que, junto con el ex senador, destruyó la vida de Sally, nuestra suegra.

Alexandros y Robyn son la mayor prueba de que el poder del amor puede vencer el mal. Además del hecho de que eran profesor y alumna cuando se conocieron, había mucho resentimiento en su historia por los eventos pasados que involucraban a sus padres. Sin embargo, el destino los unió de manera irrevocable.

—Estoy de acuerdo —digo—. Nunca imaginé que casarse implicara tanto trabajo.

—A mí no me importa la parte trabajosa —dice Shyla, entrando al cuarto—. Cuando me case, será un verdadero evento. Como la fiesta de los Oscar.

Todas reímos y abro los brazos para ella, mientras Misty y Robyn se retiran, tal vez intuyendo que necesitamos un momento a solas.

—Gracias por ser mi fuerza cuando más lo necesité. Sabes que pase lo que pase en el futuro, siempre estaré a tu lado, ¿verdad?

—Lo sé. Pase lo que pase, yo también estaré contigo.

—Ahora dime, ¿qué fue ese intercambio de miradas entre tú y el hijo mayor del señor Frost? —pregunto, refiriéndome al ex asistente de Santiago, que vino con la familia para la boda.

El señor Frost finalmente se ha recuperado, pero decidió jubilarse, porque el médico concluyó que su estado de salud no es bueno.

Venir a la boda fue una especie de despedida del trabajo que desempeñó toda su vida para mi suegro y, desde hace algunos años, para mi marido. Sé que Santiago le dará un enorme bono que le permitirá retirarse con comodidad, porque aunque no me lo dijo directamente, escuché una conversación suya con el abogado, indicando que la transferencia debía hacerse a nombre del señor Frost.

Mi marido contrató a una nueva asistente, ya que Santiago me dijo que debía dedicarme a mi pasión: el flamenco.

Aún no he decidido qué quiero hacer, pero me dio la idea de abrir una compañía de danza, para poder estar en el escenario con mis alumnas y realizar presentaciones ocasionales en Madrid.

—No sé de qué hablas.

—Sí sabes, pero si quieres mentirte a ti misma, te lo permitiré.

El hombre en cuestión tiene treinta años, según me dijo mi suegro, es soltero y un gran ser humano, además de atractivo. Espero que mi amiga finalmente encuentre a alguien que la valore después de haber sufrido a manos de dos imbéciles abusadores.

—No creo poder volver a creer en el amor —dice.

—No digas eso. Hay idiotas en el mundo —digo, recordando a Tenner y Jaytson—, pero también hay hombres buenos. Date una

oportunidad.

—Me invitó a cenar antes de volver a New York.

Sé que el hijo del señor Frost es mitad español por parte de madre, y aunque sus padres viven aquí, él reside en Estados Unidos.

—¿Vas a aceptar?

—Sí, aunque estoy muerta de miedo, lo aceptaré.

—¿Y qué gracia tendría la vida sin mariposas en el estómago?



Santiago

Acepté la ceremonia religiosa porque sabía que tanto mi padre como los padres de Chelsea quedarían satisfechos. No puedo decir que tenga mucha fe en Dios, pero sé lo importante que es la familia para ella, y si la haría feliz casarse en la iglesia, pensé: ¿por qué no?

Además, hacer una promesa frente a un altar parece algo más serio que hacerlo ante un juez de paz.

Sí, utilicé el matrimonio religioso como una manera de atarla aún más a mí, porque cada día que pasa, tengo más claro que deseo prolongar este "contrato" indefinidamente.

Chelsea merece el mundo, y aunque nunca podré darle una familia, tal vez acepte que yo soy suficiente.

Me gustan los planes, y el noventa por ciento de mi personalidad es racional. No sé vivir de otra manera que no sea con mi audaz mujer, la que voltea mi mundo patas para arriba. En este momento, mientras la espero entrar de la mano de su padre, mi mente está totalmente concentrada en mantenerla cerca mío.

—Nunca pensé que viviría para verte ansioso. Solo para que conste, ya estás casado con ella. Chelsea no tiene a dónde huir —

bromea Armani a mi lado, en el altar, y escucho la risa contenida de mi padre y de Alexandros.

—No tiene a dónde huir, aunque quisiera. Y si lo intenta, yo la seguiré.

Los tres me miran al mismo tiempo, pero mientras Armani, que es el único que no sabe que jamás tendré hijos, aún sonríe, Alexandros y mi padre me observan con preocupación.

La música comienza justo cuando ella aparece en la entrada de la iglesia y todo lo demás desaparece a mi alrededor.

Mientras camina mirándome fijamente, con Beryl, Sapphire, Charlotte, Matilda y mis sobrinos al frente, y el vestido blanco pareciendo flotar a su alrededor, quedo hipnotizado por su belleza.

Un deseo visceral de tenerla siempre conmigo hace que mi corazón lata tan rápido que casi duele.

No espero a que ella y Rex completen el camino y avanzo hasta la mitad de la iglesia para recibirla.

Mi suegro sonríe, como si entendiera lo que siento, pero se limita a saludarme antes de sostener el rostro de mi mujer y besarla.

—Quiero tenerte en mi cama todas las mañanas.

—Santiago, ¿qué estás haciendo? —pregunta, medio sonriendo y medio preocupada, quizá porque estoy actuando como un loco.

Sé que no puedo decirle lo que pienso y aun así, siendo consciente de lo egoísta que será, lo hago.

—No quiero un año. Te quiero *hasta que la muerte nos separe*. No puedo darte todo, pero puedo darte todo mi ser. Soy todo tuyo, Chelsea, por eso, cuando subas al altar y hagas tu juramento, asegúrate de que cada palabra signifique algo, porque te perseguiré siempre.

Ella viene a mis brazos, rodeando mi cuello, y la risa de casi doscientos invitados resuena en la iglesia.

—No quiero ir a ningún lado, Santiago. Te amo.

—¿Sabes lo que eso significa?



Chelsea

De repente, siento que estamos solos en la iglesia. Su pregunta intenta penetrar profundamente en mi mente, pero me niego a arruinar este día.

No puedo creer que este hombre, el mismo al que amo y que me dijo (aunque no con esas palabras exactas) que también me amaba, continúe decidido a no tener hijos, y precisamente eso es lo que creo que me está preguntando.

Al mirarlo, repaso toda nuestra historia en mi mente:

Santiago observándome mientras yo bailaba bajo la lluvia.

El *casi atropellamiento*.

Y finalmente, cuando descubrí que trabajaría para él.

Cualquiera de estas tres situaciones, por separado, podría ser coincidencia, pero vistas en conjunto, no hay otra explicación: somos el destino uno del otro.

—Te amo —repito, en lugar de prometer algo en lo que no creo—. Llévame a jurar este amor frente al mundo entero, esposo. *Soy tuya,* Santiago.

No sé qué pasó en su pasado para que prometiera no tener hijos, pero he visto cómo trata a sus sobrinos y a mis hermanos, y estoy segura de que, con el tiempo, cambiará de idea.

Él sigue mirándome y, tras unos segundos de quietud, mi valentía titubea un poco, pero luego sonríe.

—Siempre lo fuiste, mi vida. Desde el primer segundo, me perteneciste.

No camina hacia el altar todavía. Me besa con su forma dominante y apasionada, y creo que es porque no es bueno con las

palabras.

No me importa. No necesito promesas verbales. Creo en nuestro sentimiento, y eso me basta.



Santiago



Capítulo 46

Luna de miel

Unas cuatro semanas después

Ella podría haber elegido cualquier lugar del mundo.

Tengo dinero y poder para satisfacer todos sus deseos, sin embargo, Chelsea quiso quedarse en mi país. Específicamente, comenzar nuestra luna de miel en Barcelona, después de pasar la noche de bodas, atendiendo también a su deseo, en la cabaña de la vinícola que tanto amaba mi madre.

Habiendo crecido en España, nunca vi el país con los ojos de un turista. Caminar con Chelsea por las calles de Barcelona, verla deslumbrada por cada pequeño detalle y su asombro cuando la llevé a conocer la Catedral de la Sagrada Familia, absorbiendo cada detalle de la arquitectura gótica con los ojos brillantes, convirtió nuestra estancia en la ciudad en una experiencia única.

Caminando de la mano por las calles, como jamás recuerdo haber hecho antes, le explicaba la historia de la ciudad.

De vez en cuando, ella se detenía para entrar en tiendas de souvenirs de gusto dudoso, pero la sonrisa de mi esposa compensaba tener que esquivar a la multitud de turistas ansiosos por comprar cualquier cosa.

Chelsea quiso probar un poco de todo de la gastronomía local y se deleitó con nuestro jamón ibérico, crema catalana y fideuá[11].

Se enamoró de la *esqueixada*, una ensalada fresca que lleva bacalao desmenuzado, pimientos, cebolla, aceitunas y tomate, aderezada con aceite de oliva y vinagre; también amó el *pa amb tomàquet*, que no es más que pan frotado con tomate maduro, aceite de oliva, sal y ajo.

Jamás había compartido tanto tiempo con alguien, y aunque Chelsea es una mujer valiente y sin miedo a equivocarse, creí que pronto me aburriría por no haber pasado tanto tiempo alejado del trabajo, pero aprendí rápido que Chelsea es mi adicción. Cuanto más tiempo la tengo conmigo, más la deseo.

Hoy, después de casi un mes fuera, llegamos a nuestra última noche de luna de miel.

Viajamos por varias ciudades del país y la parada final fue en La Garrotxa, situada en la provincia de Girona, en Cataluña.

El lugar es hermoso y su paisaje está rodeado de valles.

Hicimos paseos en globo y degustaciones de vino. Nos hospedamos en una casa aislada en lo alto de un peñasco y todos los días caminamos al amanecer.

—¿Por qué me miras así? —me pregunta ella, sentada en la isla de la cocina mientras preparo nuestra cena.

—Creo que voy a mantenerte aquí para siempre —digo, medio en broma, aunque una parte de mí realmente desea eso.

Atrapados en nuestro mundo, no hay espacio para el odio ni para el deseo de venganza. Rara vez pensé en Hernández, cuando antes, aquel bastardo ocupaba mi mente al menos una vez al día.

—¿Cómo haremos con la comida? —pregunta ella, disimulando una sonrisa.

Hoy pasamos todo el día en la cama, teniendo sexo en cada habitación de la casa. Chelsea viste una camisa blanca mía, tan mal abotonada que puedo ver el valle entre sus pechos, y una diminuta tanga que, por la forma en que está sentada, me deja ver incluso la sombra de su vello, apenas escondido por el encaje de la lencería blanca.

Apago el horno y me coloco entre sus piernas.

—Puedo alimentarme de ti.

La empujo para que se recueste sobre la superficie de la isla y rompo su tanga, separando sus muslos para tener acceso a mi paraíso. Coloco sus piernas sobre mis hombros.

—Eres mi comida favorita, esposa.

Ella jadea e intenta sonreír, pero falla, porque también está excitada. Cuando comienzo a lamerla, gime mi nombre.

Chelsea alcanza el orgasmo mucho más rápido de lo que esperaba, y cuando la atraigo hacia el borde, me bajo los bóxers y le meto mi enorme verga con brutalidad, respondiendo con la misma pasión.

Hace unas tres semanas dejé de usar preservativo porque ella decidió, antes de venir a España, empezar a tomar pastillas, así que estamos seguros, sin riesgo de embarazo.

La sensación de su carne, que es pura seda, húmeda y apretada, envolviendo mi miembro, es deliciosa.

—Más fuerte —pide, y como siempre, logra descontrolarme.

—Dime si es demasiado.

—Nunca me harías daño. Me encanta todo lo que hacemos.

Su voz necesitada me enloquece y la penetro con hambre y pasión. Es un sexo rápido, voraz, y pronto alcanzamos el orgasmo simultáneamente, con los ojos clavados el uno en el otro.

Aún con mi miembro dentro de ella, la llevo a la sala y me recuesto con ella montada sobre mí, en la alfombra frente a la chimenea.

La atraigo hacia abajo y la beso, con mi verga endureciéndose nuevamente.

—¿Cansada?

—No. Quiero más.

—Tus deseos son órdenes, *mi reina.*



Chelsea

Madrid
Un mes después

Acabo de despedirme del arquitecto encargado de la obra de mi futura escuela de danza en Madrid y estoy en la acera lista para llamar al chofer que venga a buscarme, cuando un mareo repentino me golpea.

Es tan fuerte que necesito apoyarme en un poste para no caer.

Desde hace varias semanas me he sentido así, y he decidido que si no mejoro, iré al médico.

—¿Chelsea? —Escucho una voz desconocida llamarme, y a pesar de sentirme mal, miro hacia atrás.

—¿Lo conozco, señor? —pregunto al hombre de aspecto impecable.

Diría que tiene unos sesenta y tantos años, pero es muy apuesto y hay algo familiar en él, aunque no logro identificar qué.

—Desafortunadamente, no. Mi nombre es Hernández Velasco-Sanchez, soy el tío de Santiago.

Me quedo varios segundos sin saber qué decir. No había escuchado mucho sobre él, pero sé que es aquel a quien Santiago detesta y la razón por la que necesitó un matrimonio por conveniencia.

No hay nada en su apariencia que me haga desconfiar, pero aun así decido ser cautelosa.

—Es un placer conocerlo —digo, sin ofrecer la mano, pero él lo hace.

No tengo otra opción que actuar de manera grosera con alguien que no me ha hecho nada, o aceptarla. Decido por la segunda opción, pero apenas extiendo el brazo, otro mareo me golpea.

—¿Está bien? —pregunta, dando un paso adelante y apoyándome contra su pecho para evitar que me caiga.

—Sí, solo me mareé un poco.

—¿Desea sentarse un momento?

—¿Dónde?

—Hay una cafetería justo en la esquina.

Estoy recelosa de aceptar la invitación, pero pronto, junto con el mareo, un fuerte malestar me alcanza y empieza a formarse una sospecha en mi corazón.

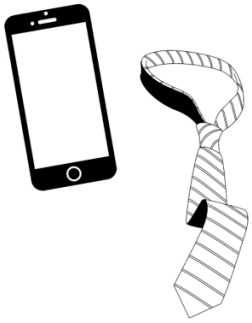
No, no puede ser que esté embarazada. ¿Tomé todas las precauciones, no?

Entonces recuerdo que durante la luna de miel, más de una vez, me desmayé de agotamiento después de los paseos del día y del sexo intenso al llegar a casa, y solo recordé tomar la pastilla anticonceptiva a la mañana siguiente. En dos ocasiones, incluso pasé más de veinticuatro horas sin volver a tomarla. En mi defensa, nunca tomé medicación diariamente y no es tarea fácil establecer ese tipo de hábito.

Miro al hombre frente a mí y pienso en mis alternativas.

Si subo al coche así, el chofer avisará a Santiago que me sentí mal, y no estoy dispuesta a hablar sobre mi sospecha ahora. Necesito prepararme antes.

—Está bien. Lléveme a esa cafetería.



Chelsea



Capítulo 47

—No sé si debería estar sentada con usted —digo con honestidad, en cuanto nos acomodamos en una cafetería muy acogedora.

Él me regala una sonrisa triste.

—Llámame simplemente Hernández.

—¿Cómo me encontró?

—¿Parecería un acosador si digo que te seguí?

—Sí.

—Eso fue exactamente lo que pasó. Quería conocerte.

—¿Por qué?

—Porque tal vez seas el puente que necesito para hacer las paces con mi sobrino. Pero antes de llegar a eso, dime por qué te sentiste mal.

—Comí poco esta mañana —miento sin remordimiento, porque aunque me ha caído bien, no sé si es alguien con quien deba relacionarme.

—¿Qué deseas comer?

—Nada. No puedo tardar. Santiago me espera para la cena. Dígame qué quería hablar conmigo, señor Hernández —pido, manteniéndome formal, aunque él haya dicho que solo debo llamarlo por su nombre.

—No te quitaré mucho tiempo —dice, tomando mi mano sobre la mesa, y solo porque no quiero hacer una escena frente a los demás

clientes de la cafetería, la retiro discretamente unos segundos después.

Sé que los mediterráneos son muy afectuosos, pero soy estadounidense y no me gusta el contacto físico con personas que no conozco bien, sobre todo hombres.

—¿Qué desea?

—¿Sabes por qué mi sobrino y yo casi no nos hablamos, o por qué ni siquiera fui invitado a tu boda?

—No —respondo con cuidado, aunque algo incómoda, porque en mi concepto de familia, eso jamás habría pasado.

—Mi esposa, la única madre que Santiago conoció, Alelia, desapareció.

—¿Qué?

—¿Conoces la historia de su madre? La biológica, me refiero.

Asiento, decidida a no hablar de Sally. Santiago me confió el pasado de su madre y no voy a hablar de ello con nadie.

—No hablo de la versión romantizada, sino de la verdadera —dice, y abro la boca para impedirle continuar, pero me hace un gesto con la mano para que lo escuche—. Perdón, me expresé mal. Adoraba a Sally. Además de hermosa, era una compañía maravillosa, pero tenía demasiados problemas internos para ser madre y esposa. Dejó a mi hermano muy pronto. Santiago apenas hablaba y mi mujer lo adoptó como hijo. Estuvo a su lado en todos los momentos importantes.

Al mismo tiempo que no quiero escucharlo, deseo que continúe, porque es como comprender un lado de mi esposo que nunca me mostró, y que quizá sea la razón por la que no desea tener herederos.

—¿Qué pasó con su esposa?

—Te lo explicaré. Lo que intento decir es que, aunque era una buena madre cuando estaba presente, Sally podía desaparecer durante meses, volviendo solo en fechas especiales como Navidad y su cumpleaños. Mi hermano siempre trabajó demasiado. Santiago creció bajo el cuidado de niñeras. Después, mi esposa se dedicó a él como una verdadera madre. Quizá, sin embargo, fue demasiado

tarde. Pasamos años fuera del país y cuando regresamos, Santiago ya era un adolescente.

Un cuadro empieza a formarse en mi mente: un niño creciendo sin su madre cerca, y aunque me solidarizo con el enorme sufrimiento que sufrió Sally, no puedo evitar pensar que su ausencia dejó marcas profundas en todos los hijos.

—Nunca me habló de su esposa.

—Porque mi sobrino no es bueno compartiendo.

—¿Por qué no quiere que usted esté cerca a tal punto de…?

Me detengo a tiempo, pues casi menciono la boda por conveniencia.

—¿A tal punto de preferir cumplir con la absurda cláusula testamentaria de mi padre en lugar de dejarme tener el control de la vinícola?

—Sí.

—Para el mundo exterior, él dice que es porque no quiere que yo la venda.

—¿Y usted qué quería?

—Es parte de mi herencia. Siempre gasté mucho —dice, y su sinceridad me sorprende. Hasta ahora, por lo que pude notar, no intentó darme una imagen de buenito—. No sé administrar el dinero, y si Santiago no se casara y cayera en mis manos, pues yo me volvería el accionista mayoritario; sí, probablemente la vendería.

—El señor Ruiz es su hermano mayor. ¿Por qué la vinícola no quedó para él?

—Porque Ruiz no la necesitaría. Mi hermano es muy rico. Además, mi padre quería que el único nieto estuviera casado. Sabía que si Santiago aceptaba su disposición testamentaria, mataría dos pájaros de un tiro: garantizaría más descendientes Velasco-Sanchez y aseguraría que yo tuviera una renta de por vida. Creo que mi padre no confiaba en mí como administrador. —Se ríe.

Aunque aún estoy con desconfianza, no puedo negar que Hernández es muy carismático y convincente al hablar.

—Cuénteme sobre la desaparición de su esposa.

—No desapareció. Huyó con otro hombre. Nunca le di demasiada importancia al dinero. Ambos se unieron para robarme. Sentí tanta

vergüenza que jamás se lo conté a mi hermano. Sin embargo, los rumores empezaron a circular en la alta sociedad española y no había nada que pudiera hacer para detenerlos.

—¿Nunca habló con Santiago sobre la traición?

—No, aunque sospecho que los rumores llegaron a sus oídos. Sin embargo, no tendría el valor de enfrentar a mi sobrino contra la única madre que conoció. Piensa en lo que sentiría si descubriera que la mujer que lo amó y lo crió era aún peor que su madre biológica.

—Sally no era así porque quisiera —digo.

—Sí, lo sé. Por mucho tiempo, no tuve ni idea de lo que había pasado, hasta que todo salió a la luz después de que Armani completó su venganza.

—¿Qué quiere de mí, señor Hernández?

—No me importa la vinícola, Chelsea, pero sí me importa mi familia. Ayúdame a hacer las paces con Santiago. Si alguien puede lograrlo, eres tú.

—¿Por qué yo?

—Es obvio que mi sobrino está enamorado de ti. Solo basta ver las fotos de ustedes juntos en los periódicos para confirmarlo.

—No sé qué decir. Santiago me contó muy poco sobre usted. Puedo intentar hablar con él, pero no garantizo nada.

—Está bien. Solo aceptar hablar conmigo ya es suficiente.

Le sonrío con cierta incomodidad.

—Debo irme —digo, cuando un fuerte mareo me golpea.

—¿Estás bien, querida?

—Sí.

Me levanto, tomo mi abrigo y mi bolso, y le ofrezco la mano.

—Fue un placer conocerlo, señor Hernández.

—Chelsea, cuando hables con mi sobrino, sé cuidadosa. No quiero causar problemas entre ustedes, y él puede ser un poco paranoico a veces. También celoso, según decían sus ex novias.

Sé que dice la verdad. Santiago quiere que le cuente cada paso que doy. También es muy celoso, y hasta ahora pensé que era porque me ama, pero después de lo que dice Hernández, siento que

alguien explotó mi burbuja. Si Santiago era así con sus ex, lo que siente por mí no es amor, es posesión.

—Adiós, señor Hernández.

—Hasta pronto, Chelsea.

Alrededor de una hora después, llego a casa sintiéndome exhausta física y psicológicamente.

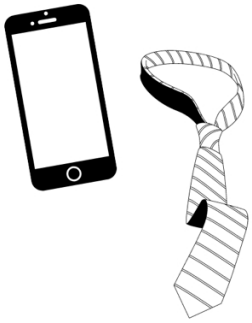
Quiero tomar un baño de tina y hablar con Santiago sobre su tío, pero necesito un tiempo a solas antes.

Sin embargo, en cuanto entro a la sala, me encuentro con mi esposo de pie, caminando de un lado a otro como un toro bravo.

—¿Dónde estabas?

—¿Qué?

—Sé que terminaste lo que tenías que hacer con el arquitecto hace más de una hora y media y simplemente desapareciste. Quiero saber dónde estuviste todo este tiempo.



Chelsea



Capítulo 48

—¿Qué te pasa? —pregunto, impactada por la rabia que demuestra.

—¿A mí? Quizá seas tú quien necesita hacer un examen de conciencia, Chelsea, y ser sincera también.

Siento un frío interno. Esta semana vomité tres o cuatro veces, pero pensé que alguna comida me había caído mal; sin embargo, desde que me mareé hoy temprano, la idea de un embarazo empieza a parecer una posibilidad real.

La habitación da vueltas como si estuviera dentro de un juego de feria, y creo que Santiago lo nota, porque corre a sostenerme antes de que me desmaye.

—Chelsea, ¿qué pasó?

—No comí, creo —digo, intentando disimular el pánico, porque si Santiago sospecha que estoy embarazada (y su actitud de hace un momento es un ejemplo de cómo reaccionaría), estoy perdida.

Me carga en sus brazos hasta el sofá.

—¿Por qué no comiste?

—Me distraje con la obra —miento.

Él besa mi frente y quiero empujarlo; al mismo tiempo, quiero asegurarme de que, pase lo que pase, todo estará bien entre nosotros.

—Llamaré a un médico.

—No hace falta. Solo necesito comer algo.

—No me gusta esto.

—¿Qué cosa, Santiago?

—La simple falta de comida no causaría un mareo tan intenso. Podrías estar enferma.

Me obligo a levantarme.

—Solo necesito comida —digo, sin atreverme a mirarlo, y me dirijo a la cocina.

La casa en Madrid es tan grande como la vinícola, pero aquí, a diferencia de allí, me siento en un museo. Todo parece frío e impersonal, y aunque sé que para cumplir mis sueños de bailar y enseñar flamenco necesitamos pasar la mayor parte del tiempo en Madrid, extraño el aroma de aquella tierra.

Santiago contrató a una bailarina profesional de flamenco que ahora es profesora, y he ensayado con ella todos los días. Me elogia mucho y al principio temí que fuera solo porque estaba bien pagada, pero con cada clase me dice que parezco una nativa bailando. Poco a poco, me siento más confiada.

La invité a trabajar en nuestra escuela cuando la fundemos. Santiago me dijo que no necesitamos cobrar matrícula a las alumnas, solo si realmente yo quisiera, y que podría convertir la escuela en una oportunidad para que niños y adolescentes necesitados tengan una actividad fuera del colegio y, tal vez, incluso una carrera en el futuro.

El día que me dijo eso, me emocioné mucho, porque recordé que mi vecina, la señora Aena, fue una de esas niñas. Así como me enseñó a bailar, alguien muy especial hizo lo mismo con ella algún día, y saber que podré perpetuar su trabajo, transmitir una buena acción, me llenó de felicidad.

—¿Chelsea? —Oigo que me llama, pero aún no me doy vuelta.

Me obligo a tomar una manzana y siento que me observa atentamente mientras la como.

—No es suficiente —dice.

Dejo de ignorarlo y me quedo frente a él nuevamente.

—Decídete: ¿quieres enojarte conmigo porque llegué tarde y no te avisé, o porque crees que no me alimento bien?

Noto una contracción en su mandíbula, como si se esforzara por no explotar.

Entonces percibo algo más: una tormenta en sus ojos verdes.

—¿Tienes idea de lo que pasó por mi cabeza cuando el arquitecto me dijo que habías salido de la escuela de danza hace más de una hora y descubrí que no llamaste al chofer? Los peores escenarios atravesaron mi mente.

—¿Por eso estabas tan enojado cuando llegué? Dijiste que necesitaba ser sincera contigo…

—Sobre tu paradero. Intento no asfixiarte, pero ¿no entiendes que me vuelve loco imaginar que algo te pueda pasar? Madrid no es el lugar más tranquilo del mundo y aun así, acepté tu pedido de no enviar guardaespaldas siguiéndote veinticuatro horas al día, con la condición de que siempre me dijeras dónde estás.

—¿Por qué temes que me pase algo? ¿No es por tu necesidad de control?

—No te voy a mentir. Tiene mucho que ver con eso, pero sobre todo me vuelve loco pensar que podría pasarte algo. Tengo mucho poder, Chelsea. Tengo dinero suficiente para comprar un maldito país. Pero no puedo traerte de vuelta a la vida si alguien te hace daño.

Recuerdo lo que Hernández me contó sobre la tía desaparecida. Santiago perdió a su madre biológica y luego a la mujer que lo crió como madre. ¿Ahora cree que va a perderme a mí?

Dejo la manzana sobre la encimera. La rabia desaparece como por arte de magia.

—Perdóname —pido, abrazándolo y besando su pecho—. Te amo y lo último que quiero es traer caos a tu vida.

—No lo haces. Eres mi paz, mi hogar, pero no puedes actuar como si fueras soltera y no debieras explicaciones a nadie.

—Lo sé.

Santiago siempre me envía un mensaje cuando llega a cualquier lugar, y ese cuidado suyo ahora me hace sentir avergonzada.

Tengo ganas de contarle toda la verdad sobre su tío, pero dentro de dos semanas iremos a la vinícola, y allí mi esposo siempre se calma más. Quizá, si salimos a recorrer la tierra que tanto ama, pueda escucharme.

—No me gusta pelear contigo —digo.

—Intento no pelear, pero mi naturaleza es combativa.

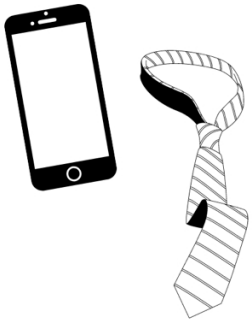
—La mía también, pero el amor que siento es mucho más grande.

—Me vuelves loco, Chelsea. No puedo perderte. Fuiste lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Ya casi estás ahí, español.

—¿Qué?

—Falta muy poco para que me confieses que no puedes vivir sin mí.



Chelsea



Capítulo 49

—Deja de caminar de un lado a otro, Chelsea —dice Viliana, mi profesora, socia, mentora y nueva amiga, faltando apenas unos minutos para que suba al escenario.

Ella está presentando un espectáculo con una compañía de flamenco en un teatro en las afueras de Madrid, y una de las bailarinas se enfermó.

Tuve exactamente tres días para ensayar y casi me maté practicando durante horas, pero Viliana no es el tipo de persona que da elogios al azar, y ayer me dijo que estoy lista para presentarme.

—Es un sueño hecho realidad —digo en inglés, porque cuando me pongo nerviosa, no sé expresarme en otra lengua que no sea la mía.

—Lo sé, cariño —responde en mi idioma, con un marcado acento —. Pero todo saldrá bien. Puede que hayas nacido en Estados Unidos, Chelsea, pero tienes alma española.

Sonrío, un poco más tranquila.

—Eres maravillosa, Viliana. Ni siquiera sé cómo agradecer esta oportunidad.

—No seas tonta. Nunca te habría llamado si no fueras talentosa. No te estoy haciendo ningún favor. Es más bien al contrario. Ahora, sube al escenario y muestra de lo que eres capaz. Ese guapo esposo tuyo está muerto de celos.

—¿De verdad crees eso?

—Querida, Santiago es español. Por más que estemos en el siglo veintiuno, cuando un hombre de mi tierra te asume como suya, el significado es literal.

—Me gusta un poco ese lado hombre de las cavernas de mi esposo, aunque nunca se lo admitiré.

Santiago prometió grabar la presentación y enviarla a nuestra familia, porque todo sucedió tan rápido que no había manera de traerlos. Parecía feliz de verme alegre, y son situaciones como esta las que me dan esperanzas de que, si estoy embarazada, todo saldrá bien.

Mañana planeo ir al médico para confirmar y, si es así, contarle todo cuando lleguemos a la bodega este fin de semana. Tanto sobre nuestra paternidad como sobre la reunión con su tío.

—Chelsea, es tu momento —dice Viliana.

—Está bien. Lo lograré.

—Claro que sí.

Aunque sea una compañía de danza con un cuerpo de ballet completo, mi presentación será un solo.

Hago una oración silenciosa para que, desde donde esté, la señora Aena, mi mentora, me mire y guíe mis pasos.

Golpeo los pies contra el suelo para sentir la energía de la música que empezará en breve, y cuando la pesada cortina roja se abre, me siento lista.

Sé que las entradas están agotadas, y eso solo aumenta más mis nervios.

Mi corazón late tan rápido que parece querer salirse del pecho.

Desde pequeña, este siempre fue mi sueño. Mientras mis amigas jugaban a las muñecas, al escondite o videojuegos, yo soñaba con este día, entrenando con mi mentora durante horas, perfeccionando el arte de esta danza apasionada.

Cuando se apagan las luces del teatro, el silencio momentáneo se rompe con los susurros de los espectadores al entrar yo en escena.

Siento un nudo en la garganta por la emoción, pero me calmo al recordar que Santiago me observa desde la platea.

El inconfundible sonido de la guitarra flamenca llena el aire, empezando con acordes lentos. Cierro los ojos un instante,

permitiendo que la música se difunda dentro de mí.

Respiro profundo y subo al escenario.

Y entonces, apenas ejecuto el primer paso, ya no siento vergüenza ni miedo.

Mis movimientos son seguros, y el sonido de mis pies contra el piso resuena en todo el teatro, mezclándose con el ritmo que los músicos me entregan. Mi falda roja gira a mi alrededor, y me entrego por completo a la danza.

A mitad de la presentación, ya estoy sonriendo.

La emoción se irradia por mis músculos y me siento fuerte y viva.

Casi al final, mi mirada se encuentra con la de mi esposo en la primera fila. La forma en que me observa hace que me entregue con aún más pasión a la danza.

Giro, sintiendo una energía que me atraviesa.

Cuando la presentación llega a su clímax, el éxtasis me recorre.

La danza termina, pero aún siento mi corazón desbocado.

El teatro estalla en aplausos y solo veo a Santiago de pie, mirándome de una manera diferente a todas las veces anteriores.

No recuerdo haber bajado del escenario. Tampoco recuerdo el resto de las presentaciones ni las flores que recibí, porque todo el tiempo, entre bambalinas, Santiago me observaba como si quisiera devorarme.

No me tocó, salvo por un leve beso en los labios. No me dijo nada, más allá de un rápido "felicitaciones", pero me comunicó mucho más con su mirada que desde el día en que nos conocimos.

Nos alojamos en un hotel cerca del teatro, ya que estábamos un poco lejos de Madrid, y si volvíamos a casa, no llegaríamos hasta primera hora de la mañana.

Mientras él conduce hacia el hotel, puedo sentir el calor de su mirada recorriendo mis piernas, apenas cubiertas por un vestido negro corto y ajustado.

Mi cuerpo ardía por él en el teatro, así que apenas entré al coche, me quité el abrigo fino que llevaba encima.

Su deseo llena el aire entre nosotros, haciendo vibrar la atmósfera dentro del coche.

No sé qué me está pasando, porque mi necesidad por él es tanta que apenas puedo quedarme quieta, y al ver que ya estamos en la calle del hotel, pierdo el control.

Estoy segura de que los guardaespaldas que nos siguen no entrarán en la cochera privada, así que, en cuanto Santiago dirige el coche hacia allí, me desabrocho el cinturón de seguridad.

—No dejes de conducir —le digo.

Sé que está tan loco como yo porque no cuestiona ni hace nada para impedírmelo cuando abro su cinturón y el botón, le bajo la cremallera de su pantalón y saco su verga ya completamente erecta fuera del boxer.

Envuelvo su extensión gruesa con mi mano, sin poder cerrarla totalmente, con los labios muy cerca de su carne y lo miro.

Siento que pisa el freno de golpe.

—No pares —dice, agarrando un puñado de mi cabello.

Por las luces sé que estamos en la cochera, y mientras me acerco más a él, veo la expectativa en su mirada.

Somos dos locos porque, aunque estamos en un lugar privado, una de las paredes del garaje, desde la mitad hacia arriba, es de vidrio, y podemos ver los edificios a cierta distancia.

Él inspira, palpita en mi mano mientras lo rodeo con mi boca.

Santiago mueve las caderas y dejo que entre más y más profundo en mí, sintiéndolo en mi lengua, succionando su carne.

Su cuerpo tiembla bajo mi toque, la tensión de dejarme controlar el placer que le doy, reflejada en la manera brusca en que aprieta mi cabello.

Su olor y sabor me envuelven, dejándome completamente fuera de mí, y bajo la cabeza, metiéndome su miembro casi por completo en mi boca, hasta alcanzar mi garganta, sintiendo cada pulsación.

Sus caderas se mueven involuntariamente hacia mí y sus gemidos bajos de placer, que ya no puede contener, me hacen sentir poderosa.

Su deseo es combustible para mi propia excitación.

Mi mano y boca trabajan en perfecta sincronía, aumentando la intensidad, sintiendo cada pequeño espasmo; los sonidos que emite, de pura satisfacción masculina, me encienden aún más.

Cuando aprieta mi cabello, sé que está perdiendo el control y quiero eso, pero no me deja llegar al final.

De repente, abre la puerta del coche, pero no sale. En segundos, me desnuda, dejándome solo con los zapatos. Con la misma urgencia, arranco su blazer y camisa.

Me pone en su regazo, bajándose un poco más su pantalón y metiéndome la verga tan hasta el fondo de mi canal que no puedo contener un grito de placer.



Santiago

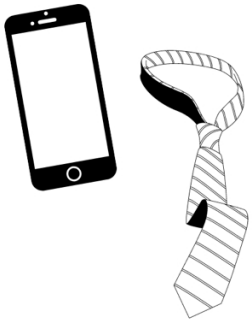
De camino a casa, mi corazón todavía latía al ritmo de su baile, y sentir la falta de control de Chelsea, la intensidad de la lujuria de mi esposa, rompió por completo cualquier barrera que aún sostenía.

Mientras se la meto hasta el fondo, levantando sus caderas y enterrándome en ella hasta tener mis bolas muy adentro, beso su boca, chupo sus tetas, muerdo sus pezones y le doy palmadas en el culo, porque nada parece suficiente para calmar mi locura.

Nuestros besos son profundos y mis manos recorren su cuerpo. Cada gemido de ella, la entrega de mi esposa, me acerca un paso más al clímax.

—No puedo esperar más, mi amor —susurro en su oído, deslizando mi mano hasta alcanzar su clítoris.

Desesperadamente, nos movemos el uno hacia el otro como animales. El cuerpo ardiente de ella está sobre el mío hasta que, finalmente, el fuego nos consume, liberando nuestra pasión.



Chelsea



Capítulo 50

Decidimos regresar a casa esa misma noche.

No queríamos hacer el amor en una cama que no fuera la nuestra, así que nos vinimos.

Durante horas después de que llegamos, nos perdimos el uno en el otro, y cuando alcanzamos juntos nuestro placer por última vez, recuesto la cabeza en su hombro, preguntándome si algún día podría sentirme más completa de lo que me siento ahora.

Todavía jadeantes, noto su corazón acelerado cuando pongo la mano allí.

Levanto el rostro hacia él, sonriendo.

—Te amo —le reafirmo.

—Nunca te dije "yo también".

—No necesito escuchar esas palabras.

Porque creo que sientes lo mismo que yo, pienso en silencio.

—¿Qué necesitas para nunca irte, Chelsea?

Lo miro, incapaz de decir en voz alta lo que deseo: *que me dejes sanar lo que sea que te hizo renunciar a tener tu propia familia en el pasado, porque quizá ya haya un bebé dentro mío.*

No soy tan valiente, y opto por una salida más fácil.

—Estoy muerta de sueño. Creo que la noche de hoy fue muy intensa y agotaste el resto de mi energía, marido.

No parece satisfecho con mi respuesta y me besa, pero siendo quien es, considera su deber cuidarme.

Pasa otra hora en la que tomamos una ducha y hacemos el amor de nuevo en la bañera, hasta que finalmente volvemos a la cama.

A pesar de lo que le dije a Santiago, no estoy cansada. Me siento protegida y segura en sus brazos, y quiero aprovechar cada segundo de esta sensación.

—¿Qué necesitas para nunca irte, Chelsea? —me sorprende al repetir la pregunta.

Sintiéndome un poco más segura ahora que parece dispuesto a negociar, estoy a punto de decirle que no lo dejaría por nada del mundo, pero que necesitamos hablar sobre el futuro.

Tal vez no deba esperar hasta llegar a la vinícola. Quizá Dios me esté dando ahora mismo la oportunidad de contarle que existe la posibilidad de que pronto seamos padres.

—Tu silencio dice mucho —dice de repente, apartándome de su cuerpo con cuidado y levantándose.

—¿Qué?

—Para mí es obvio que quieres la única cosa que jamás podré darte. Es tu precio, ¿no es así? Una familia, aunque te haya dicho que nunca tendríamos hijos.

—Santiago…

Me siento en la cama, viendo cómo mi mundo se desmorona en mil pedazos.

—No me mires así, Chelsea. Ya te hablé al respecto. No puedes decir que te engañé.

—¿Cómo? Esto no es una negociación y yo no soy socia en una de tus empresas.

Intento mantener la voz firme, pero me siento demasiado desesperada para fingir.

—Entendiste lo que dije. ¿Qué deseas de mí, Chelsea? Hasta que te conocí, no quería una mujer permanentemente en mi vida. Pondré el mundo a tus pies. A cambio, pido que respetes los términos de nuestro matrimonio, porque nunca cambiaré de opinión sobre tener hijos.

—¿Solo *eso*?

Él no percibe la ironía de mi pregunta, y responde:

—Exijo tu lealtad también.

—¿Cuándo te fui desleal? —pregunto, aunque una voz en mi cabeza me grita que no le conté sobre mi encuentro con Hernández. Hablar de eso ahora solo empeoraría las cosas entre nosotros.

—No dije que lo fuiste.

—Pero por la forma en que hablas, es como si, por casualidad, algún día quedara embarazada, me abandonarías por tu determinación de nunca ser padre.

Da un paso atrás y me mira con desconfianza.

—¿Estás embarazada?

—No —digo con convicción, rezando para que sea verdad.

Si las circunstancias fueran otras, estaría más que feliz de estarlo, pero así no: sabiendo que mi bebé sería rechazado por su padre.

—Entonces, ¿por qué tocaste el tema?

—Tú empezaste cuando prácticamente me acusaste, diciendo que mi moneda de cambio era algo que nunca podrías darme.

—Jamás te mentí. Te dije que no quería hijos y no cambiaré de opinión sobre eso.

Siento que mi corazón sangra.

—El destino es impredecible, Santiago. Nadie puede estar seguro del futuro.

—Del mío sí lo estoy. Y no puedes quejarte. Ese fue nuestro acuerdo.

—Fueron tus términos, y ni siquiera sé por qué. Solo tuve la mala suerte de enamorarme de mi marido por conveniencia y ahora, para mantenerte conmigo, debo aceptar tus decisiones arbitrarias.

—No eres una prisionera.

Lo miro, sin poder creer que me haya dicho eso. Y creo que él también se sorprende de sus palabras, porque intenta acercarse.

—No te me acerques.

—Chelsea.

—No quiero hablar contigo. Déjame en paz.

Salgo de la habitación, completamente desnuda, y corro hacia una suite de huéspedes, encerrándome allí.

El hombre que acaba de decirme que puedo marcharme cuando quiera no puede ser el mismo que juró poner el mundo a mis pies.

Entonces, recuerdo la última parte de la frase.

Él pondrá el mundo a mis pies, *siempre que no vaya en contra de su deseo de no ser padre.*

¿Y si estoy embarazada?

Millones de escenarios pasan por mi mente, y en todos, Santiago rechaza a un niño nacido de mí.

Y yo moriré antes de renegar de mi bebé. Si ya existe, lo criaré sola, si es necesario.



Santiago

Tan pronto como terminé la frase, ya me arrepentí.

Chelsea es mi mundo. No puedo dejarla ir.

La sigo hasta la suite de huéspedes, y durante casi veinte minutos intento negociar para que me abra la puerta, pero me manda a la mierda en todas las veces y me dice que no quiere estar cerca mío.

Nunca me he embriagado en mi vida, pero una hora después termino con media botella de whisky y las fotografías *"de ellos"* esparcidas por mi escritorio.

Recojo todo y lo guardo.

Ella nunca lo entenderá, y si algún día lo descubre, se dará cuenta de que se casó con un monstruo.



Chelsea



Capítulo 51

Lloré hasta el amanecer, pero cuando amaneció, me tragué mi orgullo y fui a buscarlo. Si nuestra relación fuera un noviazgo, probablemente en ese instante ya habría recogido mis cosas y me habría ido, pero no lo es. Estamos casados, por civil y por iglesia, y lo amo demasiado como para rendirme tan fácilmente.

Miro el reloj y todavía son las seis de la mañana. En poco tiempo empezará el movimiento de los empleados en la casa.

Lo busco en nuestra habitación, pero no hay nadie, y a juzgar por el estado del lugar, todo sigue igual que cuando me fui anoche.

Mis ojos pesan por la falta de sueño y los pocos descansos que tomé. Siento que el mundo se ha derrumbado a mi alrededor, con sus palabras resonando todavía en mi memoria. Lo que haya convertido a Santiago en quien es hoy está envenenando nuestro futuro.

Recorro la casa buscándolo, sintiéndome helada, y sé que no se trata de la temperatura del ambiente. Es algo interno.

No lo encuentro en ningún lugar, pero cuando llego a la biblioteca, veo una botella de whisky abierta a la mitad.

¿Se emborrachó? No parece encajar con el Santiago que conozco. Jamás lo había visto perder el control, excepto cuando estamos a punto de hacer el amor.

Sin saber qué hacer, decido regresar a la habitación y darme una ducha, cuando algo caído en el suelo llama mi atención.

Me acerco y veo que es una foto; al agacharme para tomarla, me doy cuenta de que es una mujer hermosa, embarazada, sonriendo a quien la haya fotografiado. Mantiene ambas manos sobre una barriga que no puede tener más de cinco meses de gestación y parece protectora con el bebé que lleva. Es hermosa.

En mi cerebro empiezan a formarse piezas de un rompecabezas al que nunca he tenido acceso.

¿Quién es ella? ¿Podría ser esta mujer la razón por la que Santiago no quiere tener hijos? Y si es así, ¿por qué?

¿Mi marido la hizo abortar? ¿La mujer sonriente es una ex novia? ¿Es por eso que se culpa tanto?

Trago saliva, el amargo sabor de la decepción ante esta posibilidad me llena la garganta de bilis.

Me levanto, sosteniendo la foto con manos temblorosas, mientras múltiples preguntas rondan mi mente.

¿Dónde está Santiago ahora? ¿Fue a buscarla después de nuestra pelea? ¿Es esta mujer su verdadero amor?

Subo las escaleras corriendo, intentando poner todo en perspectiva. No importa lo que haya pasado ayer ni lo que yo crea que significa esta foto, necesitamos hablar como dos adultos.

Antes, sin embargo, iré al médico a confirmar mi embarazo. La próxima vez que esté frente a él, le contaré toda la verdad.



"Estás embarazada. ¡Felicitaciones!". Las palabras del obstetra todavía resuenan dentro mío, y tal como ocurrió en el consultorio, no puedo hacer nada más que mirar a la gente que se cruza por mi camino en el centro de Madrid.

Le envié un mensaje al chofer diciéndole que no necesitaría sus servicios hoy, sin importarme si eso despertaría la paranoia de

Santiago.

Tengo mi teléfono móvil y él no intentó contactarme.

El frío que me acompaña desde que me desperté después de nuestra pelea se intensifica, recorriéndome la piel con un escalofrío de miedo mientras camino.

No pude ir al médico ese primer día porque vomité mucho y también me sentí débil.

Han pasado setenta y dos horas y aún no tengo noticias de él. Mi orgullo me impidió llamar a mi suegro o a mis hermanos para preguntar si saben dónde está Santiago.

Sabía que no debía posponer mi visita al médico indefinidamente, así que hoy finalmente fui a la consulta.

Mi teléfono móvil vibra con una llamada y al mirar la pantalla veo un número desconocido. Mi corazón se acelera ante la posibilidad de que le haya pasado algo y que un desconocido haya acudido en su ayuda, pero en cuanto contesto, la voz alegre del otro lado me dice que estoy equivocada.

—Señora Velasco-Sanchez, ¿alguna declaración sobre la supuesta infidelidad de su marido? —Una voz me pregunta en español, y aunque domino el idioma, me pongo tan nerviosa que creo haber entendido mal.

—¿Qué? ¿Puede hablar en inglés?

—Claro que sí, pero le aseguro, señora, que "infidelidad" es igual en cualquier idioma —dice en tono burlón.

—¿Infidelidad?

—Bueno, no sé cómo lo llaman en su país, pero aquí, cuando un hombre casado pasa más de dos días con una ex novia encerrado en una habitación de hotel, no tenemos otro nombre para eso.

Al decir esto, una foto de Santiago saliendo de un hotel con una rubia aparece en la pantalla de mi teléfono móvil. No es un montaje; es un titular en una columna de chismes. Y dice:

"La luna de miel terminó tan rápido? El magnate Santiago Velasco-Sanchez es visto saliendo de un famoso hotel con su ex novia, la modelo rusa Efrina Petrova, y este columnista quiere saber

qué pensará la actual señora (¿o ya sería ex?) Velasco-Sanchez al respecto".

Me mareo tanto que me siento en medio de la calle para no caerme. Apago el teléfono, diciéndome a mí misma que no puede ser verdad. Claro, discutimos, pero hay una gran diferencia entre eso y que él trate nuestro matrimonio como si no fuera nada.

—¿Chelsea?

Miro hacia arriba y me encuentro con Hernández, su tío, mirándome preocupado. Solo por sentirme débil acepto la mano que me ofrece para levantarme.

—¿Por qué parece que siempre está detrás mío? —pregunto sin ceremonia, sin siquiera saludarlo.

—La agresividad no combina contigo, querida.

—No soy tu "querida", y si crees que voy a creer que es coincidencia encontrarnos dos veces, y más aún justo después de recibir una llamada de un periodista alegando la supuesta infidelidad de Santiago, debes pensar que soy muy estúpida.

Por un instante creo que va a negarlo, pero una sonrisa maliciosa y diferente a todas las que me ha dado transforma su rostro en una máscara de desprecio.

—Para tu bien, quizá debiste ser estúpida, sí. Qué pena. Pensé que podríamos llegar a un acuerdo. Ahora dime, ¿tenemos un heredero en camino? Porque seguro ya sabes que mi sobrino eliminó esa cláusula del testamento de mi padre, lo que significa que el hijo que esperas no sirve para nada, salvo que quieras recibir una jugosa pensión.

—Eres repugnante.

—Ya me han dicho cosas peores —dice, y para mi completo horror, me abraza y pone la mano en la parte posterior de mi cabeza, como si me acariciara.

El shock me toma unos segundos para reaccionar, pero cuando lo hago, lo empujo con todas mis fuerzas.

—¡No me toques! —grito, y noto que los transeúntes nos miran asombrados.

—Puedo ser generoso si me ayudas.

—¿Ayudarte? ¿Haciendo qué? ¿Traicionando a mi marido? Debes estar loco.

—Estoy muy lúcido, te lo aseguro. El único traidor aquí es él.

—¿Crees que voy a creer eso? ¡Todo es un montaje!

—¿De verdad? ¿Y dónde está mi querido sobrino ahora? Olvídalo, seguro no lo sabes. Lo que realmente me interesa es descubrir: ¿lo engañaste? ¿Quedaste embarazada?

Empiezo a temblar.

—¿Me seguiste?

—Desde que aterrizaste en España, querida. No juego para perder. No soy alguien a quien quieras tener como oponente, querida.

—No estoy embarazada —miento, porque no quiero darle aún más un arma contra mí. Estoy convencida de que la foto de Santiago saliendo del hotel con la ex es solo un montaje.

—Qué pena. Entonces, saldrás de este pobre matrimonio, porque en cuanto mi sobrino descubra que ni siquiera sospechaste que podías estarlo, te echará tan rápido que ni sentirás lo que te golpeó.

—Eres repugnante, Hernández, y ahora creo que lo que me dijiste sobre tu esposa también fue mentira. Espero que si le hiciste algo, mueras en la cárcel.

—Soy totalmente inocente —dice con cinismo—. Pero aunque no fuera cierto, personas como yo no van a la cárcel, Chelsea. Espero que hayas disfrutado esta buena vida temporal en España. Quizá, después de echarte, Santiago todavía sea lo suficientemente generoso como para dejarte salir de este matrimonio con el bolsillo lleno… o quizá no.

—Nunca pensé que podría despreciar tanto a alguien. Eres un gusano, Hernández Velasco-Sanchez.

—¿Por decir la verdad? —Sonríe y pone ambas manos en los bolsillos—. Agradece a Dios por no estar embarazada, porque si fuera cierto, él te haría abortar. No te equivoques, querida, el odio de Santiago hacia mí no es tan grande como el que sentirá cuando descubra que lo engañaste.

—No lo engañé.

—Ah, pero sí lo hiciste. ¿Le contaste de nuestro encuentro? ¿O de tu sospecha de que estabas embarazada?

No respondo de inmediato, porque lo que describe parece una película de terror.

—Se lo diré todo.

Hernández se encoge de hombros.

—Demasiado tarde —dice de manera enigmática—. Cuando me odies al final del día de hoy, recuerda que lo que hice contigo no fue nada personal, Chelsea. Tenía que haber un ganador, y por supuesto, ese sería yo.



Cuando llego a la sala de nuestra casa, una hora después, sintiéndome físicamente agotada, considero la posibilidad de volar a la casa de mis padres y tomarme unos días para pensar; pero entonces me encuentro con mi marido, y me mira como si me odiara.



Santiago



Capítulo 52

En la madrugada en que discutimos, todavía ebrio, desperté con un mensaje en mi teléfono móvil.

Estaba más borracho de lo que jamás imaginé y durante varios minutos creí que lo que veía frente a mí no era más que un malentendido.

Subí y me di una ducha.

La puerta del cuarto de huéspedes a donde Chelsea había huido seguía cerrada con llave, y quizá eso fuera algo bueno, porque antes de hablar con ella necesitaba tener una confirmación del mensaje que había recibido de Hernández.

Bajé, me preparé un café fuerte y cuando volví a la biblioteca para recoger mi teléfono, noté que habían llegado varios mensajes más.

El último, parpadeando en la pantalla como burlándose de mí, era la fotografía de mi esposa con el desgraciado en una cafetería que de inmediato reconocí, y que se encontraba cerca de la escuela de danza que mandé a construir para ella.

Sabía que Chelsea no había ido allí en varios días, pues todo lo relacionado con la obra ya había sido aprobado, lo que significaba que ella tuvo tiempo suficiente para contarme sobre eso.

Se había reunido con Hernández a mis espaldas y no me dijo nada.

No, según el primer mensaje, hizo más que eso. Conspiró contra mí.

El texto inicial de mi tío volvió a mi mente:

"Tal vez no debiste ser tan apresurado al casarte con una desconocida, Santiago. O quizá, asegurarte antes de pagarle un precio lo suficientemente alto como para que no se vendiera a nadie más. Un consejo: revisa las pastillas anticonceptivas que Chelsea está tomando. No necesitas creer en mi palabra. Compruébalo tú mismo".

Si solo hubiera recibido el mensaje, habría ido a confrontarlo, ignorando completamente su "consejo", pero al ver la foto de los dos conversando amigablemente en la cafetería, con la mano de Hernández sobre la de ella, supe que no había alternativa: debía indagar esta historia hasta el final.

Chelsea ni siquiera mencionó que lo conocía.

Subí de nuevo y revisé sus cosas. Sé dónde guarda las pastillas anticonceptivas en la mesita de noche, así que tomé todas las cajas que encontré (tres en total) y las llevé para analizarlas.

En veinticuatro horas tuve la confirmación de que no eran más que placebos. No tenían ningún efecto anticonceptivo, pero aun así me negué a creerlo.

Mandé analizarlas dos veces más y tres días después, la confirmación de que Chelsea me había engañado era innegable.

Una parte de mi cerebro, sin embargo, aún buscaba excusas para explicar por qué había hecho eso.

Quizá ella deseaba tanto tener una familia que optó por mentir. Chelsea solo tiene veinte años y, a pesar de que su comportamiento causó una verdadera grieta en nuestra confianza, estando loco por ella como estoy, aún creía que podríamos arreglar todo.

Hace aproximadamente una hora, cuando recibí un mensaje de Hernández que decía solo *"no me importa la vinícola, porque al final, te vencí"*, supe que había mucho más de lo que había descubierto hasta ahora.

Y confirmando mi intuición, los mensajes que hicieron que mi mundo se derrumbara llegaron en secuencia, pero fue solo cuando

recibí la última instrucción de ese hijo de puta que sentí un frío en la sangre.

Necesito comprobar si dice la verdad, sobre todo respecto a lo que concierne a la tía Alelia. No tengo dudas de que, si fue honesto, no lo hizo en mi beneficio, sino por el placer de verme caer.

Llegué a casa hace unos diez minutos. No utilicé los servicios del chofer y no sé cómo no provoqué un accidente, porque no podía ver nada a mi alrededor mientras conducía.

—¿Santiago? —pregunta ella al entrar, y es como recibir una puñalada en el pecho, porque aunque la odio ahora, Chelsea aún consigue que me sienta igual que la primera vez que la vi.

—¿Dónde estuviste hoy?

Primero parece asustada por mi tono, luego levanta el mentón con desafío.

—Yo debería preguntar eso, después de todo, ¿no fuiste tú el que salió de un hotel acompañado de su amante?

—¿"Amante"?

—Vi el periódico. Hay una foto tuya con Efrina Petrova, la modelo rusa.

Echó la cabeza hacia atrás y se rió con cinismo.

—¿Y qué prueba eso? ¡Ella hace campaña para una de mis empresas! Tuvimos una reunión con media docena de abogados para rescindir su contrato.

Lo que no le explico es que cada vez que encontraba a Efrina en algún evento, incluso con mi esposa al lado, ella se me insinuaba. Chelsea no tiene derecho a reclamarme nada después de lo que hizo. Pedí la ruptura del contrato porque no quería que algo así le trajera problemas a mi matrimonio. ¡Qué gran idiota fui!

La veo titubear y, como el tiburón que soy, no tengo piedad. Es mi naturaleza atacar al enemigo en la yugular, y la mujer frente a mí, a quien creí mi amor, mi compañera para todos los días que me restaran en la Tierra, ocupa ahora el primer lugar entre todos aquellos a quienes desprecio.

—Necesitamos hablar —dice, como satisfecha con mi explicación.

—Estás equivocada. Esto no será un diálogo. Tengo algunas preguntas que hacerte y, si no es pedir demasiado, sé honesta. —La

veo jadear, pero no me conmueve—. ¿Conociste a mi tío personalmente?

Una parte de mí quiere que lo niegue, aunque tenga pruebas de sus encuentros, tanto de hace unas semanas como de esta misma mañana.

Los celos me corroen; la imagen del maldito con la mano sobre la de ella, abrazándola en la calle hace un momento, con la mano en su cabello en un gesto de la más pura intimidad, actúa como veneno en mi organismo.

—Lo conozco, pero no es lo que piensas. Voy a explicarte todo.

—¿Explicarme qué? ¿Cómo vas a justificar haberte encontrado a mis espaldas, hace semanas, con un hombre que sabías que yo despreciaba? ¿O que permitieras que te tocara más de una vez?

—Santiago, no es…

—¿Cómo justificas la transferencia de cinco millones de euros hecha, no en la cuenta conjunta que abrí al firmar el contrato de matrimonio, sino en tu cuenta de soltera, de la que me dijiste que ni siquiera usabas y que no tenía más que unos cientos de dólares?

—¿Qué?

—¿Y las pastillas anticonceptivas placebo? ¿Pensaste que Hernández te protegería? Él te entregó, Chelsea, porque el bastardo no conoce el concepto de lealtad. No solo te compró, te destruyó por mí, porque su odio hacia mí es tan grande como el mío hacia él.

—¿Pastillas placebo? ¿De qué hablas?

—No seas cínica. Analicé todas las cajas de anticonceptivos que encontré en tu cajón. Eso hice todos estos días que estuve lejos, porque no quería ser injusto y creer que me habías traicionado de manera tan vil. Ahora entiendo lo de la conversación sobre el embarazo y lo de querer saber si yo cambiaría de opinión sobre tener herederos. Tarde o temprano, quedarías embarazada, pues no estabas usando nada para prevenir, y le echarías la culpa a la casualidad.

—¡Debes estar loco!

—Estuve loco cuando confié en que eras la mujer de mi vida. Ahora, ya no.

Ella se cierra el abrigo como si tuviera frío, pero sé que es todo una actuación.

Lo único en lo que puedo pensar es en la parte final del mensaje de Hernández, el golpe de gracia que destruirá de una vez todas mis esperanzas.

—Vacía los bolsillos de tu abrigo.

Su rostro palidece, sus ojos se abren como platos.

—¿De qué hablas?

—Si no tienes nada que temer, si estoy actuando como un loco y no eres más que una inocente en esta historia, vacía los bolsillos de tu abrigo, Chelsea.



Chelsea



Capítulo 53

No consigo reaccionar. No soy el tipo de persona que recibe golpes en silencio. Mi temperamento es combativo, y si alguien viene contra mí, puede esperar recibir la devolución del golpe.

Un temblor recorre todo mi cuerpo, sin embargo, mientras mi cerebro intenta poner orden en el caos de insultos y acusaciones que Santiago me lanzó encima.

En poco tiempo, me rindo. Todo lo demás podría ser perdonado.

Además del hecho de que Hernández hizo una transferencia fraudulenta a mi cuenta, también podría explicar las fotos, que ahora tengo la certeza de que fueron manipuladas para parecer mucho más de lo que realmente eran.

Lo que él dijo sobre las pastillas placebo, sobre creer que yo tramaba quedarme embarazada a propósito, sin embargo, lo cambia todo.

No sé qué quiere ver en mi abrigo, y ya no me importa.

Me saco la prenda de vestir violentamente, y la tiro a sus pies.

Sin dejar de mirarme, Santiago se agacha y recoge mi abrigo. Revisa los bolsillos y, dentro de uno de ellos, saca una bolsita de terciopelo que reconozco que contenía joyas.

Sus labios se aprietan, como si intentara controlar la ira.



Santiago

Abro la bolsita de terciopelo, casi rompiéndola, y cuando confirmo lo que hay dentro, miro a la mujer con la que me casé, seguro de que jamás la conocí de verdad.

—¿No era suficiente?

—¿Qué?

A diferencia de cuando llegó, la voz de Chelsea suena vacía, como si el alma hubiera salido de su cuerpo. Como si no fuera más que una cáscara, y quizá eso sea cierto.

—¿Lo que él te pagó, los cinco millones de dólares, no fue suficiente? ¿También necesitas pedir las joyas de ella?

—¿De ella? No sé qué tipo de pregunta es esa y ya no me importa. Mereces quedarte solo con tus desconfianzas y rencores. Con tu odio y tu falta de fe. No vuelvas a acercarte a mí, Santiago.



Chelsea

Cuando subí a buscar mi pasaporte, no esperaba que él intentara impedirlo y, de hecho, no lo hizo. Apenas vuelvo a la sala, recojo el bolso que había dejado caer al suelo y me dirijo hacia la salida de la

casa, sin siquiera mirar en su dirección. Solo entonces, Santiago me llama por mi nombre.

Maldigo a mi corazón por no poder ignorarlo, porque aunque sé que todo está definitivamente acabado entre nosotros, me detengo.

—¿Qué quieres?

—No puedes salir a estas horas de la noche. No seas infantil. Me mudaré. Que no te quiera en mi vida no significa que te vaya a dejar en la calle. Esta casa es tuya.

Me giro para mirarlo.

—Aún no tengo casa. Y respecto a tu preocupación, prefiero dormir en la acera que aceptar cualquier cosa de ti. Falta un mes y medio para que se cumplan los seis meses que necesitas estar casado para mantener tu vinícola. No te preocupes. No pediré el divorcio antes de eso. Hiciste tu parte. Salvaste a mi padre de la cárcel. Yo haré la mía, respetando nuestro acuerdo. Fuera de eso, no quiero nada de ti. Al día siguiente de que se cumplan los seis meses, mi abogado te llevará los papeles del divorcio.

—¿Ni siquiera vas a intentar defenderte o explicar lo de las joyas?

—Nunca vi esas joyas antes, como tampoco jamás compré esos placebos. No sé qué dinero apareció en mi cuenta y solo no conté sobre mi primer encuentro con tu tío porque planeaba hacerlo cuando fuéramos a la vinícola, el fin de semana. Hoy nos volvimos a encontrar por casualidad. Salía del médico cuando él me llamó.

—¿Médico? ¿Qué tienes?

—Eso ya no es de tu incumbencia. Niego todas las acusaciones que me hiciste y maldigo el día en que te conocí. Ojalá pudiera retroceder el tiempo con lo que sé ahora, porque entonces no tendrías la menor oportunidad de tocarme jamás. Podría pedirte que olvidaras que existo, Santiago, pero deseo exactamente lo contrario. Espero que te acuerdes de mí todos los días y de lo que perdiste, porque nunca encontrarás a alguien que te ame como yo.



Santiago

Necesito mantener las manos a los lados del cuerpo para impedirme seguirla, para no traerla de vuelta y besar esa mentirosa boca.

Veo a Chelsea salir de nuestra casa y de mi vida, y en ese mismo instante, aunque conozco sus actos, siento un vacío que estoy seguro jamás se llenará de nuevo, porque a pesar de los descubrimientos sobre ella, en algo Chelsea tiene razón.

Los recuerdos de nuestro tiempo juntos me perseguirán para siempre.



Chelsea

Estado de New York
Tres semanas después

—No puedes impedir que hable con él, Chelsea —dice mi padre al entrar en mi cuarto y verme llorar.

—Puedo y lo haré. No hay nada más que discutir.

Aún no saben que estoy embarazada. Solo Shyla lo sabe. Voy a viajar durante un mes a una cabaña en las montañas porque mi

padre me dio dinero de regalo por mi cumpleaños. Pretendo despejar la cabeza y cuando regrese, reconsiderar mis decisiones.

Buscar un trabajo, decidir dónde vivir.

—Él no puede echarte como si te hubiera encontrado en la calle.

—Santiago no me echó —digo parcialmente la verdad—. Llegamos a un acuerdo. El matrimonio sucedió demasiado rápido y fue un error.

No tuve valor para contarles a mis padres las cosas de las que me acusó porque sentí vergüenza, pero sé que ambos tienen la certeza de que algo grave ocurrió.

Los escuché hablar con mi suegro por teléfono el otro día, pero cuando el padre de Santiago pidió que mi madre me pasara la llamada, le dije que le avisara que aún no estaba lista.

Mi papá no tiene idea de cómo fue mi salida de Madrid, y aun así, al día siguiente de que llegué a su casa y le conté que decidí divorciarme en unos meses, buscó un abogado.

Me dijo que devolvería el dinero con el que Santiago pagó la hipoteca de esta casa y las deudas del hospital. Hasta donde sé, la transferencia se hará hoy.

Con la compra del terreno de al lado y la instalación del taller (que va muy bien, por cierto), al final nos quedará menos de un tercio del monto de la indemnización que recibió del señor Elbrook, pero nunca dudé de que mi padre tomaría esa decisión. Si hay algo que todos los miembros de nuestra familia tienen en común, es el orgullo.

Aproveché y hablé con el abogado a solas para que verificara si realmente había cinco millones de euros en mi cuenta. No quería hacerlo yo misma porque sentía ganas de vomitar al pensar en eso. Si fuera cierto, pondría todo en bolsas de basura y se lo devolvería a Hernández, porque estoy segura de que la transferencia vino de él.

El abogado confirmó que sí, hubo una transferencia a mi antigua cuenta y, según las fechas, fue solo una semana antes de que yo partiera de España, pero el día que llegué aquí ya había sido revertida.

Dijo que podíamos investigar porque claramente se trataba de un fraude.

Estuve muy tentada a seguir adelante, probar la verdad y después enviar una *captura de pantalla* de la transacción revertida a Santiago, pero la rabia me ganó y elegí dejarlo en la ignorancia.

No fui directamente a la casa de mis padres cuando salí de España. Me sentía tan rota emocionalmente que llamé a Shyla, que está en una relación seria con el hijo del señor Frost, y le pregunté si podía pasar unos días con ella en nuestro antiguo apartamento. Mi amiga aceptó de inmediato, y ahora Santiago tiene a otra persona que lo odia, además de mí.

Durante las primeras setenta y dos horas, no hice otra cosa que llorar. Primero de tristeza, luego de rabia.

Entonces me di cuenta de que no podía seguir así. Era hora de poner mi vida en orden y pensar en mi bebé.

—Él ha llamado todos los días desde que llegaste aquí.

—¿Él?

—Tu… ex marido.

—Todavía estamos casados.

Frunce el ceño.

—Sí, lo sé.

—¿Lo atendiste?

—No. Sé que llamó porque tu madre me lo contó.

—¿Qué quería?

—¿No lo imaginas? Hablar contigo. Todas las veces, tu madre le cortó; fue seca con él y le dijo que no estabas disponible.

—Bien hecho. No tenemos nada que hablar, excepto a través de nuestros abogados.

Asiente con la cabeza.

—¿Realmente vas a viajar?

Según el médico que consulté en Madrid, tenía solo seis semanas de embarazo cuando me fui, lo que significa que ahora tengo nueve. Durante este tiempo planeo volver a consultar a otro obstetra y hacer mi primera ecografía también.

—Sí, lo haré. Necesito estar un poco sola, papá. Te juro que será solo un mes, pero quiero tiempo solo para mí. Ni parece que hace apenas un año que me fui de casa por primera vez. Ahora tengo veintiuno, pero me siento como si tuviera treinta.

—¿Nunca me vas a contar lo que pasó, que te hizo irte?

—Nunca es mucho tiempo. Tal vez algún día, pero aún no estoy lista.



Santiago



Capítulo 54

"Espero que te acuerdes de mí todos los días y de lo que perdiste, porque nunca encontrarás a alguien que te ame como yo".

En medio de la niebla del alcohol y del sueño que finalmente me venció después de semanas de insomnio, tanteo su lado de la cama, pero no hay nadie.

Chelsea se ha ido y no va a volver.

Vuelvo a cerrar los ojos. Mi suite en Madrid se ha transformado en una prisión voluntaria, donde me mantengo enterrado en soledad y arrepentimiento.

A mis treinta y cinco años, no solo administré mi herencia; construí y mantuve un imperio.

Como hombre de negocios, soy un ganador.

Implacable, frío, audaz.

Como esposo, como el hombre de su vida, fracasé.

Ninguno de mis logros me sirve de nada, porque me falta lo esencial: la mujer que amo. La única que amaré por el resto de mi vida.

Puedo ser arrogante y terco como el infierno, pero confío en mis ojos y en el instante en que Chelsea salió por la puerta de nuestra casa, aunque todas las pruebas estuvieran en su contra, supe que necesitaba investigar esa historia más a fondo, incluso si eso significaba decepcionarme otra vez.

Fui tras alguien que podría darme respuestas más rápido que cualquier investigador privado: Rey Cardona de la Vega, mi primo lejano.

No tenía dudas de que, si había alguien capaz de descubrir toda la verdad, era él. Y tal como imaginé, solo habían pasado cuarenta y ocho horas desde que ella se fue para tener la certeza de que cometí el mayor error de mi vida.

Como un caballo con anteojeras, todo lo que pude ver fue que mi mujer se había aliado con el hombre que odio para engañarme.

Él se acercó a ella, se volvió cercano, y yo estaba convencido de que el bastardo le había pagado para que me espiara.

Hernández me dijo por mensajes que ya no le importaba la vinícola, que el placer de verme destruido sería suficiente, y se rió de que yo, según sus palabras, *me hubiera enamorado de una víbora.* Eso, dijo, era más satisfactorio que poner las manos sobre el dinero de la venta de Velasco-Sanchez, porque al final seguiría recibiendo el bono anual sobre las ganancias de la vinícola para siempre, y además disfrutó verme a los pies de una traidora.

Cuando afirmó que si buscaba en los bolsillos de ella descubriría cuánto más había exigido Chelsea como pago por ayudarlo, y que, por no tener más dinero en efectivo, saldó la deuda en joyas, no quise creerlo. Entonces, el miserable dijo que ella había recibido de sus manos varias joyas que pertenecieron a Alelia.

Toda la trama era extremadamente sórdida, pero encontrar las joyas de mi tía desaparecida en el bolsillo del abrigo de Chelsea casi me mata.

Lleno del odio más intenso hacia ambos, acepté cada cosa que me contó porque había pruebas y era típico de Hernández jactarse de algo así.

Las pastillas falsas, sin embargo, solo podían haber sido iniciativa de ella, pensé. Una manera de asegurarse de tener un lazo conmigo para siempre; eso fue la lápida sobre nuestro matrimonio.

Recordar que creí en eso me hace sentir vergüenza de mí mismo, porque apenas Chelsea se fue, una sensación de pérdida se incrustó en mi sangre como no sucedió ni siquiera cuando murió mi madre o cuando Alelia desapareció.

Pasé las veinticuatro horas siguientes en compañía de dos botellas de whisky, y si no morí por intoxicación alcohólica, fue un milagro.

Pero no soy una persona que se da por vencida y, después de sentirme miserable todo el día, contacté a Rey.

Le conté cada detalle de lo ocurrido y él pronto me envió todas las respuestas, incluso me mandó grabaciones de las dos veces en que Chelsea y el cretino de mi tío se encontraron.

Hernández la siguió hasta la escuela de danza. Quedó claro que no se conocían, pues él pareció saludarla como presentándose. Todo lo demás después de eso se pudo explicar, sobre todo cuando Chelsea pareció marearse en la calle y Hernández la socorrió. Vi en las grabaciones de las diversas cámaras que Rey me envió, cuando caminaron juntos hacia la cafetería, y ahora, sabiendo lo que sé, no tengo dudas de que el maldito puso un fotógrafo para registrarlos allí.

Busqué la fecha de la grabación y recordé aquel día. Ella y yo discutimos, y quizá por eso no me contó que lo había conocido.

El hecho es que, una vez que me quité la venda de odio y rencor de mis ojos, todo el escenario se desplegó ante mí.

La transferencia fue un fraude, deshecho poco después de que ella se fuera. En cuanto al encuentro con Hernández el día que la mandé lejos, no tengo más dudas de que sucedió porque él la estaba siguiendo, y el abrazo que le dio debió ser para colocar las joyas en su abrigo.

La única cuestión de la que no obtuve respuesta fue sobre las pastillas, pero ya no necesito pruebas al respecto. Ahora creo que Chelsea es completamente inocente y que fue un arma que Hernández usó contra mí para destruirme.

Lo que puedo imaginar respecto al placebo es que alguien dentro de mi casa, un empleado, cambió sus pastillas por los medicamentos falsos bajo las órdenes de Hernández, para que creyera que ella me engañó intencionalmente.

Por precaución, despedí a todos los empleados.

Escucho un coche estacionar y sé que quienquiera que esté afuera, solo puede ser de la familia. Mi padre o mis hermanos,

precisamente, porque Rey casi no sale de su casa. Controla el mundo desde su notebook y teléfono móvil.

No tengo ningún deseo de recibir visitas.

Aunque ya conté toda la verdad a mis hermanos, así como a mi padre, dejé claro que no quiero conversaciones ni consejos, por ahora.

La única con quien deseo hablar no quiere saber nada de mí.

Intenté llamarla, pero Chelsea cambió el número de su teléfono móvil, o mejor dicho, dejó el que era de la empresa aquí, en nuestra suite.

Ella desapareció detrás de un muro de silencio, reforzando el abismo que yo mismo creé entre nosotros e ignorándome por completo, porque todas las veces que hablé con su madre, mi suegra me dijo que Chelsea no estaba, o cuando se cansó de inventar excusas, abrió el juego y reveló que su hija no quería saber más de mí. Probablemente, siguiendo las instrucciones de mi esposa.

Me siento en la cama para atender al visitante y mis ojos siguen la dirección del clóset. El lugar es solo otra confirmación de mi error. Chelsea dejó todo atrás. Ropa, joyas, zapatos. Se fue solo con su bolso y la ropa que llevaba puesta.

Siento, como siempre que recuerdo aquel día, que mi pecho se está desgarrando.

He evitado el mundo exterior. Dejé las empresas en manos de mis empleados y le pedí un tiempo a mi familia para estar solo.

El toque incesante del timbre, sin embargo, me indica que alguno de ellos no es muy bueno siguiendo instrucciones. Por haber despedido a todos los empleados, tendré que ser yo quien abra la puerta.

Me pongo el pantalón del pijama para no bajar completamente desnudo y bajo las escaleras, irritado.

Abro la puerta, listo para reforzar mi deseo de soledad, cuando la última persona que esperaba aparece frente a mí.

Can Saat Evgen.

Mi medio hermano turco.




Santiago

Capítulo 55

—¿Can?

—¿Me vas a mantener apartado, al igual que a Alexandros y a Armani, o vas a recurrir a tu padre?

—¿Por qué vienes ahora, cuando pasaste los últimos años ignorándonos? Además, ¿cómo supiste que yo estaba aquí?

—Sé todo sobre ustedes y, en cuanto a saber dónde te encontrabas, hablé con Ruiz.

—¿Llamaste a mi padre?

Él se encoge de hombros.

—Preferí hablar con él antes que con Armani y Alexandros.

—¿Por qué nos odias tanto?

—No los odio. Ya no. Pero no vine aquí para hablar de eso. Tendremos tiempo de conversar sobre Sally en el futuro.

—Entra —digo, apartándome de la puerta para dejarlo pasar—. Pero si la razón de tu visita es hablar de mi esposa, no quiero escuchar nada.

No creo que Can, al igual que yo, Alexandros y Armani, sea un hombre sensible. Por lo que descubrí sobre él, incluso a la distancia, es tan directo como el resto de nosotros. Así que no hay razón para fingir una delicadeza que no tengo.

—Hueles a alcohol. ¿Has comido?

Es mi turno de encogerme de hombros.

—No tengo hambre.

—Ve a darte un baño. Haré café para los dos.

Me doy cuenta de que no negó querer hablar sobre Chelsea y quizá debería echarlo, pero algo en sus ojos me hace retroceder.

—La cocina está por ese lado —apunto y sigo hacia las escaleras.

Tan pronto entro al baño, paso varios segundos sin reconocer mi propio reflejo. Mis ojos tienen ojeras profundas, mi barba parece de náufrago, y mi mandíbula, ya de por sí marcada, ahora deja ver el hueso.

Por curiosidad, me subo a la balanza y no me sorprende ver que he perdido seis kilos en pocas semanas. No recuerdo la última vez que comí.

Veinte minutos después, estoy en la cocina. Can se quitó el blazer y la corbata y está sentado en la mesa. El olor a café recién hecho llena el aire.

—Tienes que ir tras ella.

—Chelsea necesita tiempo. He intentado de todas las maneras hablar con ella, pero la familia construyó un muro alrededor de mi esposa.

—¿Qué esperabas?

—No dije que no tengan razón en hacerlo. Si hasta ahora no he volado a verla, es porque siempre impuse mi voluntad. Pasé por encima de ella como una aplanadora desde el inicio hasta el final de nuestra relación y decidí darle unas semanas antes de ir a buscarla.

—¿Pero lo harás?

—Sí. Es la mujer de mi vida y nunca voy a rendirme.

—Si es cierto, ¿por qué la echaste?

—¿Cuánto sabes?

—No mucho. Solo que tu tío tiene que estar involucrado en esto de algún modo.

—¿Cómo puedes…?

—¿Cómo puedo saber que odias a Hernández Velasco-Sanchez?

—Sí.

—Incluso negándome a verlos todos estos años, ¿alguna vez, después de descubrir que somos hermanos, dejaste de vigilarme?

Tomo una silla y me siento después de servirnos a los dos.

—No. Siempre te vigilé desde la distancia. Eres mi hermano menor.

Puedo ver que algo cambia en sus ojos, pero Can disimula rápido, volviendo a la expresión fría de antes.

—Yo también estuve al tanto de todo lo que ocurría con ustedes. Alexandros y Armani parecen estar en paz, pero tú vivías atormentado. Después de investigar un poco, no fue difícil descubrir la razón. Crees que Hernández mató a tu tía e hizo desaparecer su cuerpo. Es la única razón que podría hacerte cumplir los términos del testamento de tu abuelo: solo para no verlo ganar.

—Podría simplemente estar apegado a la vinícola.

—No. Si fuera así, la comprarías de nuevo en cuanto pasara a manos de Hernández, sin necesidad de comprometerte en un matrimonio por conveniencia. A pesar de amar la vinícola, no fue eso lo que te llevó a casarte. Querías quitarle todo a tu tío. Destruirlo.

—Lo que quiero es algo en lo que he fallado hasta ahora. Verlo en la cárcel. Hacerlo pagar por el crimen que cometió.

Él asiente con la cabeza, como si pensara lo mismo.

—Y tal vez aún lo logres. He enviado a algunos hombres a investigarlo.

—He hecho eso durante años. Alexandros y Armani también. Y créeme, si ni siquiera Rey pudo…

—¿Rey?

—Un primo lejano. El hecho es que creo que tiene medios que el resto de nosotros no puede alcanzar.

—¿Fue quien descubrió que tu esposa era inocente?

—¿Cómo sabes eso?

—Cuando llegué aquí, pensé que tendría que convencerte de que estabas equivocado, pero solo me tomó unos minutos darme cuenta de que ya lo sabías.

—Sí, fue él.

—Dijiste que estabas dándole tiempo a Chelsea para que tomara sus propias decisiones. Si insistes en eso, cometerás otro error, y este, tal vez, sea imperdonable. Pero antes de contarte lo que sé, necesito que me respondas algo: ¿estás dispuesto a dejar el pasado

atrás? Lo que ocurrió cuando eras adolescente no fue tu culpa, Santiago.

—¿De qué diablos estás hablando?

—De tu determinación de nunca ser padre. Chelsea se fue estando embarazada.

Me levanto tan rápido que derribo la taza de café, con la cabeza hecha un torbellino.

No es la promesa que hice en la adolescencia lo que viene a mi mente, como pensé que ocurriría si algo así pasaba. Tampoco surge ninguna duda sobre que la historia de los placebos sea cierta y que mi esposa me haya engañado.

Lo que me imagino es a ella sola, echada de nuestra casa, embarazada y con la certeza de que yo rechazaría al hijo que estaba esperando.

—¿Estás seguro?

—Sí. El día en que se fue, Chelsea consultó con un obstetra.

La parte final de nuestra conversación, el día en que la eché, vuelve a mi memoria.

"Nunca vi esas joyas antes, ni tampoco compré placebos. No sé qué dinero es ese que apareció en mi cuenta y solo no te conté sobre mi primer encuentro con tu tío porque pensaba hacerlo cuando fuéramos a la bodega el fin de semana. Hoy volvimos a vernos por casualidad. Yo salía del médico".

"¿Del médico? ¿Qué tienes?".

"Eso dejó de ser asunto tuyo. Niego todas las acusaciones que me hiciste y maldigo el día en que te conocí. Ojalá pudiera volver atrás con lo que sé ahora, porque entonces no tendrías la menor posibilidad de volver a tocarme. Podría pedirte que olvides que existo, Santiago, pero deseo justamente lo contrario. Espero que te acuerdes de mí todos los días y de lo que perdiste, porque nunca vas a encontrar a alguien que te ame como yo".

—Por tu cara, la promesa que hiciste ya no es tan importante como traerla de vuelta.

—Nada es más importante que traerla de vuelta y cuidar de ella y de mi hijo. Me importa un carajo que, después de muerto, haya un

lugar reservado en el infierno para mí por romper la promesa que le hice a Elisabeth. Voy a ir tras mi familia y tras el perdón de mi mujer.



Santiago



Capítulo 56

Estados Unidos

Tan pronto supe del embarazo de Chelsea, en unas dos horas ya estaba en mi avión rumbo a New York.

Consideré contactar primero a sus padres, pero por más que simpatice con Ametrine y Rex, no se trata de su hija; voy tras el perdón de mi esposa. Voy a luchar por nuestro futuro.

La sutileza nunca fue lo mío, así que, en lugar de actuar con cuidado como había pensado hasta entonces, descubrí dónde se encontraba.

Cuando salí de España, ya sabía que Chelsea había viajado para aislarse, porque llamé a Shyla antes de partir. Ella me dijo un montón de insultos por teléfono, pero insistí y le dije que nada me haría renunciar a mi esposa.

No tenía certeza de que ya supiera del embarazo, así que no toqué el tema.

Nada, sin embargo, fue capaz de hacerla revelar dónde estaba mi esposa.

Me tomó menos de veinticuatro horas descubrir el paradero de Chelsea.

La ciudad donde se refugió es incluso más pequeña que la de su nacimiento. Tiene apenas unos cinco mil habitantes y la calle

principal lo resume todo: un banco, una panadería, un supermercado, una comisaría, una clínica.

No llegué con chófer ni guardaespaldas. No quería aparecer como un magnate que podía comprarle todo.

Llegué conduciendo mi coche, como un hombre enamorado y arrepentido que vivirá el resto de sus días por ella, si Chelsea me da una segunda oportunidad.

Como si la vida quisiera mostrarme que tenía una guerra que librar antes de obtener su perdón, mi teléfono sonó justo al entrar en la calle de la casa que había alquilado.

Estacioné en el camino de tierra desierto antes de contestar.

—Señor Santiago, necesito informarle que el abogado de su esposa acaba de contactarme y me avisó que dentro de algunos días iniciará el divorcio, ya que… hum… el plazo de seis meses que usted necesitaba para mantener la vinícola ha terminado.

Fue bueno que detuviera el coche, porque de seguir conduciendo habría chocado.

—No hay plazo de seis meses. Chelsea firmó un contrato de un año.

—Con todo respeto, señor, pero no puede obligarla a permanecer casada, salvo que le exija la multa que impuso en caso de desistir.

Mi deseo era gritarle al hombre que aumentara la multa seis veces el valor inicial, porque solo la idea de perderla para siempre me deja sin rumbo. Pero sé que no se puede retener a alguien a través del chantaje.

—Voy a resolver los problemas con mi esposa, pero, si en algunos días las cosas no se arreglan y usted recibe la notificación del divorcio, avise a ese imbécil que tendrá una guerra por delante.

—¿Se refiere a un divorcio contencioso[12]?

—Exactamente.

—¿Y qué justificación dará al oponerse al divorcio, señor Santiago?

—Que se escriba en letras garrafales que me opongo porque estoy enamorado de ella. Chelsea Velasco-Sanchez es por quien late mi corazón y no renunciaré a ella por nada en este mundo.

Mi mano tiembla al cortar la llamada. Decido dejar el coche en la calle y hacer el resto del camino a pie, porque en mi estado, soy un arma al volante.

Miro el reloj y son aún las cinco de la tarde. Entro en la propiedad de aspecto modesto, muy parecida a la casa donde vivía su familia antes de que Rex recibiera la indemnización.

Pensar en eso me recuerda que él ordenó devolver cada centavo que pagué por la deuda del hospital y la hipoteca de la casa. No quise aceptarlo, pero sabía que, en mi situación, no estaba en posición de confrontar con su familia. Mi único consuelo es que mandé a verificar y descubrí que la salud financiera del taller del padre de Chelsea va muy bien. Aun así, tuve que ir contra mi naturaleza para controlarme y no depositar de vuelta esa cantidad, que para mí es insignificante.

Llego a la casa cuya puerta parece tan resistente como una hoja de papel, y me enloquece pensar en mi esposa sola en un lugar así.

Subo los tres escalones hasta la entrada y toco el timbre.

No pasa ni un minuto y la puerta se abre.

Vine decidido a verla. Sabía que no desistiría hasta estar frente a Chelsea otra vez, pero subestimé lo que me causaría, después de semanas separados, estar tan cerca de ella sin poder tocarla.



Chelsea

El gesto con el que fui a abrir la puerta, pensando que se trataba de un vecino, desaparece al ver quién está detrás de ella.

Santiago, mi esposo. El amor de mi vida.

El padre del bebé que estoy esperando.

Pero también es el hombre que me hizo acusaciones horribles, sin darme oportunidad de explicarle, y que rompió mi corazón en mil

pedazos.

—¡No! —grito, empezando a cerrar la puerta.

Él podría impedirlo, pero no lo hace. Solo se queda parado, mirándome como hipnotizado.

Déjalo plantado ahí. Santiago no merece hablar contigo, una voz resuena en mi mente.

Porque creo saber la razón de su visita. Mi abogado debe haber contactado al de él y ahora quiere tratar los términos del divorcio.

Es probable que intente obligarme a aceptar la suma ridículamente alta que insistió en incluir en el pacto prenupcial. Mandé a mi abogado avisarle que no quiero dinero, pero, claro, él no desea quedarse debiéndome nada. Como todo en su vida, necesita poner un punto final pagando un precio.

—Vete —digo sin cerrar la puerta, porque simplemente no puedo. El hombre a pocos pasos de mí no parece el mismo que dejé en Madrid hace varias semanas.

Está delgado y tiene profundas marcas de insomnio bajo los ojos.

—Déjame entrar.

—No mereces que te dé los buenos días, menos aún invitarte a mi casa.

—Tienes razón. Aun así, te pido que me escuches.

No esperaba eso. Ni que estuviera de acuerdo conmigo ni que fuera tan humilde.

—No te hagas el tonto, Santiago —digo, y siento aún más rabia cuando mi garganta se cierra por las lágrimas que intento contener —. No tengo nada que decirte y no quiero escucharte. Así como no me diste la oportunidad de hablar cuando me expulsaste de tu vida, no te la daré ahora.

—No me iré, Chelsea, a menos que llames a la policía. Aun así, tendrán que sacarme de aquí esposado.

—¿Te volviste loco? Hay pronóstico de nieve hoy. La temperatura bajará a menos quince grados.

—En ese caso, será tu responsabilidad mi muerte.

Eso me hace explotar y le cierro la puerta en la cara.

—¡Ojalá se te congelen hasta los huesos! ¡No me importa! — miento, porque en el momento en que digo estas últimas palabras,

las lágrimas ya resbalan por mis mejillas.

Una hora después, sé que todavía está en el mismo lugar. O mejor dicho, sentado en los escalones de la entrada, cabizbajo, mirando al suelo.

El hombre de casi dos metros de altura, vestido con un traje caro, no encaja con esta casa, pero mucho más que su apariencia, su comportamiento no coincide con nada de lo que conozco de él.

Miro la temperatura en el teléfono móvil y veo que ya está a tres grados bajo cero. Santiago odia el frío, sin embargo, no se mueve. Ni siquiera parece sentir un escalofrío.

—No me harás cambiar de idea y dejarte entrar, Santiago. Lo único que conseguirás será una neumonía o la muerte. No aceptaré el dinero del pacto prenupcial. Si viniste por eso, da media vuelta. Dónalo a una entidad que lo necesite. No quiero nada tuyo.

—No vine por dinero. —Su voz suena más cercana y cuando vuelvo a mirar por la cámara del teléfono móvil, me doy cuenta de que se ha acercado a la puerta—. Vine porque no puedo vivir sin ti. Intenté darte espacio, pero ya no puedo estar lejos, Chelsea, porque nadie puede vivir sin su propio corazón.

—Te odio.

—Yo me odio más. Me odio por los dos. Pero te amo, y por eso nunca dejaré de buscar tu perdón. Sé que estás esperando un hijo mío —dice—. Pero no es solo por él que estoy aquí. Es porque te amo y quiero una segunda oportunidad.

—¿Segunda oportunidad? ¿Para qué? No quieres un hijo. Nunca lo quisiste. Por eso me acusaste de hacer esas cosas horribles.

—Estás equivocada. No había nada que deseara más que ver crecer tu barriga con mi heredero o heredera, pero desde el momento en que maté al hijo de alguien, juré que jamás me permitiría tener un hijo propio.



Chelsea



Capítulo 57

Siento que mis piernas pierden fuerza y me siento en el suelo.

—¿Qué dijiste?

Por el sonido del otro lado de la puerta, percibo que Santiago también se ha sentado.

—A los trece años, maté a un niño de dos años, atropellándolo.

—¡Dios mío! ¿Cómo?

—Ya sabía conducir desde los once, pero nunca salía con el coche, ni con mi padre a mi lado, claro. Ese día estábamos en el estacionamiento de un supermercado. Era una ciudad en la costa de España y mi padre y yo queríamos un tiempo solo para nosotros. No había chofer ni guardaespaldas. Solo nosotros dos. Habíamos ido a comprar helado y yo estaba al volante. Mi padre no iba a dejarme conducir, yo solo iba a maniobrar para salir. Tan pronto empecé a dar marcha atrás, escuché el grito de una mujer, un grito que jamás olvidaré. Era la madre del niño, Elisabeth Mill.

Lloro entre sollozos ahora, y mi mano se cubre el vientre, imaginando el dolor de la madre, pero por más angustiada que estoy, no puedo fingir que no percibo cuánto sufre él también.

—¿Qué pasó? —pregunto con la voz ronca por el llanto, imaginando toda la tragedia.

Santiago, mi suegro, el bebé muerto, la madre de la criatura. Cuatro vidas interconectadas y destruidas para siempre.

—Llegó la policía. Me llevaron a la comisaría, al igual que a mi padre, porque yo no podía estar conduciendo. El niño murió en el

acto y se comprobó que la responsabilidad no fue mía. Había cámaras en el lugar y otros conductores también fueron testigos del accidente. Al parecer, la mujer, Elisabeth, fue alertada más de una vez unos minutos antes, porque el bebé estaba caminando solo por el estacionamiento.

—¡Por Dios!

—Ella era estadounidense. Trabajaba en dos turnos para poder mantener a su hijo y siempre estaba agotada, según explicó. Se distrajo y dejó al niño, Bryan, suelto. Él corrió detrás de nuestro coche justo cuando yo daba marcha atrás. No me culparon, pero aun así me sentí culpable… y todavía me siento así. No creo que eso algún día desaparezca.

—¿Cómo se sentía la…? —me detengo, porque la pregunta no tiene sentido. *¿Cómo se sentiría una madre cuyo hijo acababa de morir?* Destrozada, claro.

—Hice lo único que pude —continúa, como si entendiera lo que quería saber—. Le pagué una indemnización enorme. Le dejé mi número de teléfono.

Imagino el peso de culpa que un adolescente de solo trece años tuvo que cargar y ahora entiendo la autoimpuesta condena de nunca tener hijos.

—Dices que le dejaste tu número… ¿Elisabeth te llamaba por teléfono?

—Sí. Todos los años, en el cumpleaños de Bryan, en el aniversario de su muerte y también en mi cumpleaños, para recordarme que yo vivía un día más y que su hijo no. Me enviaba fotos de ella embarazada y de Bryan también.

¡Dios mío!

Entiendo su dolor, pero fue una tragedia, no algo intencional. Lo que hizo con Santiago fue tortura psicológica.

—¿Estaba casada? ¿Tenía otros hijos?

—No, a ambas preguntas.

—¿Qué pasó con el dinero que le diste?

—Elizabeth lo gastó todo en drogas. Por lo que descubrí, parece que antes de que naciera Bryan ya era adicta. Paró durante el embarazo, pero debido a las dificultades de la vida y al exceso de

trabajo, volvió a consumir. El día que pasó todo, se comprobó que tenía algunas pastillas para mantenerse alerta en el cuerpo. Y aun así…

—¿Dónde está ella, Santiago?

—En mi cumpleaños número dieciocho, cinco años después del accidente, se suicidó con una sobredosis.

No puedo solo escucharlo. Necesito mirarlo, porque esto no se trata solo de nosotros dos. No es solo una pareja separada. Es un ser humano que está dejando salir todo lo que lo atormenta, que está exteriorizando su dolor.

Me levanto y abro la puerta, pero Santiago no se mueve.

—Entra, por favor.

—No quiero entrar por lástima. —Me mira fijamente.

—¿Qué?

—Vine dispuesto a pedirte perdón de rodillas porque te amo y cometí el mayor error de mi vida al juzgarte tan mal, pero solo déjame entrar si todavía queda amor por mí en tu corazón. No me llames de vuelta a tu vida por compasión.

—Nunca dejé de amarte. No creo que alguien pueda "dejar de amar", pero no sé si puedo perdonarte.

—No voy a rendirme.

—No puedes insistir para siempre. Tengo mucha rabia dentro de mí. No quiero hablar de nosotros ahora, pero quiero escucharte. Tu pasado. Todo lo que nunca me contaste. Puedes entrar o irte, porque no dejaré que mueras congelado. Eres el padre de mi hijo o hija. Si es necesario, llamaré a la policía para sacarte.

Él no necesita que se lo repita, pero cuando se acerca tanto que nuestros cuerpos se tocan, intento retroceder.

Santiago me rodea la cintura.

—Un abrazo y respirar tu olor: eso es todo lo que quiero, por ahora.

—Yo no… —empiezo a protestar, pero su cabeza se inclina hacia la curva de mi cuello y hace exactamente lo que prometió. Me mantiene junto a él y me huele.

—Soñé con esto desde el día en que te fuiste.

—Me dejaste en una situación en la que tenía que elegir entre el amor que sentía por ti y lo que sentía por mí y por nuestro hijo. Pensé que, si descubrías que estaba embarazada después de todo lo que me acusaste, me pedirías que abortara.

Él me suelta lentamente, besa mi frente y vuelve a la terraza.

Durante casi cinco minutos permanece de espaldas a mí, sin moverse.

—Vas a congelarte.

Se gira para mirarme y es entonces cuando entiendo lo que mi madre me dijo en una de nuestras conversaciones: que el dolor de ver sufrir a alguien que amamos es como sentir nuestro propio dolor. Quizás, peor.

Los ojos de Santiago están llenos de lágrimas. Su rostro refleja la tortura más pura.

—¿Crees que él o ella puede escuchar lo que te diré? —pregunta, señalando mi vientre.

—No lo sé. Algunos dicen que sí. Yo hablo con mi bebé todos los días.

—Pasaré el resto de mi vida, si es necesario, buscando tu perdón, pero sé que, como dije, puede llevar tiempo.

—O nunca suceder —digo con sinceridad.

Lo veo tragar saliva y asentir con la cabeza.

—Déjame hablar con nuestro hijo o hija. Mientras crezca, solo tengo acceso a él a través de ti, y por más que me odies, Chelsea, y sepas que merezco ese odio, no puedo permitir que él piense que no lo quería.

Creí haber llorado todas las lágrimas de mi vida, pero su pedido casi me parte en dos y, sin poder mirarlo, asiento con la cabeza, aceptando.

Entonces veo al hombre enorme arrodillarse frente a mí y tocar suavemente mi vientre.

—No sé si me entiendes, pero espero que sí —le dice a mi vientre —, porque necesito contarte quién soy, pero también que sepas que ya te amo. No soy bueno expresando lo que siento, pero resumiendo: soy tu padre, quizá fue una pésima elección porque

fallé mucho con tu madre, pero estoy loco por ella y te quiero mucho a ti también.

Lo miro mientras habla durante varios minutos, y con cada palabra, las lágrimas caen aún más por mis mejillas. Cuando ya no puedo soportarlo, lo llamo.

—Entra. Puedes quedarte esta noche y terminar de contar la historia.

—Ya te conté sobre Bryan y Elisabeth.

—Sí, pero quiero saberlo todo. No te prometo mi perdón, pero no quiero pasar el embarazo cargando rencor, porque eso haría daño al bebé. Te doy la oportunidad que tú no me diste, Santiago. Pisando mi orgullo, porque no quiero que nuestro hijo o hija absorba lo que siento. Pero no creas que volverás a mi vida como un huracán, arrasando con todo. Ya no soy la Chelsea que salió de Madrid. En unos meses seré madre y pensaré en lo que sea mejor para mi hijo.

—Quieres a nuestra familia.

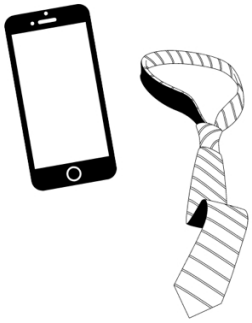
—¿Cómo no la querría?

—Entonces…

—Nunca te impediré estar con nuestro hijo.

—Quiero esto y seré el mejor padre que podría soñar para nuestro bebé, pero si crees que renunciaré a ti porque dices que me odias, no me conoces en absoluto, Chelsea. Te amo y aunque tenga que suplicar tu perdón eternamente, volverás a ser mía.

Nunca dejé de ser tuya, español, pero aún estoy demasiado herida para confesarlo en voz alta.



Chelsea



Capítulo 58

—Cuando Elisabeth murió —comienza de nuevo, sentado en el sofá que parece demasiado pequeño para su tamaño—, entré en una espiral de autodestrucción. Como ella me repetía desde hacía años, no me sentía con derecho a seguir respirando, porque había acabado no solo con una vida, sino con dos.

—¿Hiciste terapia?

Tiene un brazo sobre los ojos, como si no pudiera mirarme.

—Por lo que ya conoces de mí, ¿qué crees?

—No.

—Exacto. Ni siquiera podía hablar de ello con mi padre. Mi hermano, Armani, nunca supo lo que ocurrió porque, al ser menor de edad, el expediente del caso estaba cerrado, era confidencial. El único que se enteró, no sé cómo, fue Alexandros, y aun así, fue recientemente. Mis hermanos son mis mejores amigos, y si ni siquiera les conté a ellos, la posibilidad de abrirme con un profesional era nula.

—Dijiste que entraste en una espiral de autodestrucción.

Me senté en un sillón lo más lejos posible de él, pero es difícil controlar el deseo de ir donde está y abrazarlo. Aún siento mucha rabia, pero el amor es diez veces más grande.

—Mi padre no sabía qué hacer conmigo. De un adolescente que parecía tener la vida diseñada para ser un ganador, me transformé en un *bad boy.* Mis notas en la escuela cayeron en picada. Me

acostaba con cualquiera, como si cambiara de mujer tan a menudo como de ropa. Nada podía devolverme al buen camino.

—¿Y tu madre? Ella seguía viva en esa época, ¿no?

Asiente con la cabeza, aprobando.

—La veía solo en ocasiones especiales, porque, como te dije, Sally tenía sus propios demonios que enfrentar.

—¿Ella se enteró de lo que pasó?

—No. Mamá era mentalmente inestable y mi padre pensó que no habría ningún beneficio en compartir algo así.

—Lo entiendo, parcialmente, pero tal vez, al sobreprotegerla, no le dieron la oportunidad de crecer. Por lo que me cuentas, todos sus maridos y ustedes también, sus hijos, siempre estaban tratando de quitarle los obstáculos del camino, pero esa no es la vida real. Tenemos que enfrentar el dolor. Entiendo totalmente que sintieran pena por ella, que ya había sufrido tanto, pero desde donde lo veo, parece que la mantuvieron en una burbuja donde todo era perfecto, y cuando se dio cuenta de que no lo era, sea por la razón que sea…

No concluyo, temiendo haber hablado demasiado, pero Santiago muestra su rostro y me mira fijamente.

—Nunca había pensado en ese sentido y quizás tengas razón. Los ex maridos la protegían de todo. El hecho es que ella nunca supo lo que me pasó.

—Si tu padre no sabía qué hacer contigo y tu madre o tus hermanos nunca se enteraron, ¿cómo…?

—¿Conseguí superarlo? —Asiento con la cabeza—. ¿Crees que lo superé, Chelsea? Desde el momento en que te vi, me enamoré de ti. No soy bueno aceptando perder el control, así que me convencí de que era solo atracción física, y que un año sería suficiente. Después de casarnos, no quería que terminara, quería que fueras mía para siempre. Pero al imaginar el futuro, recordaba la promesa que hice en la tumba de Elisabeth. Sabía que en algún momento desearías una familia y yo también lo soñé. A veces, imaginaba tu barriga creciendo, o incluso presenciando el parto de nuestro bebé.

Cubro mi rostro con las manos para que no vea cómo las lágrimas fluyen de mis ojos, porque el dolor que cada palabra que dice carga está sacudiendo todas mis convicciones. Al salir de Madrid, creí que

nuestra historia había terminado porque Santiago me hirió y dudó de mí, pero escuchándolo ahora, entiendo que desde los trece años de edad, casi dos tercios de su vida, mi marido vivió en una prisión dentro de su propia mente.

—Te creo.

—¿Me crees?

—Sí, pero eso no significa que todo esté bien entre nosotros. Aún hay mucho que hablar. Continúa contándome.

—No tengo dudas de que si todo hubiera seguido igual, me habría matado. Hernández estaba casado con una mujer llamada Alelia. Siempre fue buena conmigo, pero se habían mudado de España. Mi tío era un mujeriego y vivía… vive, hasta hoy, solo de lo que heredó. Nunca supo lo que es trabajar para ganarse la vida.

—Todavía no me has preguntado, pero de todo lo que me acusaste el día que me fui de Madrid era mentira. Hernández me buscó en la escuela de danza y solo fui a esa cafetería con él porque estaba mareada.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Sí. Un primo lejano consiguió todas las grabaciones cuarenta y ocho horas después de que te fuiste, tanto de la primera vez que tú y Hernández se vieron, como de ese último día. Por eso intenté llamarte.

—Podrías haber venido aquí.

—Sí, y eventualmente lo habría hecho, pero pensé en darte espacio para respirar. No sabía que estabas embarazada y no quería pasar por encima de tu deseo de estar sola por un tiempo, como hicimos durante toda nuestra relación.

—No quise estar sola por un tiempo. Salí de allí decidida a no volver a mirarte.

Veo un gesto de dolor en su rostro y él continúa de inmediato.

—La tregua terminó cuando descubrí el embarazo, pero aun si no estuviera esperando a nuestro bebé, habría venido de todos modos, porque no puedo vivir sin ti.

—Háblame de tu tía.

No puedo lidiar con sus declaraciones por ahora. Estoy enamorada de él y no quiero dejarme llevar por la nostalgia.

—Como te estaba explicando, Hernández vivía fuera de España, así que mi relación con Alelia ya no era tan cercana. Coincidentemente, en la misma época en que yo estaba sumido en el infierno, él y mi tía regresaron a Madrid. Cuando me vio, creo que Alelia hizo de todo para rescatarme. Al principio la odié, pero su amor por mí logró vencer el desprecio que sentía por mí mismo. Se convirtió en una madre. Me salvó de destruirme.

—Dijiste que ella desapareció.

—No desapareció. Aún no pude probarlo, pero sé que mi tío la mató. Alelia era una mujer sencilla, nacida en un pueblo y con un corazón más grande que el mundo. Solo veía lo bueno de todos, incluso de aquellos que no lo tenían, como su esposo. Recién pude descubrir, cuando desapareció sin dejar rastro, que durante todo el tiempo que estuvieron casados, él la golpeaba.

—¡Dios mío!

—Cuando Alelia desapareció, la busqué. Para entonces, ya había reorganizado mi vida desde hacía mucho tiempo. Era CEO de Velasco-Sanchez Group. El hecho es que ella me salvó cuando lo necesité y nunca aceptaría la versión que Hernández me dio, de que se había ido con otro hombre.

—¡Qué canalla!

—Ni te imaginas. Contraté a varios detectives para encontrarla, pero él planeó cada detalle y no dejó rastros. En las investigaciones que encargué, sin embargo, llegaron a mí varios registros de entradas suyas a hospitales anteriores a la desaparición: brazos rotos, nariz, mandíbula.

—¡Jesucristo!

—Fue entonces cuando tuve certeza de que la había matado y prometí vengarme. En esa época, mi abuelo aún vivía, pero no podía contarle, ya que estaba muy enfermo, ni tampoco a mi padre, sin pruebas. El resto de la historia, quizá ya lo sepas. Mi abuelo murió antes de que obtuviera las respuestas que necesitaba para detener a Hernández y dejó un testamento que me obligaba a casarme, o mi tío heredaría todo.

—Entonces él sabía que ustedes no se llevaban bien.

—Sí. Nunca se lo oculté y creo que fue pensando en mi ira hacia Hernández que mi abuelo puso la cláusula del matrimonio y la de tener herederos, la cual, antes de conocerte, logré eliminar.

—¿Él no sabía del incidente con Bryan y Elisabeth?

—No. El proceso fue confidencial y con el dinero que mi padre tenía, mantuvo nuestros nombres fuera de los periódicos.

—Tal vez deberían habérselo contado. Estoy segura de que tu abuelo jamás te habría obligado a casarte si hubiera sabido de la tragedia.

—Mi abuelo era un hombre enfermo. Desde que era pequeño, luchaba contra varios tipos de cáncer. Se recuperaba de uno, solo para que un año después apareciera otro. Por eso mi padre lo protegió. Pero si estuviera vivo hoy, le agradecería. Tú fuiste lo mejor que me pasó en la vida, Chelsea. Erré tanto que solo mi fe en lo que sentimos el uno por el otro me hace creer que tu corazón, algún día, podrá perdonarme. No tengo prisa. Tenemos toda la vida, pero te prometo que nunca más dudaré de tu palabra. Mi mente estaba tomada por el odio. No quería a Hernández cerca de ti y el video de él abrazándote, tocando tu mano en la cafetería, me volvió loco.

—Nunca te traicionaría, de ninguna manera. Deberías haberme contado la verdad desde el principio y jamás habría dejado que él se acercara a mí.

—No soy bueno compartiendo mi intimidad, Chelsea. Durante mucho tiempo solo cargué odio dentro de mí, y luego apareciste tú y me mostraste que yo era capaz de amar. Estoy luchando una guerra interna —dice, colocando el puño cerrado sobre el corazón—, pero aceptaré que vayamos a tu ritmo, hasta que entiendas que tu lugar está a mi lado. En mi cama. En mi vida. Con nuestros hijos.

"Hasta que entiendas que tu lugar está a mi lado. En mi cama. En mi vida. Con nuestros hijos".

Me quedé dormida escuchando su voz. Me he sentido cansada y atribuyo tanto sueño al embarazo. Hoy, además, el día fue excepcionalmente intenso, y por más que quisiera mantener los ojos abiertos para no mostrar debilidad frente a Santiago, no pude.

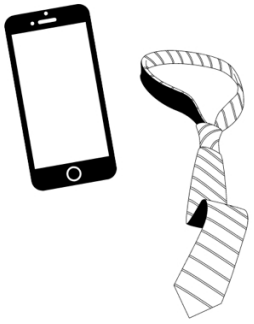
En medio de la niebla del sueño, siento que él me carga y me coloca con cuidado en la cama.

—No debiste hacer esto. Aún no he aceptado perdonarte —digo, muerta de sueño.

—Lo sé, pero dije que iría despacio y no que dejaría de tocarte siempre que tuviera la oportunidad. Te amo, Chelsea. Siempre te amaré.

—No quiero tu amor.

—Sí lo quieres, porque aunque no lo merezca, aunque sea un idiota y deberías echarme, sabes que tu lugar es conmigo. Nos pertenecemos el uno al otro.



Chelsea



Capítulo 59

Me desperté a la mañana siguiente con una sensación de pánico. Casi salto de la cama, imaginando que nada de lo ocurrido el día anterior había sido real, porque si soy honesta conmigo misma, aunque mi corazón esté cargado de rencor, lo amo y quiero darle una segunda oportunidad.

Al abrir los ojos, noto que estoy solo con mi ropa interior, sin zapatos, y que Santiago no está en ninguna parte. Tomo un baño y salgo en su búsqueda. Debe estar despierto, porque según el reloj en la mesita de noche, son más de las diez. Sin embargo, no se escucha ni un sonido en la casa, y en mi mente, el miedo de que se haya ido se instala, haciéndome correr hacia la sala.

Al ver una pequeña maleta en el pasillo, para mi alivio y vergüenza, respiro profundamente. Debe haber ido a su coche, en medio de la nevada, a buscar su equipaje, lo que significa que pretende quedarse.

Camino hacia la sala, segura de encontrarlo trabajando en la computadora, pero lo que veo me llena de terror. Santiago está pálido como una hoja de papel. Desnudo, salvo por sus boxers, y parece no respirar.

Me acerco y pongo mi mano en su frente. Está ardiendo de fiebre.



Durante tres días enteros luché para controlar la fiebre, pero nada lograba bajarla.

En medio de sus delirios, me pedía perdón a mí y también a nuestro bebé. Hablaba, en su estado semiinconsciente, de verme bailando flamenco bajo la lluvia y de cómo supo, desde la primera vez que hizo el amor conmigo, que yo era la mujer de su vida.

Le pidió perdón a Elisabeth y a Bryan.

Habló con Sally y le dijo que la amaba.

Dialogó con Alelia y le juró que la vengaría.

Durante el tiempo que estuvo enfermo, tuve acceso a un Santiago que, estoy segura, nadie más en el mundo conoce.

Vi al hombre sin máscaras.

Apasionado, arrepentido. Mi amor.

Entre las batallas para lograr que mejorara, logré que tomara un baño y lo llevé a la cama matrimonial, en la única habitación de la casa. Todas las noches, me atraía hacia sus brazos y yo me dejaba quedar, sintiendo su piel arder por la enfermedad.

Por primera vez, pude cuidar de él y no al revés. Por primera vez, estuvo en mis manos, y poco a poco, el rencor fue cediendo terreno al amor.

Es la mañana del cuarto día y me preparo para levantarme y tomar el termómetro cuando, al girarme, lo veo mirándome.

—No fue un sueño —dice.

—Estuviste enfermo —respondo torpemente, intentando cubrirme, pero es demasiado tarde—. Por lo visto, ahora estás curado.

—¿Vas a echarme?

—¿Y qué pasa si lo hiciera?

—Compraré la casa de al lado.

—¿Te volviste loco? No me quedaré aquí para siempre.

Quisiera decir mucho más, llamarlo prepotente y arrogante, pero la verdad es que justamente su manera de ser siempre me ha enloquecido en todos los sentidos.

—Estoy más lúcido que nunca. Mi único momento de locura fue dejarte ir de nuestra casa en Madrid. Detén el divorcio, Chelsea. Sé que lo que te pido es un salto de fe al vacío después de todo lo ocurrido, pero aun así, lo hago. No quiero acabar con nuestro matrimonio. Me odias por el dolor que te causé, pero divorciarte de mí no lo hará desaparecer. Dame otra oportunidad de probar que soy tu amor y que estoy arrepentido.

Vuelvo a apoyar la cabeza en la almohada y cuando abro los ojos, está más cerca, aún sin tocarme, pero flotando sobre mí.

—Si acepto, será a mi ritmo. No estoy lista para todo aun.

—Esperaré. No me importa tomar duchas frías todos los días para calmar mi deseo. Pero ten en cuenta que el día que te tome de nuevo, te mantendré despierta por horas.

Mi cuerpo tiembla violentamente ante la promesa ardiente y, para no hacer algo de lo que me arrepienta o mostrar cuánto me consume en este momento, me levanto, tomo algo de ropa del cajón y huyo al baño.



Acabo de hablar por teléfono con Shyla. Le conté todo y me reveló que Santiago la había buscado antes de venir aquí. También me dijo, con su habitual sinceridad, que sabía que nos reconciliaríamos porque jamás había visto a dos personas tan enamoradas.

No puedo estar en desacuerdo. No puedo decir que el rencor se haya ido, pero sería hipócrita negar mis sentimientos por él, y sé que

lo mismo ocurre del otro lado.

Vuelvo a tomar el teléfono móvil y esta vez completo la llamada con mis padres. La conversación, que hago desde mi cuarto por videollamada, es más difícil. Solo les digo que Santiago y yo hablamos del futuro, pero aún no toco el tema del bebé.

Mi padre parece molesto, pero asegura que confía en mis decisiones.

No sé lo que estoy haciendo ni si algún día superaré lo que pasó entre nosotros, pero hay algo que sí sé: si no lo intento, si no me arriesgo, me arrepentiré para siempre.



Santiago

La nevada ha disminuido, pero aún hace mucho frío, así que decido cortar leña para la chimenea del cuarto y la de la sala.

No es el frío lo que me impulsa a trabajar con fuerza, sino el deseo que ha mantenido mi cuerpo tenso desde que desperté del estado febril, hace unas cuarenta y ocho horas.

Termino de cortar otro manojo de leña, el tercero del día, y siento los músculos de mi cuerpo y brazos arder de agotamiento, pero aún planeo cortar un poco más antes de que oscurezca.

—¿Qué crees que estás haciendo? —me pregunta al entrar en la cocina y colocar la leña en un pequeño cuarto que sirve de depósito.

Me encogí de hombros.

—Necesitamos leña.

—Santiago, si sigues así, acabarás con todos los árboles en un radio de cien kilómetros.

—No sé de qué hablas —desvío la conversación y me dirijo hacia el baño, porque solo respirar el mismo aire que ella me enloquece.

—¡Santiago!

—Dejaré de cortar tus preciados árboles, señora Velasco-Sanchez. No sabía que necesitaba permiso para proveer madera para calentarnos.

—No se trata de eso, y lo sabes muy bien.

Estoy en el baño, completamente desnudo, y discutimos a través de la puerta cerrada.

—No sé qué diablos quieres de mí, Chelsea. Estoy haciendo todo lo posible por cumplir mi palabra, pero soy humano.

—¿Y si matarte cortando leña es una prueba de humanidad? ¿Puedes al menos abrir la puerta para discutir como dos adultos?

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

—Absolutamente. No somos niños para jugar al teléfono descompuesto y…

Se calla cuando abro la puerta del baño y aparezco completamente desnudo, con mi verga bien dura rozando mi abdomen.

—¿Qué…?

—¿"Qué estoy haciendo"? Ya que cortar leña te molesta, la opción es una ducha fría o agarrarte y meterte la verga toda la noche. Nunca te tocaría sin tu consentimiento, aunque sé que en cinco minutos estarías rendida. La única alternativa, aparte de romper mi promesa de ir despacio, es tomar una ducha helada.



Chelsea

La electricidad entre nosotros hace que el aire se vuelva denso.

Lo miro a él, mi marido, el hombre más hermoso para mí en el mundo entero, y siento mi cuerpo arder de deseo.

La frustración controla mi sangre por tener que resistirme a él.

Tengo dos metros de un español de piel dorada mirándome como si quisiera devorarme, y no puedo entregarme aunque cada célula de mi cuerpo implore hacerlo.

La tensión me hace estremecer.

—Deberías cubrirte.

—No. Tú me llamaste. Estaba a punto de entrar a la ducha y masturbarme. Debo tocarme dos o tres veces todos los días para calmar mi hambre por ti.

—No digas eso.

Lo observo, completamente hipnotizada, envolver su mano alrededor de su enorme miembro y empezar a moverlo.

—Me voy.

—No lo harás. Quieres mirarme. No, lo que quieres, en realidad, es arrodillarte y tragarte mi verga con esa deliciosa boca. Dime si no sueñas que yo sostenga tu rostro y penetre tu garganta como tantas veces. O con mi lengua devorando tu vulvita, y mi verga llenándote.

—¡Basta!

—Quítate la ropa, Chelsea. No te tocaré a menos que lo pidas, pero déjame llegar a mi orgasmo viéndote desnuda.



Santiago



Capítulo 60

Siento mi garganta secarse al ver que lo que ha sido el centro de mis sueños en las últimas semanas finalmente sucede.

En menos de un minuto, Chelsea está desnuda.

—No puedes tocarme.

—¿Puedes tocarte para mí? —pregunto.

No responde, pero veo en sus ojos un brillo cargado de deseo.

—Ve al dormitorio. Siéntate en el borde de la cama. Pon los pies sobre el colchón y muéstrame lo caliente que estás, esposa.

—Todavía te odio.

—Ódiame, no me importa. Te amo, Chelsea. Ahora, obédeme.

Respiro hondo, intentando calmarme, pero la visión de mi mujer desnuda haciendo exactamente lo que le ordené alimenta el fuego que arde sin cesar en mi sangre.

Me apoyo en el marco de la puerta, en un lugar que considero seguro para controlar mis impulsos, y la observo. Su vulva brilla de lujuria y solo con mirarla siento la tensión en su cuerpo.

No me enfrenta con la mirada. Mantiene los ojos fijos en el suelo, pero su respiración es pesada y sé que, por más que esté enojada en este instante, me desea. Chelsea es la mujer más sensual con la que he estado. Su apetito sexual por mí, al igual que el mío por ella, es inagotable.

—Tócate, *mi amor.* Desliza tus dedos por esa vulva hermosa y déjame ver cuán ansiosa estás por ser penetrada.

Mi voz es autoritaria, pero no por arrogancia, sino por el hambre voraz que siento.

La sangre me bombea con urgencia y la mezcla de deseo, amor y pasión inflama todo mi cuerpo.

La veo dudar, pero pronto empieza a acariciarse y gemir.

—Jala tus pezones con la otra mano, mi vida.

Verla rendirse a mis órdenes me vuelve loco. Con un suspiro, Chelsea se entrega, comenzando a tocarse como cuando quería provocarme en el pasado.

Mis ojos siguen cada movimiento, absorbiendo la escena con hambre.

—Mira cómo me provocas —le digo, moviendo la mano casi con violencia sobre mi verga, en cuya cabeza me gotea líquido preseminal.

Me acerco a la cama, me coloco al borde, y ahora ella me mira mientras se acaricia.

Con la punta de los dedos explora su propio cuerpo, gimiendo de placer al ver que solo con mirarla estoy perdiendo el control.

Lucho contra el impulso de avanzar y dominarla físicamente.

No hay nada más torturante y al mismo tiempo más enloquecedor que verla darse el placer que tanto anhelo darle.

Sus gemidos, sus manos inquietas moviéndose sin cesar, hacen que mi deseo sea doloroso.

En este momento, Chelsea parece vulnerable, pero también poderosa, y cuando llega al clímax y cierra los ojos, con la cabeza echada hacia atrás, acelero el movimiento de mi mano.

Siento mis músculos tensarse, el calor recorriendo mi cuerpo como una llama incontrolable.

Chelsea arquea la espalda y muerde sus labios, disfrutando su orgasmo con intensidad y un gemido contenido.

Un instinto primitivo grita por dejar de contenerme, tomar sus muslos sobre mis hombros y perderme en su cuerpo, pero resisto, lo que solo demuestra cuánto la amo. Nunca romperé su confianza, y prometí no tocarla.

Cuando sus ojos se abren nuevamente, hay en ellos una mezcla de desafío y deseo, y noto que algo ha cambiado entre nosotros. La barrera que antes existía empieza a derrumbarse, fragmentada por el poder de nuestro amor.

Acelero mis movimientos, con la mirada fija en ella, que parece hambrienta por mi verga.

Mis dedos se deslizan sobre su piel y un sonido ronco de placer escapa de mi garganta.

Su deseo es evidente, y puedo ver que cuanto más me acerco al orgasmo, más se rinde a mí.

No puedo contenerme más y, con un último gemido, siento cómo la liberación de mi placer me atraviesa, mojando mi mano. Mi cuerpo convulsiona por la intensidad del deseo que siento, sin apartar la vista de ella.

Ambos respiramos con dificultad.

La tensión previa entre nosotros parece suavizada y la distancia emocional se disuelve por el acto íntimo compartido.

—Te quiero. No me importa que discutamos después. No te estoy pidiendo promesas, pero necesito sentirte a mi lado.

Ella abre la boca y estoy seguro de que dirá que sí, cuando de repente escuchamos un coche estacionar afuera.



Chelsea

Toda la familia.

Papá, mamá, Beryl, Sapphire y mi suegro.

La sorpresa fue la llegada de Mirena con el señor Ruiz y el anuncio de que estaban comprometidos.

Santiago y yo solo tuvimos tiempo de ponernos ropa, ambos oliendo a sexo, y lavarnos las manos antes de enfrentar la *invasión amorosa.*

Ni siquiera pude procesar todo lo ocurrido y pasé junto a él, con el rostro ardiendo de vergüenza, al entrar en la sala. Pero no era solo eso lo que ardía dentro de mí, sino la certeza de que no puedo vivir sin él.

Mientras mi padre mira a Santiago con desconfianza, mis hermanos actúan como si lo hubieran visto ayer y mamá no deja de mirarme a mí y a su yerno. El señor Ruiz me abraza con cariño.

—¿Puedes venir conmigo a la cocina un momento? —me llama, e intuyo que quiere privacidad, porque la casa es demasiado pequeña para tanta gente.

—Claro.

—Gracias por aceptarlo de nuevo —dice cuando llegamos.

—Yo…

Hace un gesto con la mano, interrumpiéndome.

—Los he observado a ambos, querida. Se aman profundamente. Sé lo que Santiago hizo, pero te aseguro que en el momento en que te fuiste de la casa, ya estaba arrepentido. Te juro que incluso pensé que lo iba a perder. Ni siquiera cuando…

Él se detiene, pero yo continúo:

—¿Cuando ocurrió la tragedia con Bryan, ibas a decir?

—¿Él te lo contó?

—Sí, me contó todo.

Veo el asombro en su expresión.

—Ni siquiera cuando pasó eso lo vi tan destrozado como después de que te fuiste, Chelsea. Sé que hubo razones para que te fueras, pero lo único que te pido es que consideres cuánto se aman y si el orgullo es más importante que condenarse a una vida entera sin el hombre que eligieron.

—Lo que ocurrió en el pasado no fue culpa tuya —desvío la conversación, porque aunque ya tomé una decisión, no se lo diré al padre de Santiago, sino a mi marido.

—No tienes idea de lo que fueron esos años, hija mía. Durante el primer año, Santiago no salía de casa. Tuve que contratar un tutor

para que le diera clases. No se bañaba ni comía. Llegó a pesar cincuenta kilos. Siempre fue alto, incluso en la adolescencia, así que puedes imaginar lo delgado que estaba. Poco a poco parecía mejorar, pero a los dieciocho entró de nuevo en un proceso autodestructivo que solo fue detenido por el amor de mi nuera.

—Fue cuando Elisabeth murió.

Asiente con la cabeza.

—He tenido esta conversación cientos de veces con mi hijo, Chelsea. Para quien carga culpa, es imposible ver la situación con objetividad, pero quizás puedas entender. Cualquiera que hubiera estado al volante aquel día habría matado al niño. Era muy pequeño, caminaba entre los coches mientras su madre hablaba por teléfono.

—¡Por Dios!

—No quiero hablar mal de los muertos, pero la verdad es que Elisabeth no tenía condiciones para cuidar ni de sí misma. Mandé a investigarla con la intención de ayudar. La asistencia social había retirado a Bryan de sus cuidados varias veces. Lo amaba, sin duda, pero el amor no es suficiente para criar a alguien. Se requiere responsabilidad, y eso significa anteponer los intereses de los hijos a los propios.

—Eso hicieron siempre mis padres con nosotros.

—Tus padres son maravillosos. El día que Bryan murió, ella acababa de ir a buscarlo de un hogar de acogida al que el Estado lo había enviado por varias semanas. Fue una tragedia y desearía poder volver el tiempo atrás, no porque crea que si yo hubiera estado al volante habría evitado que el niño muriera, sino para liberar a mi hijo de la culpa. Mientras la mayoría de los chicos disfrutaba la adolescencia, Santiago se hundía en depresión y odio hacia sí mismo.

—Ella siguió escribiéndole.

—¿Qué?

—Cuando me fui de Madrid, unos días antes, tuvimos una pelea y vi una foto de una mujer embarazada caída en el suelo. Pensé que era una mujer con la que había tenido un hijo y había abortado —digo, avergonzada—. Luego, ya aquí, Santiago me contó quién era, y que Elisabeth le enviaba cartas y fotos de ella embarazada y de

Bryan en el cumpleaños del niño, en el aniversario de la tragedia, y también en su cumpleaños, para recordarle que él tenía una vida y su hijo no.

Veo llorar a mi suegro y lo abrazo, dejando que mis lágrimas caigan también.

De repente, siento más brazos a nuestro alrededor y no necesito girarme para saber que son mis padres.

Por mucho tiempo, los cuatro permanecemos así, y cuando mi padre se aleja, no tengo dudas de hacia dónde irá.



Santiago



Capítulo 61

—Chelsea te ama. —Oigo decir a mi suegro, quien se había ido de la sala junto a su esposa.

Desde el momento en que me reencontré con ella, Rex me ha mirado con desconfianza, y ¿quién podría culparlo?

Me giro hacia él y noto, por el rabillo del ojo, que Mirena, la prometida de mi padre, juega con Sapphire mientras Beryl revisa su teléfono móvil.

—Tenía la esperanza de que Chelsea todavía me amara porque no puedo vivir sin ella. Por eso vine a buscarla.

—Mi hija nunca me contó exactamente qué pasó en España que la hizo irse, pero sé que fue algo serio. También estoy seguro de que, a pesar de todo, su amor por ti es más fuerte que el rencor. Desde que volvió, Chelsea nunca se quitó el anillo.

—Me di cuenta.

—Tal vez para ti eso sea un gesto sin importancia, pero no para mi niña. Chelsea creció en una casa donde el concepto de matrimonio es mucho más que un juramento ante un juez o una fiesta para los invitados. Tiene que ver con amor, lealtad y, sobre todo, confianza mutua. Aunque no me haya contado toda la historia, de algún modo tengo la intuición de que fallaste en el último aspecto. Chelsea está en la cocina ahora mismo, llorando en los brazos de su madre y de su suegro, Santiago. Y debo decirte que

lamento mucho lo que te pasó en el pasado, pero si la lastimas otra vez, este campesino te perseguirá con una escopeta en la mano.

—Nunca volveré a fallarle, Rex. Las semanas que pasamos separados fueron como arrancarme el corazón del pecho. Chelsea es mi mundo.

—Santiago. —La oigo llamarme, pero por varios segundos no me muevo, manteniendo la mirada en su padre, quien parece intentar ver mi alma para saber si hablo en serio.

Él rompe el contacto visual primero y solo entonces voy hacia mi mujer.

—¿Qué quieres, mi amor?

—¿Qué estaba pasando entre ustedes? —me pregunta mientras me lleva a la habitación.

—¿No te lo imaginas?

—¿Mi padre te estaba presionando?

—No. Solo quería asegurarse de que nunca más voy a fallarte. En su lugar, haría lo mismo. Si estás esperando una niña, mi futuro yerno puede vivir un infierno en su camino.

—¿Crees que estás listo para ser padre?

—Nadie está listo para ser padre, ni siquiera quienes ya lo son. Ahora, si lo que quieres saber es si estoy listo para asumir la responsabilidad de nuestro bebé, no tengas ninguna duda.

—Necesito ir al médico.

—¿Qué?

—Solo hice una consulta en Madrid, después no más.

—Chelsea, tenemos que hacerlo de inmediato.

—Iré a la clínica de la ciudad.

Me alejo de ella y voy hasta la ventana, contando hasta diez mentalmente para controlarme. No sirve de nada.

—No puedo hacer eso.

—¿Hacer qué?

—Puedo tirarme al suelo y dejar que pases por encima si eso hará que confíes en mí otra vez, pero no puedo cambiar quien soy. Que tú permanezcas en esta ciudad, en esta cabaña aislada… no tiene sentido alguno. Si no quieres regresar conmigo a España, quedémonos en la casa de tus padres. Aquí, no.

Ella me mira y por primera vez no puedo adivinar lo que está pensando.

—No quiero que cambies. Tienes razón sobre que la cabaña es aislada. No puedo quedarme aquí, solo necesitaba huir por un tiempo. Pero lo que dije sobre no querer que cambies se refiere a tu personalidad, no a tus prejuicios.

Me acerco a ella, tirando por la borda la promesa de no tocarla, y la presiono contra la pared.

Es como juntar dos cables pelados, porque inmediatamente puedo ver en su mirada que está pensando en lo que hicimos antes de que llegaran nuestros padres.

—Pídeme que pare, o te besaré.

—No pares. Bésame.

Le sostengo el cuello y la cara con ambas manos al mismo tiempo.

Inclino mi cabeza, tomando su boca, y no hay tiempo para prepararse. Apenas nuestros labios se tocan, las lenguas crean un ritmo propio, una mezcla de danza y batalla donde su sabor se mezcla con el mío.

Ningún beso que nos hayamos dado hasta ahora podría compararse con este. Este está hecho de hambre, deseo y locura. De amor, nostalgia y promesa. De fe, lealtad y perdón.

Es un beso libre de orgullo o vanidad. Libre de miedo y rencor. Un beso de amor crudo y necesario.

Cuando finalmente nos separamos, nuestros ojos se encuentran y puedo ver el fuego que arde dentro de mí reflejado en ella.

—Te amo —le juro.

—Yo también. Nunca más me decepciones. Nunca le he puesto la otra mejilla a nadie, y no lo estoy haciendo ahora. Esta es una nueva oportunidad para los dos, porque si digo que no te quiero, ambos perderemos en este juego, así que no pienses que te acepto de vuelta por tu dolor. Lo hago por el mío, por puro egoísmo, porque quiero todo de los dos. A ti y a nuestro bebé.

—No me importa la razón, pero necesito palabras. ¿Qué me estás diciendo, Chelsea?

—Quiero intentarlo de nuevo.

Cierro los ojos y apoyo nuestras frentes.

—Nunca te arrepentirás de…

—Aún no he terminado. Nos quedan casi seis meses del contrato original. Ese será también el plazo de esta segunda oportunidad, Santiago. Demuéstrame que soy tu mundo como tú eres el mío y seré tuya para siempre.



Chelsea no tiene ninguna oportunidad contra mi amor.

Aunque haya aceptado que volvamos, algo me dice que en el fondo apuesta a que fracasaré, porque tiene miedo. Lo que no sabe es la magnitud de mi amor.

Mientras la escucho contarle a nuestra familia sobre el embarazo, una hora después ya hago planes.

Cuando nos casamos, la arrastré a mi mundo. Para recuperar su confianza, daré vuelta todo.

—¿Por qué estás tan callado mientras todos hablan sin parar?

—Un buen estratega no revela sus planes.

—Pensé que éramos un equipo.

La tomo para un beso y escucho la risa de Sapphire.

Cuando nuestros labios se separan, beso su nariz y su frente.

—Todavía no, pero lo seremos de nuevo pronto, cuando vuelvas a confiar en mí.



Chelsea
Nueva York

Toda nuestra familia está afuera, en el pasillo, excepto Armani con su clan, y el medio hermano turco, Can, quien, según me contó Santiago después, fue el responsable de que él descubriera que estoy embarazada.

Cuando Robyn supo que no solo habíamos hecho las paces, sino que también esperaba un bebé, voló con Alexandros y los hijos hasta aquí, de modo que el pasillo de la clínica parece un manicomio.

Nuestros familiares durmieron en la cabaña, lo que hizo imposible que mi marido cumpliera las promesas que sus ojos me hicieron toda la noche después de nuestra conversación. Esta mañana vinimos a Manhattan para hacer una consulta con un obstetra recomendado por sus amigos.

La expresión del médico no es buena; eso hace que mis manos se enfríen, y sé que Santiago lo nota, porque no las ha soltado desde que me recosté en la camilla.

—¿Hay algo mal con el bebé? —pregunto, tan ansiosa que me siento un poco mareada.

Miro el monitor, pero no puedo entender nada de lo que aparece allí.

—¡Habla de una vez! —Santiago le gruñe cuando el hombre revisa anotaciones y vuelve a mirar la pantalla. Mi marido parece tan nervioso como yo.

—El médico que te atendió en Madrid se equivocó con las cuentas. ¿Él había mencionado seis semanas?

—Sí.

—En ese caso, tendría que tener casi diez ahora. Los bebés en la pantalla tienen al menos quince semanas, lo que significa que esta ecografía ya debería haberse hecho hace tiempo, porque…

—¿Bebés? —Santiago es el primero en reaccionar, pero no mira al médico, sino a mí.

—Claro. Son dos —dice el obstetra, confundido—. ¿No lo sabían?

Apenas puedo verlo ahora, mis ojos están llenos de lágrimas. Niego con la cabeza.

—Dios, gracias por esta bendición —rezo en voz alta.

—¿Hay casos de gemelos en tu familia? —pregunta Santiago.

—Sí, por parte de mamá.

—¿Tendremos dos hijos a la vez? —repite mi marido, maravillado, y no creo que se dé cuenta de su propia felicidad.

—Dios mío, ¿no lo sabían? Sí, son dos fetos. ¿Quieren saber el sexo?

Santiago me mira, por primera vez desde que lo conozco, como incapaz de decidir.

—Sí, quiero —digo.

Sonríe y se inclina para besarme.

—¡Tendremos dos hijos! —repite, como si acabara de ganar la lotería.

—¡Dos *hijas*! —lo corrige el médico segundos después—. Felicidades, papá y mamá. Tenemos dos niñas saludables aquí.

Cuando varios minutos después el examen termina y nos deja a solas, Santiago me ayuda a levantarme de la camilla y me abraza.

—Dos hijas, mi hermosa.

—Sé que no era lo que planeaste, Santiago, y que por mi causa rompiste tu promesa —digo, secando una lágrima—, ¡pero estoy tan feliz! Nunca pensé que podría sentirme completa así.

—No pienses más en eso. Creo que ya pagué un precio alto por Bryan. Estoy cansado de cargar culpa, Chelsea. Por eso casi te pierdo. Solo me queda resolver una cuestión… o dos —continúa con misterio—, y luego empezaremos de nuevo desde cero.



Capítulo 62

New York

Podría haberla llevado a mi casa en Brooklyn, pero no pude esperar para tenerla en mis brazos.

Cuando cruzo el umbral de la suite presidencial del Caldwell-Oviedo Tower[13] con ella en mis brazos, después de semanas de distanciamiento y sin poder tocarla, ya que el "aperitivo" en la cabaña de ayer solo encendió aún más mi hambre, y ahora con la noticia de que seremos padres de gemelas, apenas logro controlar mi deseo.

La desvisto despacio, saboreando el placer como quien abre un regalo largamente deseado, pero cuando llega mi turno de quedar desnudo, la ropa desaparece en segundos.

—Te amo y nunca volveré a dejarte ir.

Nuestros corazones laten al unísono, ambos hambrientos, deseosos y enamorados.

Sin embargo, hace falta un beso para que el deseo nos domine con la fuerza de una avalancha.

Nuestros cuerpos se buscan con desesperación y nuestras manos exploran en busca de reconocerse mutuamente.

Sus labios, suaves y calientes, encuentran los míos, y cada beso está cargado de la intensidad que hemos reprimido durante tanto tiempo.

Cuando finalmente le meto la verga, el deseo intenso que tuvo que ser contenido hasta ahora me domina por completo.

Nos movemos en armonía, alternando entre deseo brutal y amor incondicional, y cuando alcanzamos el orgasmo juntos, me siento completo de nuevo.

—Juré que jamás te dejaría ir y eso fue exactamente lo que quise decir. No puedo vivir sin ti, Chelsea. Nunca te vayas otra vez.



Dos meses después

Mi padre se casó con Mirena, mi empleada. Tras varias décadas soltero, amargado por la soledad tras el abandono de mi madre y saltando de cama en cama a lo largo de los años, finalmente volvió a enamorarse.

No creo que Dios pudiera unir a dos personas más parecidas. Ambos son tranquilos, odian los conflictos y, lo más importante, parecen completamente locos el uno por el otro. Mi padre es un buen hombre y merecía alguien que correspondiera su amor, porque, en el fondo, creo que mi madre nunca estuvo verdaderamente enamorada de ninguno de sus tres esposos, o si lo estuvo, fue breve, un sentimiento que no duró nada.

—Chelsea, ¿cuándo podremos nadar en el lago? —Oigo preguntar a Sapphire.

Desde donde estoy, puedo ver a los tres hermanos caminando con un perro, Arnold, que encontraron en la calle y los Raymond rescataron.

—Todavía no. No importa que el sol esté volviendo, el agua sigue muy fría.

—¿Y cuándo traerá la cigüeña a nuestras niñas? Quiero jugar con ellas. Incluso puedo prestarles mis arcos de unicornio. ¿Ya eligieron los nombres? No me gusta llamarlas "las niñas" y…

—Por Dios, Sapphire, me duele el oído de tanto que hablas. ¡Deja de hablar un momento! —pide Beryl, y Chelsea se ríe cuando mi cuñadita le saca la lengua al hermano.

—La casa está quedando hermosa —dice mi suegra, sentándose a mi lado.

Al principio, cuando Chelsea y yo regresamos, ninguno de mis suegros parecía confiar en mí, pero poco a poco me aceptaron de nuevo, sobre todo después de que compré la propiedad contigua a la de ellos. Hice derribar la casa existente y construir una nueva para que Chelsea, nuestros hijos y yo podamos quedarnos cuando visitemos a su familia.

Me hice la promesa de no obligarla a adaptarse a mi mundo. Aunque ya lo hablamos y Chelsea sabe que no puedo vivir fuera de España porque el noventa por ciento de mis negocios están allí, ella todavía no está lista para regresar a mi país, así que reajusté toda mi vida para pasar este tiempo hasta el nacimiento de nuestras hijas junto a sus padres, aunque falten muchos meses para el parto.

Cuando nazcan, regresaremos a casa, porque Chelsea ya dijo que quiere retomar el proyecto de la escuela de baile, que está lista para inaugurarse. Sé que ha estado hablando con Viliana por teléfono y que su mentora sigue dispuesta a liderar el proyecto como directora. En cuanto a mi esposa, solo quiere bailar y enseñar flamenco a niños que, de otra manera, no tendrían esa oportunidad.

Mirena y papá están en New York, a ella la transferí a la sede del Velasco-Sanchez Group, pero ella ha trabajado de manera remota desde Estados Unidos para estar cerca de él, porque mi padre dijo que no perderá el nacimiento de sus primeras nietas por nada en este mundo.

—Tal como lo soñó tu hija —finalmente digo.

—La amas de verdad.

—Sí, siempre la he amado.

—No estaba segura de que fueran a funcionar después de que regresaron, pero basta verlos juntos para entender que nacieron el

uno para el otro.

—Cometí un error una vez, Ametrine, pero jamás volverá a suceder.

—No te martirices por eso, hijo. Confiamos en ti. Ahora dime, ¿están bien en esa casa de huéspedes? Sé que hicieron reformas, pero no es el tipo de propiedad al que estás acostumbrado.

Ella se refiere a una pequeña casa en el terreno de la nueva que estamos construyendo. Aunque Rex hizo reformas aquí, sigue siendo demasiado pequeña para seis personas. Además, me gusta la privacidad para hacer que mi mujer grite mi nombre mientras alcanza el orgasmo.

—Sí, estamos bien. Nada puede ser peor que la casa en la que Chelsea pasaba las vacaciones cuando la reencontré.

Se ríe.

—Bueno, eso es cierto.

Veo a mi esposa, con la pancita ya pronunciada, acercándose a nosotros, y quedo hipnotizado por el vaivén de sus caderas. Recuerdo cómo me montaba arriba mío la noche anterior y siento mi verga endurecerse, así que, como me parece totalmente inapropiado excitarme junto a mi suegra, pido permiso a Ametrine y voy hacia mi esposa.

Solo necesito estar a unos metros de ella para darme cuenta de que algo anda mal.

—¿Qué pasa?

—Sapphire me estaba mostrando su pulsera y entonces recordé una conversación que tuvimos tú y yo.

—No entiendo nada, Chelsea.

—Entre esas joyas que Hernández puso en mi bolso, fingiendo que me las daba como pago, me acordé de que dijiste que había una pulsera que habías obsequiado a tu tía, ¿cierto? Fue exactamente por eso que te volviste loco conmigo ese día, ¿no? Por pensar que había recibido joyas de ella como pago.

—Sí, una joya en específico, la pulsera —afirmo, aún sin entender a dónde quiere llegar—. Se la di en su último cumpleaños antes de que desapareciera —recuerdo.

—¿Y qué más?

—¿Qué?

—Ayer, cuando hablamos sobre las joyas, algo que dijiste se me quedó grabado en la mente.

—¿Algo que te dije?

—Sí. Me dijiste que Alelia, tu tía, juró que nunca dejaría de usar esa pulsera hasta el día de su muerte.

Miro a Chelsea, entendiendo de inmediato a dónde quiere llegar.

—Y si Hernández tenía la pulsera, solo puede significar que la sacó de su brazo, porque hasta la última vez que la vi, mi tía seguía cumpliendo la promesa de usarla.

—Sí, eso mismo pensé. Puede que no sea nada, pero también puede llevarnos a algún lugar, ¿no?

La atraigo hacia mí y la beso con pasión.

—No solo eres hermosa y sexy. También eres una genia. Te amo, esposa. ¿Cómo pude no pensarlo antes?

—Porque a veces el odio nos impide ver con claridad, Santiago, pero para tu suerte, estoy aquí para ser tu luz al final del túnel.

—Eres mucho más que eso. Junto a nuestras hijas, eres mi mundo, Chelsea.



Dos semanas después
España

—¿Lo arrestaron, entonces? —pregunta Can al otro lado de la línea.

—Sí, por fin.

Después de más de una década luchando por justicia para mi tía, el maldito responderá por lo que le hizo.

La pista de Chelsea, junto a un correo que recibí de Alelia agradeciendo por la pulsera y prometiendo no dejar de usarla, generó la causa probable para que pudieran acusar a Hernández por la desaparición de ella, ya que, pese a lo que él alegó cuando ella desapareció (que había huido con otro hombre), nunca hubo movimientos en sus cuentas bancarias ni fue vista en ningún lugar del mundo.

Un juez autorizó una orden de registro para todas sus residencias, y en una de ellas, en la costa de España, se encontraron imágenes de lo que los investigadores creen fueron los últimos momentos de mi tía.

En las fotografías, su rostro está completamente golpeado, y su mirada, aterrorizada. Parecía como si la hubieran arrojado a una fosa poco profunda y alguien estuviera a punto de enterrarla viva.

El miserable no se conformó con matarla. Guardó registros de sus últimos momentos como si fueran un trofeo.

Contarle esto a mi padre fue una de las cosas más difíciles que he hecho en mi vida. A pesar de nunca haber sido cercano a su hermano, jamás imaginó que sería capaz de algo así. Cuando le revelé las pruebas, sin embargo, aceptó la verdad.

—¿Pero todavía no encontraron el cuerpo? —pregunta Can, haciéndome volver a la conversación.

—No, pero jamás dejaré de buscarla. Alelia estuvo a mi lado cuando más la necesité —digo, porque ahora tanto él como Armani saben sobre Bryan en detalle— y le daré un lugar digno para descansar, no una fosa perdida en medio de la nada. Estoy ordenando que reconstruyan todos los pasos de Hernández en el tiempo en que tomó esas fotografías. Si las imágenes estaban en la casa de la playa, es probable que la haya enterrado en algún lugar cercano.

—¿Qué piensas hacer?

—Iré a visitarlo a la cárcel. Por eso dejé a mi esposa en Estados Unidos con sus padres. Quiero mirar a ese hijo de puta a los ojos y decirle que perdió.

—Mandaré a mis hombres a buscar a tu tía también.

—Gracias por eso. Quizá trabajando juntos logremos resultados más rápido. Rey, Armani y Alexandros están empeñados en encontrarla, al igual que nosotros.

Él guarda silencio, y sé que es porque mencioné a nuestros hermanos.

Can me ha llamado al menos dos veces por semana desde que estuvo en mi casa en Madrid, y poco a poco el hielo entre nosotros se ha derretido. Sin embargo, no ha mostrado interés en buscar a los otros.

—¿Can?

—Sí.

—Quieren conocerte.

Espero una negativa, como las otras veces que mencioné el tema, pero para mi sorpresa responde:

—Busquen un lugar. Donde sea mejor para ustedes.



Santiago



Capítulo 63

Unos días después

Observo mi reflejo en el vidrio de la última puerta que me separa de la sala donde encontraré a Hernández. Solo necesito dar unos pasos para estar frente a frente con el miserable, y mi mano se tensa instintivamente en puños a los costados del cuerpo; tan grande es la necesidad que siento de estrangularlo. Pero para él, la muerte es muy poco. El peor castigo que recibirá: pudrirse vivo en una celda.

Para alguien que destruyó a una mujer de corazón puro como Alelia, no parece suficiente, pero sé que el bastardo sufrirá al estar encerrado en un lugar insalubre por el resto de sus días en la Tierra. Él es orgulloso y se cree por encima del bien y del mal, por eso ser arrestado significará para él lo equivalente a una sentencia de muerte.

El guardia abre la puerta de la helada sala y yo, junto con el abogado que traje conmigo (esto fue exigencia de Chelsea, porque mi esposa sabe cuánto lo odio y temía que pudiera cometer una locura), entramos.

Pocos minutos después, Hernández llega con su overol naranja, y no puedo ocultar una sonrisa de desprecio.

—Tiene una hora, señor —dice el guardia, dirigiéndose a mí.

—Ni siquiera necesitaré diez minutos —respondo.

—Santiago, sé cuánto me odias —dice el bastardo, sentado frente a mí, con ambas manos esposadas—, pero…

—Basta. No pierdas tu tiempo. Lo sé todo. Solo vine aquí para ver que el hombre que destruyó la vida de mi tía finalmente reciba lo que merece. Se hará justicia.

—Justicia… —dice, burlón—. Para algunos, nunca llega, no importa cuánto se luche por ella.

—No te equivoques, Hernández. No tienes la menor oportunidad. Se acabó. Te pudrirás aquí. Puede que hayas evadido la ley durante muchos años, pero ahora pagarás por lo que hiciste.

Me mira, y por primera vez, veo una chispa de miedo en su mirada.

—Ya estoy pagando. Cada minuto aquí es una tortura.

—¿Tortura? ¿Cómo te atreves? Tortura fue lo que le hiciste a ella. ¡La enterraste viva, miserable! ¿No podías simplemente dejarla ir? Le robaste su juventud, su confianza en sí misma, su dignidad y, finalmente, su vida.

—Fue un momento de locura, una serie interminable de malas decisiones.

—¿Malas decisiones? Una mala decisión es comprar un coche del color equivocado. Cuando se arrebata la vida de alguien, eso es una elección. No vine a escuchar tus malditas excusas, sino porque necesitaba mirarte a los ojos por última vez antes de tu juicio y decirte que perdiste, en todos los sentidos. Mi venganza por lo que le hiciste a mi tía está a punto de concretarse, y la trama que intentaste crear para separarme de Chelsea fracasó. Yo lo tengo todo. Tú, en cambio, estás acabado.

Me pongo de pie, porque no confío en mí mismo para no golpearlo hasta matarlo.

—Interponerte entre Chelsea y yo fue el mayor error que cometiste. ¿Sabes por qué estás aquí? Ella fue quien relacionó la pulsera de Alelia con el hecho de que mi tía nunca se la quitara del brazo. Eres un pedazo de mierda y un fracasado, Hernández Velasco-Sánchez. Te desenmascaró una chica, *mi chica*, que solo tiene veintiún años. Ella fue más lista que tú. Recuerda eso para siempre.



Manhattan
Días después

—¿Estás seguro de que vendrá? —pregunta Alexandros.

De los tres, él siempre fue el más preocupado por el distanciamiento de Can.

—Estoy seguro. Como nosotros, Can no rompe su palabra.

Como confirmando lo que dije, vemos a nuestro medio hermano turco ser traído a la mesa por la anfitriona.

Por un momento, nadie dice nada, pero es Can quien parece más afectado. Recorre con la vista a cada uno de nosotros y se detiene en mí.

Por primera vez, pienso en lo que debió ser para él crecer sabiendo que tenía hermanos, pero sin acceso a nosotros.

Alexandros, Armani y yo siempre fuimos mejores amigos, presentes en la vida de los demás. Can, en cambio, creció solo, porque su padre no tuvo otros hijos.

—Armani y Alexandros, este es nuestro hermano, Can —lo presento.

Mientras el mayor de nosotros espera una reacción del más joven, Alexandros se adelanta y, estoy seguro, tomando a Can totalmente por sorpresa, lo abraza.

Inicialmente, Can parece tenso, pero Alexandros no lo suelta y segundos después veo que su mano rodea también la espalda de mi hermano griego.

Tras romperse el hielo inicial y saludar individualmente a cada uno de nosotros, nos sentamos a la mesa.

Durante varios minutos, el camarero llena el silencio haciendo preguntas sobre el pedido, pero cuando se va, Can muestra cierta

incomodidad, así que yo tomo la iniciativa de traer un tema que generalmente une a la mayoría de los hombres: el fútbol.

Veo interés en el rostro de mi hermano menor cuando Alexandros empieza a hablar del equipo que posee y luego comenta que en su país se aprecia más el *"soccer"* que el fútbol americano.

Poco a poco, todos nos relajamos y la comida transcurre amigablemente. Can incluso nos cuenta que está comprometido, aunque en el momento en que lo dice, no suena como un hombre enamorado, sino como alguien a punto de cerrar un contrato.

Finalmente, llega el momento de traer el pasado a la conversación[14].

—Gracias por aceptar reunirse conmigo —dice, con formalidad—. Sé que han intentado acercarse a mí durante años, pero no estaba listo para conocerlos.

—¿Por qué no? —pregunta Armani.

—Porque crecí con un odio profundo dentro de mí, un resentimiento que me envenenaba. Desde pequeño me dijeron que nuestra madre me abandonó, que nunca se preocupó por mí. Eso me consumió por dentro.

La ira me invade de inmediato. No sé si fue su padre quien le dijo eso, pero si lo fue, mintió.

—Sally tenía muchos problemas —defiendo a mamá—, pero siempre estuvo presente en nuestras vidas. Dudo que, si hubiera tenido acceso a ti, te hubiera rechazado.

—Me abandonó cuando era un bebé. No me malinterpreten, la he perdonado ahora que sé todo lo que pasó, pero antes pensaba que solo era una mujer frívola que tuvo un hijo con cada padre y que al último, yo, lo rechazó por completo.

—Estoy seguro de que no fue así. ¿Por qué no la buscaste antes para confirmar la historia?

—En la adolescencia no quise conocerla porque la odiaba. No soy bueno perdonando ni dando segundas oportunidades. Además, mi padre no revelaba su identidad. Él la odiaba aún más que yo. Después de insistir mucho, me lo dijo. Cuando finalmente decidí buscarla, era demasiado tarde porque había fallecido.

Guardo para mí lo que estoy pensando: si su padre odiaba tanto a nuestra madre, tal vez no sea coincidencia que solo le dijera quién era después de que murió.

—Cuando hablaste conmigo por teléfono —dice Armani—, confesaste que propusiste la sociedad hace unos años porque querías destruirnos.

—Sí. Quería vengarme de aquellos que nunca me desearon cerca. Los observé durante años. Siempre se reunían. Yo estaba excluido de todo.

Se forma un nudo en mi garganta. El dolor en su voz es indescriptible.

—¡Por Dios! —exclama Alexandros—. Recién nos enteramos de tu existencia, Can, después de que nos propusiste la sociedad. Jamás sospechamos. No intento enfrentarte a tu padre, pero si quieres un consejo, investiga mejor esa historia de Sally rechazándote. Mamá estaba rota y su mente no siempre estaba en su lugar, pero nos amaba con locura. No te habría rechazado de ninguna manera.

—Ya no importa. Estoy cansado de sentir odio. Durante mucho tiempo la culpé a ella y, por extensión, a ustedes también. Después de todo, eran los hijos amados, y yo era lo que ella dejó atrás.

Podría argumentar que nuestra situación era idéntica, solo que tuvimos la suerte de tener buenos padres.

—¿Fue cuando estalló el escándalo sobre su pasado, con la detención de Odette, que entendiste que Sally sufrió mucho en su juventud?

—Sí. Y la perdoné.

—Ella no se quedó con ninguno de nosotros, Can, porque apenas podía lidiar consigo misma la mayor parte del tiempo —argumenta Armani.

—Ahora entiendo eso.

—¿Serás capaz de dejar el pasado atrás?

—Con respecto a ustedes, sí, pero quiero conocer más a fondo la historia de mi abandono, porque lo que me están contando no coincide con la imagen que me dieron de ella.

—¿Y qué piensas hacer?

—Excavar hasta encontrar la verdad.

—No quiero que te mantengas alejado —digo—. No importa lo que descubras, no te cierres a nosotros. Tienes sobrinos y pronto nacerán mis dos hijas. Somos hermanos y tú eres parte de la familia.

Él no responde, pero puedo ver en su expresión que, finalmente, nos aceptará en su vida.



Santiago



Capítulo 64

Un mes después

—¿Qué te pasa? —pregunta ella, y me giro para mirarla.

No respondo de inmediato, porque no quiero confesar en voz alta la preocupación que siento. En lugar de eso, observo su abdomen, cada vez más abultado con nuestras bebés.

Cada día que pasa, mi esposa se vuelve más hermosa. Siempre fue deslumbrante, pero el embarazo ha creado una especie de aura a su alrededor, que solo puede describirse como la más pura luminosidad.

Chelsea brilla como un sol, y yo orbitando a su alrededor.

—Ven aquí —la llamo, extendiendo la mano, y cuando acepta, beso su cabello.

Solo cuando la tengo conmigo, mi corazón, que estaba contraído como si una mano invisible lo apretara, se calma.

No voy a decirle a Chelsea que lo que aún me impide tener paz es que, aunque todo esté bien entre nosotros, ella no ha mencionado nada sobre deshacer el contrato que firmamos, por el cual acordamos estar casados durante un año.

—No estás actuando normalmente, Santiago. ¿Vas a decirme qué pasa?

El hombre que fui en el pasado habría ido hacia ella y le habría contado todo lo que me atormenta sin darle oportunidad de decidir. Pero en lugar de pensar solo en mí y en mis deseos, cumplo mi promesa: respeto su tiempo y pongo la felicidad de Chelsea por encima de la mía.

—Nada de qué preocuparte, mi amor.



Chelsea

Meses después

Me despierto con gritos y, al principio, pienso que estoy soñando. Sin embargo, la frase que sigue hace que mi sangre se congele:

—¡Dios mío, es mucho fuego! —grita mi padre, con voz desesperada.

—¡Chelsea, ya voy, mi amor! —grita mi marido poco después.

—Necesita dejarnos encargarnos de todo, señor. No puede entrar ahí.

—¡Vete a la mierda! —Escucho gritar a Santiago, y solo entonces me doy cuenta de que toda la casa está crepitando a mi alrededor.

Me levanto de la cama en pánico, con la adrenalina haciendo que mi corazón lata descontroladamente.

Abro la puerta del cuarto, camino por el pequeño pasillo y, al mirar a mi alrededor, veo el fuego lamiendo las cortinas de la sala. No sé si es el miedo, pero un calor insoportable comienza a marearme.

Mis piernas tiemblan como ramas al viento y un terror primitivo se apodera de mí.

Mis ojos se llenan de lágrimas y no puedo moverme.

Todo parece suceder en cámara lenta, como si la vida hubiera disminuido su ritmo normal. Entonces, siento a mis niñas moverse en mi vientre y sé que no voy a rendirme sin luchar.

—¡Santiago! —grito, confiando en su promesa de antes, de que me sacaría de aquí, y antes de que pueda abrir la boca de nuevo, él está frente a mí.

El rostro de mi marido refleja una determinación que me tranquiliza al instante. Corre hacia mí, me envuelve con sus fuertes brazos y me levanta en sus brazos.

—Vamos a salir de aquí, Chelsea. Te lo prometo —dice, con voz ronca, como si le costara respirar.

No me había dado cuenta de que había lanzado una manta sobre mí, hasta que el calor que sentía aumenta, pero no hay tiempo para pensar porque pronto estamos atravesando la sala en llamas.

El calor es insoportable y parece engullirnos.

El camino hacia la puerta principal no termina nunca, y el aire huele a madera quemada.

Cuando finalmente llegamos afuera, escucho el llanto desesperado de mi madre y, de inmediato, aparece mi padre.

Quiero decir que todo está bien, pero al abrir los ojos, veo que Santiago me ha recostado en el suelo. Se levanta y tambalea como si estuviera borracho y, para mi absoluto terror, cae hacia atrás, desmayado.



Han pasado setenta y dos horas y aún no despierta. Lo pusieron en coma inducido, porque, según los médicos, inhaló demasiado humo, y es un milagro que siga vivo.

Sus espalda también sufrió quemaduras, aunque lo más preocupante son los pulmones.

Escuché al equipo médico decirle a mi suegro que nunca habían visto a alguien luchar tanto por sobrevivir como Santiago, y que se había convertido para ellos en un superhéroe.

Mientras estaba en su sueño involuntario, tuve tiempo para reflexionar sobre nuestra historia. Sabía que le había dicho que solo cuando terminara el contrato de un año decidiría si estaríamos juntos para siempre o no. La verdad es que me engañé a mí misma: en el momento en que Santiago vino a buscarme a la cabaña, supe que estaríamos juntos *para siempre.*

Ahora me culpo por no haberle dicho esto antes.

Esta mañana, los médicos retiraron la medicación que lo mantenía sedado y dijeron que ya no corre riesgo de muerte. En cualquier momento puede despertar.

—Despierta y te juraré mi amor, español. Te amo, Santiago. Ya no tengo dudas. Seré tuya para siempre. Toda la rabia que quedaba en mi corazón se ha ido. Vuelve a mí, marido.

Parpadeo, creyendo que estoy loca cuando veo que sus párpados tiemblan y luego se abren. Comienzo a llorar.

—¿Chelsea?

—Sí, amor, soy yo. ¡Nunca más me des un susto así! Las tres te necesitamos. No puedo vivir sin ti, Santiago.

—Jamás te dejaré, mi vida. Volveré de la muerte si es necesario. Te amo.



Santiago

Dos semanas después

Toda la familia está reunida en casa de los padres de Chelsea.

Mis tres hermanos por videollamada; sus padres, los míos, Mirena y nosotros estábamos allí en persona.

—¿Nos estás diciendo que estuviste tras Jaytson Kercher todo este tiempo? —pregunta Alexandros.

—Sí —confirmo—. Los otros tres bastardos fueron arrestados. Dos por tráfico de drogas, Tenner Elbrook por abuso sexual a una menor. Jaytson, sin embargo, había desaparecido. Los detectives que contraté fallaron al perderlo de vista, y aún más por no descubrir que estaba en Estados Unidos, acechándonos, desde hacía semanas.

—¿Jaytson sabía que lo buscabas, entonces? —indaga Armani.

—Probablemente. Tendría que ser muy estúpido para ver a los tres amigos siendo arrestados en pocos meses y creer que era coincidencia. Quiso vengarse de mí y casi lo logra.

Siento la mano de Chelsea apretando la mía, porque ella me conoce mejor que cualquier persona aquí y sabe que me culpo.

—No te atrevas —dice, leyendo mis pensamientos, como siempre —. Nada de esto es tu culpa.

—Si alguien es culpable en esta historia, soy yo —interviene mi suegro—. No debería haber dejado a mi hija embarazada durmiendo sola mientras Santiago viajaba.

—El único culpable es Jaytson —dice la madre de Chelsea—. Es un criminal y ahora pagará caro por eso.

No fue difícil rastrear al idiota. En cuestión de días, la policía lo arrestó por *incendio provocado* y *tentativa de asesinato*; ahora, ni su papá rico podrá salvarlo. Al igual que los bastardos de sus amigos, pagará por sus crímenes.

Horas después, estamos solos en una de las habitaciones de la residencia de mis suegros. La casa de huéspedes del terreno que estoy construyendo quedó completamente destruida, y como la otra tardará meses en estar lista, decidimos mudarnos a mi casa en Brooklyn hasta el parto y luego regresar a España.

—¿Se acabó? Parece que a cada rato aparece un villano para quitarnos la paz, marido.

—Se acabó. Las personas malas siempre existirán, Chelsea, pero estaré a tu lado para protegerte a ti y a nuestras hijas. Tanto

Azucena y Paloma —digo, tocando su vientre—, como todos los demás hijos que tendremos.



Chelsea



Capítulo 65

Día del nacimiento de las gemelas Azucena y Paloma

La habitación de maternidad es fría, como la de cualquier hospital, pero el escenario a pocos pasos de mí es pura magia.

Me seco los ojos con el dorso de las manos mientras veo a Santiago sosteniendo a nuestras dos hijas recién nacidas, una en cada brazo, como si llevara un tesoro.

La emoción de verlo finalmente curado del dolor del pasado es casi abrumadora.

Es como observar a un gigante protegiendo a sus pequeñas miniaturas. La delicadeza con que habla con ellas contrasta con el hombre de negocios implacable que es.

Si aún quedara alguna duda en mi corazón (lo cual no ocurre), de que acerté al darnos a nosotros cuatro una segunda oportunidad, esa duda se habría enterrado por completo ahora.

Tomo mi teléfono móvil en la mesita junto a la cama del hospital, porque quiero registrar esta escena. Temo que con el paso de los años mi memoria falle, y no puedo olvidar la manera en que nos mira a Azucena y Paloma. La forma en que él las observa me demuestra que la tragedia del pasado quedó atrás.

Durante todo el parto hubo alguien filmando. Después, la nueva asistente de mi marido contrató fotógrafos para capturar imágenes

perfectas, no solo de nosotros cuatro, sino también del resto de la familia, que se fue hace poco.

Lo que filmo ahora no es la perfección desde un punto de vista técnico. Es la expresión más hermosa: el amor de un padre por sus hijas.

Mientras mantengo el teléfono móvil apuntando hacia ellos, es como si el tiempo se detuviera.

Renuncio a filmar cuando las lágrimas no me permiten ver lo que estoy haciendo.

En cambio, mi mente viaja por los últimos meses, recordando cada momento que nos trajo hasta aquí.

Contrato, pasión, miedo y la maldad que nos rodeaba.

Reencuentro, perdón, un amor más grande que nosotros mismos y la certeza de que somos el destino el uno del otro.

Desde el principio, nuestras vidas estaban entrelazadas, y el amor que nos unió fue más fuerte que cualquier sufrimiento.

Juntos atravesamos tormentas y, en sentido literal, el fuego, y hoy, al verlo con nuestras hijas, siento que la última pieza del rompecabezas se está encajando.

No la última, me recuerdo, porque Santiago me dijo que quiere muchos hijos, así que aún espero muchas "piezas" para completar este rompecabezas de nuestro amor en el futuro.

Las enfermeras entran para llevárselas, pero antes de entregárselas, Santiago las acerca a mí para que pueda besar las cabecitas de las dos. Luego murmura algo en español para nuestras niñas y, cuando las enfermeras salen de la habitación con ambas, él se acerca a mí.

—¿Por qué estás llorando, mi reina?

—No puedo evitarlo. Verlos a los tres juntos…

Me cubro el rostro con las manos, avergonzada de estar tan emocionada.

—Te amo, Chelsea —dice, y me besa en la boca—. Gracias por devolverme la vida. Antes de ti, solo existía.

—Nunca te dejaré, Santiago. Del mismo modo que sé que siempre cuidaras de nosotros, lo contrario también es cierto, mi amor.



Madrid

Dos años después

—¡Quiero detalles, sobre todo los más escandalosos! —bromea Robyn con Shyla durante nuestra videollamada.

Mi mejor amiga acaba de regresar de su luna de miel en Maldivas con su esposo. Santiago y yo, que fuimos padrinos de la boda, les regalamos el viaje.

Como prometí, la boda de Shyla fue todo un evento, pero sé que su padrastro y su madre gastaron sus ahorros para cumplir el deseo de la hija, así que mi padre le dio el vestido de novia con el que siempre soñó, sin límite de precio, y nosotros cubrimos la luna de miel.

Estoy en la escuela de baile, que va muy bien, con Viliana al frente de todo.

Incluso hice algunas presentaciones en solitario en espectáculos que organizamos para recaudar fondos para asociaciones benéficas. Espero que, donde esté en el cielo, la señora Aena se sienta orgullosa de mí.

Viliana acaba de irse, así que decidí hablar con las chicas desde aquí, en lugar de hacer la llamada desde mi casa, porque cuando llego allá, quedo completamente hipnotizada por las gemelas y por su papá.

Una vez por semana, nos hablamos los cuatro, que nos hemos convertido en mejores amigas.

—Chicas, Maldivas es la definición más pura de un sueño. No quería regresar a Estados Unidos.

—Me sentí así en mi luna de miel también —confieso.

Durante aproximadamente una hora hablamos sobre viajes y bebés. Shyla dice que no quiere esperar para tener un heredero.

Cuando nos despedimos, como siempre, siento mi corazón calentarse por el amor que recibo a través de su amistad.

Llego a casa casi cincuenta minutos después. Abro la puerta con cuidado porque no quiero despertar a mis hijas si están durmiendo en la sala con las niñeras. Pero al entrar, la escena que encuentro me emociona más de lo que las palabras podrían expresar.

Santiago siempre llega antes que yo los días que voy a la escuela de baile, que son tres veces por semana, y a menudo lo encuentro jugando con las niñas.

Ahora están en la etapa de querer adornarse el cabello. Les encantan los prendedores, diademas y lazos. Hoy, mi corazón casi explota de amor al verlo a él, recostado en su traje de miles de euros, con una diadema de orejas de conejo en la cabeza y sus hijas sobre su pecho. Los tres duermen.

Mantiene un brazo alrededor de cada una y, aun dormido, parece un gigante protector.

Me acerco y los fotografío, pero de repente Santiago abre sus hermosos ojos verdes y me sonríe.

—Míos —digo.

—Para siempre, Chelsea.



Santiago



Capítulo 66

Meses después

—*¡Maldita sea!* —grita Armani, levantando el puño en el aire en señal de triunfo—. *Tengo que decirte, hermano, que a pesar de ser increíblemente raro, tu primo Rey logra descubrir cosas que nadie más podría.*

Alexandros y Can se ríen en la videollamada, y sé que los dos piensan lo mismo que nuestro hermano mayor.

Finalmente la encontramos. El cuerpo de mi tía estaba realmente en la costa, cerca de la casa de playa, pero el miserable debió moverlo después de algunos años, porque no la encontraron en una fosa poco profunda, sino en una especie de búnker.

Hace tanto tiempo que la buscaba que se convirtió en una obsesión, pero también en un sueño imposible, aunque nunca dejaría de intentar darle el descanso eterno que mi tía merece.

—*Ahora, muchacho, trata de darle paz a tu mente* —me dice Alexandros.

—Todavía no. Solo cuando ella haya vuelto a casa, cerca de quienes la amaron: mi padre y yo.



—Cumplí mi promesa, tía Alelia. Lamento no haber podido protegerte cuando me necesitabas, pero ahora nunca volverás a separarte de tu familia —digo, agachado junto a su tumba.

La liberación de su cuerpo para el entierro llevó meses y solo ahora pude darle el descanso final.

Hernández fue condenado a lo que en mi país llamamos "prisión permanente revisable", que significa cadena perpetua para el resto del mundo, y saber que quien le quitó la vida a Alelia está pagando por su crimen me da paz.

—Creo que nunca te agradecí por haberme salvado de mí mismo, tal como Chelsea lo hizo años después. Te caería bien ella, tía. Es hermosa, de carácter fuerte, la mejor madre que he conocido y, lo más importante, está completamente loca por mí.

Coloco las flores que traje sobre la tumba.

—No soy bueno expresando mis sentimientos con palabras, ya lo sabes, pero me alegra que estés en casa ahora.

Me levanto y siento los brazos de Chelsea alrededor de mi cintura, y su abdomen, ya avanzado con el embarazo de nuestro hijo, presionando mi espalda. En dos meses, nacerá Máximo.

—Acabo de cerrar un ciclo, Chelsea. Gracias por estar siempre conmigo.

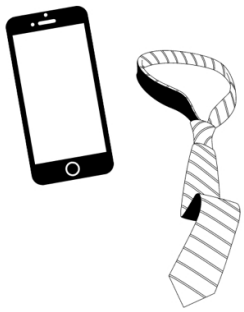
—Eso es lo que hacen las familias, marido. Estoy loca por ti, Santiago.

Me giro hacia ella y sostengo su rostro entre mis manos.

—¿Incluso después de haber sido un bastardo contigo en el pasado?

—No cambiaría nada de nuestra historia. Ni el dolor ni las risas. Ni las peleas ni los actos de amor. Cada página de nuestra historia nos hizo lo que somos hoy. Te amo.

—No tanto como yo te amo a ti.



Chelsea



Epílogo 1

Al igual que con las gemelas, solo descubrí que estaba embarazada de Máximo cuando tenía tres meses de gestación.

Me sentí avergonzada de mí misma cuando, al prepararme para contárselo a Santiago, temí por su reacción.

Ha pasado mucho tiempo desde que nos separamos en Madrid, y desde el momento en que decidí darle una segunda oportunidad, mi marido no ha sido otra cosa que el hombre más apasionado que podría desear y también un padre dedicado y amoroso.

Su reacción al enterarse de la llegada de nuestro hijo fue de pura felicidad, y ahora, mientras observo a mi gigante español con nuestros tres herederos en el jardín de la vinícola, sé que hice la elección correcta al tragarme mi orgullo y darle una oportunidad al perdón y al amor.

Mis dos niñas están absolutamente enamoradas de él, y nuestro pequeño, Máximo, mira a su padre con adoración.

Sí, creo que hemos encontrado el tesoro escondido al final del arcoíris, ese cliché de un "felices para siempre" que todo buen romance lleva consigo.

Mi teléfono móvil suena y aparece el nombre de Shyla en la pantalla. Conversamos durante cinco minutos y lo que me dice me deja completamente impactada.

Corto la comunicación y llamo a las niñeras, porque necesito hablar con Santiago sobre la llamada, en privado. Por más que aún guarde odio hacia Jaytson Kercher y desprecio hacia sus inútiles amigos, no deseé que algo así ocurriera.

—¿Qué pasa, mi amor? —pregunta mi español, dándose cuenta después de que las niñeras se llevan a los niños, que quiero hablar con él en privado.

Tomo mi teléfono móvil y le muestro el archivo adjunto del mensaje que Shyla acaba de enviarme.

—¿Tienes algo que ver con esto?

Él lee el artículo por menos de un minuto y su respuesta es concluyente.

—No. Soy muchas cosas, Chelsea, pero no soy un asesino; de serlo, habría mandado matar a mi tío hace tiempo. Confío en la justicia humana.

—¿Pero sabías de esto?

—Sí, me enteré ayer. Mi primo Rey me llamó y me contó que uno por uno, los amigos de Jaytson Kercher estaban siendo asesinados y que no dudaba de que él sería el siguiente. Como ves —dice, entregándome el teléfono móvil—, Rey tenía razón.

—¿Sabes quién hizo esto?

—Claro que no. Pero ¿recuerdas a la chica que iba a ser monja, a quien uno de ellos sedujo?

—Sí, recuerdo esa horrible historia.

—Pues Rey cree que fue su padre quien pagó para que otros presos los mataran.

—¡Por Dios!

—Te dije que no soy un asesino, Chelsea, pero nunca me había enfrentado a algo así. No dudo que yo habría actuado igual en su lugar si hubieran hecho algo parecido con Azucena o Paloma.

—No deseaba la muerte de esos hombres, pero no lamento lo que ocurrió. Solo es triste ver a cuatro hombres nacidos con plata desperdiciando su vida de esta manera.

—La vida está hecha de elecciones, Chelsea. Tuvieron muchas más herramientas que la mayoría de la población mundial para tener una existencia decente en este planeta, pero eligieron el lado malo.

Pagaron el precio por ello. Cada acción tiene su reacción. Ahora basta de charla. No creas que me olvidé de tu promesa.

Él me toma en brazos y comienza a caminar hacia la casa principal.

—¿Promesa? —Hago como si no supiera.

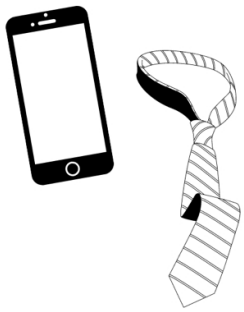
—Sí. Máximo ya tiene un año, lo que significa que necesitamos ocuparnos del siguiente.

—Como si necesitases una excusa para dejarme desnuda, español.

—No necesito excusa, pero al menos no pareceré tan pervertido por encerrarme en la habitación contigo durante veinticuatro horas, mujer, después de todo, tengo una misión.

—Eres un desgraciado, Santiago.

—Estoy loco por ti, mi Chelsea. Eso nunca cambiará.



Santiago



Epílogo 2

La tengo relajada entre mis muslos, leyendo y pareciendo serena al final del embarazo de nuestro cuarto hijo, Lauro, mientras remo en el lago de la casa de su padre.

Cuando pienso en todo lo que tuvimos que luchar para llegar hasta aquí, logro comprender completamente la fuerza y la magnitud de nuestro amor.

Chelsea es mi vida, y no tiene que ver con un sentimiento territorial estúpido (aunque, claro, hay mucho de eso también, no voy a mentir), sino con el hecho de que la madre de mis hijos, mi esposa, amante y mejor amiga, nació en la medida justa para poder controlar a un bastardo arrogante como yo.

Sí, ella me controla. Una sonrisa suya es capaz de iluminar mi día, sin importar lo jodido que haya sido. Una lágrima suya sería suficiente para arrancarme de mi vida de hombre de familia y volverme el asesino de quien la hiciera sufrir.

Finalmente conseguí liberarme de la pesadilla de mi adolescencia. Eso no significa que dejé de pensar en Bryan o Elisabeth, sino que logré perdonarme a mí mismo.

El dolor es como una adicción y también, una prisión. Cumplí mi condena y ahora exijo de la vida todo lo que creo merecer.

La felicidad al lado de mi mujer y de mis hijos.

—¿Por qué estás tan pensativo, marido? —pregunta.

—Repasando el pasado en la mente. Agradeciendo por el presente. Ansioso por el futuro.

Ella deja el libro en el piso de la balsa, se da la vuelta y se arrodilla.

—Intenta mejorar eso, español.

Suelto los remos y sostengo su rostro.

—Perdonándome por el pasado. Incapaz de poner en palabras lo feliz que soy en el presente. Y ansioso por pasar el resto de mi vida a tu lado, construyendo, día a día, nuestra historia. Te amo, mi reina.



¡FIN!

No olvides leer el bonus del libro 3, el último de esta serie, en la página siguiente.

Bono

Can Saat Evgen

Ella fue criada para ser la sombra de su hermana, mi ex prometida.

Cuando todo ocurrió, la odié y la culpé.

Pensé que la estaba usando como sustituta, pero en el momento en que la toqué, supe que me había vuelto adicto a ella.

Alivia intentó irse, pero no lo permití. Hice lo que fue necesario para retenerla, porque mientras mi deseo no disminuya, será mía para darme placer.

Palabras de la autora

Espero que hayan disfrutado seguir la historia de amor de Santiago y Chelsea.

No voy a mentir: me encantan las historias de redención, sobre todo cuando el protagonista empieza el libro creyéndose dueño de su propio destino, arrogante e inquebrantable.

Soy una fan confesa de los libros de "segunda oportunidad", y el amor de Santiago y Chelsea me atrapó por completo.

Como mencioné en la "nota de la autora", la idea de esta serie son romances contemporáneos más ligeros, con un toque de drama y suspenso (en el caso del primer libro, también hay bastante comedia romántica).

El próximo (y último) libro de la serie, el de Can, nuestro turco rencoroso, será publicado a continuación.

¡Un beso y hasta la próxima aventura!

D. A. Lemoyne

Sobre la autora

D. A. Lemoyne comenzó su carrera como escritora en agosto de 2019 con el libro "Seducida", el primero de la saga "Corazones Intensos". Desde entonces, ha lanzado varias series exitosas como "Alma de Cowboy", "Hermanos Oviedo", "Alfas de la Mafia", entre otras, además de duologías y novelas cortas.

Su pasión por los libros nació a los ocho años, cuando su abuela (que vivía en otra ciudad) la llevó a conocer su biblioteca personal, ubicada en una habitación al fondo de su apartamento. Al ver el amor instantáneo de su nieta por la lectura, la señora, que era profesora de Literatura, le regaló toda su colección.

Brasileña de nacimiento, actualmente vive en Carolina del Norte, EE. UU., y le encantan las buenas charlas y reunirse con sus amigos.

Sus romances son intensos, y sus protagonistas masculinos, apasionados. Las heroínas sorprenden por su fortaleza.

Cree en el amor, y leer y escribir son sus más grandes pasiones.

Contacto: dalemoynewriter@gmail.com

---

[1] La historia de Sally se explica mejor en el primer libro de esta serie, " El Magnate que Nunca Supo Amar ". La mención en ese libro es solo contextual y no es relevante para la trama actual.

[2] El personaje apareció en "El Magnate que Nunca Supo Amar" y será el protagonista del libro 3 de esta serie.

[3] Estación de tren ubicada en el corazón de Manhattan.

[4] La zona donde se concentran muchos teatros en Manhattan.

[5] Cartelera publicitaria de espectáculos.

[6] "Enemies to lovers" (enemigos a amantes) es un tópico narrativo romántico donde dos personajes que se detestan, rivalizan o son adversarios terminan

enamorándose, superando su hostilidad inicial para desarrollar una relación profunda y pasional, creando mucha tensión y evolución en la historia, popular en libros, películas y series.

[7] En este punto de la historia, el hijo menor de Alexandros y Robyn, Unique, aún no ha nacido.

[8] La Guía Michelin es un prestigioso sistema de clasificación de restaurantes y hoteles de renombre mundial. Un restaurante con 3 estrellas Michelin se describe como un establecimiento gastronómico excepcional, según mi investigación.

[9] El personaje ya ha aparecido en algunas de mis obras, es uno de los "Señores del Mundo" y tendrá su propio libro en el futuro.

[10] Protagonista de " El Magnate que Nunca Supo Amar ".

[11] Similar a la paella, pero hecha con fideos finos en lugar de arroz. Suele llevar marisco y se sirve con salsa de ajo y aceite de oliva.

[12] Un divorcio contencioso es un proceso judicial para disolver un matrimonio cuando los cónyuges no se ponen de acuerdo en aspectos clave como la custodia de los hijos, la pensión, el uso de la vivienda o el reparto de bienes, dejando la decisión final en manos de un juez, a diferencia del mutuo acuerdo, y requiere que cada parte tenga su propio abogado y procurador.

[13] Un hotel ficticio creado para mi serie.

[14] Solo un recordatorio: el pasado de Can no se explicará en profundidad aquí. No tiene sentido explicarlo todo ahora, ya que tendrá su propio libro y eso le restaría valor a la trama.